



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO
INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES

EL PENSAMIENTO HISTÓRICO EN EL ESTADO DE HIDALGO
LA CONSTRUCCIÓN IDEOLÓGICA DE LA HISTORIOGRAFÍA REGIONAL
1884-1940

TESIS PARA OBTENER EL GRADO DE
DOCTOR EN CIENCIAS SOCIALES

PRESENTA

JOSÉ EDUARDO CRUZ BELTRÁN

DIRECTOR DE TESIS

DR. SERGIO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

PACHUCA DE SOTO, HGO, MARZO DE 2020

EL PENSAMIENTO HISTÓRICO EN EL ESTADO DE HIDALGO
LA CONSTRUCCIÓN IDEOLÓGICA DE LA HISTORIOGRAFÍA
REGIONAL, 1884-1940

COMITÉ

DR. SERGIO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

DRA. CARMEN LORENZO MONTEERRUBIO

DR. JAVIER ORTEGA MOREL





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO
Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
School of Social Sciences and Humanities

MTRO. JULIO CÉSAR LEINES MEDÉCIGO
DIRECTOR DE ADMINISTRACIÓN ESCOLAR
PRESENTE.

Estimado Maestro:

Sirva este medio para saludarlo, al tiempo que nos permitimos comunicarle que una vez leído y analizado el proyecto de investigación titulado **"El pensamiento histórico en el estado de Hidalgo. La construcción ideológica de la historiografía regional, 1884-1940"**, que para optar al grado de Doctor en Ciencias Sociales presenta el Mtro. José Eduardo Cruz Beltrán, matriculado en el Programa de Doctorado en Ciencias Sociales (2017-2019), con número de cuenta 090343; consideramos que reúne las características e incluye los elementos necesarios de un trabajo de tesis, por lo que, en nuestra calidad de sinodales designados como jurado para el examen de grado, nos permitimos manifestar nuestra aprobación a dicho trabajo.

Por lo anterior, hacemos de su conocimiento que al alumno mencionado, le otorgamos nuestra autorización para imprimir y empastar el trabajo de Tesis, así como continuar con los trámites correspondientes para sustentar el examen para obtener el grado.

ATENTAMENTE

"Amor, Orden y Progreso"

Pachuca de Soto, Hgo., a 16 de enero de 2020

DR. ALBERTO SEVERINO JAÉN OLIVAS
DIRECTOR



DR. SERGIO SÁNCHEZ VÁZQUEZ
DIRECTOR DE TESIS

DRA. CARMEN LORENZO MONTERRUBIO
LECTORA DE TESIS

DR. JAVIER ORTEGA MOREL
LECTOR DE TESIS



Carretera Pachuca-Actopan Km. 4 s/n,
Colonia San Cayetano, Pachuca de Soto,
Hidalgo, México; C.P. 42084
Teléfono: 52 (771) 71 720 00 ext 4201, 4205
icshu@uaeh.edu.mx

www.uaeh.edu.mx

AGRADECIMIENTOS

Como todo trabajo académico que se precie de serlo, en su elaboración ha intervenido la ayuda de diversas personas e instituciones. En primer lugar, agradezco el valioso apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por hacerme acreedor de una Beca Nacional y por su confianza en los estudios humanísticos. El CONACYT también hizo posible, bajo los fondos de Beca Mixta, una estancia de movilidad en la Universidad de Santiago de Compostela, España donde aproveché para conocer los principales trabajos académicos en materia de historiografía latinoamericana en el grupo interdisciplinario HistAmérica a cargo de la doctora Pilar Cagliao Vila, así como participar en la cátedra del máster en Historia Contemporánea para dar a conocer los trabajos que he desarrollado.

Doy las gracias a la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo por formar parte de este diálogo interdisciplinario para el estudio de las ciencias sociales desde el ámbito regional ya que esta tesis es prueba de ello. En septiembre de 2018, recibí el apoyo de la coordinación del posgrado en Ciencias Sociales, con recursos autogenerados, para participar en el *II Congreso Internacional entre Tradición y Modernidad*, organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Querétaro con la ponencia “El Centro Hidalguense de Investigaciones Históricas y su corriente historiográfica católica: la obra del padre Héctor Samperio Gutiérrez.” En su elaboración participó el doctor Sergio Sánchez Vázquez.

Asimismo, con el apoyo de la doctora Coralia Pérez Maya y el doctor Román García Fernández fue posible la publicación del artículo “Identidad como fórmula de autonomía: el caso de la (s) Huasteca (s), México” publicado en la revista española *Eikasia. Revista de filosofía* en el número correspondiente a septiembre-octubre de 2018; el texto fue elaborado en el seminario *Filosofía de la identidad. Hacia una fenomenología materialista de la identidad*, impartido en este posgrado.

Mi agradecimiento va también para el personal de los fondos reservados de la biblioteca Francisco Xavier Clavijero de la Universidad Iberoamericana, la biblioteca Eusebio Dávalos Hurtado del Instituto Nacional de Antropología e Historia, ambas en la Ciudad de México; al Archivo General de la Universidad Autónoma del Estado

de Hidalgo por facilitarme la consulta de los textos originales de los autores y especial mención a Abel Roque López, a Samuel Juárez y a Eloy de la Cruz por su amabilidad y disposición.

Quiero agradecer finalmente a mi comité revisor. En primer lugar, al doctor Sergio Sánchez Vázquez por dirigirlo tan atinadamente y brindarme sus oportunas observaciones, todo bajo un clima de cordialidad lo que permitió crearme un ambiente de trabajo muy ameno. A dos muy entusiastas historiadores como son la doctora Carmen Lorenzo Monterrubio y el doctor Javier Ortega Morel, quienes leyeron mi trabajo y me aportaron valiosas ideas y sugerencias, pero sobre todo me animaron no sólo a concluir la tesis sino a continuar este y muchos proyectos de investigación que requiere el estado de Hidalgo.

Este trabajo va dedicado a mi patria chica. Espero que ese cariño y esa pasión por conocerla se vea manifestado en este trabajo.

ÍNDICE

RESUMEN	10
INTRODUCCIÓN	13
I. LA CONSTRUCCIÓN DEL PENSAMIENTO HISTÓRICO. POSTURAS TEÓRICAS	23
El discurso ideológico en la escritura de la historia	36
Hacer hablar al texto. El discurso historiográfico y su metodología de análisis	42
El modelo de historia. El falso positivismo y el dilema del Ranke mexicano	48
La historiografía liberal frente a la historiografía conservadora	51
II. CONDICIONES DE LA HISTORIOGRAFÍA EN EL ESTADO DE HIDALGO 1890-1940	55
Las tendencias temáticas y metodológicas como categorías analíticas	67
Historia, geografía y estadística: una tendencia temática del siglo XIX	68
<i>Estadística</i>	69
<i>Geografía</i>	70
<i>Antropología y arqueología</i>	71
Política y poder: su injerencia en la producción de textos históricos	72
El aspecto educativo de las obras historiográficas	74
Los inicios de la escritura de la historia en el estado de Hidalgo	76
III. LUIS A. ESCANDÓN: PIONERO DE LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA EN HIDALGO	87
Luis A. Escandón y el estado de Hidalgo	96
Su idea de la historia	100
La obra de Luis A. Escandón	102
<i>Tras la huella de la mítica Tollan</i>	102
<i>Olvido y omisión de la historiografía: el culto al phallus huasteco</i>	110
Opiniones a su obra	114

IV. BIBLIOFILIA E HISTORIA: VICENTE DE PAULA ANDRADE	121
Vicente de Paula Andrade y el estado de Hidalgo	131
Su idea de la historia	133
Estructura de la obra	138
Opiniones a su obra	143
IV. CANUTO E. ANAYA: REFLEJO DE LA GENERACIÓN INTELECTUAL MOLANGUEÑA	157
La obra de Canuto E. Anaya	163
La idea de la historia en Canuto E. Anaya	168
Organización de la obra	180
Opiniones a su obra	183
V. HACIA UNA HISTORIA GENERAL DEL ESTADO DE HIDALGO: LA OBRA DE TEODOMIRO MANZANO	191
Los motivos del profesor Manzano	198
La idea de la historia	204
Su obra	206
Estructura de la obra	211
Opiniones a su obra	220
VI. ANÁLISIS Y PLANTEAMIENTO. PERSPECTIVAS PARA EL SIGLO XX	229
La historiografía hidalguense y su implicación ideológica	236
La historiografía regional y la educación	244
El impulso de nuevas temáticas: la historia económica	248
Antropología emergente. El Mezquital como centro de las investigaciones	252
CONSIDERACIONES FINALES	261
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	275

RESUMEN

El pensamiento histórico en el estado de Hidalgo, es el estudio del conjunto de ideas que dan origen a la historia escrita o historiografía dedicado a esta entidad federativa entre 1884 y 1940, por surgir en este periodo la historiografía regional hidalguense. A través del análisis de la obra de cuatro escritores, este trabajo tiene la finalidad de explicar cómo fue construida la historiografía regional —entendida historiografía como la escritura de la historia— en el contexto de un estado creado en 1869, en medio de los distintos vaivenes políticos que se sucedían en el entorno nacional y en los que estaba inmerso la concepción del pasado mexicano. Este estudio muestra que los distintos proyectos de nación en el país, liberal o conservador, se manifestaron en la temprana historiografía.

El análisis historiográfico del discurso, herramienta metodológica que priva a lo largo de este trabajo, permitió identificar elementos ideológicos de cada autor, fuera liberal o conservador, a través de sus obras donde se manifestó implícita o explícitamente. Asimismo, explica cómo las influencias intelectuales y la formación profesional de los autores tienen también injerencia en su idea de la historia, que en ese entonces lucha por ser considerada científica.

Las diferentes herramientas metodológicas que proporcionan las ciencias sociales empleadas en este trabajo muestran que al día de hoy ya no es posible estudiarlas de manera aislada; y es que por su carácter social, los libros analizados tuvieron ante sí distintas connotaciones políticas, religiosas, económicas y educativas. Esto es lo que llevó a titular el trabajo como *pensamiento histórico*.

Las obras son analizadas en el manejo de sus fuentes de información, en la crítica que tuvieron y en la trayectoria de sus autores. Con esto, se observa que la escritura de la historia está influida por los intereses y el pensamiento de la época.

Asimismo, *El pensamiento histórico en el estado de Hidalgo* hace patente la necesidad de hacer ciencia de la ciencia, esto es, hacer una reflexión y análisis del quehacer del historiador y entender la evolución que ha tenido esta disciplina, que en el caso del estado de Hidalgo, cumple sus primeros 150 años de vida.

ABSTRACT

El pensamiento histórico en el estado de Hidalgo is a study of the first local history's books about Hidalgo state. Through analysis of the work of four writers, this document wants to explain how it was built the historiography, understood like history written, in a state with a few decades to be founded in Mexico, between of complicated political circumstances included the view of how understand the Mexican past.

This study shows the different nation's projects in Mexico were seen in the early historiography in Hidalgo, a period between end of the nineteenth century and the beginning the twentieth. Through discourse analysis as a methodological tool, it's explained the way of the ideology in each writer, as well as liberal and conservador, has been manifested clearly or not, in the process of writing local History. Evenly, the document explains how the intellectual influences and the professional career have intervention in their own idea of History, which at that time fight for a scientific status.

El pensamiento histórico en el estado de Hidalgo has like objective put into practice the different methodological tools who are provided by social sciences and show nowadays it's not possible study them in a separated form; because their own social properties, the books analyzed have political, religious, economics and educative features.

This document analyzed the books in four angles: their theory, sources' information handling, the critique have been the books, and the storylife of their authors. Consequently, it is claimed that the History writing it's influenced by the interests and thinking of the own age.

Moreover, *El pensamiento histórico en el estado de Hidalgo* it makes clear the need to do science of the science, that is, a reflection and analysis of the historian task and understand the evolution of the historiography; in this case, in Hidalgo state, because memorializes his first one hundred fifty years old.

Después de todo, ser histórico no es propiedad exclusiva de las personas llamadas historiadores, es una obligación de todos los científicos sociales.

Ser sociológico no es propiedad exclusiva de ciertas personas llamadas sociólogos sino una obligación de todos los científicos sociales.

Los problemas económicos no son propiedad exclusiva de los economistas, las cuestiones económicas son centrales para cualquier análisis científico-social y tampoco es absolutamente seguro que los historiadores profesionales necesariamente sepan más sobre las explicaciones históricas, ni los sociólogos sepan más sobre los problemas sociales, ni los economistas sepan más sobre las fluctuaciones económicas que otros científicos sociales activos.

En suma, no creemos que existan monopolios de la sabiduría ni zonas de conocimiento reservadas a las personas con cierto título universitario.

IMMANUEL WALLERSTEIN, *Abrir las ciencias sociales*, 1975.

INTRODUCCIÓN

Que los grandes historiadores del pasado dejen el humilde lugar que ocupaban en las notas a pie de página y se conviertan en objeto principal de estudio.

Y aceptar de una buena vez que la verdad histórica no es una sino múltiple según los lugares y las épocas, lo cual podrá darnos algún día una historiografía rica, multiforme, como lo son las historias de la filosofía, la literatura y el arte. ¿Se nos ocurriría indignarnos con un poeta o un filósofo porque nos dan una visión parcial de la realidad, *su* visión? ¿Por qué el historiador ha de ser de distinta naturaleza de ellos?

RAMÓN IGLESIA, *El hombre Colón y otros ensayos*, 1944.

LA TESIS que hoy se presenta estudia el pensamiento histórico del estado de Hidalgo: su nacimiento y su perspectiva ideológica. A través del análisis del discurso historiográfico como herramienta metodológica, en un periodo comprendido de 1884 a 1940, se analiza la obra de cuatro escritores que desempeñaron el papel de precursores: el periodista Luis A. Escandón, los canónigos Vicente de Paula Andrade y Canuto E. Anaya y el profesor Teodomiro Manzano. Sus trabajos han sido analizados bajo el enfoque teórico multidisciplinario que ofrecen las ciencias sociales, en especial lo referido al análisis de textos y del contexto histórico.

A través de su trayectoria profesional y sobre todo de su obra, ha sido posible comprender la evolución de la historiografía mexicana a la luz de las corrientes intelectuales de finales del siglo XIX y principios del XX. El periodo responde a que la producción historiográfica del país encontró un ritmo constante hacia la década de 1890 cuando el régimen de Porfirio Díaz alcanzó su máxima expresión política y coincide además con la aparición de las primeras obras historiográficas en Hidalgo para llegar a la década de los treinta en la cual la historiografía mexicana pasa por un proceso de cambio que daría lugar, a partir de 1940, a la irrupción de nuevas corrientes de pensamiento así como de la fundación de instituciones de investigación y docencia históricas. El periodo de 1884 a 1940 se encuentra

caracterizado por la presencia del liberalismo y conservadurismo como marco político-social que permeó sobre la escritura de la historia en México.

Identificar e interpretar las principales formas de hacer historia en el estado de Hidalgo a partir del análisis de las obras históricas de cuatro autores en el último tramo del siglo diecinueve y principios del veinte es uno de los principales objetivos de este trabajo. Se intenta sugerir que es posible entender el pensamiento histórico en Hidalgo y establecer sus relaciones entre sí en tanto forman parte de una tradición común de ideas, muy propias de la época en que vivieron y escribieron. Cuando tenemos a la mano un libro surge esa necesidad, inherente al ser humano, curiosa sin más, de conocer qué hubo detrás de él, de su elaboración, desde la pluma del autor hasta ver sus ideas en las rotativas de la imprenta y finalmente exhibirse en un aparador de librería o bien, en los estantes de una biblioteca. Asimismo, al leerlo y depositarlo de nuevo en su reposo, intentamos comprender su lectura, entender su trama, explicar su contenido, en fin, interpretarlo.

Mientras leía y coleccionaba cuanto libro, folleto o revista referentes a Hidalgo, me preguntaba no sólo de su confección sino de su elaboración intelectual, por qué tal o cual idea, por qué tal o cual interpretación, qué intención implícita o no conlleva, qué implicaciones sociales o políticas lleva el texto entre sus líneas. Habrá quien pregunte por qué dicha etapa y por qué dichos autores. Al momento de orillarme al tema de la historiografía, yo mismo lo cuestioné. Intentaré responderlo, con el riesgo de no hallar una respuesta satisfactoria.

El siglo XIX es el siglo de las configuraciones sociales, políticas, culturales que habrían de definir a un entonces recién nacido país y un recién nacido estado de Hidalgo. Época de convulsiones, de constantes enfrentamientos con potencias extranjeras, pérdidas territoriales y de anhelos por constituirse como entidades independientes a costa de otras de cuya administración poco obtenían. Los habitantes del segundo distrito militar —término que indicaba la división del entonces extenso estado de México durante 1862 por la invasión francesa—, demostraron que podían gobernarse por sí mismos. Después de casi una década y cuando las condiciones políticas y sociales así lo permitieron ocurre, con fecha de 16 de enero de 1869, el nacimiento de una nueva entidad federativa, Hidalgo. Surge

entonces una forma de conciencia histórica, en dejar sentadas las bases para construirle una historia, para dejar plasmado en ella su devenir como entidad federativa, por conocer su pasado y con ello comprender su propia época, su propia vida. Pienso que la historiografía, núcleo de este trabajo, brinda la posibilidad de hacer un balance sobre lo que se ha producido, quién lo ha producido y en qué forma. Este análisis intenta aportar un punto de vista acerca de la naturaleza y la función del pensamiento histórico —tarea de la historiografía— de medio siglo porque es el cimiento para quienes se dedicaron a la escritura de la historia regional hidalguense. Más allá de analizar una obra, busco analizar las concepciones que le dieron origen y establecer ciertos modelos teóricos que las justifiquen. Como todo trabajo exigido en los medios académicos busco identificar sus componentes estructurales y no mi juicio si la obra es mejor que la otra o la más correcta. Todas, como las hay en la actualidad, fueron obras de su tiempo, pero, sobre todo, de sus compositores, de sus autores. Por tanto, consideré necesario comenzar a rastrear la historiografía hidalguense desde sus inicios y con el tiempo, en hacer un balance general de la historia regional en nuestros días movido, entre muchos otros motivos, por ser lector y consumidor de ella, y de ser al mismo tiempo, con modestas pero apasionadas contribuciones, productor de la misma.

Elegir autores es, ante todo, un trabajo arbitrario y que puede dar pie a inconformidades o a ciertas injusticias para un autor omitido o poco mencionado. No está en mi juicio determinar a algún autor representativo, pero sí los que hayan servido o sirvan como modelos reconocidos de concebir la historia: Luis A. Escandón, Vicente de Paula Andrade, Teodomiro Manzano y Canuto E. Anaya cuyas figuras conllevan cierta posición como conceptualización histórica y que ésta no sólo depende de sus obras, de la información vertida en ellas ni de las corrientes interpretativas que usaron para explicarla sino también de sus respectivas visiones de la historia. Me preguntaba en un principio, si eran los únicos, si eran los más reconocidos, si eran autoridades en la materia; es fácil caer en esa vía con la consecuencia de hacer un trabajo que se desviva en halagos y valoraciones benévolas y de redención. Pero por mucho tiempo y aún en la actualidad, las obras de dos de ellos alcanzaron notable proyección para las producciones posteriores;

en cambio de los restantes, el desconocimiento ha ensombrecido su aportación a la historiografía regional hidalguense.

Como antecedentes puede mencionarse que conocí el trabajo de Luis A. Escandón a partir de la publicación de un extracto de su obra en 2006, cuya edición estuvo a cargo de Enrique Rivas Paniagua quien editó el texto original desde el *Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Hidalgo*. Al principio, leí el texto como cualquier otro. Cuando llegó el momento de elegir un tema de tesis, lo contemplé seriamente sobre todo por dos cuestiones importantes: la primera de ellas, que como autor fue prácticamente, o sigue siendo, desconocido. Los aspectos de su vida se encontraban diseminados en los periódicos de la época y era necesario construirle por lo menos una modesta biografía, la cual no alcanzó a consignar Rivas Paniagua, precisamente por la gran dificultad para conocer sobre el personaje; a tal grado era el desconocimiento que se tenía de Escandón que ni siquiera podía averiguarse su lugar y fecha de nacimiento, ni de su lugar en la vida cultural y política del estado; la segunda, el hecho de recuperar su obras y circularlas nuevamente (esa fue la idea inicial del editor), en especial *Etnografía y arqueología del estado de Hidalgo*, obra manuscrita, que fue llevada a la exposición de Nueva Orleans, de la cual Rivas Paniagua tampoco tuvo acceso en el momento en que preparaba la edición y de la cual se especulaba su paradero, esto es, se creía que dada las características de la obra, bien pudo quedarse en territorio norteamericano aunque se abría una pista, y una esperanza al mismo tiempo, que tan *rara avis* como fue calificada por Rivas, estuviera resguardada en México, y aún más, en Hidalgo. De esa forma fue que me di a la tarea de encontrar varios destellos de su actuar en las publicaciones periódicas. Ellas me permitieron por lo menos, conocer quién fue Luis Alfonso Escandón y cuáles eran los motivos por los cuales había llegado a Hidalgo, de Michoacán originario, y estudiar su obra para que, con ello, sacarlo del olvido historiográfico en el que aún se encuentra.

Canuto E. Anaya es otro de los historiadores que también llamaban mi atención. La casi imposible forma de hallar su *Bosquejo histórico geográfico de la*

*diócesis de Tulancingo*¹, hacía que el interés se volcara con mayor ímpetu. Gracias a la edición reciente auspiciada por la arquidiócesis de Tulancingo, pudo conocerse en tiempos actuales. Sin embargo, carece de un estudio preliminar, de información que permitiera al lector actual situar la obra en la época en que fue escrita, y de la misma forma que con Escandón, no existen hasta ahora más datos biográficos del padre Canuto Anaya más que de su origen molangueño y de sus trabajos en las diócesis de León y en la ya citada de Tulancingo.

En la lista se encuentra el canónigo Vicente de Paula Andrade. Se conocen de él sus *Efemérides pachuqueñas*, salidas de las prensas en medio de la convulsión que generaba la Revolución. Dada la importancia de la obra para la ciudad capital de Hidalgo, era imprescindible contar con ella. De la misma forma, permanecía con cierto desconocimiento dado el cortísimo tiraje de la misma, de ahí la necesidad de su reimpresión en 1986. A partir de las lecturas realizadas para este trabajo, hallé noticia que el canónigo Andrade logró elaborar dos trabajos más para Hidalgo, en los municipios de Apan y Alfajayucan. Me di a la tarea de localizarlos y dentro de esa búsqueda, encontré dos trabajos suyos que decidí no dejar fuera aun cuando ya no se refiera directamente a la entidad sino a Puebla y dos de sus municipios serranos: Huauchinango y Zacatlán; la razón de incluirlos fue por la relación existente con Hidalgo y principalmente con la diócesis de Tulancingo; de hecho, en el trabajo para Huauchinango lo elaboró en conjunto con su amigo Canuto Anaya.

Finalmente, cierro con Teodomiro Manzano. Confieso que con él es sumamente fácil caer, para quienes estudiamos el pasado hidalguense, en halagos y reconocimientos, por demás merecidos a su obra. Sin embargo, he preferido tener para con Manzano y su obra, no necesariamente una visión objetiva a ultranza, pero sí con interpretaciones que permitan dimensionar la obra de este célebre profesor.

El primer capítulo trata de los referentes teóricos bajo los cuales se apoya este trabajo, sobre todo en las herramientas metodológicas y conceptuales para explicar las obras de los autores citados. Aquí, y a lo largo de la tesis, es importante tener en cuenta el concepto que la envuelve: la historiografía. Aun cuando habrá de

¹ Canuto E. Anaya escribía “diócesi” para indicar singular. Al día de hoy diócesis aplica para singular y plural. Por esta razón, se respetará el título tal y como el autor lo escribió.

profundizarse teóricamente esta se entiende no sólo como el conjunto de obras históricas sino también el análisis de la escritura de la historia y cómo un autor transmite el conocimiento histórico. Es a la par, la historia de la historia.

En el segundo capítulo se hace una explicación de las condiciones políticas y sociales en las cuales se desarrolló la historiografía regional hidalguense, así como una propuesta para caracterizar cada una de las etapas en la cual ésta fue presentándose, en función de ciertas coyunturas que le dieron origen. Dentro de la etapa inicial, de la que se ocupa el primer capítulo, se revisan dos etapas que influyeron en dicha escritura de la historia, el porfiriato y la Revolución mexicana, en las cuales se da un breve panorama de los estudios regionales en el país.

Luego, los capítulos III al VI son los estudios de los autores más representativos del periodo ya mencionados. La disposición de este orden va en función del orden de aparición de sus obras más representativas. Consciente estoy de no haber incluido a otros historiadores locales hidalguenses como Tomás Domínguez Illanes de Huichapan, José Luis Cosío y Soto de Tulancingo o Abundio Lara originario de Xochicoatlán cuyas obras apenas si son identificadas o sólo han sido citadas en ciertas ocasiones; de algunas, hasta el momento, no se cuenta con ellas; sin embargo, aun cuando son coetáneos del periodo de estudio, sus trabajos históricos dedicados a Hidalgo fueron publicados de manera tardía, aunque en efecto con ciertos resabios del pensamiento histórico de la época. En todos los autores se hizo una breve aportación biográfica con tal de presentar a los autores, las críticas que se han hecho a su obra, quiénes han utilizado sus trabajos, el análisis de sus fuentes y su discurso, buscando sobre todo frases u oraciones que llevaran consigo una carga ideológica así como la proyección de su obra en el ámbito regional y nacional.

El capítulo III, dedicado a Luis A. Escandón muestra a uno de los pioneros de la etnohistoria hidalguense pues relacionó el estudio de la arqueología con la etnografía actual en regiones como la Huasteca y el Mezquital. Dado que su proyecto era contemplar todos los distritos del estado de Hidalgo, a este autor se le considera como el primer historiador que tuvo la entidad y cuyo proyecto sin embargo, no fue concluido; así como explica el por qué de su olvido.

El capítulo IV está dedicado a Vicente de Paula Andrade, canónigo originario de la Ciudad de México. En Vicente de Paula, al analizar buena parte de su trayectoria intelectual, se explica su modo de comprender la historia, vista desde lo eclesiástico así de las formas particulares que tuvo para allegarse de información. El capítulo expresa el ambiente intelectual que le hizo tener fama de erudito pero tampoco exenta de algunos episodios que sus críticos han exaltado con cierta dureza atribuyéndole ciertos calificativos que ponen en duda su credibilidad. También se explican las motivaciones que lo orillaron a dedicar algo de su obra al estado de Hidalgo.

El capítulo V es para el padre Canuto E. Anaya. Tanto este capítulo, como el de Escandón presentan por primera vez algunos intentos biográficos de estos autores pues la información se hallaba prácticamente diseminada, y en cierto modo desconocida. El padre Anaya era más conocido por su obra que por sus motivaciones para escribir la historia; la aportación de esta tesis radica en explicar cómo su ambiente intelectual propició su inclinación por estos estudios, un ambiente intelectual que trascendió fronteras, el de su lugar de origen en la Sierra Alta de la entidad así como presentar un texto inédito que refleja su pensamiento.

El capítulo VI se consagra a Teodomiro Manzano, el autor más prolífico de la época por las constantes ediciones que se hicieron de su obra cuyos temas, principalmente los históricos, tuvieron como intención servir como libros de texto en las escuelas primarias donde fue profesor. En Manzano, se explicarán las condiciones de cómo construyó su obra y de cómo ésta llegó a trascender fuera del ámbito escolar para convertirse en importante referente regional.

En el capítulo VII se integran los análisis fragmentarios de los autores mencionados con el fin de plantear las propuestas de este trabajo, encaminadas a caracterizar la primera etapa de la historiografía regional y sobre todo para comprender los intereses temáticos, motivaciones ideológicas y otras condiciones bajo las cuales fue creada, pensando sobre todo en que el capítulo sirviera de puente para continuar con otra etapa que comprende los años entre 1940 a 1980 en que la escritura de la historia evoluciona del paradigma decimonónico estudiado así como hacer mención del diálogo entre la historiografía y las ciencias sociales y

de cómo se corresponden entre sí para explicarse los fenómenos que ocurren en un espacio y en un tiempo.

Asimismo, esta tesis pretende mostrar la evolución de la trayectoria de la disciplina histórica. Al día de hoy, como una reflexión previa, señalar que un historiador ya no es el narrador si el sólo descriptor de hechos. Hay tras de sí una interpretación, un análisis crítico, confronta, espiga, generaliza. A diferencia de los autores estudiados, ya no es su pretensión de “búsqueda de la verdad” sino explicar los sucesos históricos, sean de corta o larga duración y dentro de un contexto específico. ¿En qué medida se puede conocer el pasado?, ¿el presente define el pasado? Es aquí donde entran en juego la metodología, los procesos, relaciones causales, la intencionalidad del autor, una hipótesis de trabajo y sobre todo ser sino lo más objetivos posibles sí lo más parciales. Sea el presente trabajo para abonar respuestas a estos ejercicios reflexivos de la historia y las ciencias sociales en general.

CAPÍTULO I

LA CONSTRUCCIÓN DEL PENSAMIENTO HISTÓRICO.

POSTURAS TEÓRICAS

SE DENOMINA pensamiento histórico al conjunto de ideas y proposiciones discursivas que reflejan las dimensiones epistemológicas, ideológicas y estéticas vertidas en las obras historiográficas. La conjunción de estas dimensiones da lugar al estilo historiográfico de un autor que, al elaborar su obra, combina información y una estructura narrativa para explicarlos, y desde luego, el contexto social en las cuales aparecieron.

La intención es destacar cómo cada uno de los autores mencionados trama un proceso histórico y he aquí que se parte del supuesto que la forma que dan a su relato tiene implicaciones ideológicas en consonancia con sus ideas específicas del contexto e intencionalidad que le imprimieron. Es así como en este trabajo se da cuenta de toda una serie de consideraciones acerca de la caracterización de las obras de los cuatro autores ya mencionados. Se expone aquí el planteamiento teórico y metodológico que lo sustentan y los planteamientos futuros que habrían de continuarse a partir de este trabajo.

Para alcanzar el objetivo planteado se pretenden conocer algunos aspectos de la trayectoria como historiador, así como sus influencias ideológicas e intelectuales y el análisis de sus obras más representativas. Todo ello enmarcado en el contexto social, cultural y político de la época pues permite comprender la circunstancia en que esas obras aparecieron y sus modos específicos de construir la historia hidalguense. El análisis del discurso es la herramienta sobre la cual habrá de apoyarse este trabajo y sobre el cual valen algunas consideraciones.

Presentar a los autores con su pluralidad de voces e interpretaciones abre el camino para la elaboración de un discurso histórico, es decir, mostrar por qué y cómo fue gestándose en ellos la idea de dotarle de historia a una entidad federativa, Hidalgo, y cuáles fueron las tentativas e intenciones que se llevaron a cabo para construir la historiografía regional. El análisis se orienta a la producción de un autor, de una corriente historiográfica, de los diversos textos sobre un tema, de las tendencias de una época, de las fuentes utilizadas, las líneas de interpretación y las críticas hacia las obras, en suma, de su visión de la historia.

El análisis parte de situar al autor en el campo de la producción académica de su época, de su idea de historia, esto es, trabajar en el conocimiento de un autor y

de su obra para descubrir su propia imagen de la realidad, de las herramientas que utiliza, de cómo concibe lo que hace, en fin, de interrogarlo y dilucidar su pensamiento. Así se entiende el fenómeno de hacer hablar a un autor.

Ahora cabe cuestionarse en qué medida establecer un diálogo con él y tender aquel puente entre su tiempo y el nuestro. En primer lugar aclarar, aunque sea de suyo más que evidente, que dicha unión generacional se logra a través de su obra escrita, lo que se denomina como obra historiográfica. Anteriormente, las revisiones críticas de los textos se ocupaban de restablecer el verdadero significado de su contenido, su versión auténtica. Cuando Immanuel Kant señaló el papel del sujeto en la generación del conocimiento, enfatizó que un texto, una pintura, una escultura, fueron vistos como una manifestación corpórea de las ideas de su creador. La obra no era concebida como reflejo de la realidad en sí misma, sino como reflejo de los designios del autor, de sus pensamientos y emociones (Kant, citado en Bauman, 2007: 9). El autor en su contexto.

Hablar de historiografía es ante todo hablar de ideas. En sus clásicas definiciones se le considera como el arte de escribir la historia. Con este trabajo pretendo acercarme al pensamiento historiográfico de una entidad federativa mexicana, Hidalgo, a partir de las obras producidas en un periodo marcado por diversas convulsiones políticas y sociales que en cierta medida habrían influido en el ejercicio de escribir la historia. Por tanto, en una obra historiográfica y su respectivo discurso, confluyen creencias, pensamientos e ideas de ese determinado periodo con la intención de revelar cómo se concibió la disciplina en ciertos territorios. Un punto de partida es la ubicación del objeto de estudio dentro del campo del conocimiento.

La investigación que se realiza se ubica dentro del campo de la historiografía. Existen diversas acepciones para esta palabra como la primera que menciono líneas arriba. Evelia Trejo encuentra que este concepto está susceptible de ser percibido de diferentes formas. Se conciben tanto como una obra histórica producida por un escritor como la disciplina encargada del estudio de la realidad histórica; una acepción más refiere el estudio, examen o reflexión del trabajo de un historiador (Trejo, 2009: 29). La postura que se acerca al presente estudio es la que

va referida a conocer la forma y el sentido del quehacer histórico. Consideré, por tanto, la revisión que ella y otros autores proponen como José Gaos, Antonia Pi-Suñer, Álvaro Matute y Hayden White.

Gaos define la historiografía como una expresión de lo histórico. Que la expresión a su vez conlleva a la comprensión, esto es, que esta disciplina pretende comprender una obra histórica que una explicación de manera causal. En vez de hablar de la Edad Media y Renacimiento, el ejemplo que plantea, explica más bien la comprensión de las ideas medievales y renacentistas (Gaos, 1974: 249).

Para el caso mexicano y cercano al periodo estudiado se encuentra *Historiografía mexicana. En busca de un discurso integrador de la nación 1848-1884* (2001) coordinado por Antonia Pi-Suñer Llorens. En dicho texto se revela la intención de mostrar a los historiadores y sus obras no como un conjunto de datos que pueden extraerse por sí mismos sino como objetos de estudio y al mismo tiempo cómo estos hombres han concebido la historia de México. Aquí, el criterio para su estudio fue agruparlos por el género historiográfico que los caracterizó a partir del por qué y cómo se fue gestando una idea de dotar a la nación de una historia general y cuáles fueron los intentos que se llevaron a cabo para escribirla (Pi-Suñer, 2011: 9-30).

Un tercer texto, es la tesis de doctorado de Evelia Trejo quien saca a la luz *Los límites de un discurso. Lorenzo de Zavala, su "Ensayo histórico" y la cuestión religiosa en México* (2001). En este estudio Trejo no hace una aportación indicativa de lo que pasaba en México con la cuestión religiosa en el tiempo que Zavala consideró dentro de su relato sino más bien cómo Zavala expresa a lo largo de su texto acerca de ella, es decir, no contar qué pasaba sino cómo daba significado a eso que pasaba. En su estudio introductorio Trejo pone sobre la mesa algunas apreciaciones tomadas de Gaos en cuanto la defensa de la subjetividad del quehacer histórico y por tanto, recupera algunos aspectos de su vida que permiten visualizar a un hombre que en un momento dado decide escribir una historia. De esta forma divide el trabajo en capítulos dedicados a la vida del autor como escritor, editor e historiador y el análisis historiográfico de la obra en sí misma (Trejo, 2001: 24).

Bien podrían enunciarse tantos trabajos como aparecen o que van hallándose en el curso de este estudio. Es evidente que sería ya innecesario continuar, no obstante, es preciso detenerse en este punto, antes de continuar con el siguiente apartado, pues no puede dejar de mencionarse que ha sido la tesis de Álvaro Matute, *Lorenzo de Boturini y el pensamiento histórico de Vico* (1976) con cuya propuesta también existe cierta inclinación. En dicha tesis, el autor realiza una historia de la historiografía al establecer las relaciones metodológicas existentes en una obra historiográfica y las ideas del cual depende, esto es, hacer una crítica de la obra de Lorenzo Boturini que aplicó el método de historiar la cultura náhuatl basado en el mismo modelo, con las adaptaciones que creyó necesarias, que usara Giambattista Vico para la cultura grecorromana. Esto es, Matute busca identificar la influencia que existe entre ellos. Además, de encargarse de contextualizar a los autores y sus obras a partir de las críticas, comentarios, estudios introductorios que hicieron de éstos, una crítica de la crítica, y desde luego, se historiza una obra, la convierte en objeto de estudio más que para definirla sí para comprender cómo fue concebida (Matute, 1976: 29-32).

La tesis de Matute es particularmente esclarecedora en tanto realiza un análisis historiográfico, que pareciera prescindir de la teoría pero que no la deja al margen, no la excluye. Asimismo, permite dilucidar entre dos elementos a los que suele caerse con facilidad en este tipo de análisis: el estudio de un autor, o bien, el estudio del pensamiento de ese autor, que aun cuando se relacionan mutuamente, son dos objetos de estudio distintos. En este caso, se recurre a establecer una diferencia entre la biografía y las trayectorias de vida. Se eligen las segundas como recurso metodológico en tanto se recogen aquellos aspectos de la vida de un autor relacionados con su obra y con las influencias intelectuales o teóricas que hayan permeado en su pensamiento; a propósito de lo anterior remito a la lectura de otro muy esclarecedor texto, “La construcción del relato de implicación en las trayectorias profesionales”, de Elvia Taracena (2002).

Otros autores como Rodrigo Díaz coinciden en estudiar el lugar que ocupa el autor en las estructuras sociales, en su horizonte histórico y cultural. Sugieren que la crítica parta de plantearse qué fabrica el autor cuando hace historia, en qué

trabaja y qué produce; posteriormente sugieren ubicar el lugar de la producción literaria entre las demás obras de un autor, de una época o una tradición; desde el punto de vista del autor refieren el estudio de sus inquietudes, de sus preferencias o prejuicios explícitos o no en su obra; esto, a su vez, conlleva a familiarizarse con las corrientes de pensamiento sin asignar juicios pero sí explicitarlos. Javier Rico propone la revisión desde la sucesión de temas, objetos, métodos, paradigmas y perfil de los historiadores; Eugenia Roldán, por su parte, lo sugiere desde la obra, la importancia que tuvieron, el número de ediciones, la distribución, así como la revisión de su estructura, el estilo, las fuentes, y las explicaciones (Díaz, 2009: 127-132; Rico, 2009: 199-211; Roldán, 2011: 491-524).

La tesis que se presenta ahora, ha tomado como referencia al escritor noruego Hayden White y su libro *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (1992). El texto es un análisis de las principales formas de conciencia histórica en cuatro pensadores en Europa: Jules Michelet, Leopold von Ranke, Alexis de Tocqueville y Jacob Burckhart como historiadores y Wilhelm Hegel, Karl Marx, Friederich Nietzsche y Benedetto Croce como filósofos de la historia. En este estudio, pretende poner de manifiesto por un lado una clasificación de la producción histórica por escuelas y corrientes, lo que White denomina dimensiones manifiestas, y por otra parte los conceptos lingüísticos y estructurales bajo los cuales los pensadores mencionados explican o representan sus datos. Estos conceptos pueden verse desde la trama (romántica, trágica, cómica y satírica), desde la argumentación (formista, mecanicista, organicista y contextualista) y desde el modo de implicación ideológica (anarquista, radical, conservador y liberal). Este libro resulta fundamental para la comprensión del pensamiento histórico pues realiza en su introducción una compleja serie de explicaciones de carácter metodológico sobre todo porque explicita sus objetivos y sus formas de trabajo con las obras historiográficas.

El conjunto de estos trabajos permitirá ubicar donde se sitúa el que hoy se presenta y cuál es el enfoque para presentarlo, el de las ciencias sociales.

Las ciencias sociales en América latina, sobre todo, han demandado más estudios locales, en virtud de las ciencias sociales occidentales como universales. Si bien es cierto que no hay un rechazo abierto al conocimiento occidental —tan

sólo las escuelas historiográficas como el historicismo (Alemania), el positivismo y los Annales (Francia), por citar algunas, provienen de Europa— en ciertos países se ha intentado matizarse. De acuerdo con el *Informe sobre las ciencias sociales en el mundo. Las brechas del conocimiento, 2010*, hay noticia que en Irán hubo una suerte de mezcla de teoría local y occidental adaptada a los estudios de una región, esto es, con ejemplos de la historia de dicho país se relacionó la teoría de producción occidental con la formación del Estado iraní (Alatas, 2011: 178). Un grupo de autores encabezado por Roland Waast señalan que uno y otro enfoque, el conocimiento global y el conocimiento local, deben evitar la incompreensión distorsionada de la situación local, la omisión de datos locales relevantes y al mismo tiempo la excesiva concentración empírica, útiles para el estudio del contexto local, es decir, “un equilibrio entre el análisis a profundidad en los contextos locales y el diálogo con las ciencias sociales a nivel global” (Waast, Arvanitis y Richard-Waast, 2011: 182).

Si bien existe una separación epistemológica entre las disciplinas, a final de cuentas todas poseen objetos de estudio propios, no sería descabellado girar en torno a aquellos que son comunes, sobre todo al estudiar el pensamiento intelectual pues en ellos se estudia el contexto de la época y a su formación misma como tales.

Existe una cita de Álvaro Matute, a propósito de una entrevista, que define de manera sencilla y concreta el propósito de lo que hoy pretende mostrar esta tesis: “[...] en un cierto momento me sedujo la idea de analizar cómo se escribe o se construye la historia... creo que desde un inicio me interesó más esto que el conocimiento de la historia en sí o que el contenido de los textos de carácter histórico” (Salmerón y Speckman, 1999: 38).

A través del análisis de una obra histórica, se pretende mostrar el enfoque intelectual, científico o metodológico y de las condiciones sociales en que fue realizada. Se parte de la idea que el conocimiento histórico está enraizado a un modo de vida específico, a una sociedad y a un tipo de lenguaje. En el trabajo a desarrollarse interesa comprender cuál fue el pensamiento teórico bajo el cual está escrita una obra histórica en tanto señala las motivaciones que orillaron al autor a escribir la historia regional, sus influencias ideológicas, las temáticas en las que

pusieron mayor interés y las implicaciones sociales de su obra. Por tanto, este trabajo también pretende atender aspectos de carácter sociológico y antropológico ya que las dinámicas sociales de ciertas localidades hidalguenses, se piensa, inciden en la producción científica o de divulgación en las regiones de la entidad.

En cuanto a la connotación social del presente proyecto, al hacer un ejercicio de análisis y reflexión, podremos tener una mejor perspectiva del papel que juegan las ciencias sociales en México y en Hidalgo sobre todo enfatizando en el intento que hizo una disciplina científica como la historia para alcanzar tal reconocimiento apoyada en sus inicios por corrientes sociológicas. Así, podremos enfocarnos al conocimiento de sus problemas, intereses y necesidades sociales, como ejemplo, dotar de una mejor perspectiva a la enseñanza de la historia regional que fue sobre todo uno de los usos de la historia más recurrentes, incluso al día de hoy, en que el conocimiento de la historia en educación básica principalmente, sigue con el debate de cómo abordar y enseñar la historia. Entonces la relación entre escuela e historia garantiza la legitimación de un nuevo orden social y político, en el que saber y poder se conjugan para dar una visión particular de un territorio, espacio donde se determina qué enseñar y qué elementos deben dejarse de lado.

El día de hoy se escucha entre los medios intelectuales hablar de la multidisciplinariedad. Es cierto que la historia, como parte de las ciencias sociales, debe abrirse ante nuevas perspectivas, a plantearse mejor los problemas de la sociedad; hay una necesidad de historizar las disciplinas; la antropología, la sociología por ejemplo van de la mano con la historia, se yuxtaponen mas no se subordinan; por ello cuanto más carga de historia hay en las ciencias sociales, más se discute y cuestiona la función del campo histórico en la sociedad y en el ámbito del conocimiento, esto es, que las ciencias sociales no permanezcan aisladas entre sí, no perder los problemas históricos en su totalidad y replantear, este es uno de los objetivos de esta tesis, a la historiografía regional e introducir, con ayuda de las ciencias sociales, nuevas temáticas sin detrimento de campos ya existentes (De Gortari, 1990: 45-48; Chesneaux, 1998: 196). Asimismo, dada la perspectiva historicista de este trabajo ya Michel Foucault planteaba esta perspectiva como puente entre la historia y las ciencias sociales, en el sentido de enraizar el

conocimiento con “una vida, una sociedad, un lenguaje que tiene una historia” (Foucault, 1993: 361). Este pensador francés señala más adelante lo que podemos llamar un planteamiento metodológico del historicismo, del cual se desprende la historiografía, en tanto pone sobre la mesa a la comprensión y comunicación humana como el fondo de las organizaciones sociales y a la hermenéutica como reaprehensión del sentido manifiesto del discurso; y con ello concluye que es la historia la madre de las ciencias humanas, como también las denomina, pues apareció antes que éstas se formaran (Foucault, 1993: 356-362). Si lo que pretendemos es la comprensión de un texto, es preciso ubicar la vida y el contexto del autor, la relevancia que tuvo su obra en el tiempo en que apareció y asimismo, la relevancia que cobra ahora, en nuestro tiempo.

Lo anterior resulta en parte revelador y autorreflexivo: ¿en qué medida una obra histórica o un autor permanecen vigentes?, ¿por qué traerlos al presente?, ¿qué significan para nosotros sus obras el día de hoy? Fue por tanto que surge así la tarea de hacer un ejercicio acerca de cómo se concibe la historia de Hidalgo en el presente, quiénes la escriben, qué temas son recurrentes, qué regiones tienen mayores investigaciones de carácter historiográfico, cuáles son sus influencias, a qué objetivos responden, si generan debates u opiniones encontradas, o bien, qué uso se da a sus respectivos discursos históricos. Fue en ese momento en que para lograr responder con mayor claridad estos cuestionamientos, se consideró necesaria una investigación desde los inicios. De ahí la razón por elegir una etapa inicial, la de 1890 a 1940: “hay que ser ciudadano para re-narrar la historia; de algún modo, uno debe sentirse parte de la historia que relata”, sentencia John Pocock (2009: 9). No obstante, es importante precisar que no únicamente interesa la intención del autor sino averiguar en qué medida el contexto lingüístico determinaba esa intención y cómo influía ésta, en el contexto. Por tanto, en términos acuñados por Bourdieu, hagamos hablar a un autor.

A través del análisis de una obra histórica, se pretende mostrar el enfoque intelectual, científico o metodológico y de las condiciones sociales en que fue realizada. Se parte de la idea que el conocimiento histórico está enraizado a un modo de vida específico, a una sociedad y a un tipo de lenguaje. En el trabajo a

desarrollar interesa comprender cuál fue el pensamiento teórico bajo el cual está escrita una obra histórica en tanto señala las motivaciones que orillaron al autor a escribir la historia regional, sus influencias ideológicas, las temáticas en las que pusieron mayor interés y las implicaciones sociales de su obra.

Con la finalidad de acercarse al objeto de estudio, es importante considerar en primer lugar, la característica de este trabajo. De acuerdo con Armando Ulises Cerón, apoyado en sus planteamientos de Mario Bunge, hay tres formas de llegar al conocimiento: el acientífico o de sentido común; el pseudo científico, de ingenua y falsa ciencia; la protociencia, que posee un objeto serio de estudio pero sin llegar a un *corpus* teórico o experimental; el científico, que posee un método, es objetiva, sistemática, fundamentada y explicativa, entre otras cualidades; por último el metacientífico que estudia “no la realidad en bruto, sino a la realidad científica”.

Es en este sentido donde se inserta la presente tesis. También conocida como ciencia de la historia, la historiografía se encuentra dentro de este rubro pues una de sus características es el de “reflexionar sobre los procesos, definiciones, elecciones y rechazos, que ocurren dentro del quehacer científico dentro del contexto” (Cerón, 2017: 87).

Sólo por poner un ejemplo comparativo, la historiografía, de acuerdo con Helge Kragh, es en sentido estricto “escritura de la historia”; sin embargo, en la práctica no sólo es el conjunto de eventos del pasado escrito por historiadores, sino que también significa el conjunto de reflexiones teóricas de la naturaleza de la historia. Se convierte entonces en una meta-disciplina pues son dichas reflexiones teóricas objeto de su estudio (Kragh, 1987: 21). Cerón, menciona por su parte a la sociología de la ciencia como una metaciencia en el sentido de que ésta vincula las prácticas científicas con su contexto social “ya que el conocimiento científico no sólo depende de los intereses de sus practicantes, sino también influyen los intereses externos a la misma ciencia” (Cerón, 2017: 87). Otras disciplinas relacionadas son la metodología de la ciencia, la filosofía de la ciencia, la epistemología, la antropología de la ciencia, y desde luego la historiografía.

A todo lo anterior, habría que añadir, las salidas profesionales de los entonces recién formados como historiadores. Alfredo Ávila en su artículo “De

historiador, poeta y loco, todos tenemos un poco” cuestiona si efectivamente, los historiadores sólo se ocupan de estudiar el pasado, pero también señala que como líderes de opinión, como comunicólogos o incluso como docentes, es en efecto lo más socorrido para esta profesión. Asimismo, señala que ha sido la disciplina social que más ha entrado en competencia con los no historiadores en tanto éstos también buscan, desde la historia entender los fenómenos sociales propios de su área (Ávila, 2009). María Eugenia Arias, por su parte, identifica por lo menos a cuatro disciplinas, la geografía, la estadística, la sociología y la antropología (Arias, 2005: 19-51).

Es por ello que apelamos a la teoría de los politólogos como Roderic Ai Camp en tanto cuál es el papel que juega el científico social dentro de la sociedad, su vida intelectual, la forma en que está organizada, cómo se liga a los sistemas educativos, su relación con la vida política, y si el científico social desea permanecer independiente de la actividad política o cree que su responsabilidad profesional incluye la participación en ella y en la carrera gubernamental (Camp, 1988: 13-15). Por lo general, la separación entre el científico social y quienes toman las decisiones se ha visto como negativo, de ahí que se señale la falta de diálogo con la sociedad, saber qué es lo que quiere y no imponer el criterio propio.

Si bien ha habido menciones acerca de la producción histórica local hidalguense, el problema que planteo es que todos aquellos estudiosos del pasado de la entidad se han detenido poco a pensar en cuál fue el objetivo de sus obras y de cómo procedieron a realizarlas; asimismo, la intención es conocer las obras no tanto por sus resultados sino por sus concepciones, es decir, con qué procedimientos y sustentos se llevaron a cabo, cómo fueron producidos, a qué asuntos prestan mayor atención, bajo qué contexto social e incluso las motivaciones de sus creadores.

Por otra parte, Hira de Gortari Rabiela distingue dos tipos de historiografía: la hecha por los historiadores y la otra, por científicos sociales. Lo anterior responde a la incursión de las ciencias sociales en el presente objeto de estudio. Este autor da valiosas pautas para su desarrollo. Comenta el uso que tiene la historia para la explicación de fenómenos sociales estudiados por ellos y que, sin ser propiamente

historiadores, han concentrado su interés en su disciplina al vincularla con su ejercicio intelectual, sobre todo en la historia de las ideas (De Gortari, 1990: 45).

Sin el ánimo de caer en un excesivo localismo, esta tesis pretende abordar el pensamiento histórico del estado de Hidalgo a la luz de diversas disciplinas. Se ha considerado el análisis historiográfico del discurso como principal herramienta metodológica que es muy utilizado tanto en la historiografía como en las ciencias de la comunicación. Como la trayectoria vital de los autores estudiados, así como su obra historiográfica respondió a diversas circunstancias también fue necesario apelar a otras disciplinas que estudian con mayor profundidad diversas temáticas. Se abordan temas como el de la prensa, la educación, la política y la religión que por sí mismas son susceptibles de estudiarse.

La imagen de una sociedad, dice Charles Wright Mills, es una imagen histórica. La sociedad debe ser comprendida en relación con el periodo específico en que existe, continúa el autor. Apelamos aquí al conocimiento que brinda la historia para comprender apenas un sector de la sociedad, la de los estudiosos de la historia. Esto resulta importante puesto que habremos de comprender cómo evolucionó la historiografía, desde sus inicios, aislados, precientíficos, a su posterior institucionalización. Continúa Mills:

Para comprender y explicar los hechos contemporáneos y explicar los hechos comparativos tal como hoy se nos presentan, tenemos que conocer las fases históricas y las razones históricas de las variaciones de ritmo y de dirección del progreso o de la ausencia del progreso [...]. Hemos llegado a ver que las biografías de hombres y mujeres, los tipos de individuos en que se convierten diversamente, no pueden entenderse sin referencia a las estructuras históricas en que están organizados los ambientes de su vida diaria (Mills, 1957: 171).

Ha de matizarse, sin embargo, el alcance de este trabajo. Importante es señalar que no es aquí el sitio para hallar las biografías en sentido estricto de los autores. Ha interesado el sentido del papel que representaron cada uno de ellos dentro de las instituciones de las que formaron parte. Interesa por sobre todo, sus motivaciones al escribir la historia. Es cierto, fue necesario rastrear parte de su vida fuera del papel de historiador para darnos cuenta que entre ellos también hubo

entramados sociales: el uno, periodista; el otro profesor; dos más fueron clérigos. Cuando comprendimos esos rasgos, comprendimos a su vez las estructuras sociales y los cambios que ellos vivieron. Comprendimos el peso de su trayectoria profesional y en muchas ocasiones personal, que habrían de moverlos con el tiempo a escribir como lo hicieron y cómo a través del lenguaje historiográfico manifestaron también sus inquietudes y anhelos, sus preocupaciones y deseos intelectuales. El interés recae entonces en hallar esa ideología subyacente en su obra, fuera explícita u oculta.

El discurso ideológico en la escritura de la historia

La forma de abordar un acontecimiento histórico varía de acuerdo con cada época y con cada autor. Todo gira alrededor del momento en el que fue escrito y su particular forma de concebir la vida y el mundo. Y en tanto, un historiador al no concebirse fuera de una realidad social, se encuentra implicado en ella y por tanto en la obra que produce. En el debate sobre si las ciencias sociales, la Historia entre ellas, tienen la virtud de ser científicas o no, es cierto que la vida personal del historiador como un producto emanado de la experiencia, poco aportaría a la objetividad si en su obra están proscritas sus ideas y sus pasiones, pero también es innegable decir que a través de ellas es como comprende a la Historia: “¿Cómo juzgar otras experiencias humanas si no se cuenta con las propias?”, sentencia Josefina Vázquez (1975: 10).

Con este enfoque, se concibe el término *historiografía* como la relación existente entre lo real y lo escrito: la historia como acontecer y la historia como estudio de la realidad histórica, y ésta, a su vez, se integra con las obras historiográficas consideradas como una forma de expresión escrita. Historiografía es, por tanto, el testimonio documentado de un hecho con la ambivalencia de ser inteligible a partir del lugar de producción y de quien lo haya producido (De Certeau, 1993: 18-20; Gaos, 1974: 230-232). Es por ello que cada interpretación que se haga de la Historia, llevará consigo el interés y las motivaciones del historiador como un hombre de su tiempo el cual, por supuesto, también habrá de influir en su labor. La historiografía es una forma de comunicación escrita a través de la cual el historiador

logra transmitir un conocimiento histórico. Dicha comunicación irá cargada de expresiones intrínsecas y específicas, extraídas de ciertas ideas y pensamientos por parte del emisor con lo cual la historiografía toma varios caminos; esto da lugar a la corriente historiográfica.

Como lo señala Miguel León-Portilla, si nos referimos a los enfoques teóricos, ideológicos o filosóficos que permean en el estudio e interpretación de un acontecimiento, así como de la visión, postura o ideología del investigador, se habla de corrientes historiográficas o tendencias teóricas o ideológicas. En cambio, al estudiar los periodos, aspectos, personajes, instituciones, entre otros objetos de investigación nos referimos a una tendencia historiográfica o tendencia temática, la cual se convierte en tal cuando se concede especial importancia a cualquiera de dichos objetos, esto es, mejores aportaciones, estudios sobre determinados periodos, incremento en las investigaciones o llenar vacíos historiográficos (León-Portilla, 2015: 62; Villegas, 2015: 225).²

Si como señala Teun Van Dijk, una de las formas de analizar la ideología de la historia en los autores estudiados es a través de su obra, es conveniente tener algún indicio del sistema ideológico del autor mismo. No obstante, el análisis no debe concentrarse exclusivamente en los temas que fueron más relevantes para el autor sino también analizar el contexto. Luego, el texto es el resultado de las percepciones que el autor tuvo de la sociedad y sobre todo distinguir cuáles eran los intereses del autor sobre el lector, es decir, qué se entendía cuando se leían tales textos y dónde recaía el interés por leerlo (Van Dijk, 1980: 44; Chinchilla, 2014: 18-20).

Es así que la historiografía regional se entiende como aquella corriente historiográfica que relaciona la producción histórica en un espacio específico y delimitado por ciertas características sociales, culturales, económicas y geográficas: una región. Al hablar de región, configurada social y geográficamente, señalamos entonces que el hombre está situado dentro de un lugar donde se coexiste. La coexistencia implica la conjunción de varios individuos que conforman un grupo social.

² Autores como Gloria Villegas lo refiere como tendencias o corrientes interpretativas.

Por tanto, con los conceptos referidos y la teoría que enmarca este trabajo, referirse al tema de la historiografía regional en el estado de Hidalgo, es hablar del papel que juegan los historiadores y sus obras. Para ello se considera necesario estudiarlos en relación con el grupo social e ideológico que formaron y al que pertenecían. Por ello la teoría de las generaciones, como señalara Álvaro Matute, es una posibilidad para desarrollar un análisis historiográfico de manera más completa porque permite “establecer mejor los elementos comunes a un grupo aparentemente distinto de autores: el tiempo convivido por ellos. El tiempo puede dar un fondo común a actitudes, racionalizaciones e intereses diversos” (Matute, 2015a: 213). En la misma línea, Arias considera que la teoría de las generaciones permite “configurar las promociones del periodo y sugerir universos, el ‘mundo histórico’ de los sujetos, estableciendo una ‘zona de fechas’ o un ‘espacio temporal’; en este caso hablamos de 1890 cuando comienzan los primeros estudios históricos en México hacia la década del 1940 en la que puede hablarse de una profesionalización de los estudios en tanto la formación universitaria de historiadores (Arias, 2005: 16). Si bien este método puede ser discutido por verse reducido a una biografía colectiva, una generación se distingue por “la marca de convivialidad, actitudes comunes, creencias profundas más allá de las diferencias ideológicas” pero sobre todo lo que define a una generación es quizá “que coinciden un poco en todo y en todo discrepan un poco” (Ortega y Gasset, 2005: 35).

Hemos retomado estos conceptos en el sentido que nos permite configurar y dividir los periodos establecidos, que más adelante habrán de señalarse, y sugerir entonces sus mundos históricos y los sujetos. Aquí, me permití esbozar algunas hipótesis que habrán de convertirse, en la tesis esperada: quiero mostrar que los autores pertenecían a una élite intelectual, es decir, escribir en Hidalgo, suponía en ese momento un vínculo con ciertos ámbitos de política y poder, el hecho de ser publicados a instancias de los gobiernos habla que quien escribía tenía un cierto halo de autoridad. Por otra parte, quizá el hecho de que sean dos clérigos quienes formen parte de esta etapa pueda corresponder a que a la par, ellos querían formar su propia versión de la historia. De ahí que entre los objetivos particulares se contemple el estudio de sus intereses temáticos e influencias teóricas y que, en

efecto, mantenían ciertas intenciones concretas para escribir tal o cual tema o para ofrecer al lector un estilo historiográfico específico.

Asimismo, entender que lo histórico es cambiante, evolutivo y que, como práctica humana, el historiador estudia algo que considera valioso, y es aquí donde se corrobora la influencia de su propio interés (Gaos, 1974: 236-245). Toda esta revisión permite abrir una reflexión sobre el oficio de la historia en la época señalada. La idea es cómo valorar cada época y cada evento desde sus propios términos. Zermeño argumenta que la observación histórica ayuda a responder el por qué es relevante la historiografía puesto que la escritura es una forma de comunicación y que a partir de ella puede crearse una crítica documental; mediante esta crítica, es posible fijar la interpretación de los textos (Zermeño, 2002: 29-37). Por ello, para Michel de Certeau, un libro, un artículo, es el resultado y síntoma de un grupo; su estudio “se vincula al complejo de una fabricación específica y colectiva y no es tanto el efecto de una filosofía personal o la resurrección de una ‘realidad’ pasada. Es el *producto* de un lugar” (De Certeau, 1993: 76).

En efecto, toda producción académica es producto de un lugar, de circunstancias y coyunturas y, por ende, a distintas formas de pensamiento. Es aquí donde es momento de abrirle paso a la ideología. Definida de manera diversa, en términos generales la ideología es un complejo de ideas y creencias. Una visión del mundo propia de una sociedad y una cultura. Se relaciona con sistemas políticos o sociales y su función es la de legitimar acciones de un grupo determinado. Una ideología se convierte en tal cuando trasciende la opinión individual. Como es por definición partidista, una ideología pertenece a una comunidad delimitada y es parcial por sus afirmaciones; no puede generalizarse que la totalidad de sus miembros tengan el mismo pensamiento; y es aquí donde surgen ideologías, en plural:

Si son de derecha, la ideología es “el totalitarismo”, que engloba a la vez el marxismo y el fascismo. Si son de izquierda, la ideología es el pensamiento burgués, ya sea fascista o liberal. En ambos casos, la ideología no es otra cosa, según la frase de Raymond Aron, que “la idea de mi adversario” (Reboul, 1986: 18).

Como está asociada a cánones políticos, la ideología tiene un carácter combativo. Intenta imponer sus razones y pruebas, de la seducción a la violencia, de la censura a la denuncia. De ocultar o mostrar hechos.

Este punto es importante destacarlo por cuanto tiene relación con la presente tesis. Por naturaleza la ideología es disimulada, camaleónica. Es crítica pero pretende camuflarse. De acuerdo con Teun van Dijk, la comunicación ideológica puede ser más efectiva cuando los receptores no esperan, o casi no esperan, “implicancias ideológicas”, es decir, los hechos están separados, aunque en forma aparente, de las opiniones. Por tanto, hay dentro de su naturaleza una función persuasiva donde el emisor busca modificar la mentalidad del receptor, busca atraerlo. La ideología sirve a los grupos y a sus miembros en su organización y en el manejo de sus objetivos, sus prácticas sociales y la vida cotidiana (Van Dijk, 1999: 177). La ideología es adquirida y aceptada en la medida que un miembro decide hacerla suya; buena parte de ello depende a su posición y a sus intereses dentro del grupo. La ideología puede transmitirse, reproducirse.

¿Qué interés tiene esta tesis en la ideología? Dice al respecto Oliver Reboul:

[...] cuando se polemiza con un autor, se califica su pensamiento de ideología cuando se quiere subrayar que no es verdaderamente su pensamiento. Así, no se hablará de la “ideología” de Descartes, de Kant o de Marx. Se subrayará simplemente que estos autores están a veces condicionados, aun sin saberlo, por la ideología de su tiempo o de su medio. Esto se comprueba en las palabras-obsesiones de sus discursos, y más todavía en sus silencios, en lo no dicho que subyace a lo que dice.

[...] En resumen, la ideología no es el pensamiento del individuo; es el hecho de que este pensamiento se sitúa en un “ya pensado”, que lo determina sin que él lo advierta. Es la revancha del “se” sobre el “yo”, del “se habla” sobre el “yo pienso” (Reboul, 1986: 19-20).

Como se expresó al inicio, esta tesis estudia cómo se desarrolló la historiografía regional en el estado de Hidalgo. Por las circunstancias de su tiempo, un grupo de autores, desde sus respectivos puntos de vista comenzaron a construirla. Como la historiografía deconstruye, es decir, “deshace” analíticamente una obra historiográfica, es preciso acercarle una serie de herramientas para llevarlo

a cabo. En la deconstrucción del pensamiento histórico del estado de Hidalgo veremos a su vez que al momento de ser construida, sus andamios fueron invariablemente ideológicos. Por ello se habla de “construcción ideológica de la historiografía regional”, tal como lo expresa el título de esta tesis.

Por ello, se ha convenido en adelantar, con fundamento en la cita anterior, que por principio de cuentas lo que se presenta aquí es cómo la ideología de su tiempo influyó en su pensamiento. Los autores estudiados no desarrollaron una ideología, no fueron ellos quienes la crearon, sino más bien su obra fue sustentada en un “ya pensado”, esto es, que en su obra se manifiesta las ideologías predominantes del momento. A esto es lo que se denomina el pensamiento histórico.

¿Cómo relacionar la escritura de la historia con lo ideológico? La ideología tiene ante todo una intención. Sea en forma oral o escrita, un discurso es manejado y ejecutado de acuerdo con sus intenciones. Arriba se menciona el carácter de ocultamiento de la ideología y los receptores podrán o no percibirla. El discurso está estructurado en función de una intencionalidad; en este caso, serán los hechos los que sustenten la opinión ideológica. ¿Y cómo ocurre este procedimiento? A través de la narración. Dice Frank Anskermitt que un historiador al construir su narración elige las declaraciones que cree serán la mejor guía para entender el pasado, es decir, selecciona la mejor propuesta de cómo debe verse el pasado. Por ello, afirma que gracias al lenguaje no sólo cree describir el pasado sino interpretarlo (Anskermitt, 2014: 176, 183). Al ser las creencias productos subjetivos que para el historiador están fundadas en sus fuentes escribe una historia y esta será su manera de ver el pasado.

Como veremos, los historiadores estudiados fueron conscientes de ello. Procuraron la “búsqueda de la verdad” y pretendieron hacerlo mediante un alejamiento en el lenguaje. No serían ellos sino el medio para exponer la realidad. Pero en ese intento de ocultamiento, pudo verse la intencionalidad. La historiografía no es una simple compilación de datos, señala Helge Kragh. La elección del material implica ya un elemento de subjetividad. Pesa sobre el historiador, y por extensión a un científico, la influencia de su bagaje político, educativo, social, nacional, religioso

e incluso su carácter personal. La narrativa histórica es, ante todo, interpretación (Kragh, 1987: 55).

Hacer hablar a un texto. Metodología del análisis del discurso historiográfico

“Que hablen los hechos como realmente sucedieron”, solía decirse con frecuencia por los círculos académicos de la época. Se argumentaba que la objetividad y veracidad de la historia y quizá de cualquier otra ciencia social sólo podía alcanzarse a través del estricto apego a los datos de las fuentes; a no moralizar ni extraer enseñanzas del pasado. Mostrar los hechos como tales, sin intermediación alguna del historiador.

El historicismo, por su parte, enarboló su propia bandera, en franca oposición del positivismo: el historiador está condicionado por su situación histórica, por su existencia misma, como ente de un determinado momento, por una circunstancia que define su quehacer. Por tanto, argumentaban, el historiador no puede desprenderse de su realidad presente, de su lugar en el mundo, de su tiempo, de las ideas y creencias de la época en que vivió. Entonces, en los círculos historicistas, ya no se decía que los hechos hablaran, sino que ahora fuera el historiador, el autor quien lo hiciera. Hoy, es común escuchar la idea de política “según Aristóteles”, o “la idea de Estado en Platón”, o que “para Comte, las ciencias sociales ya no debían verse según los preceptos de las ciencias naturales”. Aunque pudiera sonar simplista, en estas frases existe un análisis y más cuando se cita a un autor, se intenta llegar a su contexto histórico y posición social. Y esto, a través de la historiografía, como lo señala Gloria Villegas: “El historicismo rompió lanzas contra la objetividad y consideró inherente al hombre la subjetividad que expresa cuando aborda el estudio de los problemas históricos. Promovió la crítica de las verdades consagradas”. Coincidían en que debían buscarse no las esencias sino las circunstancias (Villegas, 2015: 226).

Una vez establecido el interés de averiguar cómo estos autores percibieron los hechos históricos, de qué manera entendieron su mundo y cómo esos intereses, motivos o preocupaciones influyeron en sus obras y, asimismo, que esta perspectiva promueve una mejor concepción de la sociedad de la época, es importante realizar

algunas consideraciones de carácter metodológico, sobre todo porque permiten tener una visión más amplia al ejecutar el análisis historiográfico del discurso.

La idea inicial para llevar a cabo este trabajo es entrar en contacto directo con un texto. Explicar, desde mi perspectiva, cómo es el diálogo establecido entre dos pensamientos, el mío y el de un autor, cuyas ideas y pensamiento comunica un mensaje que iba dirigido hacia un receptor natural de sus ideas, alguien con quien compartía su tiempo y su espacio, cómo percibía su presente y su pasado; de ahí la búsqueda de cierta capacidad, desde otro tiempo y otro espacio, para explicar esas ideas. ¿Cuáles eran sus principales motivaciones para escribir historia?, ¿cuáles fueron sus influencias teóricas?, ¿quiénes fueron los destinatarios de su obra?, ¿dónde se leía?, ¿tenían algún uso específico?, ¿quién los citaba?, ¿qué tipo de críticas o debates generaron sus obras?

Estas y otras interrogantes más están propensas de ser contestadas bajo la lectura de los textos de dichos autores; una lectura preliminar, fragmentaria, posibilita la captura de datos, una lectura mucho más atenta permitirá apreciar una narración, las propuestas del autor, una visión de época, la pertenencia a una realidad específica que en efecto, está parcialmente recogida en un texto, y en muchos casos, apenas mencionadas, las concepciones, interpretaciones y expresiones del autor sobre todo cuando un texto forma también parte de lo histórico. La realización de una *entrevista* mostrará apenas la parte pública de la obra, de ahí la importancia de tender en aquel puente entre espacios y tiempos distintos entre obra-autor-lector consistente en preguntarse cómo fue leído al interior de otros lectores y de los juicios que ellos le endosan a la obra.

Revisemos ahora el planteamiento de Álvaro Matute. En un primer momento plantea dos vertientes de análisis, el comprensivo y del discurso. El análisis comprensivo comprende tanto la vida del autor, su circunstancia, su contexto, su adscripción a una corriente de pensamiento como su visión del mundo en relación con la perspectiva que se tenía de la época, es decir, un análisis enfocado en el historiador y su intencionalidad. El análisis del discurso, por su parte, se enfoca al análisis del lenguaje en la medida en que el discurso histórico refleja los componentes ideológicos de un autor (Matute, citado en Salmerón y Speckman,

1999: 41-42). Dicho lo anterior, Matute plantea que para comprender mejor la escritura de la historia es preferible que los trabajos a realizarse contemplen a los individuos y sus obras en relación con el grupo social e ideológico dentro del cual pueden ser ubicados (Matute, 2015a: 211). Por tanto, señala tres posibles *entradas* al objeto de estudio:

- a) Desde el objeto común: una época o un aspecto, o la combinación de ambas. Su utilidad radica en que permite observar los diferentes puntos de vista por parte de los distintos sujetos en torno a un objeto común. Por ejemplo, las posturas sostenidas entre Manuel Romero de Terreros y Gabriel Chávez Orozco frente a la huelga minera de Real del Monte en 1766.
- b) Desde el método utilizado: el estudio de escuelas. Grupos de autores coetáneos. En esta entrada, se permite observar las diferencias que tienen estos autores entre sí y con ello conocer las distintas maneras de aplicar un método. Tenemos, a manera de ejemplo, los matices diferenciales para el estudio de la historia del arte colonial en Hidalgo en autores como Manuel Toussaint, Justino Fernández, George Kubler, Diego Angulo, entre otros.
- c) Desde la categorización de grupos historiográficos por los sujetos. Esta entrada, vincula el objeto y método utilizado en una obra, añade el tiempo convivido entre los autores; el tiempo hace referencia a un fondo común de actitudes, racionalizaciones e intereses diversos (Matute, 2015a: 212-213).

Intentaré profundizar al respecto a fin de esclarecer más este punto, referente a la operación metodológica. En primer lugar, la obra historiográfica es una unidad de expresión escrita y lo expresivo está destinado a la comprensión, y en este caso, lo expresivo es lo histórico, los hechos históricos (Gaos, 1974: 234). Dado que al ser el pensamiento histórico un ejercicio de carácter mental, éste se ve reflejado en la obra historiográfica y sólo es posible comprenderlo a través de una serie de operaciones metodológicas a saber: crítica, comprensión o interpretación,

explicación, reconstrucción o composición y expresión, no necesariamente en ese orden. Luego, se plantean una serie de preguntas por cada una de las operaciones anteriores y que al mismo tiempo buscarán responder a los objetivos del presente estudio, encaminados a la forma en que los autores interpretan los hechos históricos que narran; las influencias ideológicas e intelectuales que los guían a escribir de tal o cual manera, la intención de escribir sobre tal o cual tema; las principales críticas hacia su obra y los usos sociales que le dieron a ellas.

Inicialmente, se intenta responder la forma en que el autor estructura su discurso: el tema al cual parece dirigir su mayor interés, los temas secundarios, si la disposición del texto fue iniciativa suya o la tomó de algún otro autor, si los apartados responden a criterios cronológicos, temáticos o analíticos, así como los criterios con los cuales periodiza los hechos históricos. A este proceso se le denomina reconstrucción o composición.

En cuanto a la crítica se plantean los siguientes cuestionamientos: los autores que consulta el autor para escribir su obra, el tipo de fuentes de información y su manejo, si reflexiona en torno a sus fuentes, si fue testigo de los hechos, si descalifica o le asigna cualidades a alguna en particular, cómo las ordena y cómo las utiliza y si se basa de alguna fuente con cierta recurrencia.

Luego, la fase interpretativa o de comprensión: cuál es la principal interpretación que ofrece el autor sobre los hechos que relata, su opinión sobre ellos; la forma de tratar los temas, ya como crítica, un testimonio, formas de enseñanza, discursos para mostrar cualidades de tal o cual personaje; el peso que le da a los temas, su inclinación con cierta corriente historiográfica, si emite juicios ante determinados hechos o personajes, si explica los temas, si relaciona su entorno con el relato y si existe alguna reflexión en torno a los procesos históricos que aborda.

Finalmente, la expresión, muy utilizada en el análisis literario; esta operación es particularmente interesante en tanto es la forma de escribir de un autor; analiza todos los elementos de una obra o del lenguaje hablado, así como el efecto que desea comunicar al lector. En esta tesis se intenta enfatizar si la forma de expresar su pensamiento tiene conexión con ciertas expresiones particulares en su lenguaje,

la socialización de esos usos y la producción y recepción de significados de la obra. Así, tenemos qué tipo de lenguaje utiliza el autor, qué tipo de narración presenta la obra (relato, ensayo, testimonio, cuento, narración, análisis), qué significado le otorga a los hechos, si el autor pretende enseñar o convencer con su obra, qué tan explícitas pueden ser sus influencias teóricas e ideológicas en el texto, y si reflexiona acerca de los hechos históricos que trama. Una vez definida la operación metodológica, es importante señalar cómo llevarla a cabo.

Con las consideraciones presentadas, se explicará el procedimiento de análisis. En primer lugar, la selección del pensamiento histórico de cuatro autores, Luis A. Escandón, Teodomiro Manzano, Vicente de Paula Andrade y Canuto E. Anaya. Todos ellos pertenecientes a un grupo social, circunscritos al estado de Hidalgo y seguidos a lo largo de cincuenta años. La selección de autores responde más allá de ser los primeros que produjeron obra historiográfica, a que es posible valorar una obra tanto por el reconocimiento de los iguales o del gran público, como de los contemporáneos o de la posteridad (Bourdieu, 2002: 20). Esto es, los autores tratados tienen vigencia por haber sido reeditada su obra en épocas recientes (Andrade en 1986, Escandón en 2006, Manzano en 1988 y 2010, y Anaya en 2014).

Fue necesario la reunión de sus obras en diversos repositorios y a la par, recoger información para contemplar sus trayectorias de vida. Tanto para Manzano como para Andrade no es mi intención realizar una biografía extensiva ni dedicarme a retratar su vida, salvo en algunos casos en que así lo amerite, sino más bien presentarlos. Caso diferente propongo para Escandón y Anaya puesto que aun cuando se conocieron medianamente sus obras, son autores prácticamente desconocidos en la historiografía hidalguense; quizá una de mis intenciones sea la de traerlos al presente e intentar explicar por qué dicho desconocimiento o poca atención hacia ellos y a sus obras; de ahí que en este sentido se enfatice un poco más hacia estos últimos.

En esta trayectoria de vida están presentes los rasgos que habrán de definir su postura frente a la historia: estudios, profesores, ambiente familiar en que le tocó vivir, cargos, relaciones intelectuales o políticas y el momento en que decidieron dedicarse a la construcción de la historiografía regional hidalguense. Esto, de

acuerdo con Pierre Bourdieu, permitirá saber el conjunto de prácticas e ideologías, modos de pensar y actuar (Bourdieu, 2002, 21). Aquí concluimos que la trayectoria individual de una persona es producto de condicionamiento estructurales específicos. Este proceso metodológico es denominado entorno cognitivo de un individuo, todos aquellos rasgos que permiten producir y comprender un texto. Aquí el puente entre el creador y su obra: el contexto (Reyes, 2018: 63-64).

Ya de lleno en su obra, se propuso comprenderla en la totalidad del conjunto, esto es, no hacer el análisis unitario de una obra, sino más bien el análisis colectivo de las mismas. Esto con la finalidad de comprender su pensamiento ya que la estructura de las mismas difería. En unas el autor concedía un discurso referido (integrar otros textos, transcribir a otros autores); en otros el mismo autor podía hacer interconexión de voces (el autor concede voz a otro autor, pero también su propio punto de vista). En este sentido fue útil en primer lugar la estructura de su obra: las fuentes que utiliza, el estilo, cómo organiza la información, los temas a que presta atención, los que omite, si describe o analiza y al mismo tiempo si critica o persuade. Esto último pondrá de relieve su idea de la historia. Con ello nos remitimos al concepto de *implicatura*, referido al significado implícito transmitido intencionalmente por el autor, esto es, inferir para reconocer la intencionalidad del historiador (Reyes, 2018: 141).

Al acercarnos a la cuestión práctica, nos enfocamos ya a la comprensión del discurso, es decir, análisis de datos empíricos mediante la detección de unidades básicas o enunciados. La combinación de enunciados forma textos, y los textos serán entendidos como hechos comunicativos (Calsamiglia y Tusón, 2001: 17-18). Sin embargo, optamos por entenderlos más bien como géneros discursivos secundarios (novelas, dramas, investigaciones científicas, artículos periodísticos; los primarios son diálogos cotidianos). Por esta razón, Mijail Bajtín dirá que la relación entre los géneros discursivos y sus procesos de formación histórica “proyectan luz sobre la naturaleza del enunciado (y ante todo sobre el complejo problema de la relación mutua entre el lenguaje y la ideología o visión del mundo” (Bajtín, 2008: 247). En el medio historiográfico mexicano, ideologema es un término acuñado por Álvaro Matute para designar un enunciado sentencioso y breve,

metafórico en el cual vaya inmersa la carga ideológica dentro de un discurso histórico (Matute, 2005: 7).

No puede olvidarse, por último, que aun cuando nuestra unidad básica de análisis es el enunciado, debe tenerse en cuenta el contexto en el que se emite. Por ello será necesario, por una parte, comprender las temáticas a las cuales el autor presta atención, así como las concepciones de historia de la época y las cuestiones sociopolíticas.

El modelo de historia: el falso positivismo y el dilema de un Ranke mexicano

Decía el pensador francés Augusto Comte a propósito de la historia como parte de la sociología y de la filosofía positiva: “La documentación histórica que se vaya recogiendo, en relación con un orden cualquiera de fenómenos, deberá reservarse como material para la verdadera historia ulterior, en tiempos de madurez” (Comte, 2006: 70).

Lo escrito por Augusto Comte fue apenas un pequeño trazo de cómo podía dibujarse la disciplina histórica. La preponderancia de un método histórico, continúa Comte, permitirá desarrollar espontáneamente el sentimiento social. El dibujo completo: el encadenamiento de los diversos acontecimientos humanos. Con ello, la historia es para el francés el conjunto de acontecimientos humanos en series coordinadas donde se muestra con evidencia su encadenamiento gradual (Comte, 2006: 65).

A todo lo anterior no cabría mayor duda pues Comte es quien lo enuncia. Tampoco podría quedar duda cuando es sabido que en México el pensamiento comtiano llegó directo de uno de sus discípulos, el médico Gabino Barreda. No obstante, y aun cuando la principal filosofía adquirida por el Porfiriato fue el positivismo, ésta no cundió en el ánimo de todos quienes hicieron historiografía en México y, por tanto, por lo menos en lo que se refiere a los autores estudiados en esta tesis, así sucedió: nuestros autores no fueron positivistas.

Es necesario aclarar las afirmaciones anteriores. La lectura del *Curso de filosofía positiva* de Augusto Comte le concede un papel determinante a la historia como desarrollo general de la humanidad, sin embargo, ésta ocupa su papel sólo

como parte coyuntural de la sociología mas no se ocupa de ella como disciplina. En el caso mexicano, la principal propuesta del positivismo fue el progreso social y económico.

El positivismo tuvo su llegada a México a través de la educación. La institución donde comenzó a ponerse en práctica fue la Escuela Nacional Preparatoria, de cuyo modelo curricular se basaron los institutos científicos y literarios de las entidades, incluida Hidalgo de cuyas aulas salieron personajes, entre otros, Teodomiro Manzano o Felipe Ángeles Ramírez.

En el terreno historiográfico se ha considerado la *Oración cívica* de Barreda como una interpretación comtiana de la historia de México. Sin embargo, tal como sucede con el texto de Comte, Barreda concede un peso a la historia como evolución, no como disciplina. Barreda no es considerado en sentido estricto un historiador como sí lo fueron, gracias a sus obras, personajes como Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta o Fernando Ramírez quienes hacían historiografía desde antes de 1867 (Matute, 1999: 20-21).

Estos autores ya prestaban atención al fuerte apego al dato, cosa muy cara a personajes como Vicente de P. Andrade y Canuto E. Anaya que son estudiados en capítulos adelante. Estos canónigos tuvieron la influencia directa de Joaquín García Icazbalceta quien no comulgaba con las ideas de Comte ni tampoco las de Herbert Spencer y sus teorías evolucionistas. ¿Por qué entonces el falso positivismo? Porque tanto los positivistas como los empiristas (a donde podemos considerar a García Icazbalceta, Francisco del Paso y Troncoso o Genaro García Cubas) ponían especial atención a los documentos. De ahí que estos últimos se empeñaran en publicar transcripciones documentales como *Papeles de Nueva España* de del Paso o los *Documentos inéditos del siglo XVI para la historia de México*, de García Cubas.

Se les considera empiristas por atender más a los hechos, pero al mismo tiempo perdieron de vista el aspecto interpretativo. En cambio, los historiadores positivistas atendieron tanto el marco interpretativo comtiano, como el apego fiel a los datos. Esto puede verse en textos como la *Evolución política del pueblo mexicano* de Justo Sierra quien es considerado el principal ideólogo del positivismo luego de Barreda (Matute, 1999: 21). Sierra es también el precursor de la

Universidad Nacional pues proponía de manera abierta una enseñanza enciclopédica basada en el método científico (Garciadiego, 2001: 23). Por ello, este trabajo insiste, como lo veremos al estudiar a Teodomiro Manzano, que la propuesta positivista estuvo más enfocada a la práctica educativa, social y material. La llegada del positivismo a la historiografía fue de manera aislada y no tuvo amplias repercusiones. Además de Sierra pueden considerarse a personajes como Porfirio Parra, Ricardo García Granados y Andrés Molina Henríquez.

El ocaso del positivismo comienza desde los primeros años del siglo xx. La asociación civil Ateneo de la Juventud poco caso hizo de la historia, salvo Alfonso Teja Zabre. Hombres pertenecientes al Ateneo como José Vasconcelos lograron desterrar al positivismo como “filosofía oficial”. La Revolución logró borrarla por completo. Sólo algunos como Emilio Rabasa o Francisco Bulnes y los citados García Granados y Molina Henríquez aún podían considerarse como positivistas posrevolucionarios. Álvaro Matute concede el año 1935 como el de su desintegración definitiva (Matute, 1999: 40-41).

Respecto al dilema de si autores como Teodomiro Manzano o Vicente de P. Andrade son también rankeianos, valga hacer un mínimo comentario. De la misma forma que es posible confundir al positivismo con el estricto apego al dato, con la teoría de Leopold von Ranke sucede lo mismo. El programa científico de este historiador alemán busca mostrar los hechos de manera imparcial y objetiva. No obstante, su trabajo no se encuentra exenta de juicios; únicamente intenta camuflar su parcialidad como sucede en *Historia de los papas* cuando muestra a un historiador “apasionado, subjetivo, cuando, por ejemplo, tiene que calificar a tales o cuales papas.” (Ortega y Medina, 1989: 69). Además, con frecuencia se ha mencionado a Ranke como positivista, sin embargo, él mismo rechazaba la ciencia positivista pues no intentaba establecer leyes a partir de los hechos comprobados sino más bien evitar todos aquellos impulsos románticos que impidieran al historiador desdibujar la verdad histórica.

Ante la duda de ser Ranke la influencia directa de Manzano o Andrade, Guillermo Zermeño refiere: “no existe una relación directa entre la obra de traducción y lectura en español de la obra de Ranke y la forma como se fue

instituyendo la disciplina de la historia en México”. Sí se puede afirmar, en cambio, que la llegada de Ranke a México para este autor no pudo haber sido antes de 1940, lo que en la tradición historiográfica mexicana se conoce como la etapa de la profesionalización de la historia (Zermeño, 2002: 181-182).

Con todo lo anterior, más que una historiografía positivista, filosófica, existió una historiografía de carácter político. Ésta sí, con repercusiones en el ámbito regional. Se dividió en dos extremos, al igual que en el país, en liberal y conservadora.

La historiografía liberal frente a la historiografía conservadora

De acuerdo con las opiniones de Teun van Dijk, las ideologías se formulan “como ataques contra oposiciones ideológicas” cuyas luchas provienen de conflictos políticos, sociales o económicos reales (Van Dijk, 1999: 351). Los grupos, como tales, utilizan las ideologías para organizar sus prácticas sociales. Una vez adquiridas los actores sociales las hacen suyas y actúan en función de sus objetivos e intereses.

En los casos a los que se hará referencia en esta tesis, se encuentra que en los discursos ideológicos existe una propensión a la historiografía liberal e historiografía conservadora, producto de una tradición política de nombrar así a los primeros grupos medianamente organizados y que hicieron suyas estas banderas ideológicas. Tanto fue el choque ideológico entre liberalismo y conservadurismo que provocaron disputas bélicas como la llamada guerra de Reforma.

En México habrían de diferenciarse estas posiciones antagónicas una vez establecida la primera república en 1824. La opinión de establecer un federalismo, por un lado, y el centralismo por el otro. La incursión de logias masónicas, los yorkinos a quienes se les identificó como liberales, y a los escoceses como conservadores. El común denominador fue el aspecto político: elegir la forma de representación de gobierno lo que detonó años después en la defensa de la república y la instauración de monarquías.

Mientras los liberales pugnaban por el “progreso” moral y económico de México, los conservadores buscaban “conservar” los privilegios adquiridos en

trescientos años de virreinato español, de aquí el gran peso que ejerció la Iglesia católica en la vida política y económica del país. La diferencia de visiones produjo la inestabilidad social.

El año de 1867 está considerado como el triunfo del proyecto liberal, denominado como República restaurada. El estado de Hidalgo nació durante esta etapa por lo cual está considerado como parte de aquella ideología, sobre todo por su principal impulsor, un liberal, diputado constituyente en 1857, nacido en Tulancingo, Manuel Fernando Soto Pastrana quien vio en la creación del estado un acto emancipador, liberal (Lugo Pérez, 1997: 289-290).

A partir de 1867 con el triunfo político del liberalismo surgió un prejuicio al conservadurismo. Se les vio a estos últimos como enemigos de la reforma y el progreso: “la sola palabra de libertad los trastornaba y ponía frenéticos” (Olavarría citado en Rodríguez Piña, 2007: 340). Así escribió Enrique Olavarría en el cuarto tomo de *México a través de los siglos* (1884-1889). Como podrá inferirse la historiografía jugó un importante papel. En esta magna obra, a la cual habría de añadirse el libro *Evolución política del pueblo mexicano* de Justo Sierra (1900-1902), los liberales encontraron la vía para difundir el proyecto liberal de nación y al mismo tiempo denostar las ideas conservadoras. De la historiografía liberal comenzaría a gestarse lo que en México se conoció como “historia oficial” (Trejo, 2003: 47).

Al principiar el siglo xx, las diferencias ideológicas entre liberales y conservadores lograron trascender del ámbito bélico gracias a la política de apertura y conciliación de Porfirio Díaz. La Revolución mexicana se vería por parte de cierto grupo afecto a la Iglesia como una nueva confrontación hacia esta institución. En términos historiográficos, luego del *impasse* entre 1910 y 1920, la cuestión ideológica entre liberales y conservadores se tornaría a una nueva concepción de la historia: indigenistas e hispanistas. Hacia la década de los treinta, el conflicto entre gobierno e Iglesia, la guerra cristera, en el estado de Hidalgo el acontecimiento fue tomado como pretexto para levantar planos de construcciones religiosas lo que en adelante se conformaría como *Catálogo de construcciones religiosas del estado de Hidalgo* cuya comisión realizó visitas de campo entre 1929 y 1932.

La historiografía liberal, como veremos con los ejemplos en capítulos siguientes, tuvo como característica una apreciación por personajes como Miguel Hidalgo, Benito Juárez; indígenas como Cuauhtémoc o periodos como la Reforma, la Independencia y la República restaurada. Señalan en estos personajes como figuras dignas de imitar en cuanto han logrado con su obra la independencia nacional. Los años comprendidos entre 1884 y 1940 van desde el Porfiriato hasta la nueva institucionalización social y política de México. La historiografía liberal sería también una forma de difundir y reemplazar, por medio de la enseñanza, los valores religiosos por los valores cívicos. Fue el positivismo la filosofía adoptada por los gobiernos mexicanos, después de 1867, para servir de modelo a la formación de ciudadanos.

Es cierto que el conservadurismo, luego de aquel año, se vio mermado. Encontró en la política conciliadora del Porfiriato, un nuevo respiro político y de reivindicación social. Su pensamiento antirrevolucionario e hispanista no iba precisamente en confrontación con el indigenismo sino más bien hacia lo anglosajón. En su historiografía fue común el término *Hispanoamérica* frente al propuesto por el liberalismo: *Latinoamérica* (Del Arenal, 2003: 72).

La defensa de la Iglesia católica fue la principal función de su historiografía. Mientras los historiadores liberales del periodo reconocen a Vicente Riva Palacio (1832-1894), coordinador de *México a través de los siglos*, los conservadores reconocen a Joaquín García Icazbalceta (1825-1894) como uno de sus mejores historiadores, por representar de manera general ambas corrientes ideológicas.

La ideología liberal, por su carácter dominante, pudo hacer explícita sus intenciones, las de formar ciudadanos que encajaran con el régimen político. La historiografía fue el medio por el cual impone su pensamiento, por lo general con un sentido de alabanza hacia las nociones de libertad o nacionalismo republicano, además de crear la verdad absoluta como lo señala *México a través de los siglos*: “la historia general y completa del desenvolvimiento social, político, militar, artístico, científico y literario de México” (Trejo, 2003: 55).

En tanto la historiografía conservadora pretendía más bien la búsqueda documental pues asumía que sólo así podría hacerse una historia “exenta de

deficiencias y errores” (Montoya, 2011: 404). Gracias a lo referido por Bourdieu, sabremos que no existe una invención artística “pura”, antes al contrario, en esa relación de obligarse a la “verdad objetiva” que provee un documento hay un mensaje de subjetividad a través de una serie de juicios y comparaciones críticas con sus predecesores. Entre el creador y su creación, dice Bourdieu, hay una toma de conciencia. Conciencia histórica (Bourdieu, 2002: 20-24).

CAPÍTULO II
CONDICIONES DE LA HISTORIOGRAFÍA EN EL ESTADO DE
HIDALGO 1884-1940

De tal suerte se fue apoderando de mí esta conciencia de que la interpretación es esencial en la obra histórica y de que no puede sustituirla el museo de ejemplares históricos. Historia como colección de hechos sucedidos siempre la habrá, aunque nadie la exprese; pero si no ha pasado por el tamiz de la mente, carece de realidad humana.

Alfonso Reyes, "Mi idea de la historia".

CUANDO EN los objetivos de esta tesis se planteó indagar acerca del por qué de los fines que persigue un autor y cómo procedió para llegar a alcanzarlos, se cayó en la cuenta que era necesario elaborar una periodización. Así, se intenta responder a algunos planteamientos al respecto: ¿desde cuándo existe la historiografía hidalguense?, ¿nace al existir una conciencia de ella?, ¿cuáles fueron los alcances temáticos de la historiografía hidalguense?

Es importante establecer, como lo planteara José Gaos, que no todo lo pasado es asunto histórico. Los criterios de selección que él aplica son lo influyente, lo decisivo, lo que hace época, lo más representativo del periodo y lo permanente, sobre todo buscar en el actor colectivo su participación en diversos ámbitos de la política, la cultura y la sociedad. Decía Álvaro Matute que en toda obra historiográfica hay una teoría de la historia, explícita o no. La primera, tiene lugar cuando el historiador evidencia sus fines y el procedimiento para alcanzarlo. En el segundo caso, cuando está implícita, es tarea de quien se dedica al análisis historiográfico encontrarla, inferir sobre las ideas y procedimientos de que se valió el autor para darle término a su obra (Matute, 1974: 7). Para los casos que nos ocupan, hay una teoría implícita. Por alguna razón, señala Matute, el sujeto establece su interés en un momento histórico al cual tiene que interrogar. Su hipótesis es lo que le pregunta al pasado. Las respuestas pueden estar en las fuentes, pero también están en el propio historiador (Matute, 1984: 16-17).

La aparición del estado de Hidalgo en cuanto tal dentro de la historiografía mexicana fue en 1884 con la edición de la *Reseña relativa al estado de Hidalgo*. Si bien ya con anterioridad se encontraban algunas fuentes como memorias de gobierno, memorias estadísticas, memorias científicas, no podían ser consideradas

en estricto sentido como obras historiográficas, que sí como fuentes, dado que su intención no era el estudio del pasado propiamente; para los estudiosos de hoy, son piezas clave para comprender de primera mano la realidad de la entidad incluso mucho antes de ser considerada tal (Jaivén y Sepúlveda, 1991: 43).

La razón por la cual se argumenta una escasa producción bibliográfica fue su entonces relativo nacimiento en 1869. Lo anterior da pie a indagar el balance de la historiografía regional durante la segunda mitad del siglo XIX. De acuerdo con la información vertida por Luis González y González, de 1871 a 1930, se produjeron cerca de trescientas obras; las décadas de mayor producción fueron 1900-1910 con cerca de setenta obras, y 1920-1930 con cerca de ochenta. Son los años previos y posteriores, respectivamente, a la Revolución mexicana. En tanto, 1915 y 1916 fueron los años en que la producción decayó a su más bajo nivel con sólo una producción por año y relativas a los estados de México y Chiapas, que se encontraban alejados de las revueltas (González y González, 1973: 122).³ Por el contrario, fue 1910 el año que mayor producción se registró. Es importante aclarar que, con la Revolución mexicana, mermó la publicación de textos de índole regional; sin embargo, como se dijo, al final de ésta, aumentó considerablemente.

Por otra parte, aunque no lo explicita González y González en el balance presentado, Yucatán se torna como la pionera en los estudios historiográficos regionales con la publicación del *Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatán desde el año de 1840 hasta 1864* de Serapio Baqueiro, impresa en Mérida en dos volúmenes entre 1871 y 1873. Es necesario insistir en que estos años no son los inicios de la producción regional pero sí en cuanto a la historia local cuyo criterio fue el que seleccionó para hacer el respectivo registro (González y González, 1973: 98-99). Esta idea es reforzada con María de la Luz Parceró al señalar que “Yucatán es no sólo del sureste, sino de toda la república, la región de mayor conciencia histórica y política” (Parceró, 1982: 132). La razón de esta notable producción, de acuerdo con esta autora, es por lo cautivador que ha resultado el estudio de los mayas prehispánicos. Othón Baños, por su parte, adjudica también otros temas que fueron de interés como la guerra de castas y el auge del henequén,

³ Ver en especial el apartado “La cosecha del siglo”, que va de 1871 a 1971.

sin embargo, para este autor la historiografía yucateca no había sido conocida en el resto del país por aquel afán centralizador que ya había rebasado lo político para trasladarse a lo historiográfico (Baños, 1998: 321-322). De Yucatán es originario uno de los mayores precursores de la historiografía mexicana, Lorenzo de Zavala, quien planteó un *Programa, objeto, plan y distribución del estudio de la historia*, aunque algunos autores señalan que Zavala le habría plagiado al escritor francés Constantino Volney. Sin embargo, a pesar de ello, le es reconocida su conciencia histórica en su amplia obra, de la cual destaca el *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 a 1830*.

Otro autor del sureste mexicano quien también destacaba la necesidad de una historia general de México donde se incluyera lo regional fue el chiapaneco Manuel Larrainzar quien en 1865 leyó para la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística *Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México* donde planteaba que al usar un método para esta disciplina se combinaran también los métodos etnográfico y cronológico:

[...] porque así se tendrá una historia biográfica de cada pueblo, en que aparecerán todos los hechos y cosas más interesantes, de las cuales podrá utilizarse lo que sea provechoso y deducir las causas de su progreso o decadencia; ella será [la historia], en una palabra, la pintura de la vida moral, intelectual y material del pueblo o nación a que se refiera (Ortega y Medina, 2001: 181).

Frente a la historia nacional que por entonces había emergido con *México a través de los siglos*, las cuestiones regionales, aunque no con esa fuerza que tenía la historia local, ésta se encontraba presente entre los historiadores. Es quizá Porfirio Parra, médico e historiador chihuahuense quien haya planteado por primera vez de manera teórica los planteamientos para su elaboración en el *Plan de una historia general de Chihuahua o índice razonado de los capítulos que deben formarla* impreso en 1911.

Estos indicativos son una muestra del estado de la historiografía a finales del siglo XIX y principios del XX. María Eugenia Arias corrobora lo planteado con respecto a Yucatán en cuanto a registrar 26 obras, seguido de Puebla con 24,

Chihuahua con 23, Morelos y Tabasco con 21 y San Luis Potosí con 18. Las entidades con menor producción de acuerdo con esta autora son Baja California (que antes era un solo territorio) con 2, Hidalgo con 3, Sonora y Tlaxcala 4, Guerrero con 6 y Querétaro con 8. Estos datos muestran la gran disparidad en cuanto a los estudios regionales no sólo en cuanto a cantidad sino también a la cuestión geográfica dado que el centro del país lo mismo posee estados con considerable y escasa producción, de la misma forma que el norte del país. El sureste con Yucatán a la cabeza, posee una cantidad menos variable con Tabasco, Campeche y Chiapas con 11 (Arias, 2008: 161-211). De Quintana Roo no es posible hablar ya que fue su elevación a la categoría de estado apenas en 1974. Desde luego que dichos balances, a la luz de la posteridad, resultarán incompletos dados los nuevos hallazgos de textos o la ampliación de criterios para incluir aquellos que por su naturaleza no fueron considerados por los autores mencionados. Es el caso de Hidalgo al que Víctor Manuel Ballesteros añadió otras diez obras en el periodo estudiado mientras que Ana Lau y Ximena Sepúlveda añadieron previamente dieciséis más (Ballesteros García, 1994: 187-236; Jaivén y Sepúlveda, 1991: 15-49).⁴ Las obras que estos autores incluyeron, como habíamos señalado, se trata de textos oficiales, sean memorias estadísticas o de gobierno. Los autores concluyen en que Hidalgo tuvo una muy espaciada producción, concentrada en su mayor parte en el tema minero, y, por tanto, en la región central de la entidad.

Hablar de la historiografía en México es intentar su caracterización en virtud de varios rasgos distintivos de cada etapa. Las tres últimas décadas del siglo XIX, se formó una pléyade de importantes historiadores, todos ellos calificados como verdaderos portentos de erudición. Su filiación política fue decisiva: lo mismo liberales que conservadores que en aquel tiempo también encontraron en la historia una necesidad de explicar sus visiones de México; los clérigos formados en una vocación humanística también fueron estudiosos de la disciplina. Influidos por las corrientes de pensamiento europeas le otorgaron un papel determinante al clima, al suelo, a la raza, temas que fueron sometidos al análisis histórico como factores para comprenderla. Se ocuparon de la evolución de la humanidad al atender los hechos

⁴ En la *Bibliografía general* de Ballesteros se consideró únicamente el apartado "Geografía e historia".

y al hacerlo en muchos casos olvidaron la interpretación para quedar apenas en la cuestión empírica. No obstante, es importante prevenir que los discursos no fueron un retrato fiel de la realidad, sino que en él se encuentra la voz del autor, que aun cuando decía no tomar partido, fue evidente que encontró en su discurso la coyuntura necesaria para entender la realidad mexicana y apoyar a una ideología específica. Si bien el siglo XIX mexicano prestó más atención a la historia por razones políticas no olvidó del todo la crónica de los acontecimientos ni la simple memoria de un pasado en el cual la vida de los individuos ocupaba una importancia para su estudio.

Por todo lo anterior, al seguir los planteamientos de Elvia Taracena, se tiene en consideración que el tema histórico o la elección por estudiar cierta disciplina, como se verá en los capítulos siguientes, tiene una implicación importante con su trayectoria de vida. La relación entre el intelectual y la cultura van de la mano con la influencia que ha tenido del exterior, en las que permea la política, la cultura y la ideología. No sólo fue su capacidad de erudición ni la condición científica que hoy podríamos imputar a un texto, sino también a sus preocupaciones intelectuales. Los autores referidos pertenecen a una generación de hombres nacidos a partir del segundo tercio del siglo XIX (entre 1840-1870), fueron partícipes de ciertos desplazamientos culturales, sociales, religiosos que los orillaron a la vida intelectual, y que por medio de sus intereses crearon paradigmas historiográficos en la entidad pero que retomaron influencias ideológicas e intelectuales propias de su época; todos ellos fueron sujetos sociales que participaron de forma activa en sus respectivas actividades lo cual también fue el reflejo del contexto histórico y social en el cual estuvieron inmiscuidos, y que incluso supuso inclinarse o rechazar cierta corriente de pensamiento, sin olvidar, las influencias directas de profesores, colegas e incluso familiares (Taracena, 2002: 118-125).

Con estos elementos he propuesto caracterizar la producción intelectual de Luis A. Escandón, Vicente de Paula Andrade, Canuto E. Anaya y Teodomiro Manzano en virtud de sus influencias ideológicas, intelectuales, de acontecimientos históricos y de épocas particulares. Tomo como punto de partida que no sólo la trayectoria tiene influencia en la vida intelectual, sino que sus trabajos cambiaron

sus vidas. En este proceso cada persona construye junto con el texto parte de ella; el autor, como cité arriba, es un creador de la historia y al mismo tiempo, como lo plantea este trabajo, es señalar que el autor también es creado por ella. El autor es un producto, y un productor a la vez, de la realidad social. Entre su trayectoria y sus elecciones intelectuales media la existencia de una corriente de pensamiento y el ambiente específico de la época que le tocó vivir.

En esta visión, que no puede reducirse tampoco a la mera exposición del autor, hay un espacio, una región, una entidad, que bien puede ser tan extensa al grado de considerar la historia de zonas vecinas o bien restringidas a una localidad. En las obras regionales del siglo XIX, predomina el carácter monográfico, compilaciones de documentos, tradiciones y leyendas, crónicas, memorias, efemérides. Era común estampar imágenes de políticos y militares, de quienes se hicieron también algunos intentos biográficos. Los temas recurrentes fueron la colonia, la independencia, y la entonces reciente etapa de la Reforma. Gracias a la arqueología también se puso atención a la etapa prehispánica. La tendencia a la política y a lo militar también estuvieron presentes. La Iglesia tenía predilección por comprender sus obispados desde la historia.

Los textos servían de modelos a otros y con ello le dieron continuidad a ese tipo de producción, como los que contenían disciplinas como la geografía y la estadística. En esta producción tuvo mayor preponderancia la búsqueda de fuentes que la interpretación de los procesos históricos. Por ello algunos textos son considerados por sus autores como bosquejos, reseñas, apuntes, esbozos que indican no sólo la síntesis de los trabajos sino el acopio de las fuentes, así lo consideraron, que nunca habría de terminarse. En ese afán de enciclopedistas, de reunir tantos documentos tenían la intención de servir a los historiadores del futuro; por ello los temas como la raza, el clima, la geografía eran incluidos invariablemente. Otro tipo de obras exaltaban deliberadamente a ciertos personajes, sea para agradecerle su mecenazgo, sea para mostrar a los lectores al hombre fuerte o bien para despertar un cierto orgullo. Ser autor era sinónimo de prestigio y respeto. A sabiendas que los procesos de cambio sociocultural son más comprensibles desde la vista particular de los autores, el estudio se orienta a la idea de las generaciones,

que en el caso que nos ocupa se identifican por sus inquietudes intelectuales, por verlos como pares, o por ser contemporáneos entre sí. Además, les era común la afinidad de los sistemas científicos de su época.

En esta idea de la pertenencia de un individuo a una generación, se piensa, de acuerdo a José Ortega y Gasset, que dicho individuo también se entiende al trabar su vida con la de otros. No es que sean precisamente iguales, pero sí comparten ciertas creencias colectivas en torno a la historia, son ideas del tiempo que a su vez son convicciones. Con ellas, el historiador del siglo XIX se preocupó por comprender su mundo, los temas de ese mundo, sus problemas, para después comprender y plantear los suyos. Por tanto, una generación, como un modo integral de existencia, se reconoce a los miembros de cada grupo en función de su obra; no se pone atención en las fechas, por ser diferentes sus trayectorias vitales. Comprender la evolución del pensamiento histórico no puede entenderse a cabalidad si no sabemos lo que pasó y a qué generación le tocó vivir (Ortega y Gasset, 2005: 20-37).

Dado que cada etapa pertenece a un conjunto de ideas más o menos homogéneas, identifico, a la vez que propongo, cuatro etapas de la historiografía hidalguense. Su punto de partida es el siglo XIX y se ha considerado desde la perspectiva del desarrollo de obras históricas o bien de las instituciones que la desarrollaron.

- a) 1884-1940. Historiografía de carácter documentalista e ideologizada.
- b) 1940-1970. Preinstitucional y proveniente de proyectos federales.
- c) 1970-1990. Institucional, historiografía hecha desde el estado de Hidalgo.
- d) 1990-. Formativa, estudios profesionales para futuros historiadores.

En la primera de ellas, de 1884 a 1940, la que abarca esta tesis, es temprana y empirista, se publican algunas reseñas referentes a la entidad de carácter más bien informativo, instrumental y documentalista; no existían instituciones *ex profeso* para el desarrollo de la investigación histórica.

Se desprende que no hay propiamente una obra historiográfica dedicada al estado de Hidalgo. Las referencias provienen de textos generales que incluyen

algún apartado referente a la entidad y pocos provienen del siglo XIX. Esto da una idea de cómo se encontraba la producción bibliográfica en la entidad. Es conveniente recordar que el periodo atraviesa la Revolución mexicana. Todavía antes del estallido revolucionario, Nicolás León publicó en *El estandarte* de San Luis Potosí un breve escrito sobre la *Fundación de Tepexi y nómina de sus curas* en 1898; y en la momentánea paz maderista, Vicente de Paula pudo formar sus *Efemérides pachuqueñas*, publicadas en 1913, ya impuesto Victoriano Huerta. Es importante señalar también que tanto las obras de Escandón (1890-1893), las obras más tempranas de Manzano (1897), de Vicente de Paula (1909-1913) y de Canuto E. Anaya (1918) fueron publicadas fuera del estado de Hidalgo, lo cual indica la inexistencia ya no se diga editoriales, sino imprentas que eran de los diarios. Ahora bien, las subsecuentes obras de don Teodomiro, ya fueron editadas en Pachuca, una vez concluida la etapa armada. Dos de ellos, Manzano y Canuto Anaya son originarios de Hidalgo (nacidos en Tilcuautla y Molango, respectivamente). En tanto, Escandón, de Morelia, y De Paula Andrade, de la Ciudad de México. La selección de estos autores va en el sentido planteado por Luis González: no toda la producción regional es en estricto sentido historiográfica, pues si bien posee datos históricos, estos apenas son complementarios, no forman parte del cuerpo principal del libro. De esta forma se han seleccionado las obras más representativas de estos autores. Como toda generación surge de una anterior, la periodización no se sucede una después de otra, sino que se empalman, se solapan, es decir, quedan resabios de la generación anterior.

Ortega y Gasset entiende que la historia y la cultura por extensión, es la interpretación que el hombre da a su vida, “son ideas, valoraciones, estilos de pensamiento. Las generaciones que siguen no tienen que crear sino recibir y desarrollar”. En este sentido, el autor al desarrollar un planteamiento no tiene la impresión de ser un pensamiento suyo sino más bien que al expresarlo en un texto, tiene la impresión de ver la realidad misma (Ortega y Gasset, 2005: 54).

Cabe señalar, que es preciso entonces caracterizar estas etapas con mayor profundidad desde un enfoque historiográfico, esto es, un balance de sus perspectivas teóricas, publicaciones representativas, preferencias temáticas,

objetivos inclinaciones ideológicas, adscripción a corrientes de pensamiento, a lo cual añadiría los contextos políticos, sociales y culturales. Son varios los autores que coinciden en que estos elementos son los necesarios para realizar dichas periodizaciones; sin embargo, no hay una definición precisa entre cuándo inicia y cuándo termina. Al tener entendido que una periodización es una herramienta para construir procesos históricos y estudiarlos de mejor manera, es conveniente apelar a una serie de elementos, como la cronología, para establecer una base más o menos coherente sin el riesgo de verse arbitraria. ¿Qué acontecimientos permiten generar un parteaguas en la investigación histórica?

Para el presente estudio se puso a consideración que las formas de comprender y explicar la realidad histórica conlleva a enfoques historiográficos determinados; la periodización es temática por cuanto se refiere a la aparición de las historias nacionales, una división temporal de tres grandes etapas de la historia de México: antiguo o prehispánico, virreinato y moderno; es asimismo ideológica en tanto predominó una historia política y económica; y metodológica, en el sentido de privilegiar la búsqueda documental cuyo planteamiento estuvo basado por el positivismo que en la década de los treinta comenzaría a desintegrarse, que no desaparecer, para dar paso a una nueva corriente de pensamiento: el historicismo (Garcíadiego, 2001: 225; Rico, 2000: 7; Matute, 1999: 11).⁵

En cuanto al tratamiento de las obras, se caracterizaron por el uso de disciplinas auxiliares como la geografía y la estadística, así como de exponerlas bajo el formato de efemérides. No menos importante es señalar el punto máximo y la posterior decadencia del porfiriato, así como la irrupción de la Revolución y la consecuente creación del Estado mexicano moderno. El año de 1929 se inicia desde el punto de vista político con la transición del caudillismo a las instituciones y para el caso de la cultura la reflexión de ciertos grupos intelectuales para crear instancias que la promovieran y difundieran. Ese proceso comenzó a gestarse con mayor celeridad a partir de 1930; es importante dejar en claro que este año es el punto de partida, dado que fue un proceso y no un acontecimiento en sí mismo y

⁵ Matute suscribe el año 1935 como la desagregación del positivismo en México.

que en las formas de comprender y explicar la historia permanecieron todavía algunos elementos del antiguo positivismo que llegó a México con Barreda.

El anterior ejercicio de periodización y el establecimiento de las principales obras historiográficas permiten responder al cuestionamiento en cuanto a la selección de autores. Un determinante lo es la proyección que estas obras tuvieron como fuente historiográfica en los periodos subsecuentes, en especial *Anales del estado de Hidalgo* y *Bosquejo histórico geográfico de la diócesis de Tulancingo*, por dos razones, el amplio espacio geográfico que manejó así como por la copiosa cantidad de datos para los lugares que mencionaron en su obras. Respecto a *Efemérides pachuqueñas*, su importancia radica en ser la primera obra de carácter propiamente historiográfico, es decir, con una intencionalidad del autor de escribir historia, de la capital Pachuca. Finalmente, Luis A. Escandón, que como ya habíamos destacado, evidenciar el olvido y omisión historiográfica a la que está sometida su obra, y que sus estudios, aunque rudimentarios, sentaron las bases para las futuras explicaciones de las culturas prehispánicas, tanto la otomí como la tolteca, y en especial la huasteca por sus descubrimientos arqueológicos, en especial los del culto fálico en Mesoamérica.

Es importante precisar que el ejercicio hecho para analizar las obras de estos autores se parte de las ideas que sobre historiografía se han hilvanado. En su acepción general se tiene como “el arte” de escribir la historia o el conjunto de obras de carácter histórico. Cuando José Gaos define esta disciplina lo hace referido al género literario que tiene por objeto estudiar la obra histórica compuesta por un escritor (Gaos, 1974: 66). Autores como Evelia Trejo coinciden en no reducirla a la simple crítica literaria y asignarle otra connotación complementaria: la de examen, estudio y reflexión de lo que hacen los historiadores, por ello es considerada como una rama de la historia de las ideas (Trejo, 2009: 29). He planteado que es importante indagar la metahistoria, término empleado por Hayden White, para situarnos a las afueras de una obra, de su contexto, de investigar no sólo los acontecimientos mismos sino cómo fueron concebidos a través de sus intenciones, sus métodos, modos o resultados, incluso los que no pueden verse sino entre líneas, como suele decirse. He ahí la idea inicial de este trabajo: por qué sucede

que los hombres en tal o cual tiempo escriban el pasado en la forma en que lo han hecho.

El problema del proceso histórico no está situado en una delimitación tiempo espacio, sino también en una delimitación conceptual. Si bien en los autores que habrán de estudiarse hubo una conciencia histórica —entendida como una aprehensión del conocimiento histórico que le concede importancia al devenir humano de manera deliberada, esto es, *consciente* de su condición como historiador, que no es en sentido estricto, sólo el estudioso del pasado—, al mismo tiempo no existió de por medio la idea de lo *regional* (Janué i Miret, 2009: 14). No ha sido deliberada la omisión, en tanto el término fue posterior mas no con ello quiere decir inexistente. Esto es, en términos modernos, se utiliza la expresión región como una herramienta metodológica para delimitar universos de análisis realizada en función de un problema de investigación. En el caso de este periodo, los historiadores se ciñeron a un criterio administrativo (distrito político-judicial, entidad federativa) y eclesiástico (una parroquia, una diócesis). En todo caso, como lo fue propio del siglo XIX, la conciencia histórica fue una forma de conocer mejor al país a través de sus regiones. Gracias a estas obras, en ellos mismos permeó la idea que al conocer mejor al país, también conocieron mejor sus regiones. Con ello se daría pie a la reflexión, ahora sí teórica, de redefinir los objetos de estudio y alejarse del empirismo. Los autores de este periodo fueron los precursores de la moderna historiografía regional.

Las tendencias temáticas y metodológicas como categorías analíticas

Hablar de una tendencia temática en la historiografía es conceder una preferencia por determinados temas, derivados a su vez, de la postura ideológica de quien escribe. Al hablar de tendencia se habla también de actitud, en este caso, una actitud frente al pasado, pero sobre todo que responde a una época específica (León-Portilla, 2015: 61). Durante gran parte del siglo XIX, a la par de obras generales y escritas por personas con formación intelectual diversa que pertenecieron a sociedades científicas y literarias y que no estuvieron del todo ajenos a las corrientes historiográficas del mundo, predominó el empirismo, la información producida en el campo, para lo cual la historia se sirvió de algunas

disciplinas auxiliares y que con el tiempo irían muchas veces a la sombra de la primera.

Hablar de tendencias es intentar comprender y explicar los hechos tal y como hoy se presentan. Conocer las fases históricas y las razones históricas y conocer las variaciones o ausencias por determinados sistemas de pensamiento, esto es, que las tendencias de mayor duración dan pistas para comprender la escritura de un texto. Sin embargo, estudiarlo sólo desde esta perspectiva correría el riesgo de caer en un reduccionismo a la simple estructura del discurso al omitir, que no ignorar, las motivaciones de los autores sin referirnos a los momentos que vivieron, los ambientes de su vida diaria. El autor no puede ser entendido sin su relación con las estructuras sociales e históricas.

Historia, geografía y estadística: una tendencia temática del siglo XIX

Característico de la historiografía regional en México fue la presencia de la geografía y la estadística. Fue común que a los diccionarios, apuntes o anales le fueran acompañados los términos histórico-geográfico-estadístico (Parceró, 1982: 130). La mayor parte de estas obras fue cultivada por autores de diversas profesiones y afines a los gobernantes en turno. En el estado de Hidalgo, durante el periodo estudiado, las obras de Luis A. Escandón y Canuto E. Anaya son las más representativas. ¿Cuál fue el peso que le otorgaron estos autores a la estadística y a la geografía?, ¿cómo recibieron esa influencia para hacer historia? La instauración de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en 1833 sería la respuesta. Dentro del periodo de 1840 a 1889, tres de cada diez libros con tema regional contenían en sus títulos la estadística, la geografía y la historia y coincide con la necesidad de los gobiernos de entonces emplear estas disciplinas. Del periodo comprendido entre 1890 a 1915 habría un descenso pues de 370 obras registradas, sólo 60 mantienen el mismo título (Cuadro 1).

Cuadro I. Selección de obras que contienen en el título las disciplinas historia, geografía y estadística de manera conjunta (o dos de ellas) por entidad federativa.⁶

1890. Antonio Cabrera, *Apuntes **históricos, geográficos** y administrativos sobre el estado de San Luis Potosí*

1900. Rodrigo A. Espinosa, *Ligeros apuntes **históricos, geográficos y estadísticos** del estado de Aguascalientes.*

1913. Cayetano Esteva, *Nociones elementales de **geografía histórica** del estado de Oaxaca, con una reseña del movimiento revolucionario en cada distrito desde 1911 hasta 1913.*

1926. Justino H. Espinosa, *Ligeros apuntes de **geografía e historia** de Querétaro arreglados a los programas oficiales vigentes para el uso de las escuelas en el estado.*

1931. Salvador Rojas Rodríguez *Elementos de **geografía e historia** del estado de Morelos.*

1933. Fulgencio Vargas, *Estado de Puebla. Datos **geográficos y apuntes históricos**, con un mapa general y plano de sus principales carreteras.*

Fuente: Elaboración propia a partir de Arias (2008: 161-211), González y González (1974: 105-140), Parceró (1982: 292-342).

Estadística

Herramienta gubernamental fue la estadística. El registro de los recursos sociales y materiales que existían en el territorio, instrumentar proyectos de carácter económico, reformas políticas y dibujar un perfil del Estado fue su principal objetivo, saber con qué se contaba, tener un conocimiento más preciso de la riqueza y las potencialidades de una región específica y detectar habilidades en beneficio de una mejor administración. No fue casual que la estadística estuviera al servicio del poder y por ello los textos de origen local encontraron en ella una mejor forma de conocer su realidad, la realidad de un México que aún no terminaba de conocerse territorialmente hablando (Salinas, 2016: 119-121). La estadística servía como un espejo, según refiere Luis Alberto Arrijo: con ella medían la grandeza de las naciones en la medida del número de su población y los territorios dominados, así como los recursos materiales de que podían hacer uso, y todo ello a través de formar

⁶ Las negritas resaltan en las obras citadas la conjunción de la historia, la geografía y la estadística.

receptáculos de noticias para acumular datos que fueran de interés relevante (Arrijo, 2016: 14-20). Tal fue su importancia que incluso formó parte de las prerrogativas gubernamentales de presentar todo ese caudal de información (Salinas, 2016: 161). No era vista, conviene aclararlo, como una herramienta de cálculo y probabilidad como podría entenderse ahora sino más bien con el de “imaginar la nación”; fue por ello que durante el siglo XIX en México hubo una tendencia generalizada, con mayor fuerza a partir del imperio de Maximiliano, por entregar este tipo de trabajos a la luz pública: era necesario definir a través de cifras los recursos y desde luego también los territorios. En Hidalgo destacan *Noticias estadísticas del distrito de Tulancingo* de Francisco Ortega (1825), *Noticias estadísticas de la Huasteca y una parte de la Sierra Alta formadas en el año 1853* de Manuel Fernando Soto (1869) y *Memorias de los trabajos ejecutados por la comisión científica de Pachuca* coordinadas por Ramón Almaraz (1865).

Geografía

A su vez, gran parte del desarrollo de la geografía estuvo basada en viajes y expediciones. Si ya la estadística se encargaba de reunir información acerca de los recursos, se volvía menester ubicarlos. Los descubrimientos y exploraciones de los territorios eran consignados en listas y mapas. Ahí fue cuando se institucionaliza esta disciplina, aunque con varias limitaciones propias de la época: no era posible por los malos caminos, por los bandoleros y la escasez de personal determinar a plenitud lo que se encontraba en un territorio. La tarea encomendada a la geografía fue el de apoyar a la mejor organización social, administrativa y política del país (Moncada, 1999: 71). Formaron parte de esa corriente las colecciones geológicas, las descripciones geográficas (más románticas que científicas), e incluso con aspectos como las costumbres, tradiciones y religión de las sociedades. Los intelectuales mexicanos lograron en la geografía y la estadística una magnífica mancuerna que serviría a los intereses colectivos de la nación. Dicha mancuerna no tardaría mucho en entenderse con otra disciplina en ciernes: la historia.

Para el caso de Hidalgo son los títulos de Luis A. Escandón y Canuto Anaya quienes mantienen dicha tendencia a nombrar de esta forma a sus estudios. Todavía a principios de los años cuarenta del siglo XX, apenas quedaban algunos

resabios: en 1948, ya entrado en edad, Teodomiro Manzano intentó un imposible *Diccionario etimológico, geográfico, histórico, político y biográfico del estado de Hidalgo*. Dos años antes y más acotado a una región el historiador José Lorenzo Cosío y Soto sacó a la luz sus *Apuntes para un diccionario de historia y geografía del distrito de Tulancingo* (1946). Estas obras habrían de convertirse en una especie de puente generacional, entre la historiografía temprana del estado y la ya considerada para entonces historiografía profesional que tuvo sus inicios en esa década con la apertura de carreras y facultades, así como el impulso de los historiadores mexicanos que vieron complementados sus trabajos con las aportaciones teóricas de los exiliados españoles.

Antropología y arqueología

El siglo XIX veía a la etapa prehispánica como un campo propio de la arqueología. El gobierno de Porfirio Díaz, en los últimos veinte años apostó fuertemente hacia el estudio de esta disciplina. Luis A. Escandón, como años atrás lo hiciera el viajero francés Desiré Charnay, fue el primero en hacer exploraciones arqueológicas en buena parte de la entidad. Sus resultados, anotados en el voluminoso libro enviado a la exposición de Chicago en 1893, evidencian la relación de la arqueología y la antropología con la historia.

Ser explorador no necesariamente era sinónimo del estudio moderno de la arqueología, y esto era más bien por afición que por objetivos sustentados. Con Porfirio Díaz existió mayor flexibilidad legal y política para preservar el legado prehispánico de México pues había particular interés en que su gobierno fuera reconocido en el ámbito internacional. La arqueología significó un reflejo de la imagen progresista y de la paz; aunque al tiempo en que se favorecía el conocimiento por el pasado indígena, este sector sufría considerables reprimendas tal como sucedió con los yaquis y los mayas (Lobjois, 2013: 180). La arqueología adquirió su carácter científico de la misma manera que corrían las excavaciones auspiciadas por Díaz y llevadas por Leopoldo Batres. En ella se encontraba el sustento de la unidad nacional y el vínculo entre ella y la historia como punta de lanza para comprender el pasado a través de las costumbres y los objetos. No

resulta casual que la arqueología sea financiada, hoy día, por los gobiernos estatales si fue precisamente por su impulso que éstos buscaban un interés político, de exaltación del nacionalismo. Al no existir un interés, que hoy llamaríamos científico, estas se dedicaron más al carácter descriptivo que al interpretativo, de la misma forma que sucedió con la antropología en la que se describen las costumbres de los pueblos indígenas. Sin embargo, al ser oficiales también fueron públicas, enfocadas sobre todo a un cierto papel educativo en la medida que generaba conocimiento del pasado y al vincularse con la sociedad, podía trascender a ella hacia un importante progreso, palabra muy recurrente en las políticas gubernamentales del porfiriato (Rizo, 2016: 88).

Política y poder: su injerencia en la producción de textos históricos

El autor en cuanto tal tiene una cierta posición dentro del ámbito cultural, social o político. En toda sociedad organizada hay un poder que ejerce sobre ella. Para estudiarla y comprenderla, en especial en el siglo XIX, es preciso recurrir a la historia (Córdova, 1980: 135). La política y el poder permearon en la literatura decimonónica, y la historia tuvo un punto de partida político en tanto con el gobierno de Porfirio Díaz se abrieron las condiciones para la escritura historiográfica. En términos establecidos por Pierre Bourdieu, “se trata de dar cuenta de un campo ideológico que corresponde a un estado dado de la estructura del campo intelectual”, es decir, mostrar la influencia de la política, el poder y la educación como condicionantes de la producción de textos históricos (Bourdieu, 2000: 28).

Desde la invención de la imprenta, publicar un libro no requiere sólo de la actividad intelectual de quien escribe. En su elaboración intervienen varias personas que tienen distintas funciones y que son las encargadas de hacer realidad un texto en su forma física. El mercado editorial juega parte importante en su realización y en cierto modo el recurso económico hace posible la impresión y que el libro llegue a manos de los lectores. Sin embargo, por sobre todo ello, permea la cuestión ideológica. Hay todo un sistema de condiciones que determinan las prácticas y las ideologías de todo escritor, ya que este forma parte de un campo intelectual específico dentro de un campo de poder también determinado. No es casual, dice

Bourdieu que al menos por el estilo de vida, un autor tiene mayor proximidad, por cuanto a la capacidad de contar con un mayor nivel de capital cultural, a la burguesía de las clases medias y, por tanto, “los escritores constituyen al menos desde la época romántica, una fracción dominada de la clase dominante.” El escritor se encuentra en una posición ambivalente: mantiene una relación con la clase en el poder, como con las personas dominadas. Un autor tiene entonces una imagen ambigua de su posición social y de su función en la sociedad (Bourdieu, 2000: 32). No precisamente que ellos fueran políticos o altos mandos, pero sí con nexos entre ellos. Sin embargo, fueron sobre todo los políticos liberales, con una formación intelectual diversa quienes manejaron la disciplina histórica como un vehículo encaminado a lograr la unidad nacional (Arias, 2008: 53-54). Con el tiempo se convertirían en autoridades intelectuales y al ser consideradas como tal, daría pie a que su palabra fuera siempre tomada en cuenta para la toma de decisiones.

Las ideologías inmersas en la historia están relacionadas con la vida social desde donde se organizan muchas actividades y pensamientos. Esta vida social se ve afectada cuando entran en ella los aspectos sociales y políticos ya que es compartida por los miembros de un grupo. Al formarse un sistema ideológico, este se encontrará en las cuestiones sociales como la religión, la política, el arte o la educación. La ideología es un instrumento para interpretar la historia, es conocimiento y creencia, es opinión y actitud. No es únicamente un conocimiento organizado respecto al entorno sino también las que constituyen un cimiento personal, un estilo personal de gobernar (Van Dijk, 1980: 37-40). En tiempos modernos, al intelectual se le relaciona contrario al poder sobre todo en cuanto a la toma de decisiones y a la ideología. En el periodo que ocupa este trabajo, el intelectual y la élite del poder se buscaron entre sí. Al ser esta última un círculo de miembros con un origen y educación análogos hay una serie de condiciones que permitían a otros entrar a esos círculos. Sólo a través del prestigio de los intelectuales y de las relaciones cercanas con las autoridades es que ellos podían hacerse de cierta publicidad (Mills, 1957: 22).

El aspecto educativo de las obras historiográficas

En líneas arriba se ha comentado de manera aislada la relación de la cuestión política con el poder y la educación. Para que cierta interpretación de la historia, a veces sólo única, llegue a la sociedad, en primer lugar, habrá influido en esa minoría selecta que conocemos como los ostentadores del poder, manifiesta en el gobierno y de manera particular en el hombre fuerte, sea el presidente o el gobernador en turno. Sus ideologías son sistemas generales compartidos por amplios grupos y adquiridas ahora por la sociedad. La ideología no se aprende de manera intuitiva, sino que son enseñadas de manera deliberada (Van Dijk, 1980: 43). Los discursos históricos se convierten en guías. Esos discursos revelan las creencias de la época. La estructura narrativa es una forma de comunicación, y al hacerla evidente, van dentro de ella los valores de una sociedad, o los valores de una ideología que se quiere transmitir, o, mejor dicho, una ideología que a partir de la enseñanza de ciertos valores se desea transmitir; fue por ello que, durante el siglo XIX, a la historia se le consideró como maestra de la vida. A la par que nacía como disciplina, la hicieron responsable de una función educativa.

Desde que el Estado mexicano tomó las riendas de la educación, tuvo como principal objetivo la formación de ciudadanos y muy importante, inculcar los valores del pensamiento liberal, el proyecto político que resultó vencedor, a partir de sus victorias en la guerra de Reforma y posteriormente en la intervención francesa. Si bien la historia, frente al civismo ocupó un segundo plano al principio, pronto fue vista como la disciplina escolar idónea para que los gobiernos transmitieran los conocimientos necesarios para la formación del ciudadano. Con la incursión de algunas nociones de derecho, la historia sirvió de guía a la política, como un ejemplo de conducta y principios y los hechos que comprueben la práctica de los mismos (Roldán, 2011: 492).

Para ello, había que construir una interpretación de la historia de México que justificara la forma de gobierno que debía asumir el país. Por ello la política se convertiría en elemento indisoluble. Es importante aclarar que esto no fue siempre pues la historia, al principio, no tuvo un peso considerable en la enseñanza. Al ver su capacidad para transmitir lecciones éticas a través de la vida de los grandes

hombres y la enseñanza de sus acciones fueron tomadas como una forma de emular y orientar la conducta de los estudiantes. Otro elemento que de manera paralela también tomaría fuerza sería la intención de identificar a todos los mexicanos con un pasado común. Mostrar la unidad del pasado y dejar al margen las minorías y los regionalismos que se creyó dividían la imagen nacional. El concepto de patria, que desde entonces sería frecuente escuchar y leer, surge como parte sustancial del discurso escolar en tanto se consideró como un generador de la nacionalidad; por ello los periodos como la conquista, la colonia y la independencia eran los temas con mayor recurrencia.

Convencidos del peso que podía ejercer el Estado a través del discurso ideológico nacionalista y que éste encontraba cauce en la educación y de manera particular en la historia y su enseñanza, había que encontrar un vehículo concreto para hacer posible dicha transacción. Lo encontraron en el libro, el libro de texto. De esta manera, el currículum oficial transmite valores hegemónicos; defiende una concepción específica de sociedad y al ser una herramienta de trabajo para la enseñanza y el aprendizaje el libro de texto cumple la función de cohesión social. Es el puente entre sociedad y Estado (Cruz Beltrán, 2016a: 69). Ser escritor era ser maestro, refiere Eugenia Roldán (2011: 499). Teodomiro Manzano lo fue. Ocupó gran parte de su vida a la enseñanza y eso le valió ser reconocido fuera del ámbito educativo como un erudito. De Luis A. Escandón, sus libros a pesar de no ser concebidos como manuales escolares, se asegura sirvieron como tales en algunas escuelas primarias. Hubo en ellos respuestas a los quién, a los cuándo, a los qué; no hubo en cambio respuestas a los por qué, a la comprensión de los acontecimientos. Se entiende que prefirió sacrificarse la explicación para compendiar entonces la mayor cantidad de información posible lo cual infiere a llevar a cabo las prácticas memorísticas.

Fue también importante que en aquellos textos se enseñara la geografía donde ocupó un espacio fundamental. La geografía fue considerada la puerta de entrada a la historia. Los primeros textos de Manzano fueron de geografía. Ahí se explica también la intención de componer los textos a manera de ensayos geográfico-histórico-estadísticos. Sería sin embargo *México a través de los siglos* el

paradigma historiográfico que detonaría a la educación histórica como forjadora de conciencias leales a un sistema (Roldán, 2011: 523). Entonces ¿qué implicaba ser autor de un libro de texto de la época? Durante el siglo XIX al autor de un libro escolar se le consideraba un personaje de la élite, no sólo por tener acceso al conocimiento sino por formar parte del grupo de poder, de los impulsores de las nuevas políticas educativas orientadas a la modernización y el progreso, que en el contexto porfiriano adquirió también la idea de una nación occidentalizada, cosmopolita, según el modelo francés que se adoptó en México y que en el caso de Hidalgo habría de reflejarse con la instauración del lema “Amor, orden y progreso” en el Instituto Literario y Escuela de Artes y Oficios (antecedente de la actual Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo) ubicada en Pachuca.

El autor jugaba un papel doble: por un lado, dependiente de ciertos intereses, como el de los editores impresores y por otro, de quienes lo utilizan y el impacto que generó en ellos. El libro de texto, más allá de su implicación ideológica fue una suerte de civilización en un espacio analfabeta casi en su totalidad. Los autores formaban una especie de red de conocimiento. En su papel de actores individuales formaron una élite educativa que estableció vínculos y estrategias con el objetivo de modernizar la escuela pública y desde luego, les haría gozar de un estatus “que les permitió mantenerse en la cima por un largo periodo” (Martínez, 2004: 120). Con el tiempo, al ser las únicas fuentes de información, aunque pensadas desde el ámbito escolar, serían consideradas como cánones historiográficos, es decir, modelos desde los cuales surgirían nuevos estudios, lo cual significó que su contenido trascendería el plano de la enseñanza de la historia para en cambio, comenzar a escribirla con nuevas corrientes de pensamiento tal como sucedió a partir de la década de 1940 tanto en México como en Hidalgo.

Los inicios de la escritura de la historia en el estado de Hidalgo

Invitado a México por el escritor Ignacio Manuel Altamirano, procedente de Suiza su lugar de origen, llega, a los 26 años, Enrique Conrado Rébsamen, pedagogo. Luego de vivir en algún tiempo en Guanajuato, es llamado por el gobierno porfirista para hacer una reestructuración del sistema educativo vigente. Afamado como reformador, es enviado a Orizaba y un año más tarde, gracias a la amistad con el

governador Juan de la Luz Enríquez es nombrado director de la Escuela Normal de Jalapa. Joaquín Baranda, entonces ministro de Instrucción Pública, convencido de la necesidad de una buena formación de maestros convoca a un congreso pedagógico a celebrarse en la capital del país a finales de 1889; coordinarían los trabajos Justo Sierra y Rébsamen, quien sería el segundo al cargo.

La historia como disciplina escolar no estaría exenta de discusiones. Rébsamen era particularmente afecto a su enseñanza y al tiempo que era desarrollado el Congreso Nacional de Instrucción, preparaba una serie de indicaciones para los maestros respecto a esta disciplina. La *Guía metodológica para la enseñanza de la historia* de 1891 marcó el inicio de una serie de apreciaciones respecto a la historia pues a través de su enseñanza se justificaría su presencia en el ámbito nacional. El objetivo de esta guía era precisamente ese: ver la historia “como la piedra angular para la educación nacional.” En la escuela el sentimiento patriótico debía florecer.

Con la idea bien cimentada, Rébsamen planteó dos ideas que no tendrían sino un efecto contrario. El método regresivo, ir de lo conocido a lo desconocido, desde la biografía del niño, pasando por la del cantón, municipio, estado, república, era poco recomendable: no habría tiempo para conocer la historia de tantos niños presentes en el aula como tampoco para conocer la de sus padres, abuelos y bisabuelos. Hay una carencia, dijo, de datos interesantes y al ser aisladas, exclusivas de cada uno, no merecían siquiera llamarlas historia sino más bien biografías. Luego, al presentar el programa de estudios aprobado por el citado congreso se percibe que su idea va en marcha: segundo año, relatos y conversaciones familiares acerca de la historia nacional; tercer año, ideas generales de historia antigua y colonial; cuarto año, desde la guerra de independencia a la intervención francesa; quinto año, se formaliza la historia de México desde tiempos remotos a la época actual; en sexto grado, de las primeras civilizaciones a la era moderna y contemporánea. Rébsamen pensó que si el maestro insistía en utilizar el método regresivo debía hacerlo de esta forma:

Y al acatar este principio, se ha sabido evitar sabiamente la exageración del mismo, que consistiría en querer hacer la historia de cada localidad, como algunos lo

pretenden. Ya al tratar del método regresivo, hemos demostrado que esto sería antipedagógico. Conviene llamar ahora la atención del lector sobre la circunstancia de que semejante proceder sería también antipolítico, cuando menos tratándose de nuestra república (Rébsamen, 1968: 159-160).

Alentar el espíritu localista, cuya bandera es la enseñanza de una historia local, dice Rébsamen, es claramente atentatorio para conseguir la tan anhelada unidad nacional y con ello convencernos que “todos los mexicanos formamos parte de una gran familia”. Para el pedagogo suizo, la historia local es incompatible con el sistema nacional que se proclamó en el congreso; no coincide con la proclama de unir a México. El impacto de estas ideas fue parcial y en algunas entidades federativas, el llamado fue a la inversa: se avivó más la intención de hacer historia local y el estado de Hidalgo fue de los primeros en llevarla a cabo.

No sólo sería un contra llamado a Rébsamen sino más bien al enfoque político, pues al menos en los historiadores liberales como Teodomiro Manzano y Luis Escandón, estos tuvieron un padrinazgo oficial y, por tanto, sus obras tienden a un enfoque institucionalizado. Pero al mismo tiempo, permearon en ellos aquellos resabios de las guerras extranjeras, es decir, las obras de carácter regional bien podrían haber surgido a partir de entonces, en tanto fueron motivados por “el deseo de reconstruir a México sobre nuevas bases, a robustecer la conciencia nacional, a descubrir las peculiaridades del país y a impulsar su crecimiento” (Parceró, 1982: 130).

En respuesta a un viejo anhelo de autonomía, el estado de Hidalgo, bajo la iniciativa de un grupo de diputados encabezados por el tulancingueño Manuel Fernando Soto Pastrana, determinaron en 1868 elevarlo con tal categoría. Con fecha de 16 de enero de 1869 dicha propuesta entró en vigor. Desde su nacimiento el nuevo estado tuvo que enfrentarse a diversos vaivenes políticos; el primero de ellos el establecimiento de una élite local representada por los hacendados pulqueros que a la postre fueron los primeros gobernadores: Antonino Tagle y Justino Fernández; durante el gobierno del primero las pugnas entre Benito Juárez y Porfirio Díaz el estado de Hidalgo fue declarado en estado de sitio. Años después y al llegar este último al poder, convencido que la paz era el único camino para llegar

al progreso, hizo a un lado a la incipiente élite local para poner a un hombre de toda su confianza; pensó entonces en un general, poblano, descendiente de italianos, muy entusiasta liberal y a la postre, amigo muy cercano al oaxaqueño. Su nombre: Rafael Cravioto.

Durante el gobierno de Cravioto, que fue sucediéndose en el poder a través de su familia desde 1876 a 1894, año en que la dinastía es depuesta para que entrara otro oaxaqueño a gobernar el estado, Pedro L. Rodríguez, surgen los primeros atisbos de la historiografía regional hidalguense, en especial 1884, año en que fue enviada una reseña relativa a la entidad para la exposición internacional celebrada en la ciudad estadounidense de Nueva Orleans. Aun cuando en el estado ya habían sido registradas algunas memorias, que incluían una sección histórica, enfatizadas al distrito minero de Pachuca, esta reseña sería la punta de lanza para el nacimiento de lo que hoy conocemos como historia regional. Dado que sus apuntes no son exclusivos sobre esta disciplina puede considerarse más bien un informe detallado de todos los recursos naturales, de flora, fauna, y desde luego, de su población, que entonces podían encontrarse en el estado.

La *Reseña relativa al estado de Hidalgo que la junta corresponsal del mismo remite a la Exposición Universal de Nueva-Orleans* fue escrita de manera anónima en 1884 y fue publicada por entregas en febrero de 1885 en el *Periódico oficial del estado de Hidalgo*. Se trata pues de la primera referencia historiográfica dedicada a la entidad, casi treinta años antes que apareciera la obra cumbre de Teodomiro Manzano, los *Anales*. Sólo alcanzó difusión al ser publicado en el periódico oficial. Esta obra sería considerada en la posteridad por algunos autores como el ya mencionado Manzano y por Luis A. Escandón. Al señalar que es el primer texto que refiere a la entidad valgan algunas consideraciones. Si bien ya existían para entonces algunos trabajos históricos, éstos aún no referían al estado de Hidalgo como tal y estaban únicamente localizados en el distrito minero de Pachuca lo que indicaría desde entonces y hasta hoy que la producción bibliográfica se ha centrado de manera considerable hacia esta localidad y a la Comarca Minera, región geocultural donde se asienta. Dicha *Reseña*, como su nombre lo indica, fue elaborada con la idea que “Hidalgo figure dignamente” (*Reseña*, 1884: 5).

El texto se compone de varios apartados: el primero referente a la reseña histórica del estado; a sus límites, área y configuración geográfica; al clima, geología, flora (frutas, flores, que incluyen interesantes nahuatlismos como *xipis* o *xaquinicuil*, hierbas aromáticas, plantas medicinales, agallas, resinas), fauna, etnografía; un amplio capítulo acerca de los distritos mineros en la entidad, sus minas y haciendas de beneficio, aguas minerales, agricultura, materias primas, vías de comunicación, una breve estadística, hacienda e instrucción públicas, gobierno y una breve conclusión. En términos generales, el texto da cuenta del estado que guardaban cada uno de estos rubros. Si bien todos resultan particularmente interesantes por cuanto permiten acercarnos al panorama de la entidad durante el gobierno de los Cravioto y en especial de Simón, quien gobernaba mientras fue redactada la *Reseña*, se enfoca la atención a dos apartados: el de la historia y la etnografía.

Aunque el texto no hace referencia explícita, este pertenece a aquella tendencia temática de incluir la geografía y la estadística. De la geografía hace un recuento de todos los recursos con que cuenta la entidad al hacer amplias listas de ellos en especial de la flora y de la estadística sólo hace referencia a la población existente en la entidad dividida en distritos, así como un conteo general del número de municipios, escuelas, ciudades, pueblos, villas, haciendas, rancherías y cárceles. La *Reseña* menciona la importancia de esta disciplina para evitar vicios e inexactitudes; aplaude su perfeccionamiento y reclama los “temores provenientes de la apatía y descuidos indisculpables de parte de nuestras autoridades municipales” al enviar datos erróneos o peor aún de no enviarlos.

La reseña histórica ocupa el primer apartado. Es por principio de cuentas más que una historia de la entidad, un recuento tendente a elogiar las acciones gubernamentales de los Cravioto. Define al estado de Hidalgo, cuando refiere su nacimiento:

[...] a semejanza de los jóvenes que en medio de no interrumpidos trabajos y de continuas privaciones se vigorizan moralmente adquiriendo la experiencia necesaria para independizarse de sus mayores y manejarse por sí mismo sin el peligro de malograrse, considerándose con elementos propios para emanciparse del resto de la

entidad federativa a que pertenecía; gracia que alcanzó por declaración que la Cámara de diputados hizo en 15 de enero de 1869 (*Reseña*, 1884: 7).

El tiempo se encargaría de hacer a un lado la versión que le da al Congreso la paternidad de la creación del estado y particularmente de Manuel Fernando Soto para colocar ahí el peso histórico que ejerció Benito Juárez, presidente de México en aquella época. Luego, se tomaría en cuenta el 16 de enero, fecha en que se puso en vigor, como actualmente se reconoce. El texto hace una referencia mesurada de los gobiernos de Antonino Tagle y Justino Fernández. Extraña que a Juan C. Doria apenas lo mencione toda vez que fue el primer gobernador, con carácter provisional. De regreso con los primeros con carácter constitucional, esto es, electos, no hay mención directa acerca del estado de sitio que padeció la entidad en 1872 y que obligó a Tagle solicitar permiso por unos meses. En cuanto a Fernández las referencias son más benévolas cuando señala que poseía “una vasta instrucción y una nada común inteligencia”. Señala como un acierto su designación en tanto era secretario de gobierno y conocía las necesidades del estado, así como aplaude el haberse mantenido con una buena administración de los dineros hasta el momento en que estalló la revolución de Tuxtepec a cargo de Porfirio Díaz que significaría la toma del poder y con ella la de sus amigos Cravioto.

“La disciplina y el buen orden que el señor Cravioto [Rafael], supo conservar entre sus filas, hicieron que sus subordinados hubieran respetado durante la revolución y aun en casos muy apremiantes, los intereses de la sociedad y prestándole a la misma toda clase de garantías”. Así comienza la reseña cuando trata el gobierno de esta familia. Justifica la no reelección, pero al mismo tiempo señala los aciertos de Simón por ocupar el poder ya que todos en la entidad, a decir del texto, conocían perfectamente los sacrificios por los que pasó la familia:

Pocas veces, muy pocas, la opinión popular llega a engañarse; esta confiaba en que el actual ejecutivo de Hidalgo seguiría la senda que le marcara su antecesor procurando dar cima a sus proyectos, y para cerciorarse de si salieron fallidas sus esperanzas o de si se realizaron sus predicciones no hay más que dar una ligera ojeada a la presente situación del estado.

Considerándolo generalmente, vemos con indecible satisfacción que desde el día en que don Simón subió al poder, la tranquilidad pública no se ha alterado ni un momento; que ha procurado hacer lo menos odioso posible el impuesto de alcabalas y aminorado los demás; que los sueldos de los empleados y funcionarios se cubren con pasmosa puntualidad; que la justicia se administra pronta y cumplidamente, y que la seguridad en las poblaciones y en los caminos es indisputable (*Reseña*, 1884: 13).

Con estos elogios al gobierno de Simón Cravioto, termina el apartado referente a la historia del estado. Una historia política referente a una sola familia. Es entendible que de 1869 a 1884 apenas hay escasos quince años y poco en realidad hay para mencionar, a criterio del autor. Atendidos únicamente a esta reseña podemos decir que la historia del estado de Hidalgo nació bajo el paradigma de una corriente política y oficial, a la luz de elogiar y exaltar a los gobernantes en turno y aunque no mencionado de forma explícita, liberal. Es importante destacar este punto en tanto a la par mostrar las riquezas naturales del estado, por eso se valió de la geografía, se buscaba también dejar una buena impresión de los gobiernos porfiristas estatales. La perspectiva cambia cuando en otro de los apartados hay una referencia a lo que ahora consideraríamos como historia regional.

El capítulo referente a la etnografía se trata más bien de la historia del estado, entendida desde sus poblaciones y distritos. Este apartado resulta de amplio interés ya que da un balance de cómo se encontraba la historia de la entidad en aquel momento. Por la lectura del mismo, se deduce la inexistencia de fuentes de información, o bien de una limitada búsqueda. Las fuentes para este apartado no se mencionan abiertamente, y por lo que dice el texto, se transcribieron “con fidelidad las diversas noticias que personas dignas de todo crédito nos han proporcionado, y también hemos tomado otras invariables, dadas a luz por reconocidos y renombrados autores, de cuya ilustración y veracidad ninguno se atreverá a dudar” (*Reseña*, 1884: 111). El apartado comienza, con una apreciación general del estado que guarda la historia hidalguense para más adelante señalar los pormenores de los distritos y algunos pueblos que los integran:

Entre los pueblos que forman el estado de Hidalgo, hay varios cuya fundación es antiquísima, y su historia, por lo mismo, y atendiendo a las transformaciones que

México ha experimentado, habrá de ser curiosa e interesante. Pero sucede que en esta parte del país, *se carece de los datos necesarios para escribirla debidamente, por haber desaparecido los archivos de donde habrían podido recogerse*, si ellos no hubieran sido reducidos a cenizas en los días de nuestras guerras intestinas (*Reseña*, 1884: 43).⁷

Dado el balance general, procede a recoger algunos datos de “las poblaciones de mayor importancia entre las que habrán de figurar particularmente las cabeceras de distrito” (*Reseña*, 1884: 43). De Actopan refiere que “fue uno de los principales pueblos del imperio tolteca”; de Apan “no se tiene noticia alguna; pero por varias ruinas que se conservan parece que sus habitantes primitivos fueron de origen tolteca unos, y chichimeca otros”; lo mismo señala para Atotonilco mientras que para los municipios del distrito de Huejutla le atribuye fundaciones aztecas, pero “ni en los archivos ni en los respectivos títulos se encuentran datos.” Respecto a Huichapan e Ixmiquilpan refieren a los otomíes como la raza dominante; en cuanto a los pueblos de La Misión, Chapulhuacán, Xochicuaco, Pacula y Jiliapan señala sus fundaciones en el siglo xvii y principios del xviii, en cuyos lugares existen “conventos de malísima estructura” y cuyos pobladores fueron chichimecas y pame, idioma este último que para entonces se hablaba en esa región. De Metztlán refiere ser habitado también por chichimecas y en cuanto a Molango, “la historia de los municipios y demás pueblos que forman el distrito se ignora completamente, pero por multitud de *tetzacuales* o cerros de piedra existentes todavía [...] se cree que fueron habitados desde antes de la conquista.”

De la capital refiere que su etimología es “lugar de gobierno”, que las minas ya eran explotadas por los aztecas y que estaba subordinada a Pachuquilla “el primer pueblo cristiano que fundaron los españoles”; menciona luego a Bartolomé de Medina como el descubridor del sistema de amalgamación y que la minería, así como ha florecido también ha estado en decadencia. De Mineral del Monte y Mineral del Chico señala que estos pueblos son importantes “por sus fabulosas riquezas minerales” y de Zempoala se lee que fue “el primer pueblo que dio hospitalidad y

⁷ Las cursivas son mías.

formó alianza con Hernán Cortés”, cuando sabemos que en realidad fueron los cempoaltecas del actual Veracruz; en cuanto a Tula, la antigua Tollan, señala que “es la más antigua del Anáhuac y de las más célebres de la historia de México”; de Tulancingo “se sabe solamente que por allí pasaron, después del año 607, los toltecas que fueron a establecerse en Tula”. De Zacualtipán, dice el texto, “se sabe menos todavía, y sólo por mera suposición se dice que sus primeros pobladores fueron gentiles”, es decir, paganos. Hace una descripción de la hoy conocida como Casa de Piedra, en el actual barrio Cosapa; y luego menciona, aunque no las describe como tales, las pinturas rupestres ubicadas al norte de Lolotla y en la peña Caparosa. Finalmente, de Zimapán señala que gracias a la migración de los europeos se han explotado las minas señalando la más célebre, Lomo de Toro; otros pueblos cercanos que también menciona son La Bonanza, La Encarnación y Tasquillo.

En esta idea de engrandecer más a la entidad, al hablar del paisaje menciona a Zacualtipán “como la joya más preciosa de Hidalgo” lo cual parece indicar que el autor posiblemente sea de ahí originario o tenga inclinaciones de carácter más emotivo al referirse de esa forma a dicha población; además de agregar algunos datos más acerca de otras poblaciones como Apan que destaca “especialmente para el ganado lanar, como se advierte por el buen gusto de su carne”, o de Huejutla “el distrito agrícola por excelencia”, refiere:

Aunque en lo general es feraz todo el suelo de esta parte del país, la preponderancia alcanzada por el espíritu minero hace que la agricultura sea vista, si no con desprecio, tampoco con la dedicación que merecen terrenos fértiles y bondadosos cuyo cultivo bastaría por sí sólo, a hacer de Hidalgo uno de los estados más ricos de la confederación mexicana (*Reseña*, 1884: 85).

Si bien el comentario va dirigido hacia el tema de la agricultura también es visible en la cuestión bibliográfica. Esto es, como se verá al estudiar el pensamiento histórico de Vicente de Paula Andrade, que la minería también sería la mejor ponderada en el terreno de la escritura de textos, que aunque técnicos, mostraron en ellos cierta inclinación por conocer la historia de la minería y al hacerlo, estudiaron la historia de Pachuca y Real del Monte, que no de Zimapán por estar

más alejada; sin ser evidente, muestra una futura inclinación de los estudios históricos hacia esta región y hacia el tema de la producción argentífera. Tampoco sería casual que la minería fuera otra condición por la cual Pachuca se convertiría en la capital del estado de Hidalgo en 1869. Por ello, el uso de la historia tuvo un gran significado cultural: veían en ella una forma de reflejar los intereses colectivos, los que beneficiaran a la sociedad, pero principalmente en lo económico; de ahí la necesidad de escribir textos para difundirlos (Matute, 2015a: 216).

Hay una historia en el estado de Hidalgo de veras incipiente. No se contaban entonces con los estudios que habrían de integrarla. He aquí el punto de partida de los autores posteriores. Ante la escasez de información, no quedaba más remedio para ellos que ir en busca de ella. La *Reseña* ha brindado un panorama interesante que permite conocer cómo evolucionó la historiografía regional desde sus cimientos.

CAPÍTULO III

LUIS A. ESCANDÓN: PIONERO DE LA HISTORIOGRAFÍA DEL ESTADO DE HIDALGO



Fotografía 1. Luis A. Escandón, 1892.

Fuente: Luis A. Escandón, *Estado de Hidalgo. Etnografía y arqueología*. Detalle de la portada.

DENTRO DE los diferentes campos de producción, afirmó Pierre Bourdieu en 1996, en el periodístico se halla la influencia que ejerce sobre la cultura, lo jurídico, lo literario, lo artístico, lo científico y sin lugar a dudas, lo político (Bourdieu, 1996: 101-102).⁸ Los efectos de estos campos, a su vez, recaen en el primero por el poder simbólico que enfrenta la prensa en su labor más importante: informar; pero también y no menos importante, influir.

Dentro de la comunicación masiva, señala Mario Ezcurdia, la prensa “suele parecer una causa contribuyente de los efectos sociales”⁹, sea por ser un factor de presión, por su capacidad de divulgación de ideas, por multiplicar opiniones, y en sí como productor de un efecto catalizador para provocar modificaciones o cambios.

Es, con todo, más allá de un reflejo, un filtro social, un vínculo de diálogo con la sociedad aunque con ciertos matices que son necesarios de acotar. En primer lugar es importante referir que como un termómetro de opinión pública, la prensa se ve mediada por su naturaleza y el entorno, por su concepción del mundo, por las predisposiciones de su público y la pertenencia a ciertos grupos, por citar algunos, pero sin olvidar su naturaleza humana (Luhman, 1995: 12-13).

¿Dónde se encuentra la prensa dentro de este diálogo social? Esta pregunta, habrá de contestarse, de manera paradójica, con otras preguntas: ¿qué sucede en la ciudad, en el país, en el mundo que habito?, ¿qué le ha pasado a la gente que conozco?, ¿cómo puede afectarme o beneficiarme lo que sucede en el mundo?, ¿qué es tan importante para enterarme de ello?, ¿qué debo ignorar? De acuerdo con Bernard Voyenne, la noticia pasa por un proceso de información hacia el de la reflexión, del “qué ha ocurrido” al “qué cabe pensar de todo esto”. Y en este sentido, quien opina influye en quien lo lee (Voyenne, 1986: 173).

Ante esto, de regreso con Bourdieu, el periodista ya no ejerce sólo como tal sino como “intelectual periodista” que puede ejercer tanto en nuevas formas de producción cultural así como de imponer, mediante una “doble pertenencia”, los principios de valoración de las producciones culturales a través de sus juicios críticos dotándose así, de autoridad intelectual (Bourdieu, 1996: 112-113).

⁸ En especial el capítulo “La influencia del periodismo”.

⁹ Mario Ezcurdia Camacho, entrevista por Rosa María Valles Ruíz, Ciudad de México, 8 abril 1996.

El caso que ocupa a este capítulo, el de un periodista michoacano, Luis A. Escandón, refiere este acuerdo tácito de hacerse de autoridad intelectual. La prensa escrita, señala McQuail, los medios pueden conferir estatus y confirmar legitimidad, ser un canal de persuasión, de movilización y de creación de públicos (McQuail, 1986: 52). La posición de este personaje en lo particular, como columnista de un órgano oficial, contribuyó a su formación como intelectual periodista, no sólo por su carácter de redactor, sino también por entrar en un mundo en apariencia alejado del periodismo como fue el ejercicio del historiador, a lo cual se suma su carácter como excursionista.

En Luis A. Escandón, habrá de verse cómo la política determina a la prensa, y en esta relación dialéctica, la prensa determina la conducta del poder político y sobre todo en un poder político singular, el del Porfiriato donde buena parte de los periódicos, se convirtieron en voceros de su gobierno. No podía ser menos con los periódicos oficiales que funcionaron como boletines informativos de las organizaciones gubernamentales (Hernández Carballido, 2009: 40).

Como se verá, Luis A. Escandón, como redactor del *Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Hidalgo*, alcanzó un lugar de privilegio en el gobierno de la familia Cravioto, en especial de Rafael, quien lo trajo al estado de Hidalgo proveniente de Michoacán. Los columnistas, como Escandón, a diferencia de los articulistas que sólo enviaban sus colaboraciones, estaban más vinculados a la organización periodística, eran de casa y su inserción en primera plana.¹⁰

Desde su primer número, 3 de marzo de 1869, el POGEH se hacía de recursos propios por medio de la venta de espacios y ejemplares, se repartía en oficinas municipales, distritos militares y se enviaban a otras entidades; no se caracterizaba por tener imágenes y su presentación fue muy sencilla. La principal información era de carácter oficial: decretos, leyes, oficios, edictos, informes, partes oficiales; ante esto, no poseían un cuerpo de reporteros propios. Junto con la información gubernamental, se incluían notas de carácter general “que trató de cubrir un vacío de información de tipo político, económico, social y cultural en una sociedad, como

¹⁰ Comunicación personal de la dra. Rosa María Valles Ruiz, 11 septiembre 2018.

la hidalguense, que estaba viviendo cambios sociopolíticos importantes en concordancia con los que se estaban dando en el país” (Ángeles, 2003: 41).

Más allá de eso su característica fue el de ser un defensor de los personajes que ostentaban la gubernatura, apuntalar la ideología liberal o bien postular al candidato oficial. Con todo, fue en el POGEH, donde comenzaron a pergeñarse las primeras páginas de la historiografía. De sus prensas surgieron los primeros trabajos de Luis A. Escandón y los ideales de escribir una historia, la hidalguense.

Si la *Reseña relativa al estado de Hidalgo* enviada a Nueva Orleans en 1884 significó apenas un indicio de lo que más tarde sería la conformación de la historiografía local, en Luis A. Escandón se encuentra su primer cauce. El panorama parecía prometedor: su idea era elaborar una historia general de la entidad. Ya había concluido con los distritos de Tula e Itzmiquilpan y recién había comenzado con los de Actopan y Tenango de Doria. Tuvo un particular interés por los huastecos y decidió ir en busca de los antiguos toltecas y otomíes; con esta información, preparó un interesante estudio enviado a la exposición de Chicago. En la muerte encontró el obstáculo a sus pretensiones y su presencia en la historiografía regional de Hidalgo quizá estaría en condiciones de ser comparada con el estilo totalizador de Teodomiro Manzano, quien de distinta forma, logró encauzar el esfuerzo de Escandón: una historia general, a partir de efemérides y de datos recopilados en distintas fuentes.

Luis Alfonso Escandón España, mejor conocido en la prensa de la época donde él figuró como periodista como Luis A. Escandón, nació el 19 de agosto de 1853 en Morelia, Michoacán. Sus padres Luz España y Pedro Escandón. Realizó sus primeros estudios en el Colegio de San Fernando de México y estudió latinidad en el Colegio de San Nicolás Hidalgo y en el seminario de Morelia. Al morir su padre en 1870, a la edad de 17 años, deja sus estudios para la subsistencia de su familia y busca empleo como sobrestante de una cuadrilla de operarios en el camino que va de Morelia a las Barrancas de Atenquique. Con los recursos obtenidos, logra

continuar con sus estudios de latín, lógica y matemáticas (*La juventud literaria*, 5 agosto 1888: 255).¹¹

Al año, pasa a ser empleado en el Ferrocarril Mexicano, puesto que abandona para proseguir sus estudios literarios con el maestro Ignacio Ramírez y de la influencia de Guillermo Prieto. En 1873 es empleado del Juzgado de Distrito de Cuautla donde funda el periódico *La igualdad*; asimismo fundó una sociedad de obreros donde pronunció discursos tan contundentes que le valieron el destierro a la Ciudad de México. En enero de 1877, aparece como redactor de *El combate*, uno de los órganos de difusión del partido progresista que postulaba a Díaz como presidente de la república y a Ignacio L. Vallarta como presidente de la Suprema Corte de Justicia. Al frente del diario se encontraba Manuel Rivera Cambas (*El combate*, 11 enero 1877: 1). Publicó a principios de ese año, *La revolución de 1871 a 1876*. Para febrero, fue nombrado primer secretario del Comité de Salud Pública considerado afín a la revolución de Tuxtepec. Era clara la simpatía de Escandón por Díaz y su animadversión por Sebastián Lerdo de Tejada quien buscaba reelegirse.

Con su pluma, estuvo involucrado en algunas controversias con otros diarios, como el sucedido el dos de octubre de 1876 cuando en la gacetilla de *La colonia española* se refieren a Escandón, junto con Manuel Caballero, como los “redactores hembra” del *Monitor* dado que en la editorial del día anterior, dichos periodistas “[...] publicaron su patente cobardía declarando que no se baten con nosotros *porque somos Quijotes* (no porque tienen miedo). En vista de tan honrosa declaración, no volveremos a ocuparnos de semejantes gallinas, aunque cacareen hasta el día del juicio” (*La colonia española*, 2 octubre 1876: 3).

Asimismo, señala una “gran madurez” en el partido liberal toda vez que “ha comprendido cuán necesario es poner un dique a las grandes arbitrariedades de un gobierno que de día en día se encamina a la perdición”; esto en referencia al gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada que ya había sido tambaleado por la revolución de Tuxtepec. Desde entonces tuvo una franca inclinación por el liberalismo al hacer una defensa de la constitución de 1857, las leyes de Reforma y

¹¹ A partir de esta y las siguientes notas periodísticas habrá de citarse con la fecha completa que se compone de nombre del periódico, día, mes, año y página.

“la independencia del ejército francés”. En dichas palabras, a propósito del aniversario de la independencia mexicana, da atisbos de su concepción de la historia, sobre todo, al hacer énfasis en que con ella podremos observar “la cronología de nuestros desastres” pues “el nombre de México fue escrito con sangre de mártires”.

Hacia 1887 aparece como redactor de *La juventud literaria* y de *La voz de los estados*. Fue diputado suplente en la décima cuarta legislatura del Congreso de la Unión por el estado de Michoacán, en específico por el distrito de Uruapan (el periodo era de dos años, de 1888 a 1890). Solía participar en veladas literarias y periodísticas en honor de personajes como Benito Juárez, Lord Byron o Manuel Acuña. Fue un excursionista nato como lo demuestran sus viajes por los estados de Michoacán y Veracruz, de donde obsequió, por ejemplo, al general Díaz una espada de la época de la conquista que encontró en Tlacotalpan (*La voz de México*, 11 diciembre 1888: 3; *La convención radical obrera*, 8 enero 1889: 3). Incursionó fugazmente en la poesía como aparece en “La canastilla poética” del periódico *La patria ilustrada* y su poema “A...” (*La patria ilustrada*, 5 marzo 1888:199). Fue socio honorario de las sociedades “Guadalupe Hidalgo”, “Leona Vicario” e “Hijas del Trabajo” que se reunían para declamar poesía, interpretar piezas como mazurcas, polkas, marchas así como actividades filantrópicas. Dado a escribir biografía, realizó una a propósito de María Magdalena, y publicó por entregas algunas evidencias de sus viajes por Michoacán en *La patria ilustrada*.

En 1884 se ocupa de la gacetilla de *El correo de las doce*. En enero de 1885, es nombrado síndico del entonces ayuntamiento de Tacuba donde, bajo iniciativa suya, se construyó un jardín y un pozo artesiano en el árbol de la noche triste. Fue entusiasta partícipe de una junta popular para erigir un monumento al poeta Manuel Acuña en el panteón de Dolores de la ciudad de México (*El municipio libre*, 3 septiembre 1889: 1; *El siglo diez y nueve*, 4 septiembre 1889: 3). “Haciendo uso de una tradición importante”, dice la gacetilla de *El tiempo*, Escandón, publicaría próximamente una novela histórica, sin mencionar el tema y sin saber hasta el momento si fue publicada (*El tiempo*, 19 marzo 1886: 3). A lo largo de 1889, aparecieron en *La patria ilustrada* lo que después serían su libro *Poetas y escritores*

mexicanos (1889) dedicado a Ireneo Paz. De su pluma destacan las biografías de Manuel Rivera Cambas, Luis G. Urbina, Alfonso Luis Velasco, Miguel Silva, José Peón del Valle, Pedro Serafín Azcué y Nicolás León.

En julio de 1876 se hizo cargo de la gacetilla del *Monitor republicano* aunque sólo estuvo encargado por espacio de tres meses pues pasó a ocupar el cargo de secretario en la jefatura política de Tacubaya (*El interino*, 10 octubre 1877:3). Desde que salió de la redacción de *La patria*, fundado en 1876 cuyos directores, entre otros fueron Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano e Ireneo Paz, llegó a radicarse en Pachuca, luego de apoyar el plan de Tuxtepec en la batalla de Tecocac donde ganó muchas simpatías y que una vez establecido el gobierno de los Cravioto, figuró como visitador de renta, redactor del periódico oficial y fundador de varios periódicos. De acuerdo con sus contemporáneos, Escandón poseía talento, era “laborioso, leal con sus amigos, y correligionarios políticos, estudioso y modesto” (*La juventud literaria*, 5 agosto 1888: 255).

A mediados de 1877 funda en Pachuca, el periódico *La igualdad* (*El órgano de los estados*, 23 julio 1877: 3). Sin embargo, el suceso que lo enraizó más a Hidalgo fue el matrimonio que contrajo con la señorita Prisca Ordóñez en el mes de diciembre de ese año a la edad de 24 años. La partida de matrimonio señala como padrino de la pareja nada menos que a Rafael Cravioto, recién nombrado gobernador. El agradecimiento que siempre le mostró habría de evidenciarlo en la dedicatoria de sus libros y en algunos intentos biográficos para el originario de Huauchinango.

Su respeto por los Cravioto lo manifestó en varios artículos, que incluso serían reproducidos en sus libros, años después (Escandón, “El sr. general Rafael Cravioto”, *La Patria Ilustrada*, 28 octubre 1889: 512-513). En *El combate*, lamentan que Escandón esté en desacuerdo con sus editores, sin embargo, en dicho periódico, manifiestan, siempre estarán de lado de los pueblos que han sido extorsionados y sin libertades (*El combate*, 28 marzo 1878: 3). Esto sucedió porque *El combate* señala una serie de abusos cometidos por la familia proveniente de Huauchinango a lo cual Escandón salió en defensa del gobierno del estado de Hidalgo.

El 21 de abril, *El combate* refiere: “los que defiendan los abusos autorizados por el señor Cravioto, cobrarán su honroso trabajo en credenciales para diputados”. Dicha declaración, la tomó personal el señor Escandón pues para las elecciones a diputados para el Congreso de la Unión en 1878, en donde figura Manuel Fernando Soto como candidato por el distrito de Pachuca, y debido a “que tantas y tan justas simpatías disfruta entre la gente de pluma, vendrá representando el sufragio libre de uno de los distritos de Hidalgo”, en efecto, es considerado como candidato, quizá suplente, sin que se especifique cuál (*La patria*, 9 junio 1878: 3). En *El combate*, señalan a Escandón de ocupar el periódico oficial del gobierno de Hidalgo como medio “dedicado a prodigar insultos personales sin razón, y por lo mismo risibles” (*El combate*, 23 mayo 1878:1-2).

En *El mensajero* se publica un artículo que atacaba la vida de Escandón, y de paso, nuevamente a los Cravioto, a lo cual, Escandón decide demandar; gana, y al redactor, Ignacio Paredes, se le conmina a quince días de prisión (*La patria* 15 marzo 1879: 2; *La voz de México*, 15 marzo 1879: 3). En *El combate*, cuyos redactores hacían controversia con Escandón, aplauden la resolución en favor de este respecto al artículo que lo difamaba. Y es que Escandón aclara que, aunque no estaba de acuerdo con los señalamientos que le hiciera Purón, él tenía muchas amistades en este periódico, del cual, como señalamos arriba, fue redactor. El hecho mereció una amplia cobertura en la prensa de la época.

Nuevamente, el personaje es objeto de calumnias a través de la publicación del *Ecce homo* en que, a partir de insultar al gobierno del estado de Hidalgo, de paso señalan de “pobre beodo” a Escandón (*La patria*, 17 julio 1880: 3). A fines de mayo de 1880 funda en Pachuca *El imparcial*. Para entonces, Escandón era considerado como un “muchacho de talento, de juicio y de alguna experiencia periodística”. Contaba entonces con 30 años (*La patria*, 3 junio 1880: 2).

En relación directa o indirecta con el estado de Hidalgo, realizó las semblanzas de los señores Mónico Valdés, jefe político de Pachuca en la primera etapa de gobierno de Simón Cravioto; Francisco Romero, poeta originario de Tulancingo; y desde luego, a los Cravioto, en este caso, Rafael (*La patria ilustrada*, 4 marzo-11 noviembre 1889). Por supuesto, Escandón refiere benévolas referencias al

originario de Huauchinango como el hombre que ha llevado la paz y el progreso a la entidad: “Felizmente para el estado de Hidalgo el gobernante pudo en poco tiempo allanar obstáculos, y hoy indiscutiblemente, marcha aquella porción federal al nivel de las más ricas y prósperas” (*La patria ilustrada*, 28 octubre 1889: 513).

Como redactor de *La patria* se encargó de llevar, durante el mes de abril 1881, las crónicas legislativas de la cámara de diputados (*La patria*, 7-27 abril de 1881). No obstante un año después deja la redacción de este periódico pues fue nombrado, en el estado de Puebla, como jefe segundo de las fuerzas estatales de caballería donde obtiene el grado de capitán (*La patria*, 12 septiembre 1882: 2). De Puebla regresa a México para atenderse de una enfermedad que lo aquejaría desde entonces. En 1889 se instala como redactor definitivo en *El combate*, aunque ya colaboraba anteriormente para este último. En este periodo, luego de ir y venir por diversos lugares del país regresa nuevamente a Hidalgo donde, aficionado a la cacería perteneció al club de cacería Hidalgo (POGEH, 20 agosto 1891:1).¹²

A causa de una oclusión intestinal, Luis A. Escandón muere el 24 de marzo de 1895, a los cuarenta y dos años de edad en Pachuca en su casa de la cuarta calle de Hidalgo (AGEH, Serie: *Gobierno*, Fondo: *Registro de lo familiar*, Sección: *Defunciones*, 1895).¹³ A diferencia del Periódico Oficial del Estado de Hidalgo, del cual era uno de sus más prolíficos redactores, que apenas menciona el deceso, el diario *La patria* lo lamenta profundamente (*La patria*, 28 marzo 1895:3).

Luis A. Escandón y el estado de Hidalgo

La prensa mexicana comenzó los preparativos para la exposición de Nueva Orleans con fecha de 6 de junio de 1884. A la cita en el Palacio de Minería de la Ciudad de México asistió nuestro personaje como representante del periódico *El Nacional*. Al mismo tiempo acudieron personajes de la cultura como Niceto de Zamacois y Manuel Rivera Cambas.

Aún considerado como redactor en *La patria*, reunió en el Instituto Científico y Literario a “varias personas principales” para fundar una sucursal de la Prensa

¹² *Periódico Oficial del Estado de Hidalgo* (en adelante POGEH).

¹³ Archivo General del Estado de Hidalgo (en adelante AGEH).

Asociada en Pachuca. Días más tarde ofrecía en el local “El paraíso terrestre” un almuerzo a los representantes de la prensa. Asimismo, a él le fue ofrecido en casa del jefe político Mónico Valdés una tertulia en su honor *La patria*, 18 enero 1890: 3; *La voz de México*, 19 enero 1890: 3). Quizá fueron constantes sus estancias en Hidalgo que a juzgar por una nota del multicitado diario *La patria* tenía en preparación un libro que haría referencia “a todo cuanto bueno encierra en propiedad, riqueza, sus hombres notables, flora, fauna (*La voz de México*, 23 febrero 1890: 3). Debido a sus recorridos por la entidad, en mayo de ese año se separa de la redacción de dicho periódico con el fin de atender sus negocios particulares “que lo obligan a permanecer por largas temporadas fuera de la capital”, esto es, sus trabajos de campo para nutrir de información los textos que habría de preparar. A mediados de noviembre de 1890, *La patria* publica una noticia referente a los trabajos de Escandón en la entidad.

El título de un nuevo libro que se publicaría próximamente, histórico-geográfico-estadístico, el que comprende un estudio relativo a la raza otomí, de la que muy poco se han ocupado los historiadores. Contiene minuciosos detalles de la historia de los pueblos de aquel distrito del estado de Hidalgo, entre otros, los nombres geográficos, conquistadores, encomenderos y los datos últimamente recogidos por el autor respecto de la geografía, petragrafía [sic], y estadística de la región. Las ilustraciones de la obra han sido ejecutadas por buenos artistas.

El mismo autor está escribiendo una obra relativa a la historia de las razas que habitaron el norte del Valle de México la que remitirá al Congreso de Americanistas y antropología de París. Es el señor don Luis A. Escandón a quien nos referimos, autor también de Tollan que fue recibido con general aplauso y de quien toda la prensa hizo merecidísimos elogios.

El señor Escandón ha salido para Ixmiquilpan con objeto de hacer escritos muy especiales en la misma localidad. Es indudable que su nuevo libro tendrá toda la importancia e interés del que dio a luz últimamente y cuya lectura recomendamos a nuestros lectores (*La patria*, 16 noviembre 1890: 3).

La nota hace referencia a los textos acerca de Tollan e Ixmiquilpan y sobre todo del trabajo de campo que realizaría durante el año siguiente, del cual publicaría en la imprenta de su amigo Ireneo Paz. Al mencionar Tollan se refiere al texto que

publicó para el distrito de Tula a mediados de octubre y dedicado al gobernador Cravioto y al secretario de Finanzas Ramón Riveroll (Escandón, 1890: [1]).¹⁴ En diciembre de 1890, de acuerdo con una nota de *Le trait d'union* aparece su *Estadística del estado de Hidalgo*, así como un compendio de gramática castellana del tulancingueño José María Rodríguez y Cos (*Le trait d'union*, 18 diciembre 1890: 3).

A principios de 1891 es nombrado socio honorario de la Sociedad de Geografía y Estadística (*La patria*, 6 enero 1891: 3). Como ya señalábamos, era fanático de la cacería, por lo que fue nombrado a finales de febrero presidente del Club de Cacería Hidalgo entre cuyos miembros se encontraban Pompeyo y Agustín Cravioto, Israel Negrete, Manuel Ordoñez quienes llevaban a cabo tal actividad en el Mineral de Santa Rosa, y los montes de San Francisco en El Chico, las haciendas de El Guajolote, en Epazoyucan y de Cuyamaloya (hoy, Matías Rodríguez) en Singuilucan donde solían ir con sus familias, a las que acudía también el gobernador Cravioto (*La patria*, 22 octubre 1891: 3; *La patria*, 4 noviembre 1891: 3). En el mes de marzo se hace cargo ese año de la redacción del Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Hidalgo (*El diario del hogar*, 18 marzo 1891: 2; *La patria*, 25 marzo 1891: 1). Como colaborador en el Instituto Científico y Literario estuvo al frente de la sección de Instrucción Pública donde se encargó de distribuir instrumentos científicos importados de París; asimismo, formó parte de la comisión, junto con los señores Feliciano Madrid, jefe político del Distrito +de Tulancingo, y Manuel Hernández, para instalar lo que sería el nuevo distrito de Tenango de Doria (*La patria*, 21 de junio 1891:1).

A finales del citado año, formó una sociedad, junto con Israel Negrete, para la explotación de un criadero de caolín “muy superior al que se exporta de Zacualtipán, con la grandísima ventaja de encontrarse muy cerca de una de las estaciones del ferrocarril Hidalgo”, posiblemente se refiera a los yacimientos cercanos a Apulco (*La patria*, 6 noviembre 1891: 3). Por los mismos días organizó la biblioteca del estado,

¹⁴ El texto dice: “A los señores gral. Rafael Cravioto y Ramon F. Riveroll. Testimonio afectuoso. El autor”.

sin contar la ya existente del Instituto Científico y Literario, en especial las secciones de Historia, Literatura, Filología y Jurisprudencia (*La patria*, 28 noviembre 1891: 3).

Hacia el mes de abril de 1892, Escandón es comisionado por el gobierno del estado para la Feria del Mundo, y en relación con la exposición de Chicago (*Daily anglo-american*, 6 mayo 1892: 2). Hacia noviembre de 1892 sus excursiones terminaron. Sin duda, los resultados causaron expectación y así *El siglo diez y nueve* señala:

De regreso de sus excursiones por el lado norte del estado y por los distritos de Tulancingo y Tula se encuentra ya en Pachuca nuestro buen amigo y compañero de la prensa señor Luis A. Escandón. En la segunda de las citadas poblaciones, es decir, en Tula, descubrió una ciudad perteneciente al siglo VI, de la cual se ocupa en levantar el correspondiente plano el joven y aprovechado ingeniero don Julio Aguirre.

Terminado ese trabajo, el señor Escandón continuará en los de descubrir toda la antigua ciudad de Tula, la que a juicio de nuestro arqueólogo amigo, abraza un espacio de tres leguas de oriente a poniente, por cuatro de norte a sur. Sea de todo esto lo que fuere, sí podemos asegurar que el señor Escandón tiene ya en su poder magníficos datos, así etnográficos como etnológicos y de arqueología (*El siglo diez y nueve*, 12 noviembre 1892: 3).

La noticia anterior hace referencia a los trabajos que presentaría en su libro *Etnología y arqueología del estado de Hidalgo*. Podemos inferir, por tanto, que su trabajo de campo fue por espacio cinco a seis meses. En 1893 aparece como redactor de *El Obrero*, en Pachuca. Durante este año aparece también como tal en el *Periódico oficial del gobierno del estado de Hidalgo*. Fue elegido para pronunciar, en nombre de la Junta Patriótica de Real del Monte, el discurso cívico del grito de independencia, el quince de septiembre de ese año como lo había sido de la de Tula en 1890.

Al igual que con el artículo “Progresos”, en “Cultivos” expone la producción agrícola de la entidad con la intención de que los habitantes del mismo y de todos aquellos que vienen de fuera conozcan qué se produce en tierras hidalguenses lo cual les darán ganancias abundantes (*La convención radical obrera*, 22 octubre 1893: 2).

Su idea de la historia

Sus primeras incursiones en el terreno de la investigación histórica aparecen en el campo de la biografía donde prepara un libro en el que se incluiría la biografía del general Rafael Cravioto y la reseña de su administración gubernamental en la entidad (*La patria*, 3 diciembre 1880: 3). La simpatía de Escandón por el general poblano, orilló a su pluma a intercambiar declaraciones con otros diarios, a propósito de la elección de Cravioto como diputado por Zumpango en el que señala que el único que ganó la jornada electoral fue el citado general y no los otros candidatos, José Rafael Álvarez y Ascencio Fuentes (*La patria*, 22 julio 1880: 3). Las réplicas a Escandón no se hicieron esperar. El jefe político de dicha población cometió algunos atentados en contra de Escandón por los motivos ya citados (*La patria*, 29 julio 1880: 3). De acuerdo con Escandón, el jefe político lo acusa de entrometerse en los asuntos electorales de su demarcación. En tanto, el jefe político niega la acusación y señala más bien que Escandón intentó sobornar a las autoridades electorales con el fin de convencerlos y anotar en el acta los nombres de Rafael Cravioto y Ricardo Pascoe, ambos vecinos de Pachuca, como diputados al décimo Congreso de la Unión y no los citados Álvarez y Fuentes que efectivamente ganaron la elección. Por tanto, el jefe político giró una orden de aprehensión por cohecho para Escandón, cosa que no sucedió pues este último se desistió por escrito (*La libertad*, 14 agosto 1880: 2).

El capitán Luis A. Escandón escribió a partir de 1890 tres libros para el estado de Hidalgo y numerosos artículos en el *Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Hidalgo*.¹⁵ El primero de ellos fue el *Ensayo histórico, geográfico, estadístico del distrito de Tula* (1890), al año siguiente el *Ensayo histórico, geográfico, estadístico del distrito de Itzmiuilpan* (1891) y su obra más importante: la *Etnología y arqueología del estado de Hidalgo* de 1893, este último, un manuscrito con fotografías, tablas e imágenes. De este último publicó un resumen los días 30 y 31 de agosto de 1893 y fue reanudado y concluido el 14 de septiembre del mismo año.

¹⁵ "El nuevo distrito de Tenango", 9 julio 1891. "Actopan: apuntes para la historia y geografía del estado de Hidalgo", 1 octubre 1891. "Municipalidad de Tepexi del Río", 16 marzo 1893. "Progresos", 17 junio 1893, referido al ferrocarril de Tulancingo. "Geografía y estadística del distrito de Itzmiuilpan", 2, 8, 17 y 23 junio 1893.

Los artículos escritos en el *Periódico Oficial*... fueron en 1891: “El nuevo distrito de Tenango” de 9 y 16 de julio y “Actopan (Apuntes para la historia y la geografía del estado de Hidalgo)” del primero de octubre; de 1892 “Ixmiquilpan” 22 de julio, “El distrito de Tula” 30 de junio, “El distrito de Tulancingo” 26 de agosto; y “Elementos de riqueza”, en referencia a la Huasteca que fue comenzado en 9 de julio de 1892 y reanudado en 1894 aunque es dudoso que haya dejado pasar dos años por un artículo y más cuando es el mismo título y aparecen sin firma. Encontramos un breve estudio del autor sobre el carbón de piedra en el área de Xilitla y Jacala publicados primero en *El minero mexicano* en 1893 y posteriormente en el *Boletín oficial de la Cámara minera de Pachuca* y por las mismas fechas un artículo en *El reconstructor hidalguense* titulado “El Otonca”, en referencia a Ixmiquilpan.

Luis A. Escandón también era editor de otros periódicos y fue un hombre de confianza en los gobiernos craviotanos, en especial de Rafael. Su labor como periodista y la amistad a los hombres del gobierno hidalguense motivaron entonces una fuerte empresa en la cual habría de llevar a cabo trabajos de investigación. Gracias al excursionismo que solía practicar y su afición por la cacería, lo llevaron a diversos lugares de la entidad con la intención de recuperar información acerca de la historia y la geografía a fin de conocer mejor el territorio hidalguense. La intención, como se ve en sus publicaciones fue la de realizar trabajos que atendieran la entidad desde sus distritos. Y comenzó en la región conocida como el Mezquital.

Desde el ascenso al poder de los Cravioto, se habían realizado, a través del Congreso algunas acciones para dicha región, como las subvenciones para el hospital de Tula en 1879, la concesión de ciudad a la villa de Ixmiquilpan con el apellido Aldama en 1881, un contrato para canalizar las aguas del río Tula en 1886, otro para construir la presa de Nextepel en Tepetitlán en 1888 y la autorización al ciudadano Antonio Omaña para abrir un canal de irrigación con las aguas del citado distrito y a los de Actopan e Ixmiquilpan. Fungía como diputado suplente por este último distrito Francisco Valenzuela a quien Escandón le dedicaría uno de sus libros cuando Valenzuela fue posteriormente secretario de gobernación, tal como lo dice el libro en las primeras páginas. Quizás su inclinación por comenzar su magna obra sobre el estado de Hidalgo desde el Mezquital se deba sobre todo a que estos

autores tenían relación política con sus distritos, y sobre todo, porque del ayuntamiento de Tula surgió una iniciativa de ley para aumentar el periodo del gobernador de cuatro a seis años “pudiendo ser reelecto durante varios periodos”. Si bien esto ya se daba en los hechos, era el momento de legitimarlo. En muestra de agradecimiento, Escandón sería el portavoz, a través de sus libros, de aquella idea que tenía la instrucción de “secundarlo a la mayor brevedad.”

La obra de Luis A. Escandón

Tras la huella de la mítica Tollan

Luis A. Escandón tuvo la influencia de los arqueólogos Alfredo Chavero y Leopoldo Batres. Sus trabajos serían la base para conformar los propios. Dos temas atrajeron la atención de Escandón al estudiar los distritos de Tula e Itzmiquilpan; por un lado, revirar las interpretaciones que sobre los toltecas existían en aquel momento como en cuanto a las concepciones de esta cultura como gigantes, y por otro, a la reivindicación de la cultura otomí.

Armado con las lecturas de Sahagún y del explorador francés Désiré Charnay que en 1880 realizó algunas excavaciones en Tula, Escandón, seguro que encontraría algo más de lo que se conocía hasta entonces intentó proseguir los trabajos realizados: “El día 8 de septiembre de 1892 llegué a la histórica villa de Tula, y desde luego procedí a explorar distintos lugares para ver si me era dado encontrar los resquicios de la metrópoli de aquel gran pueblo que mereció con justicia el apellido de industrial y trabajador” (Escandón, 2006: 22).

Durante una semana realizó varias excavaciones en las que dejó constancia fotográfica. Descubrió una serie de montículos interrumpidos por aberturas, explanadas, habitaciones, y algunas figuras como pipas de barro y una serie de paredes y muros. Encontró las ruinas de una vieja ermita al sur del sitio la cual, según le contaron, había sido construido por misioneros franciscanos. Luego, en la iglesia parroquial de Tula encontró dos piezas que ya habían sido estudiadas por Alfredo Chavero y por Antonio Peñafiel: “esas reliquias no es justo que permanecieran en aquel punto, ni mucho menos prestando tan degradante servicio,

de manera que procuré recogerlas y lo conseguí, previo el permiso del señor obispo de Tulancingo y de los vecinos del lugar.” (Escandón, 2006: 25). El obispo al que hace referencia fue don Juan Bautista Ormaechea y las piezas se encontraban entonces a la intemperie y servían de asiento a los feligreses. De fray Bernardino de Sahagún había leído que los toltecas habían sido la primera raza que había poblado esas tierras. Escandón estaba de acuerdo en que los toltecas fueron los primeros en tener, desde su punto de vista, una civilización, pero no necesariamente que fueron los primeros en estancia, es decir, que ya desde antes existían algunos pueblos en torno a *Mahmení*, el nombre otomí de Tula.

También había leído de los toltecas como hombres de saber, honrados y trabajadores. Escandón se preguntaba cuál era el motivo por el que así los llamaron. De acuerdo con sus exploraciones ya hechas desde Yahualica hasta Tulancingo, el peregrinar de los toltecas dejó huella en sus asentamientos para más tarde quedarse de manera definitiva en Tula o Tollan, como también se le conoce.¹⁶ Sin embargo, hay algo que intriga a Escandón. Producto de sus lecturas acerca de los toltecas, encuentra con recurrencia la idea de que estos hombres fueron auténticos gigantes. Al principio del ensayo de Tula, da una lista pormenorizada de todos los autores que hacen referencia al hecho. Como Escandón no muestra una postura personal, todo lo deja en manos de los autores que consultó. Con estas referencias se dispuso a comprobarlo, sin llegar tampoco a una conclusión.

Cerca del pueblo de Tepetitlán, mi excelente amigo el señor don José Ballesteros, encontró hace tiempo varios sepulcros los que me asegura contenían esqueletos sumamente grandes. Por más que luché en las excavaciones practicadas en la antigua metrópoli tollana para obtener un cráneo, fue todo en vano; descubrí varios sepulcros, pero tan sólo aparecían pequeñísimos fragmentos de huesos. Quizá más tarde sea más afortunado; si como espero me imparte protección el gobierno del estado de Hidalgo para continuar mis exploraciones (Escandón, 2006: 25).

Luego, continúa relatando la vida de los toltecas en Tula y de sus notables oficios, de su alto grado de cultura y civilización. Asegura Escandón que los toltecas

¹⁶ Luis A. Escandón, *Estado de Hidalgo. Etnografía y arqueología*, cap. II. El original no está paginado.

también fueron proclives al ejercicio de la historia “pues así trasmitían sus pensamientos por medio de jeroglíficos, como dictaban sabias leyes llevando cronológicamente cuanto hecho era digno de historiarse, dejando por todas partes testigos fieles de su privilegiada existencia” (Escandón, 1890: 10).

Para Escandón “aquel pueblo próspero y feliz, jamás llegó a soñar en que algo turbara su tranquilidad.” De inmediato, hace referencia al descubrimiento del pulque por Papantzin, pariente del monarca tolteca Tepancaltzin. Xóchitl, hija del descubridor de esta bebida, lo presentó al monarca y este se prendó de ella lo que hizo olvidarse de sus deberes al grado de nombrarla reina y confiarle el gobierno con lo cual a decir de Escandón comenzó el declive de esta civilización. Similar a esta versión, en la cual no asienta una fuente, se recuerda la historia que los informantes dieron a Sahagún respecto al *toueyo*, un nigromante disfrazado de huasteco que al andar sin ropas enamoró a la hija del monarca Huémac. Consciente del erotismo de estas historias, Escandón se apresta a responder: “Anécdotas y picantes chascarrillos se escuchaban, y el rey sabedor de todo, comenzó a ejercer actos de crueldad, los que exasperando a grandes y vasallos, dieron por resultado que las armas ejercieran su oficio” (Escandón, 1890: 11).

Sabedor que estas noticias eran para este autor sólo leyendas, señala que “los verdaderos conquistadores de la antigua Tollan, fueron los frailes franciscanos, a quienes con perdón sea dicho, se les debe en gran parte de los mejores datos para la historia.” Este elemento discursivo podría ignorarse con desconocer la trayectoria liberal de Escandón. Ya en el primer capítulo se ha evidenciado la característica ideológica del discurso histórico no ajeno al contexto político en que fue creado. Bourdieu llegó a explicar que las tomas de posición políticas dependen de las épocas y que dentro de ellas hay una relación entre el trabajo intelectual con el poder (Bourdieu, 2000: 33).

En este sentido, queda más que clara la propuesta liberal que traía consigo Escandón, al cerrarle el paso a todo aquello que por Iglesia se entendiera. Si bien reconoce en los franciscanos de Tula su trabajo sin descanso y el portentoso edificio del cual toma algunos textos de Luis Peña y Alfaro para describirlo no escapó a realizar comentarios que muestran su posición política anticlerical. No se piense, sin

embargo, encontrar un radicalismo en Luis A. Escandón; él mismo era católico pues como se dijo arriba, fue en la parroquia de la Asunción de Pachuca donde celebró su matrimonio siendo otro liberal, don Rafael Cravioto su padrino de bodas. No había una confrontación con la Iglesia pues en cierta forma Díaz había mantenido una relación estable con la finalidad de estabilizar la política interna de México y mostrarla ante los gobiernos extranjeros (Bautista, 2012: 21). En su texto para Tula lo confirma al señalar que con el predominio de la religión católica “hay un profundo respeto a las leyes de Reforma y las autoridades nada tienen que hacer para corregir infracciones” (Escandón, 1890: 68). Incluso, hubo apertura del régimen estatal por permitir la incursión del protestantismo en poblaciones hidalguenses cercanas a Pachuca; con su discurso de desfanatización, de la misma forma promovieron su oposición al gobierno porfirista (Escorza Rodríguez, 1995: 80-81).

Pero la idea de la historia que había promovido su maestro Alfredo Chavero era indigenista, la del nacionalismo desde las raíces mesoamericanas. Y esta idea imbuida en Escandón fue la que le hizo inclinarse por una ideología en la cual, los españoles habían obstaculizado el conocimiento pleno de aquellas culturas:

El indio siguió convertido en paria, en instrumento fiel del fraile y del magnate; los ídolos de piedra fueron sustituidos por los de palo y otro fanatismo igualó con creces al otro fanatismo; la piedra de los sacrificios desapareció, levantándose la hoguera de la santa Inquisición, perdiéndose las costumbres, la sobriedad y hasta el respeto mutuo, y la rapiña y el vasallaje ejercieron su oficio. De los pueblos antiguos nos quedan solamente girones de su historia. Por honor de nosotros mismos no queda más recurso que reconstruir por medio del trabajo (Escandón, 1892, cap. XIX).

Es importante considerar también que frente a ese posible liberalismo moderado practicado por los gobiernos porfiristas no puede dejarse de lado que la creciente historiografía fue liberal a un grado tal que con el paso del tiempo la idea de los conservadores sería vista como ajena al progreso. No significa que no existiera, pues se evidencia en los textos de Vicente de Paula Andrade y Canuto Anaya, a quienes veremos más adelante, sino que simplemente no formaba en buena medida parte del proyecto político liberal, sobre todo porque los textos de Escandón también estaban concebidos como textos escolares.

El *Ensayo histórico del distrito de Ixmiquilpan* fue distribuido por las escuelas oficiales de la entidad como libro de texto, esto es, que a la par de los textos de Manzano este funcionó de igual manera (*La patria*, 24 febrero 1894: 2). Si bien no se tiene registro de que haya sido lo mismo con el de Tula, ya desde la publicación de este, mostraba una cita de Blair a propósito de la enseñanza: “Enseñad la historia en las escuelas y habréis devuelto la memoria a los pueblos” (Escandón, 1891: 5). En tanto, el prólogo de Ireneo Paz, para el texto de Ixmiquilpan señala:

El estilo es claro, los datos son minuciosos y sin embargo no cansa su lectura, los fundamentos en que se apoya están tomados de los originales más auténticos, y el fruto que se propone cosechar, que es el de esparcir esta clase de enseñanzas, no puede ser más legítimo ni más honroso (Ireneo Paz, citado en Escandón, 1891: [7]).

Escandón veía una utilidad a la historia. No sólo para informar sino también para enseñar. La intención más allá del punto de vista didáctico era poner sobre la mesa la idea de la formación de un discurso integrador que conformarla la identidad nacional. Escandón lo tomó muy en serio. Exclamaba la pérdida de pinturas y jeroglíficos como él los llamaba y culpaba directamente a los españoles. Los soldados, decía, fundaron pueblos a su usanza sobre las piedras con que construyeron sus palacios los indígenas, a la que le daban el título de villas “bautizadas con el nombre de un santo u otro cualquiera, quedando en muy pocos puntos el primitivo, sembrando así la confusión que más tarde había de ser perjudicial a los historiadores que todavía alcanzaron la dicha de encontrar algunos mapas o tradiciones por medio de jeroglíficos” (Escandón, 1890: 86). En los jeroglíficos, decía Escandón, los frailes creían ver al demonio. Para Escandón la labor del historiador era similar a la de un geólogo: reconstruir los pedazos para con ayuda de la ciencia relatar sus costumbres y tradiciones, evocar a los hombres de otros tiempos, vestirlos de carne y hueso y hablarles como si estuvieran vivos, interrogarlos. La dificultad del historiador, apuntaba, era que a diferencia del geólogo que encontrando a un cuadrúpedo adivinaba cómo eran los demás, se encontraba con individuos de diferente carácter y que era casi imposible tener un retrato uniforme de cada individuo.

Ante esta dificultad, Escandón tenía la idea de distinguir el pensamiento dominante determinado por una época y conocer sus circunstancias. De ahí que habría recurrido a las fuentes que pudieran darle a conocer todo lo referente a los distritos hidalguenses. Luego, hace una breve alocución de la verdad tan cara a los historiadores, “y no haya pasiones ni intereses que no sean los que convengan a buen propósito a trueque, en contrario, de ser reprochado o hacer inútiles fábulas, romances o leyendas que más divierten que instruyen” (Escandón, 1890: 88). De esa forma, sale a la luz aún más el carácter educativo que pretendía darle a su obra. Ver la historia como base para la comprensión de la humanidad y al mismo tiempo ser aliciente para nuevas investigaciones. En el texto “Actopan. Apuntes para la historia y geografía del estado de Hidalgo”, como otro ejemplo, publicado en el *Periódico oficial del gobierno del estado de Hidalgo* logra atisbar algunas consideraciones respecto al ejercicio de la historia:

Siempre he visto con el mayor interés todo lo que se relaciona con la historia patria, lamentando que hoy, por hechos aislados, o por conjeturas pudiéramos acaso llegar a conocer la íntima o particular de ciertos pueblos, que por su importancia deben aparecer en el catálogo de prominencias. La historia del país, fuerza es confesarlo, se ha escrito por diversos autores, pero fijándose única y exclusivamente en la parte política, olvidando la económica y lo que es más, reduciendo sus observaciones al centro (POGEH, 1 octubre 1891: 1).

He ahí su idea de una historia local, que aun sin mencionarla como tal, comienza a referir que su intención de escribir de cada uno de los distritos tiene ese objetivo. Por ello, tanto en los ensayos de Tula e Itzmiquilpan se valía de la estadística y la geografía para describir los elementos de cada distrito: su situación geográfica, las municipalidades que lo integran, la situación topográfica, la altura, los límites, la extensión, el clima, los vientos, los ríos, las aguas, el reino vegetal, el reino animal, los cultivos, la petrografía, la industria; y los temas sociales como la instrucción pública, la religión, los idiomas, el tema de los impuestos, las vías de comunicación, los precios de carga, los telégrafos, los censos por municipalidad y por comunidad, hospitales, paseos y construcciones notables. En el ensayo de Itzmiquilpan incorporó información referente al comercio, a los tianguis y a exponer

información más detallada de todos los elementos referidos arriba pero ahora por cada municipalidad y los salarios de las autoridades. En este último libro muestra como anexo un arte del idioma otomí.

Precisamente de los otomíes se propuso escribir al hablar de Itzmiquilpan en los que se expone cómo fueron despreciadas por otras tribus llamándole en forma despectiva, los otonca. Poco habla de los temas coloniales salvo para referir a los conquistadores y los agustinos. Interesado en ellos Escandón sólo refiere los textos de fray Juan de Torquemada respecto a la llegada de estos hombres y de Juan de Grijalva, el cronista agustino. Sin embargo, asienta: “En vano he pretendido investigar cuándo y cómo llegaron a Itzmiquilpan los religiosos agustinos, porque ni el archivo del convento da pormenores ni las crónicas resuelven algo que de dudas saque” (Escandón, 1891: 32). Ya desde entonces puede verse la dificultad de los historiadores regionales por hacerse de fidedigna información. Atina sólo a decir, que lejos de sus apreciaciones personales es imposible decir, según Escandón, “que vivían engañados los ministros de Dios, creyendo conquistar prosélitos, era un hecho” (Escandón, 1891: 33). Para Escandón, los cultos cristianos se mezclaban con los idolátricos pues en el mismo lugar adoraban a los dioses de barro que a las divinidades extranjeras.

Habló de algunos aspectos de la vida social en el siglo XVI con las encomiendas y “el indio humillado y vencido” ante “la crueldad, ambición y codicia” de los conquistadores. Su idea de vincular la historia patria con la historia local va en referencia de contextualizar su texto en función de lo que sucedía en todo el virreinato, de hecho ahí acaba el texto referente a la historia ya que no toca los sucesos de independencia de Nueva España, para más tarde hacer sus comentarios en referencia a la población mezquitaleña. Lo anterior lo justifica así: “Intencionalmente he suprimido todo lo que se refiere a la época de la independencia para tratarlo cuando me ocupe de los distritos de Huichapan y Zimapán, donde las proezas de Villagrán le dieron renombre de héroe” (Escandón, 1891: 58). Por ellos, para las épocas posteriores al virreinato, Itzmiquilpan ofrece menor información que estos distritos y el de Jacala de los que ya tenía planeado abordar después.

Escandón tenía cierta intención de reivindicar al otomí actual por medio de la publicación de un arte otomí cuya lengua se aprende para él sino por medio de la práctica. Además, Escandón, comenta que en los distritos de Huichapan y Actopan se ha corrompido la lengua, de tal forma que los textos del siglo XVI y XVII “de nada servirán para sacar en blanco lo mucho que puede servir de base, pretendiendo la más cercana investigación de los aborígenes” (Escandón, 1891: 12).

Al estudiar su historia, Escandón da pie al nacimiento de la etnohistoria; la comprensión de la dinámica de los otomíes actuales le permitió confrontarlo con los datos de la época mesoamericana. Claro está que la intención de los gobiernos porfirianos era mostrar una idea de lo nacional desde los pueblos indígenas y aunque tocan el tema hispánico, sólo por ser un forzoso camino del historiador decimonónico para explicar los procesos de independencia y llegar con ello al proyecto liberal que tanto se propusieron defender. No es extraño que en los textos de Escandón haya pocas referencias a los sucesos nacionales de Miguel Hidalgo tan recurrentes en la historia del siglo XIX, y en parte porque como habría de desarrollarlo la historiografía futura, éstos no tuvieron su campo de acción en lo que ahora se conoce como Hidalgo. De la misma forma tampoco se omite decir que la dedicatoria de estos volúmenes fue a los Cravioto, a Riveroll y Valenzuela, como los mecenas y benefactores más que de la entidad, por la amistad y consideración que le tenían a Escandón, tal y como sucedió con Ramón Sánchez al elogiar al gobernador de Michoacán cuando escribió su *Bosquejo estadístico e histórico del distrito de Jiquilpan*. Los trabajos de Escandón confirmaban su deseo de realizar un estudio de la entidad que contemplara los distritos; había uno que también atrajo su atención por todo lo que ofrecía en cuanto a la arqueología, pero sobre todo por hacer referencia a las culturas originarias más importantes. Gracias a los trabajos que realizó en la Huasteca, Escandón logró su mayor fama entre los círculos intelectuales y políticos locales, aún más que lo publicado en el *Mezquital*, pero de manera paradójica la que lo llevaría a su olvido.

Olvido y omisión de la historiografía: el culto al *phallus* huasteco

Para Luis A. Escandón la Huasteca es sinónimo de prodigalidad. Habla de sus maderas, de sus abundantes aguas, de su agricultura, del café. No pierde oportunidad para poner de manifiesto su pensamiento: no se contenta con hablar sólo de dar a conocer los actos administrativos. Escandón ve en la historia y en la etnografía el modo de mejorar y adelantar cuanto les rodea; detenerse en distintos puntos del estado para ocuparse de todo aquello que merezca más la atención pública. Es la idea de progreso lo que motiva a conocer los pueblos; no limitarse únicamente a conocer el resultado de la producción sino presentar todo lo que pueda redituarse en ventajas para las localidades. Así ve a la Huasteca.

Al realizar un balance apreciativo de las obras de Escandón, considero que sus más grandes contribuciones al estudio de la historia y la arqueología mexicanas son, sin duda, las excavaciones en torno a la cultura huasteca realizadas en 1892. Así lo considero, en función de trabajos posteriores que retoman las temáticas de estudio de las cuales fue pionero, y que, no obstante, no lo mencionan como tal.

En el campo de la arqueología mexicana, una de las tendencias temáticas más frecuentes es el estudio de la sexualidad en Mesoamérica. La cultura huasteca es reconocida como una de las culturas que de forma más explícita practicaba el culto a los falos. Independientemente de los juicios que sobre estas prácticas se mencionaron, lo que muy pocos plantearon es quién inicia con estos estudios y es precisamente Escandón.

Escandón llega en el mes de mayo a Huejutla y de inmediato se traslada a Yahualica. Ya había recibido noticias, más precisamente de voz de Icazbalceta, de la importancia de esta localidad como presidio y frontera con los cuexteca, y por ser provincia del entonces señorío independiente de Metztlán. En Yahualica “junto al sepulcro de estructura xicalanca, en cuyo centro aparecen ídolos y útiles propios de aquella raza, vemos un hermoso y enorme *Phallus*, deidad que llevaron seguramente las oleadas del sur y como peculiar encontramos en los cuaxteca”. Una vez encontrado, Escandón cita alguna obra de Orozco y Berra, sin especificar cuál, donde plantea que si en la Huasteca se practicaba dicho culto esto probablemente tenía mucha relación con que los cuaxteca, en efecto, andaban

desnudos. Posteriormente, Escandón refiere sus descubrimientos a Alfredo Chavero y a Francisco del Paso y Troncoso, entonces director del Museo Nacional. Aquí comienza propiamente el interés por estudiar los falos, y el repentino descrédito por los descubrimientos de Escandón.

Chavero mostró inmediato interés en el *Phallus* de Yahualica pues, como lo asegura Nicolás León, solicitó, directamente con el presidente Díaz, y él, a su vez, lo turna a la Secretaría de Justicia para instar al gobierno hidalguense a cederlo y trasladarlo al Museo Nacional de la Ciudad de México (León, 1903: 278). Enrique Rivas Paniagua, en sus notas, cuestiona si la pieza encontrada por Escandón es la misma que fuera conducida trece años después al citado museo (Escandón, 2006: 10).¹⁷ Tenemos como respuesta que sí, en efecto, se trata de la misma pieza a juzgar por dos evidencias. Las dos provienen del citado Nicolás León

El falo del Museo Nacional se encontró en Yahualica, población que pertenece al estado de Hidalgo, distrito de Huejutla, colindante con el estado de Veracruz. [...] *El primero que dio noticias de este objeto fue el señor Luis A. Escandón, quien lo encontró en su postura original el año de 1890.* El sitio en que estaba colocado es una plazoleta, frontera a la casa municipal, y tal cual lo representa el adjunto fotografiado (León, 1903: 279).¹⁸

Y en efecto, la segunda evidencia es una fotografía que muestra a un grupo de danzantes alrededor del falo. A juzgar por la fotografía se trata del mismo objeto; incluso muchos años después, en 2004, el arqueólogo Felipe Solís publica nuevamente el falo en su estado actual. No obstante que León refiere la fecha 1890 como el año del descubrimiento, el propio Escandón señala que las excavaciones fueron en 1892, es probable que él haya tomado la fotografía pues en su texto no hace referencia de haber sido acompañado y probablemente haya sido él mismo el encargado de tomarla. Para confirmar lo anterior, en la mencionada fotografía aparecen otras piezas con la misma descripción dada por Escandón:

¹⁷ Ver la nota 12 de dicha página.

¹⁸ Las cursivas son mías.

La zoolatría existió también en Yahualica, según lo demuestran mudos pero preciosos testigos. *Tuve la fortuna de salvar de una segura destrucción la interesante figura de un orangután, que yacía enclavada en tierra;* y en mis exploraciones en Huitzonopala [...] debajo de un pequeño montículo de tierra, encontré la figura del Teomázatl, dios venado, curiosamente esculpido en piedra durísima.

Además, en un sepulcro de los varios que tajé en Yahualica, encontré una buena porción de cabecitas de barro cocido, afectando formas distintas toda clase de animales, predominando entre ellas la del mono (Escandón 2006: 11).

En trabajos recientes acerca del culto fálico en Mesoamérica, como los de Carlos Navarrete, Patrick Johansson y Felipe Solís, entre otros, no refieren a Escandón como el primero en reportar sus antecedentes sino a Ramón Mena, esto, porque era el curador del Salón Secreto, un área reservada para los visitantes adultos al museo de Antropología que exhibía objetos eróticos (Johansson, 2006: 58; Solís, 2004: 60-61; Navarrete, 2010: 46; Muñoz y Castañeda, 2007: 211; Ortega Domínguez, 2007: 62). Probablemente el descrédito proviene de no haber tenido acceso a la lectura de Nicolás León. Quien sí lo realiza es el arqueólogo Alfonso Torres quien opina que la fotografía probablemente fue tomada para mostrarla en Chicago puesto que no era factible llevar la pieza. Cabe señalar que el *Phallus* permaneció en Yahualica doce años, luego de ser solicitada para el museo pues aunque no lo menciona Escandón en su texto, Mena refiere que aún era usado para rituales de casamiento en las parejas jóvenes (Torres Rodríguez, 2009: 207-209).

Poco hace referencia en cuanto al culto fálico como tradición agrícola. En sus interpretaciones acerca del *phallus* encontrado en Yahualica, Escandón reconoce no aportar una teoría convincente; incluso se aventura a señalar a otras culturas ajenas a las mesoamericanas como los griegos o los egipcios y señala algunas similitudes con los chinos; en una mescolanza de culturas refiere que en Hidalgo todas estaban en contacto mutuo, es decir, lo mismo chichimecas que ulmecas y xicalangas podían relacionarse, y así en Yahualica permanecieron los chichimecas y a su vez las figuras encontradas son toltecas e incluso similares a las que encontré más tarde en Huapalcalco y así hasta llegar a la legendaria Tollan.

En Yahualica existen vestigios de una raza enteramente diversa a los descritos por todos los autores. Los ídolos y utensilios de uso doméstico, construcciones, que encontré al producir mis estudios arqueológicos, demuestran claramente que mucho antes de la estancia de los tolteca, los chichimeca y los mexica, una civilización extraña existió en aquella comarca. Las deidades son de tal suerte extrañas a las razas descritas que verdaderamente confunden, aniquilan las creencias históricas hasta formar un laberinto en el cerebro humano (Escandón, 1893, cap. II).

El aparato crítico usado por Escandón por momentos parece no tener correspondencia con el tratamiento arqueológico, que por entonces no existía. Ve a las piezas de forma similar sin poder contrastarlas, pero sobre todo le impide dar una explicación a lo encontrado. Sin embargo, es evidente su respeto a los autores que cita, pero también a las culturas ya que no refiere alguna apreciación personal sobre el culto fálico que seguramente habría de ruborizar a algunas sociedades conservadoras de la época.

Si bien las historias creadas durante la época estuvieron cargadas de fantasía, en especial en lo concerniente a lo mesoamericano, lo importante a destacar es que la obra de Escandón es el reflejo de toda una tradición de valorar lo prehispánico. Ya desde los primeros años del México independiente se había establecido algunos museos que contenían colecciones arqueológicas. Al llegar a finales del siglo XIX y principios del XX, estos museos no sólo sirvieron de resguardo sino también como centro de estudio. El propio Escandón, a mediados de octubre de 1894, regala al Instituto Científico Literario una colección de doscientos cincuenta ejemplares de “antigüedades aztecas”, de su propiedad, producto seguramente, de sus exploraciones arqueológicas en diversos puntos de la entidad y el país (*La patria*, 10 octubre 1894: 3). Algunas de aquellas piezas están en poder del Instituto Nacional de Antropología e Historia delegación Hidalgo; en 1969 fueron exhibidas a propósito de la conmemoración del primer centenario del Instituto Científico y Literario en el aula Miguel Hidalgo del edificio central de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, en el centro histórico de Pachuca.¹⁹

¹⁹ Comunicación personal de Javier Ortega Morel, 6 febrero 2018.

Había por tanto una conciencia del pasado. Se prohibía por ejemplo que se traficara con las piezas allende el mar y se establecía desde entonces que los sitios descubiertos eran propiedad de la nación. Se nombraron inspectores de monumentos para conservarlos y tenía que autorizarse ante las autoridades las excavaciones. Se pensó no sólo en ello sino también en reconstruir los edificios para recuperar o intentarlo al menos, su antiguo esplendor (García-Bárcena, 2009: 42). El pasado prehispánico, según la política porfiriana era tan avanzado como lo fue en otros países, tal como lo expuso Escandón:

Estas fases distintas manifiestan diversas civilizaciones dan motivo para ayudar a desvanecer la duda respecto del origen del hombre en América existieron y existen naciones que demuestran identidad de cultos. Todo esto evidencia la antigüedad del hombre en América al mismo nivel que en Europa la unión de los continentes y la forma de las divinidades asiáticas con las de Yahualica (Escandón, 1892).²⁰

Por la influencia de Alfredo Chavero, el autor del primer tomo de *México a través de los siglos* y maestro de Escandón, la información recopilada también se vio complementada con las descripciones de los viajeros, como lo hiciera Charnay en Tula o Eduard Seler en la Huasteca. Con el tiempo esto permitiría que a la par de los trabajos arqueológicos, los trabajos históricos también se desarrollaron en dependencia una de otra, pues la exploración de las culturas antiguas permitía entonces comprender los procesos históricos del país. Hasta entonces, el siglo que terminaba fue el del gran interés por las ciencias humanas, en especial las que permitieran reconstruir la esencia mexicana, devastada por las continuas guerras que la habían asolado.

Opiniones a su obra

Los ensayos de Tula e Itzmiuilpan sólo tuvieron una edición. El resumen que escribiera sobre *Etnología y arqueología* se publicó en 2006 por la UAEH dentro de su colección Clásicos Hidalguenses. Se pensaba que el original, manuscrito, se hallara en alguna biblioteca de Estados Unidos, sin embargo, en su *Bibliografía*

²⁰ Ver el apartado "Introducción".

general del estado de Hidalgo, Víctor Ballesteros refiere que el ejemplar se encuentra en la UAEH, tal y como en efecto fue.

Enrique Rivas Paniagua hizo evidente la ausencia de las obras de Escandón en la historiografía hidalguense cuando publicó, en versión moderna, las entregas que hiciera el michoacano en el *Periódico Oficial de la Etnografía y arqueología*. Esto, en virtud de no contar con datos biográficos mínimos, fecha y lugar de nacimiento más que unos cuantos datos, y más cuando a la muerte de don Luis, dicha publicación no “menciona su vocación por estudiar y difundir nuestro pasado. Tras esta última referencia, silencio absoluto en todos los demás números del *Periódico*” (Rivas Paniagua en Escandón, 2006: 5). Obras posteriores como el *Catálogo de construcciones religiosas del estado de Hidalgo*, aunque consignan en su bibliografía el ensayo de Itzmiquilpan no aparece una sola cita. Al revisar obras de importancia para el estudio de los otomíes y de la región del Mezquital, tampoco lo retoman. Pedro Carrasco, Miguel Othón de Mendizabal, autores clásicos para el estudio etnohistórico de los otomíes siguen sin citarlo o mencionarlo. Danú Alberto Fabre publica en 2004 *Una mirada al Valle del Mezquital desde los textos* donde consigna alrededor de 450 fichas bibliográficas sigue la misma línea. Escandón refiere, a diferencia de la tesis sostenida por Mendizabal, que los otomíes llegaron mucho antes que los pobladores de Tollan.

Raúl Guerrero Guerrero, cita a Escandón en tres ocasiones: la primera para referirse al asentamiento del poblado de Itzmiquilpan. Escandón refiere que fue fundado sobre un antiguo lago que tenía su desagüe con rumbo a Tasquillo. Guerrero comenta que la versión de Escandón es un tanto legendaria, pero termina por aceptarlo ante el hallazgo de conchas de animales acuáticos, así como de estudios geológicos recientes (Guerrero Guerrero, 1983: 40-41). Una segunda cita se refiere a la existencia de petroglifos y pinturas rupestres en varios sitios cercanos a Itzmiquilpan en tanto los compara con los que Guerrero observó en las comunidades de Capula y San Antonio Tezoquipan. Una tercera cita refiere a los otomíes como los primeros pobladores de Tollan e Itzmiquilpan, y posteriormente un examen del dibujo de una piedra encontrada en Debodé en la cual hay una serie de inscripciones; Guerrero le hace una crítica a Escandón al mencionar primero que

los dibujos fueron obra de la naturaleza, más tarde refiere que no lo fueron. Guerrero concluye que los dibujos son artificiales en tanto hay imágenes geométricas como cruces, flores indígenas, elipses, un corazón y triángulos sobrepuestos y sobre todo cuando estos dibujos tienen una gran semejanza con los dibujos actuales apreciados en los bordados otomíes (Guerrero Guerrero, 1983: 113-114). Esto hace pensar que Escandón no apreció en toda su magnitud la importancia de esos dibujos en piedra atribuyéndoles un simple capricho de la naturaleza (Escandón, 1891: 75-76).

Otros autores que citan a Escandón son Álvaro Hernández Mayorga y Fernando López Aguilar. El primero toma como referencia la invasión de los chichimecas de Xólotl y de su hijo Nopaltzin quien recorre varias poblaciones hoy hidalguenses y posteriormente de los embates poco exitosos de atotonilcas e itzmiquilpas hacia el señorío de Metztlán que resultó vencedor (Hernández Mayorga, 1964: 33, 49). En tanto, López cita a Escandón en cuanto a las encomiendas de Itzmiquilpan a manos de Pedro Rodríguez de Escobar alrededor de 1530 (López Aguilar, 2005: 189). En la Huasteca, Hugo Rodríguez Arenas cita las excavaciones arqueológicas donde Escandón identificó algunas paredes con gran parecido a los “Ulmecha y Xicalanca” (Rodríguez Arenas, 2011: 20). Otro autor local, Gildardo de la Cruz Morales, dedica un breve apartado referente a la sexualidad en la región huasteca; describe el culto al falo citando a Ramón Mena y en un primer momento no cita a Escandón, no obstante, más adelante, al referirse al capítulo de la arqueología de Yahualica copia íntegramente el capítulo dos de *Arqueología y etnología...* de Escandón el cual habla de lo que encontró en dicha zona. De la Cruz Morales no ofrece interpretación de dicho texto y de inmediato pasa a otro apartado (De la Cruz, 2012: 91-93, 109-113).

En referencia a la Huasteca, ha habido una omisión, aunque no total en cuanto a referirse explícitamente que Escandón, y no Ramón Mena, fue el descubridor del *phallus*; quizá esta omisión fue a raíz de la publicación de los objetos del Salón Secreto del museo de Antropología por parte de Mena, quien no otorga el crédito a los encargados de enviar o descubrir dichas piezas. Refiero que esta omisión no es total porque tanto Rivas Paniagua al hacer el estudio, así como Alfonso Torres y

Gildardo de la Cruz mencionan el culto erótico de la huasteca y citan invariablemente el informe de Escandón, sin embargo, sólo había sido utilizado como fuente, y eso de manera muy parca, no realizan una interpretación de sus ideas y eso por ende, resulta de la poca valoración de Escandón en la historiografía hidalguense contemporánea. Poco impacto tuvieron las obras de Escandón en la historiografía hidalguense. Salvo unas cuantas citas, su nombre quedó desconocido. Los estudios que realizó pasaron a ser los de un aficionado y más porque para el caso de la Huasteca y el culto fálico, este es atribuido a otro autor; en el caso del Mezquital, surgieron obras mucho más actuales y sistematizadas como los trabajos de Othón de Mendizábal; asimismo, la condición de contar con un solo ejemplar de su trabajo *Etnología y arqueología...*, lo cual la llevó a ser inaccesible, y claro, una muerte tan prematura, apenas unos años de haber impreso sus obras que le impidió ser más reconocido.

ITZMIQUILPAN.

Límites.—Limita la municipalidad de Itzmiquilpan al Norte, con el Distrito de Zimapan; al Sur, con la municipalidad de Chilcuautla y Distrito de Actopan; al Oriente con los Distritos de Actopan y Metztlán y al Poniente con la municipalidad de Alfajayuca y Distrito de Zimapan.

Altura.—1719 metros sobre el nivel del mar.

Extensión.—438 kilómetros, 902 metros cuadrados.

División.—Consta el municipio de una ciudad, ocho pueblos, diez barrios y dos haciendas.

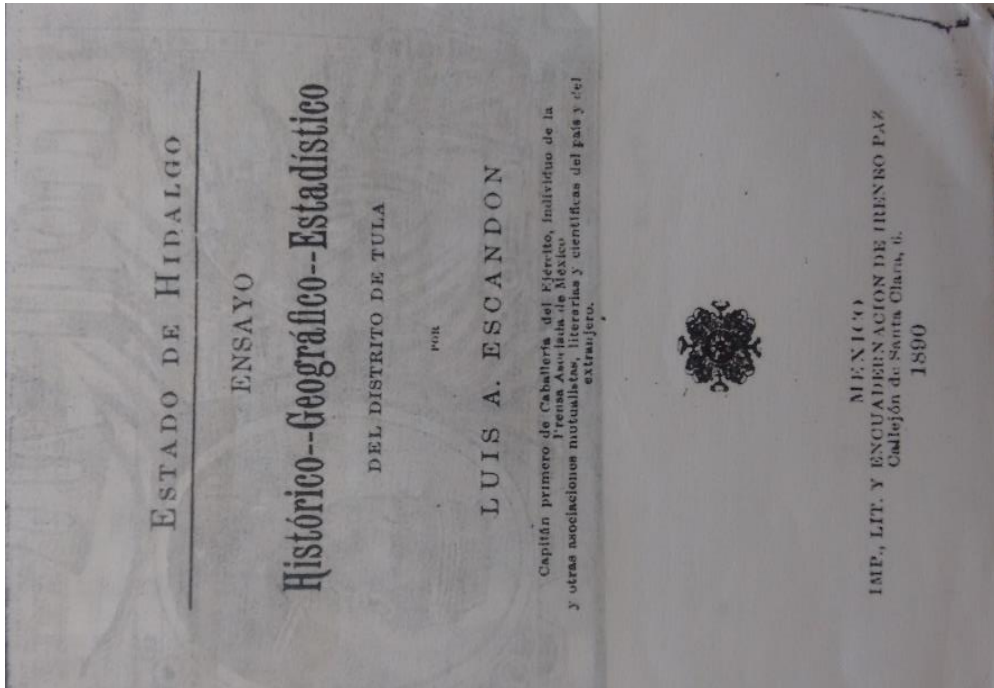
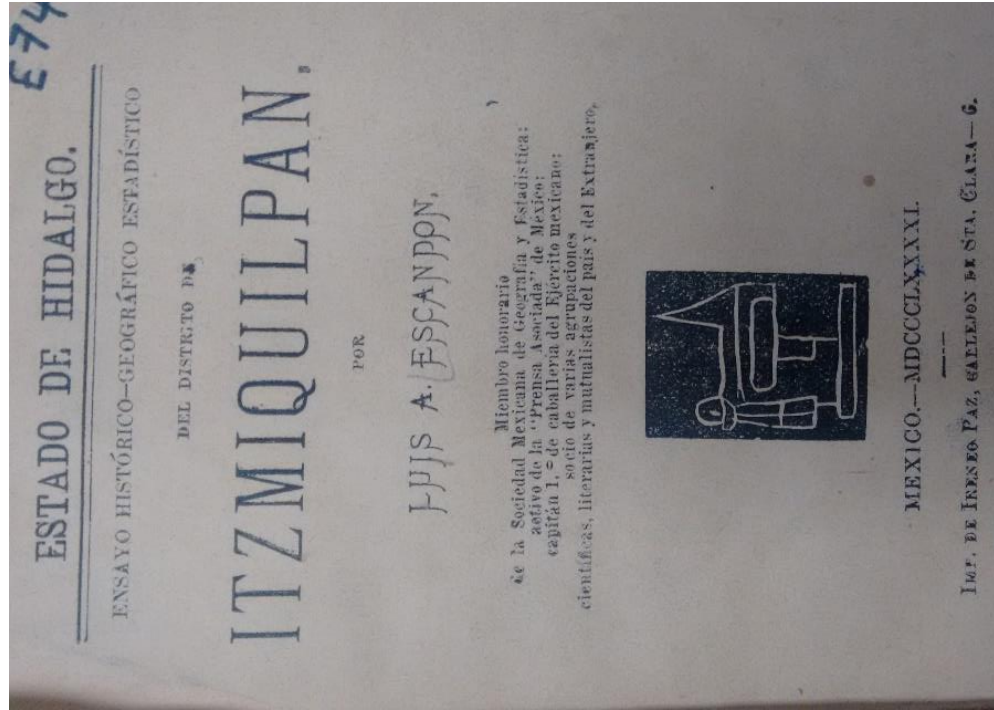
Censo.—El número de habitantes que tiene el municipio, comprendiendo la población urbana y rural, es el siguiente:

	Hombres.	Mujeres.
Itzmiquilpan	690	680
Pueblo de Orizaba.....	1289	1367
» del Espíritu.....	470	508
» de San Juanico.....	460	600
» de los Remedios.....	460	488
» del Maguey blanco....	252	328
» de Tepé.....	380	389
» de Alberto.....	306	360
» de Panales.....	276	369
Barrio de San Antonio.....	281	268
» de San Nicolás.....	446	352
» del Corlijo.....	252	293
» del Máye.....	256	209
» de la Canoa.....	125	145
Al frente.....	5843	6356

64

Fotografía 2. Conjunción de historia, geografía y estadística.

Fuente. *Ensayo... distrito de Itzmiquilpan.*



Fotografía 3. Obras impresas de Luis A. Escandón, dedicadas a la región del Mezquital
Fuente: Biblioteca Eusebio Dávalos Hurtado, Instituto Nacional de Antropología e Historia.



Fotografía 4. Escandón alcanzó a ver los rituales de fertilidad en Yahuahualica. Foto: Luis A. Escandón tomada de *Estado de Hidalgo. Etnografía y arqueología*, 1892.



Fotografía 5. Los trabajos de Escandón inauguraron la historiografía hidalguense.

Fuente. Archivo General de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

CAPÍTULO IV

BIBLIOFILIA E HISTORIA: VICENTE DE PAULA ANDRADE



Fotografía 6. Vicente de Paula Andrade.
Fuente: Fototeca Nacional-INAH, colección Casasola.

SE PREGUNTA Hayden White en *El contenido de la forma* ¿qué implica la producción de un discurso en el que los acontecimientos parecen hablar por sí mismos? Para comenzar, White hace una clasificación de la representación histórica: los anales, la crónica y la historia propiamente dicha (White, 1992: 20). ¿Dónde radica la diferencia entre estas representaciones? En la narrativa, se responde, y al respecto comenta:

Para que una narración de los acontecimientos [...] se considere una verdadera historia, no basta que exhiba todos los rasgos de la narratividad [...]. Los acontecimientos no sólo han de registrarse dentro del marco cronológico en el que sucedieron sino que además de narrarse, es decir, revelarse como *sucesos dotados de una estructura*, un orden de significación que no poseen como mera secuencia (White, 1992: 21).²¹

La referencia anterior es el preámbulo para explicar el primer tipo de representación: los anales y por extensión, las efemérides. White refiere que los anales carecen por completo de este componente narrativo “pues consiste sólo en una lista de acontecimientos ordenados cronológicamente” (White, 1992: 21). El autor está convencido que al no existir narrativa no hay historia; la crónica, sería un punto medio y tanto una como otra son más bien concepciones particulares de la realidad histórica. Más adelante, White intenta explicar las motivaciones de los autores para escribir anales o efemérides; ve en ellos ingenuidad, negativa, incapacidad o desinterés por colocar los acontecimientos en un proceso lineal/horizontal pues no detecta un tema central ni un comienzo ni un final determinado: “En los que son para nosotros segmentos teóricamente más interesantes del texto, no hay sugerencia alguna de una conexión entre un acontecimiento y otro.” (White, 1992: 22). El autor cree más importante el registro del acontecimiento, incluso más que la importancia del acontecimiento mismo.

No obstante, frente a esa ingenuidad, negativa, incapacidad o desinterés que observa White, hay casos particulares en que la decisión del autor por escribir acontecimientos en forma de lista priva una cuestión de carácter racional y prudente

²¹ Las cursivas son mías

de registrar sólo los acontecimientos con el fin de evitar “utilizar los hechos de forma especulativa o proponer argumentos sobre posibles asociaciones de los hechos entre sí”. En el caso que ocupa a este capítulo se aplica muy bien la idea anterior. Sin embargo, hay en este caso —el de Vicente de Paula Andrade—, una intencionalidad por escribir efemérides más allá de una posible ingenuidad, negativa, incapacidad o desinterés sino una intencionalidad definida: la conciliación.

Luego de su derrota en 1867 de manos de los liberales con la República restaurada, en torno al conservadurismo mexicano se creó un prejuicio historiográfico en el cual se trató de contrarrestar su visión histórica del país. En textos como *México a través de los siglos* se denostaron sus ideas políticas como reacias o reaccionarias al progreso, que los liberales tenían como bandera. A ello debe añadirse el peso generado por el conflicto con la Iglesia católica entre estas ideologías (Rodríguez Piña, 2007: 339, 354). La embestida del liberalismo no sólo se dio en el terreno político, sino que permeó también en aspectos sociales como la educación y en la historiografía pues la visión histórica que se enseñaría en las aulas sería desde esta ideología.

El conservadurismo intentó la conciliación con los católicos liberales. Estaban convencidos en la imposibilidad de hacerse de presencia en los terrenos políticos y por ende, lo intentaron desde el enfoque social y pugnaron por una sociedad paralela a la sociedad secular e intentaron conceptualizar a la Iglesia como una organización capaz de organizar la vida de la nación (Ceballos, 2005, 127).

Los conservadores de entonces lograron cambiar de bandera; dejaron a un lado la intransigencia política al de la reorganización y la conciliación. Por si fuera poco, el gobierno de Porfirio Díaz logró una política de diálogo con los diferentes grupos rivales al régimen, la Iglesia en primer sitio pues el presidente “no permitirá que el desacuerdo de las opiniones religiosas sirva de pretexto para destruir la igualdad de derechos entre los ciudadanos” (Mariano Cuevas citado en Ceballos, 2005: 129). Los conservadores sin dejar su antiliberalismo lograron quitar su antiporfirismo, reconocieron la necesaria separación de la Iglesia y el Estado, y surgieron promotores eclesiásticos de una visión laica y social.

La historiografía ha registrado los nombres de los obispos de Oaxaca y México, Eugenio Gillow y Próspero María Alarcón, respectivamente, así como Agustín Rivera y José Mora del Río, que como quinto obispo de Tulancingo este último participó en un congreso agrícola celebrado en esta ciudad, entre otros, como simpatizantes de una nueva corriente del catolicismo, el social, en la cual podían con cierta facilidad alinearlos con el pensamiento católico-liberal y auspiciar el corporativismo y la organización obrera y campesina (Ceballos, 2005: 134).²²

El paradigma de la conciliación es la declaración del obispo de San Luis Potosí Ignacio Montes de Oca en 1900: “Acabo de hablaros de pacificación religiosa. Se ha hecho en México a pesar de las leyes que siguen siendo las mismas, *gracias a la sabiduría y al espíritu superior del hombre ilustrado que nos gobierna en perfecta paz, hace más de veinte años*”. Una clara referencia a Porfirio Díaz. A esta lista, por hacer suyo este discurso conciliador con el Estado mexicano, hay que añadir el nombre del canónigo Vicente de Paula Andrade.

Vicente de Paula Andrade nació y creció entre libros. Un ambiente propicio para el cultivo de las letras. Y lo consiguió: logró crear una amplia bibliografía en fuerte correspondencia con la magnífica biblioteca que poseyó. Proveniente de una familia con buenas relaciones sociales en la Ciudad de México, donde nació el 23 de febrero de 1844, Vicente de Paula Andrade es considerado como uno de los más importantes estudiosos del pasado mexicano. Al estado de Hidalgo le dedicó por lo menos tres obras: *Alfajayucan. Noticias acerca de este pueblo* (1909), *Estudio sobre la ciudad de Apan, estado de Hidalgo* (1911) y *Efemérides pachuqueñas* (1913). Este último sería probablemente el último que realizara: falleció en su ciudad natal el 17 de agosto de 1915, a los 71 años de edad. En voz propia no se consideraba a sí mismo como un erudito, pero sí que su biblioteca, igualmente dicho por él, era una de las mejores en cuanto a la historia de México. Vicente de Paula Andrade, fue un importante bibliógrafo. Se tienen contabilizadas en su acervo personal alrededor de quinientas publicaciones, en su gran mayoría relacionadas con el estudio de la Iglesia católica (Andrade, 1982: 1331). El mismo año en que llegaron los misioneros de San Vicente de Paúl a México fue el mismo en el que nació

²² Sobre José Mora del Río, ver Bautista Salinas (2014: 223-246).

Vicente de Paula; su padre, Manuel, en honor de aquel santo, bautizó así al más joven de sus hijos.

José María Andrade fue dueño de una importante biblioteca. Era conocido en la Ciudad de México como un excelente bibliógrafo. En el antiguo portal de Agustinos (hoy, de Mercaderes) tenía también una librería. A ella solían acudir muchos de los más reconocidos escritores del siglo diecinueve; al visitar aquel establecimiento, se prestaba la oportunidad para llevar a cabo improvisadas pero amenas tertulias donde se discutían una gran variedad de temas, entre ellos, los históricos. Uno de aquellos clientes frecuentes, a quien mucho admiraría el niño Vicente, fue don Joaquín García Icazbalceta. Fue también redactor del conocido periódico de tendencia conservadora *La sociedad* cuyo lema fue “combatir por la religión y por la patria” (Hernández López, 2009: 278). José María, nacido en Apan en 1807, fue tío de nuestro personaje.

Vicente de Paula Andrade hizo poco explícitas las motivaciones que lo orillaron a un estilo historiográfico tendente a la efeméride. Como miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, se encontraba entre sus planes la elaboración de un diccionario de geografía, estadística e historia de la república. El apego al dato fue una constante en toda la obra del padre Andrade como fiel afecto a la verdad, tal y como lo expuso en una de sus obras. Para dar muestra de su credibilidad decía al respecto, al citar el libro de Job, capítulo ocho, versículo ocho: “Si no quieres dar crédito a lo que te decimos, pregunta a las generaciones pasadas, y escudriña las historias de nuestros padres, ellas te convencerán mejor” (Andrade, 1896: 3).

Faltaba, así lo creyó, una historia eclesiástica mexicana, la cual pensaba desarrollar más adelante, y de ahí su apremio por construir índices bibliográficos: “Soy el primero en confesar ingenuamente los innumerables defectos de todas estas producciones, no guiándome más móvil que comunicar mis propios conocimientos sobre la materia, para que pueda aprovecharlos quizá el que escriba más tarde la historia eclesiástica mexicana” (Andrade, 1903: 4-5).

Sus amplios conocimientos históricos, fueron motivo para que en cierto momento llegara a fungir como revisor de textos sobre cualquier materia que llegara

a sus manos a fin de dar sus observaciones como las que realizó para la segunda edición de *La santísima virgen de Guadalupe* de José de Jesús Cuevas impresa en 1888, y la dirigida a Juan Herrero a propósito de un compendio de Historia Eclesiástica Mexicana ocupado siempre, como él mismo apunta, “por amor a la verdad” (Andrade, 1901: 8).

Otro empleo destacado fue en los trabajos museográficos que por aquellos años estaban desarrollándose en la Ciudad de México. En la historiografía mexicana de los años ochenta del siglo XIX, fueron tendencias los temas prehispánicos y coloniales. El Museo Nacional fue el centro de difusión más importante para los estudios y para los hallazgos, en especial en las piezas arqueológicas que se encontraban diseminadas por todo el territorio mexicano. En aquel entonces, Leopoldo Batres, inspector general de monumentos desde 1885, tenía como encargo hacer el registro de todos los sitios y remitir al museo las piezas sueltas, como sucedió con el falo encontrado por Escandón en Yahualica referido en el capítulo anterior. Los trabajos eran intensos. Sobre todo porque se acercaba el centenario de la Independencia y el gobierno de Díaz había puesto especial atención en la conmemoración; se cayó en la cuenta que se necesitaba personal para atender todas las áreas, como la ya mencionada de arqueología a cargo de Ramón Mena, en 1908 (Rico Mansard, 2004: 116).

Si bien pudiera pensarse que el ámbito arqueológico fue el único al cual iban dirigidos los esfuerzos, se puso atención a otras etapas. Justo en ese año, decide separarse la colección científica de la histórica, es decir, uno enfocado a los asuntos de búsqueda de documentos y otro relativo a los hallazgos de materiales. Se hizo una remodelación y una museografía distinta; “aunque los festejos del centenario de la independencia se centraban más en los héroes del movimiento de 1810, la grandeza del país debía encontrarse en sus orígenes más remotos”, dice Luisa Fernanda Rico, y por tanto, todos los estados debían enviar los elementos más representativos de su arqueología. Hidalgo tenía presencia con el citado *phallus* y las columnas de Tula que aparecieron en el álbum gráfico *México en el centenario de su Independencia* (Rico Mansard, 2004: 385).

El papel que desarrolló Andrade al interior del museo, en el que también fue contratado por algún tiempo y antes de regresar de lleno a sus actividades eclesiásticas, fue el de la búsqueda de documentos relativos a la Independencia, así como dar con la pista de numerosos objetos pertenecientes a los primeros caudillos, el más célebre, sin duda, fueron los objetos de José María Morelos otorgada al propio Díaz por el embajador de España. Luego, el trabajo de Andrade consistió en ordenar, estudiar y promocionar los asuntos bibliográficos y documentales para el museo, donde también fue revisor de documentos (Rico Mansard, 2004: 273).

La influencia intelectual de Icazbalceta permeó en los escritos del canónigo Andrade. Icazbalceta publicó en 1886 su *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, un catálogo de libros impresos en México durante esa centuria. Diez años después moriría Icazbalceta y aquel proyecto emprendido para abarcar todo el periodo colonial quedaría momentáneamente trunco. Andrade, quiso continuar la empresa y en 1899 publica *Ensayo bibliográfico del siglo XVII*, considerada una de sus obras más importantes y que resume su idea de la historia. Fue el cura Agustín Fischer, con quien hizo amistad en la parroquia de San Antonio de las Huertas en San Cosme, quien lo apremió a continuar la idea de Icazbalceta; próximo a morir, Fischer le dio un amplio expediente de noticias que había recogido para que Andrade las continuara.

Andrade solía acudir a las bibliotecas particulares de amigos suyos y, sobre todo, a la de su tío José María y las públicas de Querétaro y Puebla. Su búsqueda estaba centrada en dar con noticias de bibliografía mexicana producida en México entre 1601 y 1700, ya fueran inéditas o impresas, de autores mexicanos o extranjeros y que se ocuparan todos ellos de temas mexicanos. Al respecto de su metodología, el padre Andrade expone:

Sobre el siglo XVII me he ocupado acerca de lo editado en México; también me he valido del orden cronológico establecido por el señor García Icazbalceta, para que se patentice más y más lo mucho que falta a mi tarea [...]. Como escribo más bien por vía de ensayo, para comunicar mis datos al verdadero bibliógrafo del siglo XVII, omito muchas noticias biográficas de los autores [...] (Andrade, 1899: VII).

Y concluye: “ojalá sirva para honra de nuestra patria, que en el periodo virreinal vio florecer a mexicanos tan ilustres y de imperecedera memoria por sus virtudes y su sabiduría”. Resulta interesante, al final de la introducción, el agradecimiento a Joaquín Baranda y por extensión al general Porfirio Díaz, “tan decidido protector de todo cuanto engrandezca a México”, por haber autorizado la publicación en la imprenta del Museo Nacional. Aquí se explicita un móvil importante que es la reivindicación del periodo colonial que contrasta con la idea positivista-liberal de una época oscura (Andrade, 1899: vii).

Otro suceso que permite comprender la vocación de historiador en Vicente de Paula Andrade fue el surgimiento de un debate, controversial, acerca de la autenticidad de las apariciones de la virgen de Guadalupe en el cerro del Tepeyac. Andrade formó parte de aquellas discusiones cuyas posturas fueron muy criticadas. Andrade se encontraba en el seminario de Zacatecas. En algún momento habría leído el célebre sermón de fray Servando Teresa de Mier, el cual manifestaba que la imagen de la virgen de Guadalupe no está pintada en la tilma de Juan Diego sino en la capa de Santo Tomás apóstol que en realidad no fue para el fraile regiomontano sino Quetzalcóatl. A Andrade se le atribuye la publicación de dicho sermón en 1875, de manera anónima (Poole, 2001: 25).

En 1883, al arzobispo Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos le llegó una solicitud para autorizar la publicación de una apología de las apariciones de nuestra señora de Guadalupe cuyo autor era José Antonio González. El arzobispo le pidió a Joaquín García Icazbalceta su opinión en virtud de sus amplios conocimientos de historia eclesiástica mexicana. El texto, defendía las apariciones de la virgen a Juan Diego. Icazbalceta a su vez, era profundo devoto de la religión católica, pero en el fondo un historiador científico y racionalista, quizá el historiador católico más autorizado (De la Torre y Navarro, 1982: 17). Ante la deferencia del arzobispo, Icazbalceta resolvió contestarle en una carta sus opiniones, que entre otras, negaban tal hecho y que si el primer arzobispo fray Juan de Zumárraga quien supuestamente fue el testigo principal, lo hubiera visto, se habría encargado de divulgar el portento por todas partes, cosa que no ocurrió, y como prueba, Icazbalceta dio cuenta de textos originales que tenía en su poder. Consciente del

contenido, y a pesar de invitaciones para hacerlo, decidió no sacarla a la luz pública, aunque hubo muchas personas que la vieron y aun la copiaron. Uno de ellos fue el historiador español Francisco del Paso y Troncoso. En 1887, Andrade fue nombrado canónigo de la colegiata de Guadalupe y compartía habitación con Del Paso. Francisco le comentó que él poseía una copia y Andrade pidió verla. Vicente tuvo especial admiración por Icazbalceta, cuando éste iba a ver a su tío José María, y porque además fue presidente de la Sociedad de San Vicente de Paul en México. Francisco se rehusó por cumplir la promesa de don Joaquín de no mostrársela a nadie.

Se cuenta que al estar Francisco fuera de la habitación, presa de la curiosidad, Andrade buscó entre sus cosas y encontró la carta bajo un escritorio, la copió rápidamente y la regresó donde la había hallado escondida. Andrade la mostró a su amigo Antonio Icaza, con quien años después visitaría Pachuca, y juntos la tradujeron al latín, con el título de *B.M.V Apparitione in Mexico sub título de Guadalupe exquisitio histórica*. No había ningún dato de fecha, lugar de edición, ni del autor. Al llegar a manos de Fortino Hipólito Vera, de tendencia aparicionista, este la tradujo al castellano y aprovechó para refutarla. Andrade volvió a traducir al latín la versión de Vera y omitió sus párrafos (O’Gorman, 2001: 190, 292).²³ Tiempo después, a la muerte de Icazbalceta, se sabría que él fue el autor y que el traductor al latín, muy mal latín por cierto, fue Andrade (De la Torre y Navarro, 1982: 1094-1095; Poole, 2001: 25-28).

Esta actitud de Andrade ha sido calificada como volátil, propias de un hombre “ávido de noticias, tal vez propicio al chiste, al chismorreo”, esto por publicar de manera clandestina la célebre carta de su amigo Icazbalceta. No obstante, su conducta se debe en cierta forma a una influencia del liberalismo en los clérigos mexicanos movidos precisamente porque la historia les hacía ver que fueron religiosos quienes condujeron el movimiento insurgente, por ejemplo, aunque también consciente de que no podrían olvidar la herencia que habían recibido de España. Andrade estaba convencido que la Iglesia debía modernizarse y hacerla

²³ La primera versión del original de Icazbalceta al latín fue impresa por Epifanio Orozco en 1888, y la traducción de Vera del castellano y nuevamente al latín en la imprenta de Albino Fera en 1893.

más acorde con los intereses nacionales y que incluso algunas leyes reformistas eran benéficas para ella. De ahí la publicación de su libro *Los sumos pontífices romanos y la Iglesia mexicana. Noticia de lo que aquellos han hecho en favor de ésta* en 1903. Andrade, como muchos eclesiásticos, concibió una escritura de la historia que evitara disputa o controversia alguna ante un gobierno que apoyaba a grupos protestantes para establecerse en México y crear un frente opuesto a la Iglesia católica romana. Esto también explica la traducción al latín de aquella carta para desalentar cultos especiales sin fundamento histórico.

Vicente de Paula Andrade y el estado de Hidalgo

Manuel Andrade y Pastor fue médico cirujano, director de la Escuela Nacional de Cirugía de México y el primer catedrático del Establecimiento de Ciencias Médicas. Alrededor de 1835 viaja a Francia con el fin de continuar sus estudios. En aquel país conoce a la familia de San Vicente de Paul de quien se vuelve profundamente devoto. Creyó entonces que esta congregación podría establecerse en México a través del hospital de la Hijas de la Caridad y de los hermanos vicentinos. A la edad de 19 años, su hijo Vicente es enviado al colegio-seminario de León donde tomaría los votos, dos años después. Se ordena sacerdote en Jalapa y de ahí viaja a la casa Vicentina en 1868. A su regreso, llega nuevamente a Jalapa; en 1871 a Zacatecas, de nuevo a Jalapa en 1874, a la Ciudad de México en 1875 y a Puebla en 1877. Dado que su familia mantenía buenas relaciones sociales y culturales, Andrade tenía cierta tendencia a vivir fuera de la comunidad vicentina de la cual habría de separarse e ingresar al clero secular. Su tío, José María, al ser dueño de una importante biblioteca, y sabedor del gusto de Vicente por los libros, decide heredársela a su muerte en 1883; no obstante, durante el imperio de Maximiliano la librería fue vendida para formar la biblioteca imperial y luego dispersada en Europa; formaría tiempo después otra colección que fue la heredada a su sobrino Vicente (Rivas Mata, 2003: 105).

Es probable que en aquellas tertulias que organizara José María, le hablara a su sobrino Vicente de su pueblo natal, Apan, en el estado de Hidalgo, célebre desde entonces por la floreciente industria pulquera de la cual aquella localidad y su región

habrían de convertirse en la más importante sede de extracción del pulque. Tiempo después, el canónigo Andrade habría de visitarlo para publicarle un estudio en 1911.

El doctor Agustín de Jesús Torres y Hernández, quien había ingresado a la orden de los vicentinos en 1847 y más tarde sería el segundo obispo de la diócesis de Tulancingo (de 1885 a 1889), se desempeñaría como rector en sus seminarios de León y Zacatecas; antes de fungir como tal, conoció a Vicente de Paula y a Antonio Icaza. El doctor Agustín creía que los misioneros debían ser jóvenes, por su energía y su capacidad para fundar numerosas misiones, lo cual le acarreo severas críticas. Entre esos jóvenes, tenía fuerte predilección por Andrade e Icaza, y ellos a su vez, le guardaron profundo respeto y admiración. El padre Félix Mariscal, quien sucedió en el cargo a Torres, veía con desagrado a Andrade por ser el hombre de confianza de su antecesor, y sobre todo, por su indisciplina en cuanto al ejercicio eclesiástico, lo cual incluso llegó a considerarse como una falta de vocación por el espíritu tan inquieto y tendente a la no obediencia (Poole, 2001: 19-20). Esa hostilidad fue la que motivó a Vicente para salir de la congregación vicentina.

De esa fidelidad, cariño y respeto, fue que interesado en conocer la tierra de su maestro Torres y Hernández, conoció Alfajayucan en 1909 y del cual, igualmente como lo habría hecho para su tío José María, le dedicó un opúsculo a aquel enclave otomí. Durante aquellos años, en la Colegiata de Guadalupe Andrade conocería al doctor Francisco Campos. Luego de su estancia en Molango, Campos es nombrado como secretario del obispado. Andrade, ávido de encontrar datos acerca de tan importante diócesis como la de Tulancingo, donde su ameritado maestro fue obispo, se dirigió a la oficina del señor Campos a fin de solicitarle acceso a datos para complementar su *Bibliografía* que por entonces estaba construyendo. Al señor Campos le dedicó un estudio sobre Chilapa, Guerrero, donde este fungía como obispo y un opúsculo en su defensa.²⁴ El señor Campos encomendó a su secretario, el presbítero Canuto E. Anaya para apoyar a Andrade en sus pesquisas. Con el tiempo, se harían de una profunda amistad, motivada por el gusto a la historia. A

²⁴ Ambos de 1911 fueron: *Chilapa. Estudios sobre esta ciudad*, México, Escuela Tipo-Litográfica Mexicana, y *Breve defensa que hace del Ilmo. y Rvmo. Señor obispo de Chilapa don Juan Francisco Regis Campos y Ángeles contra injuriosos ataques Vicente de P. Andrade*, México, Tipografía de "El Tiempo".

través de Andrade, Anaya adoptaría el pensamiento histórico de Icazbalceta, y fruto de sus trabajos en conjunto, surgiría un pequeño folleto a propósito de la ciudad de Huauchinango, Puebla. Ya en la Colegiata de Guadalupe, Anaya aficionado también a la impresión de antiguos documentos, fundaría en el pueblo de Guadalupe Hidalgo, su pequeña imprenta La Hidalguense, de cuyas prensas saldría la edición príncipe de *Efemérides pachuqueñas*.

Las *Efemérides pachuqueñas*, fueron formadas a raíz de dos visitas que hiciera el padre Andrade a la capital hidalguense. En 1895, Pachuca gozaba de la prosperidad de sus minas. El creciente aumento de la población, fue entonces la quinta ciudad más poblada de México, orilló a que los servicios eclesiásticos se expandieran. El canónigo de la Colegiata de Guadalupe, Próspero Alarcón y Sánchez entonces arzobispo de México, comisionó a Andrade a dividir la parroquia de Pachuca en dos, acompañado de su inseparable amigo Antonio Icaza (Andrade estuvo de acuerdo con el arzobispo por mantener una actitud conciliadora hacia el gobierno porfirista y que le valió el respeto tanto de liberales como de conservadores). Una, quedaría en la parroquia de La Asunción, que era la única, y la nueva sería formada en el antiguo convento de San Francisco de Asís, cuyas huertas para entonces ya habían pasado al gobierno civil y sus estancias convertidas en Escuela Práctica de Minas, cárcel, hospital y cuartel militar. La parroquia pertenecería al arzobispado de México, pero sin ser secularizada canónicamente. Diez años después formaría parte de la diócesis de Tulancingo (Fernández y Azcué y Mancera, 1942: 58). En 1912 Andrade visitó por segunda vez la ciudad: “A mi regreso me propuse hacer una compilación de todo lo que se ha escrito y ha llegado a mi noticia acerca de esta ciudad que ahora presento” (Andrade, 1986: 41).

Su idea de la historia

El padre Andrade fue miembro de varias sociedades intelectuales del siglo diecinueve, Comité de la Alianza Científica Universal, de la Alianza Profilaxis, del Instituto Bibliográfico Mexicano, del Ateneo Literario Mexicano, entre otras (todas las anteriores habrían de mencionarse en las portadas de sus obras).

Dentro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística presentaba estudios leídos acerca de varios lugares que solía visitar, lo que podría considerarse como el incipiente desarrollo de lo que hoy conocemos como historia local. Fue en los años más próximos a la Revolución mexicana y aún en los más problemáticos cuando publicó varios estudios que tenían como fin mostrar la realidad de distintos lugares de la república desde la geografía y la historia, ésta más enfocada a lo eclesiástico como son *Coyoacán. Estudio eclesiástico histórico* (1906), *Alfajayucan. Noticias acerca de este pueblo* (1909), *Estudio leído en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en la sesión del 15 de julio de 1909 sobre Zacatlán de las Manzanas* (1910), *Chilapa. Estudio sobre esta ciudad* (1911), *Estudio sobre la ciudad de Apan, estado de Hidalgo* (1911), *Estudio sobre la ciudad de Huauchinango (estado de Puebla)* (1912, en coautoría con Canuto E. Anaya) y *Efemérides pachuqueñas* (1913).

En *Efemérides*, se percibe una cierta tendencia al presentismo o inmediatismo, es decir, aquella visión de dar cuenta lo que acaba de acontecer. El tradicionalismo empírico que practicó fue precisamente para exhibir lo inmediato, en la medida en que amenazaba con destruir las herencias históricas mexicanas y también para restaurar lo hispánico (Arias, 2008: 113-114). Para Andrade, era una forma de preservar el nacionalismo mexicano. El grupo de historiadores conservadores a los cuales perteneció Andrade tuvieron el carácter de no beligerantes, que, si bien rescatan los temas clásicos propios de esta corriente política e ideológica, es decir, temas eclesiásticos y coloniales, no son necesariamente historiadores que asuman un papel provocador: “son conservadores en formación y temas, pero no son gente de armas, ni usan la historia como instrumento ideológico, son eruditos pero no combativos” (Del Arenal, 2003: 81-82). La producción de Andrade comienza en 1879 a 1913, apenas tres años después de la instauración del régimen de Porfirio Díaz; con ello, Andrade vio la necesidad de historiar como una reacción ante el anticlericalismo, y por ello tomó su gran formación humanística, como lo hicieron personajes cercanos a él como su tío José María Andrade o Fortino Hipólito Vera (Juan Manuel Menes citado en Andrade, 1986: 16-26; Del Hoyo, 1979: 235). Por otra parte, como el mismo Andrade expone, estas efemérides están dirigidas a todo

aquel, que en el futuro, realice trabajos de corte histórico para la ciudad: “Ojalá que estimule a alguno para llenar los vacíos y satisfecho quedo por haber cooperado con este trabajo”.

Para hacer sus trabajos de corte local, Andrade solía hacer excursiones a aquellos lugares que visitaba. Ya en los escritos, solía combinar de manera indistinta, y a veces sin orden alguno, datos recogidos de la bibliografía y de su trabajo de campo con una narrativa descriptiva del lugar. De esta manera fueron contruidos los textos para Alfajayucan, Apan, Zacatlán y Huauchinango; respecto al de Pachuca, este no está escrito sino con únicamente efemérides sin dar cuenta de sus excursiones a esta ciudad, aunque queda claro ya de sus visitas. Así explica su método, al poner de ejemplo su trabajo para Zacatlán:

La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística escuchó con atención este trabajo, y se dignó por unanimidad, ordenar que se publicara. Quise antes hacer una excursión a Zacatlán para adquirir nuevos datos y además leerlo ante las personas ilustradas de allí: lo hice el día 19 [no especifica mes y año aunque se supone en los primeros meses de 1910] y recibí su aprobación, como me lo manifestaron; esto me llena de dulce satisfacción, me basta sin mendigar otros censores, y puedo ya entregarlo a la imprenta (Andrade, 1910: 28).

Es precisamente en la lectura de estos textos que muestra su idea de la historia:

El historiador ha de ser imparcial, sin inclinarse ni a uno ni a otro bando en las guerras civiles, que entre nosotros iguales desmanes cometieron los que según he indicado, proclamaban al rey como a la virgen de Guadalupe; la libertad como la religión y fueros; los imperialistas como los republicanos. [...] (Andrade, 1910: 27-28).

En cuanto a los autores regionales del periodo estudiado, Andrade dice citar la *Geografía del estado de Hidalgo* de Teodomiro Manzano, sin embargo, en las *Efemérides*, no aclara qué datos tomó de dicho texto. En *Alfajayucan* menciona haberlo citado, pero muestra cierta desconfianza:

El señor don Teodomiro Manzano, en la segunda edición de su *Geografía del estado de Hidalgo*, 1897, dice, sin citar la fuente, que los fundadores de esta doctrina fueron

los padres Jerónimo de los Ángeles, Cristóbal Beltrán, Mateo Méndez, Francisco García, Nicolás Santiago y Juan Lorenzo. No puedo dar mi asenso a semejante dato, porque según queda visto, por la pobreza del pueblo no se podían sustentar sino dos o tres franciscanos y ninguno de estos nombres lo he podido hallar en el catálogo que de todos los de la provincia del Santo Evangelio formó el padre [Francisco Antonio de la] Rosa Figueroa y del cual poseo copia (Andrade, 1909: 6).

Andrade ponía mucha atención a las fuentes que citaba como lo evidencian las notas al final de cada efeméride. Se muestra, al mismo tiempo, el cotejo de datos bibliográficos, con el que obtenía al realizar las visitas a las parroquias, pues a través de ello, podía refutar el dato, y en este caso, al ver un pueblo pequeño, sumido en la aridez mezquitalaña, no creía posible la existencia de más frailes sino los necesarios. Después de esta información, no cita de nuevo a Manzano.

Respecto a Luis A. Escandón, este ya había escrito su trabajo acerca de Ixmiquilpan. Andrade lo utiliza al formar una tabla para medir el aumento de la población en Alfajayucan desde 1570. El dato que toma de Escandón es para 1891, año en que salió publicado su libro. Andrade, al retomar antiguas líneas de interés, busca textos impresos coloniales y encuentra noticia de un vocabulario y arte otomí que había sido publicado en 1769 por Luis Neve y Molina, reimpresso en Roma en 1841, en París en 1862 y en México por Escandón, del cual toma la referencia.

No obstante, a quien califica de “modesto pero sabio” es a su amigo Canuto E. Anaya quien en las *Efemérides...*, es constantemente citado por Andrade. Anaya, como se verá más adelante, tuvo acceso de primera mano a los archivos de la diócesis de Tulancingo lo cual lo convertiría en un referente obligado para la historiografía de cada una de las parroquias que la conformaban, y desde luego, la amistad que ambos se prodigaron. Anaya le proporcionó datos ya fueran verbales, o los que ya había recogido de las fuentes bibliográficas, varios de ellos fundamentales para comprender la historia pachuqueña: el descubrimiento de las minas por Alonso Rodríguez Salgado en 1552, una descripción de Pachuca en el siglo diecisiete, la construcción de las Cajas Reales en la década de 1660, el establecimiento de las misiones de Sierra Gorda por los religiosos de Pachuca en 1750, el tumulto acontecido en Real del Monte en 1766 a manos de los mineros

contra Pedro Romero de Terreros, la declaración de Colegio Apostólico de Propaganda Fide al convento de San Francisco de Pachuca en 1771, la propuesta al virrey por parte de los frailes de este colegio para enviar religiosos a los pueblos a fin de no abrazar la independencia como sucedió en Apan y Zacatlán en 1811, la elevación a ciudad por parte de Francisco de Paula Villaldea en 1812 aunque ya desde el siglo dieciocho tenía dicho título, la visita de Maximiliano a las minas y hospital de Pachuca, el apoyo de los alumnos del Instituto Literario de Pachuca hacia el cura Magín González preso por no acatar una disposición del gobierno civil, y la crónica del homenaje que hicieron los pachuqueños radicados en la Ciudad de México en el monumento a Hidalgo con motivo del centenario de la Independencia en 1910. Todas estas anotaciones, aun fueran tomadas de la bibliografía, Andrade se encargaba de mencionar al padre Anaya a fin de mostrar quién le brindó dicha información. Lo anterior lo resume Andrade:

Mi maestro el señor García Icazbalceta me enseñó que nunca escribiera sin citar las fuentes donde había tomado las noticias, aunque me tildaran como a él de cansado o difuso por las citas, para que el que gustara acudiera a ellas, a confrontar lo que asentaba y no me colgaran milagros ajenos; además en caso de dudas después de lo que hubiese escrito se acudiera a ellas para acertar (Andrade, 1910: 27-28).

No sólo es el sentido ético que revela Andrade con esta declaración, ni por seguir únicamente las enseñanzas de Icazbalceta que, en efecto, mostraron esa tendencia de apego al dato. Su declarada imparcialidad no era fortuita. Andrade había sido censurado por su actuar en la publicación de la carta antiaparicionista de Icazbalceta y era necesario ganarse la confianza del mundo intelectual. Sabía que su pertenencia a los altos círculos, las ya citadas sociedades a las que pertenecía, demandaban cierto prestigio, y que la aceptación o rechazo estaba en función de su preparación y de cierta publicidad, es decir, se entendía, para el caso de la historia, que aunque todos formaban parte de ella, no todos poseían la capacidad de hacerla, y en ocasiones había que pagar por ella, como fue el caso de Andrade que muchas de sus obras, incluida *Efemérides* fueron costeadas por él.

Luego, el mecenazgo: el conocimiento se convierte en instrumento de poder y la estrecha proximidad de los intelectuales con los políticos aumenta la posibilidad de moverse en los mismos círculos sociales (Mills, 1957: 51, 115). En el caso de Andrade, había suficientes condiciones para hacerlo. Su familia, desde antes de su nacimiento, ya era de reconocida honorabilidad. La casa de su tío era el sitio de reunión de los prestigiosos intelectuales de la época. Su biblioteca era un sitio de consulta obligada. En ese sentido, surge su tendencia, como la de su maestro Icazbalceta, a cierto coqueteo con los gobiernos liberales, lo cual habría de formarle un papel conciliador, pero, sobre todo, de cierta protección por parte de esos círculos. Esto es, que Andrade se habría valido de su posición como canónigo, pero no aquellos del alto clero, antiliberales y en franca oposición al gobierno civil, para evitar la censura y el desprestigio. De esta forma, en una de sus principales obras, la ya citada *Bibliografía*, reconocería a Porfirio Díaz. En las *Efemérides* al filántropo hidalguense Gabriel Mancera, “ilustre pachuqueño, mi buen y respetable amigo”, palabras con que le dedicaría el libro.

Estructura de la obra

De apenas doscientos cincuenta ejemplares, *Efemérides pachuqueñas* comenzó a circular en 1914. Una mitad del tiraje fue destinado a las personas más importantes de la Ciudad de México y el resto para su venta en un precio de quince centavos (Juan Manuel Menes en Andrade, 1986: 27). Se presume pues, su circulación sumamente restringida y agotada en muy poco tiempo. Como asimismo lo describe, su mérito recae y al mismo tiempo su propósito es en “ser simple recopilador y nunca autor”. La obra está estructurada en efemérides: el año, mes y día si los hubiere, y el acontecimiento y la cita bibliográfica: el autor, título y página. No hay propiamente una división por capítulos, pero sigue un orden cronológico desde 1068, año en que llegaron los mexicas a Pachuca hasta el 11 de julio de 1913 cuando se establece la Escuela Normal. Al ser una compilación de efemérides, no hay un tema central pero sí que la mayoría de ellas estén enfocadas al tema religioso. Entre los temas de carácter civil rescata la noticia del sistema de beneficio de patio de Bartolomé de Medina, la visita de Alejandro von Humboldt a Pachuca en 1803, una interesante nota tomada de Mendivil y su *Resumen histórico de la Revolución* que dice: “el

primer grito de independencia que se oyó en la comarca de Pachuca fue dado por Centeno, enviado por Hidalgo a fines de 1810”, cuya lectura podría desvirtuarse si por ello se entendiera que fue una celebración del grito en Dolores, sino más bien que la proclama de Hidalgo llegó después, y de esta forma no se confunde con la que se diera en Huichapan a manos de Ignacio López Rayón.

Como parte de las efemérides destaca el nacimiento de Gabriel Mancera el 6 de mayo de 1839, hijo de Tomás Mancera e Isabel García de San Vicente. Este dato es en esencia interesante en tanto la ciudad de Tulancingo también se asume como ciudad natal del ingeniero Gabriel dado los orígenes de su familia en aquella región, aunque si consideramos que el mismo Gabriel Mancera encargó a Andrade este opúsculo y él a su vez se lo dedica, puede concluirse que el dato es verídico: Gabriel Mancera nació en efecto en Pachuca.²⁵ En otra efeméride fechada en abril de 1895 en que el cura de la parroquia de la Asunción de Pachuca es promovido a la catedral metropolitana, Andrade aprovecha para abrir una breve semblanza del cura Lucio Estrada. Consciente de ello aclara: “estas breves líneas las he colocado aquí para hacer patente la inmensa gratitud que le profeso, pues entre mis buenos compañeros se ha distinguido conmigo por su adhesión, respeto y cariño [...]” (Andrade, 1986: 73).

Pocos son los ideogramas encontrados en el texto de Andrade, lo cual hace ver el sumo cuidado que puso al anotar las efemérides. Uno de ellos, sin embargo, en los cuales no proporciona la fuente de información escribe: “1902, junio. En las afueras de la ciudad dieron una paliza al connotado opositor Francisco Noble y a su hija Altagracia”. Francisco Noble, profesor realmontense y afiliado a la Logia Simbólica Cuauthémoc número 42, sufrió un atentado ordenado por Pedro L. Rodríguez, al ser abierto opositor al régimen porfirista (Vergara, 1992: 12-13). Otras dos efemérides, ya dentro de los conflictos pre revolucionarios igualmente apenas

²⁵ Este comentario nace a propósito de que en Tulancingo se piensa como originario de esta población, toda vez que su familia lo es y que su línea ferroviaria fue realizada por él. En el acta de matrimonio con fecha de 27 de septiembre de 1879, de Gabriel Mancera con Guadalupe Silva se lee: “[...] don Gabriel Mancera y San Vicente, soltero de cuarenta años de edad, *natural de Pachuca*, y vecino de esta ciudad [México], hijo legítimo de don Juan Mancera y de doña Isabel García de San Vicente, difuntos [...]”. Las cursivas son mías. Archivo del Sagrario Metropolitano, Matrimonios, 1868-1891, f. 18v.

si muestran cierto recelo de Andrade por los conflictos y en cierto momento, los coloca con el fin de disuadir la pelea; igualmente curiosos son los extranjerismos que utiliza: “1909. Septiembre 15. La policía disuelve un *meeting* en el que se fundaba un club político antirreeleccionista, siendo aprehendidos los organizadores notario D. Jesús Silva y D. Ramón M. Rosales”. Y el segundo: “1910, mayo 30. El *leader* antirreeleccionista D. Francisco I. Madero, con otros partidarios, visitó a Pachuca”.

Ante la brevedad de los datos, el lenguaje es claro sin caer en la retórica o emitir juicios acerca de tal o cual acontecimiento, por tanto, no se espera ni al principio ni al final del texto una reflexión o comentario final, como tampoco sucede para los textos de Apan y Alfajayucan; y a diferencia de estos textos, en las *Efemérides* hay un mayor orden, es decir, tiene clara la intención de mostrar únicamente los datos que encontró, mientras que en los otros, lo mismo combina lo encontrado en sus excursiones que en los bibliográficos. Asimismo, al hacer una revisión de estos tres textos, en las *Efemérides*, no existe una relación directa con la cuestión geográfica, es decir, no describe a Pachuca, cosa que sí hace para Alfajayucan: “Por ser terreno tepetatoso, sólo se encuentran nopales, mezquite, árboles del Pirú, madroños, huizaches, uñas de gato, garambullos, órganos, huamúchil. Poco maíz y cereales; fruta, la hay de tierra fría y caliente” (Andrade, 1909: 7).

En los textos de Apan, Alfajayucan y Huauchinango, Andrade cambia intempestivamente de un discurso a otro, es decir, al ser una ponencia leída, para posteriormente ser publicada, hay un desorden en cuanto a la redacción pues narra en una crónica de viajes su visita a las poblaciones e inmediatamente, sin párrafos previos, o conectores da a conocer las efemérides del lugar. Para el caso de Huauchinango relata: “El archivo parroquial y notaría se encuentran abajo; desgraciadamente los libros de los siglos XVI y XVII no existen, por esto no pude tomar notas de las visitas pastorales [...]. 1754, diciembre, José Percallo de la Cerda [para hablar de la nómina de los curas]” (Andrade, 1912: 17-18). En el de Apan: “en 1867 había una diligencia de México a Apan; costaba cuatro pesos el asiento. Por las guías de forasteros se sabe de la nómina de sus dos alcaldes: 1787, el teniente

Ildefonso Andrade. 1788, el subteniente Ignacio Peza” (Andrade, 1911: 9). Y para Alfajayucan:

En la sacristía cautivó mi atención un rico y antiguo ornamento y dos magníficas custodias de plata, una de ellas de más de un metro. En la parte sur del templo, al exterior está situado el cuadrante. Allí vi que el libro más antiguo de bautismos comienza en 1616, horriblemente maltratado y escrito en otomí; formé la siguiente serie de los curas [...] (Alfajayucan, 1909: 10).

Aun cuando existe esta polaridad en cuanto a la redacción, los biógrafos de Andrade no consignaron en él su crónica de viajes, es decir, poco se ha observado respecto a esta faceta del personaje. Para Benedetto Croce (1960: 8-9), “no ha de ser juzgada una obra histórica por el mayor o menor número y veracidad de los hechos que contenga [...] sino por su mérito histórico” y entonces, amén de los datos que recogió Andrade tiene la valía de ser considerada tal, aun cuando en ella mezcle las crónicas personales del autor y esto permite ilustrar el contexto histórico e intelectual en el que se mueven los historiadores; permite acercarnos a su método y dilucidar cómo se acercaba al conocimiento.

Andrade no sólo se contentaba con la búsqueda en bibliotecas de la Ciudad de México sino también con las que existían en las parroquias. Por ello solía comenzar a narrar su viaje a partir de su salida en las diligencias y luego combinaba los datos que encontraba en los archivos. Su principal motor de búsqueda, era sin duda los libros antiguos con la idea de hacer una nómina de curas como lo hiciera en las poblaciones ya citadas, así como en Zacatlán. La intención, como ya fue mencionada era recopilar información para una historia de la iglesia en México. Sin embargo, también llega a incursionar en la descripción estadística y geográfica, tal como lo hace en Apan cuando aprovecha sus visitas para dar una apreciación de aquel lugar: “frío y escaso de aguas”, de sus montañas, cavernas, maderas, aguas, aguas potables, caminos, animales domésticos, aves, animales en estado salvaje, reptiles, insectos, caza, medios comunes de subsistencia, industria (que sólo menciona la fabril de lana y la agrícola), los alimentos comunes, enfermedades

endémicas, idiomas y bebidas en la cual menciona al aguardiente de caña y al “exquisito pulque” (Andrade, 1912: 25).

Las fuentes de información de las que se vale Andrade son diversas. Lo mismo crónicas y descripciones parroquiales que documentos de los archivos parroquiales y obras historiográficas que por entonces circulaban. En el estudio introductorio, Juan Manuel Menes hace una actualización de la bibliografía, se encarga de identificar las fuentes utilizadas por Andrade y enfatiza en que muchas de ellas fueron únicas o limitadas. Menes contabilizó alrededor de treinta fuentes, sin añadir las fuentes orales (Menes en Andrade, 1986: 29-24).

Las fuentes escritas pueden dividirse en obras historiográficas: *Historia de México* de Lucas Alamán, el *Cuadro histórico de las revolución mexicana iniciada el 15 de septiembre de 1810* de Carlos María de Bustamante, *La gran década nacional* de Miguel Galindo y Galindo (Andrade no había colocado el nombre del autor; Menes señaló a Pánfilo Galindo, militar jalisciense, o Jesús Galindo y Villa, historiador, como los posibles autores), la *Historia antigua de México*, la *Historia de la dominación española* y la *Geografía de las lenguas y carta etnológica de México*, todos de Manuel Orozco y Berra; el *México pintoresco, artístico y monumental* y *Los gobernantes de México*, de Manuel Rivera Cambas y la *Historia de México* de Niceto de Zamacois.

Otras fuentes son las de origen colonial: la *Descripción anónima de las minas de Pachuca* de autor anónimo, las *Gacetas de México* de 1722 a 1742, el *Viaje a la Nueva España* de Gemelli Careri, la *Crónica de la santa provincia de San Diego*, la *Historia eclesiástica indiana* de Jerónimo de Mendieta y el *Theatro americano* de Agustín de Vetancourt.

Respecto a obras producidas en el siglo diecinueve se destacan la *Memoria de gobierno* del primer gobernador Juan C. Doria, la *Estadística de la Comisaría General Franciscana*, la *Colección de las efemérides publicadas del más antiguo Galván* de Mariano Galván Rivera, el *Resumen histórico de la revolución de los Estados Unidos Mejicanos* de Pablo Mendivil, la interesante recopilación de Francisco del Paso y Troncoso *Papeles de la Nueva España*, los *Recuerdos de la invasión norteamericana 1846-1848* de José María Roa Bárcenas, el *Diario de*

sucesos notables 1665-1703 de Antonio Robles, el *Itinerario parroquial* de Fortino Hipólito Vera y algunas notas aparecidas en el periódico *El minero mexicano* por Matías Romero.

Andrade en su “Introducción” (que de hecho no indica en qué punto termina pues de inmediato comienza con el trabajo propiamente dicho, al darle la etimología de Pachuca como lugar de apretura o estrechez, lugar de gobierno y lugar de llanto²⁶) hace mención especial de la bibliografía de carácter regional que consultó: la *Memoria de los trabajos ejecutados por la Comisión Científica de Pachuca* coordinada por Ramón Alcaraz en 1865; la *Memoria sobre el mineral de Pachuca*, tesis de ingeniero en minas de Manuel Rivera Cambas de 1864, el resumen de Joseph Burkhart de 1861, la *Reseña relativa al estado de Hidalgo para la exposición de Nueva Orleans* de 1884, la *Geografía del estado de Hidalgo* de Teodomiro Manzano en las ediciones de 1892 y 1897, así como el *Diccionario de las calles de la ciudad de Pachuca* editado en 1906 por Gabriel Mancera y algunos diarios con noticias aisladas de la ciudad como *Minas históricas de la república mexicana* por Dahlgren, *Estrella occidental* (de Guadalajara), *El periódico oficial del gobierno del estado de Hidalgo* y *El explorador*.

De manera verbal, como habríamos comentado, se sirvió de comunicaciones personales de Gabriel Mancera, el entonces gobernador Pedro L. Rodríguez, el tulancingueño José Lorenzo Cosío y Soto y el ya mencionado Canuto E. Anaya a quien únicamente menciona en el desarrollo del trabajo. Con toda esta información, el autor formó una especie de fichero en el cual anotaba los datos que recopilaba.

Opiniones a su obra

Reconocido en su época como uno de los pocos sabios mexicanos, la obra de Andrade fue reconocida “por su infatigable labor de muchos años de esfuerzos y empeños [...] [al] descubrimiento de valiosos documentos históricos” (*The Mexican Herald*, 19 agosto 1915: 2).

Los comentarios a la obra que Vicente de Paula Andrade realizó para el estado de Hidalgo son mencionados por primera vez bajo la pluma de María Eugenia Arias,

²⁶ En tiempos recientes otra definición es “lugar de paxtle o heno”. Ver Rivas Paniagua (2008: 87).

en especial las referidas a Apan y Alfajayucan (Arias, 2008: 210). Ana Lau y Ximena Sepúlveda describen el texto referido a esta última población; mencionan que los apuntes fueron formados cuando Andrade la visitó; mencionan que la obra, por ser elaborada por un canónigo, está enfocada a las costumbres religiosas, las descripciones de iglesias y la relación de curas. Advierten que la obra pierde coherencia pues a decir de las autoras, no hay una narración lineal y salta de un tema a otro (Jaivén y Sepúlveda, 1991: 17). Para la obra referente a Apan, no se han encontrado comentarios toda vez que las notas más conocidas de Andrade para la entidad son las *Efemérides pachuqueñas*.

Las *Efemérides* son consideradas como el primer texto en su género dentro de la historiografía local de Pachuca, esto es, anterior a las obras de Manzano. Ballesteros le dedica unas líneas referentes a señalar que Andrade fue un bibliófilo y escritor prolífico; Ana Lau y Ximena Sepúlveda lo señalan como un estudioso y describen la estructura de la obra donde señalan el énfasis del autor en las cuestiones religiosas, los cambios de curas, la creación de iglesias y las visitas episcopales. Para Ballesteros el relato de Andrade comienza en el año 1068 y para las autoras ya citadas comienza en 1552. Al revisar la obra, se muestran ambas fechas seguidas una de otra (Jaivén y Sepúlveda, 1991: 16; Ballesteros García, 1994: 46).

Es Juan Manuel Menes Llaguno el autor del primer estudio interpretativo contemporáneo sobre Andrade en referencia al estado de Hidalgo. Para Menes la obra de Andrade es un parteaguas en la historiografía hidalguense y por ser una obra clásica de obligada consulta de la investigación histórica de Pachuca; este fue el rasgo que le otorga a las *Efemérides* por haber conjuntado muchos datos entonces dispersos en manuscritos, obras raras, información de archivos, bibliotecas y comunicación oral. Menes piensa que esto se debió a la característica del autor como “bibliófilo amante de la historia” heredado en cierta forma de su tío José María Andrade. En el estudio introductorio resalta la extensísima obra de Andrade, al calificarlo como uno de los hombres más eruditos de México. Enlista una parte de su obra, ciento sesenta, entre artículos periodísticos, informes, nómina de curas y biografías. Asimismo, infiere la bibliografía que utilizó para formar sus

Efemérides y las comunicaciones orales que sostuvo con personas como José Lorenzo Cosío y Soto, Canuto Anaya y Gabriel Mancera quien le encargó a don Vicente formar la obra y más cuando le dedica la obra a aquél.

Lo que más ha llamado la atención del estudio introductorio de Menes es asignarle a la obra de Andrade “el sistema positivista de la historia utilizado por Leopold Ranke”. Asimismo, comenta que el mismo método fue utilizado por Teodomiro Manzano en sus *Anales* y autores como Canuto Anaya, Isaac Piña Pérez, Luis Azcué y Mancera, Justino Fernández, Manuel Toussaint e historiadores posteriores como Arnulfo Nieto y Héctor Samperio. Asimismo, señala que las mismas fuentes y datos utilizados por Andrade sirvieron para formar los respectivos trabajos de los arriba mencionados.

Las obras de Andrade son igualmente difíciles de encontrar. De las *Efemérides* apenas se publicaron 250 ejemplares impresos en el taller “La Hidalguense” de Guadalupe Hidalgo pagados por el autor y aunque fueron concluidos en septiembre de 1913, circularon el año siguiente con un costo de quince centavos y vendidos en las principales librerías de la Ciudad de México, el resto, fueron regalados a funcionarios públicos.

De las tres obras escritas por Andrade, sólo las *Efemérides pachuqueñas* han sido utilizadas como fuente de información. Las restantes, Apan y Alfajayucan han sido relegadas. Ni siquiera el texto del connotado investigador mezquitaleño Raúl Guerrero Guerrero cita a Andrade en *Alfajayucan; un pueblecito otomí* (1977). Andrade es mencionado por Luis Rublúo en su estudio preliminar a la obra de Manuel Rivera Cambas; de hermoso, sentido e ilustrado califica la obra de “nuestro bibliógrafo mexicano” (Rublúo en Rivera Cambas, 1976: LII). Los datos de las *Efemérides* son citados en los *Anales* de Manzano y en el *Bosquejo* de Anaya; desde entonces no habían sido utilizados de nuevo. A partir de entonces, el silencio de la historiografía pachuqueña se hizo sentir por un largo periodo, y junto con ella, la obra de Andrade. Décadas más tarde y luego de su primer volumen *Fuentes para la historia de la tenencia de la tierra en el estado de Hidalgo*, es Menes Llaguno, quien al volcar su interés en la ciudad de Pachuca, consigna algunos datos del bibliófilo Andrade.

Menes explica, con cita completa de Andrade, que los aztecas en su peregrinación con rumbo a Tenochtitlan, llegaron a Zapotlán, cercano a Pachuca, donde permanecieron cuatro años (Menes, 1984: 16). Muchas páginas más adelante, en un tema distinto del anterior, menciona la cita de Andrade a propósito de la visita del presidente Madero a finales de julio de 1912 y recibido por el entonces gobernador electo Ramón M. Rosales; aunque en las *Efemérides* de Andrade Ramón Rosales ya había sido gobernador, sólo que de carácter interino desde principios de noviembre de 1911 a octubre de 1912 cuando lo sustituye Miguel Lara. Es hasta abril de 1913 cuando Rosales toma posesión ahora como gobernador constitucional (Menes, 1984: 44; Andrade, 1986: 79).²⁷ Las mismas citas son repetidas en un libro posterior, *Un viaje al pasado de Pachuca; imagen escrita y gráfica de la capital del estado de Hidalgo* (1984), en la cual no creyó necesario ampliar la información escrita sino en el apartado dedicado a las imágenes fotográficas de la ciudad.

En una obra posterior, vuelve a retomar el dato referente los aztecas y sustituye la cita de Andrade por una de Manzano referente a la visita de Madero. En la obra mencionada, Menes incluye dos datos más de Andrade: cuando menciona que luego de terminarse la iglesia de la Asunción en 1719 le fue construido un retablo barroco, hacia 1784 y Andrade consigna a quién representaban las imágenes de santos talladas en madera; y en la segunda habla del encargo del hospital a los juaninos Tomás Pérez y Francisco Luzón. Finalmente, si bien Andrade muestra en su obra un censo de población, Menes no lo utiliza para formar el suyo (Menes, 1993: 50-51).²⁸

En título más reciente, Menes no omite el dato de los aztecas; añade uno, cuando la parroquia de la Asunción “se viene abajo” en 1647; retoma de nuevo el referente a la entrega del hospital; añade un dato interesante: cuando a Pachuca se le concede el título de ciudad mediante el pago de tres mil pesos que hiciera Francisco de Paula Villaldea, Menes duda de dicho dato en tanto Andrade no

²⁷ Lo tocante a la Asunción también es citado por José Vergara Vergara (1976: 171).

²⁸ Los datos referentes al Instituto son retomados por el mismo autor en *Universidad Autónoma de Hidalgo, pasado y presente* (1978) y copiados en posterior edición ampliada: *UAH. La fuerza de la historia* (1989).

consigna la fuente y que al mismo tiempo Manzano lo toma para sus *Anales* tampoco sin esclarecer la duda; finalmente, y aunque le dedica un apartado más amplio de la visita de Madero, no señala fuente de información alguna (Menes, 2010: 89-90, 216; Menes, 2016a: 95, 175).

De lo anterior se deduce que la inclusión de la información de Andrade en las obras de Menes, reflejan la importancia que le da el autor a cierto dato, esto es, se omite o añade información en función de su relato y de la pertinencia que Menes le concede; por otra parte, que en los textos publicados acerca de Pachuca la información es esencialmente la misma a la cual se le van incorporando nuevos datos. De este clásico, como también califica Rublúo a *Efemérides pachuqueñas*, también aparece en las bibliografías de Héctor Samperio en “Apuntes para la historia religiosa de Pachuca” (1975) y *Pachuca, una ciudad con sed*, de Nicolás Soto Oliver, de 2004.

El mérito encontrado en las obras de Andrade, principalmente las *Efemérides*, fue haber creado una especie de puente entre los primeros trabajos que hablaron de la historia de Pachuca en el siglo XIX y las que se habían creado antes como los trabajos de Joseph Burkart, Ramón Almaraz y Manuel Rivera Cambas. Estos autores crearon sus obras a propósito del auge de las minas del distrito de Pachuca y Real del Monte. La bonanza de 1851 provocaría, como se dijo al principio, un notable aumento en la población de tal forma que estas publicaciones habrían sido parte de esa euforia historiográfica hacia Pachuca y principalmente de sus minas ya que estas tres obras se editaron más o menos por los mismos años: la más temprana de Burkart en 1861, la tesis de Rivera Cambas en 1864 y los trabajos coordinados por Almaraz en 1865 aunque el trabajo escrito para Pachuca fue por el ingeniero José M. Romero.

Estas obras se caracterizan por ser en primer lugar, informes de los trabajos realizados por estos autores y de presentar un panorama general de las minas, es decir, las obras fueron escritas a partir de la observación, era lo que los autores pudieron constatar al visitar los socavones. En un segundo plano, consideraron sumamente necesario incluir datos históricos a fin de contextualizar mejor los trabajos. Por ejemplo, el de Rivera Cambas que fue su tesis de Ingeniería en Minas;

el de Almaraz fue a propósito de las comisiones científicas para estudiar el territorio mexicano; en tanto, Burkart, alemán, estudioso de la mineralogía que radicaba en Tlalpujahua, fue contratado por los empresarios ingleses para luego visitar los distritos mineros. Su obra fue escrita en alemán y al año siguiente traducida al español por Miguel Velázquez de León para los *Anales de Minería Mexicana* (Burkart, 1989). Los trabajos de Andrade consistieron en recuperar las escasas tres o cuatro páginas que estos autores dedicaron a la historia de las minas de Pachuca y transformarlas en efemérides, por lo cual, su método fue únicamente extraer el dato sin caer, como él lo eludía a toda costa, en los juicios a los acontecimientos, como, por ejemplo, los de Rivera Cambas:

Desde el año de 1851 la prosperidad de Pachuca ha ido en aumento día por día. Multitud de minas han comenzado sus trabajos, aun cuando en medio de nuestras convulsiones políticas; y hoy rivaliza, y nos atrevemos a decir que es el mejor entre los más célebres minerales del Imperio, no sólo por la riqueza y abundancia de sus minerales, sino por lo bien trabajado de sus minas y buen arreglo en las haciendas de beneficio (Rivera Cambas, 2007: 56).

Al hacer una revisión de las *Efemérides*, Andrade omite la fecha de 1851, lo cual confirma que el interés de Andrade es formar una historia desde lo religioso y no precisamente una historia de las minas; únicamente menciona a propósito de los autores: “1858. Estuvo el señor Burkart, autor citado al principio” y “1864. Estuvo la Comisión de los trabajos científicos, presidida por el ingeniero Almaraz” (Andrade, 1986: 62, 65). No obstante, no significa que su escrito esté exento del tema minero pues sí menciona los trabajos que realizó Bartolomé de Medina, sevillano, que perfeccionó en Pachuca el sistema de beneficio de metales por amalgamación o sistema de patio (Andrade, 1986: 45).

A final de cuentas, Andrade traería aquellos primeros esbozos de una historia para la capital del estado que, si bien no eran propiamente obras historiográficas, destinadas a mostrar los acontecimientos de la ciudad, formaron parte, con el tiempo de obras de consulta necesaria. Y así lo comprendió Andrade, esa fue su tarea.

De aquellas inquietudes por la historia, Andrade lograría llegar a la entonces extensa diócesis de Tulancingo donde recabaría información de suma importancia para completar las *Efemérides pachuqueñas*; fue en manos del presbítero molangueño Canuto E. Anaya, a quien veremos en el próximo apartado, quien gustoso por la historia igual que él, recibiría de su influencia en la escritura de la historia y sobre todo formaría un estupendo catálogo de noticias de todas las parroquias que lo conformaban. Andrade perpetuaba aquella idea de la historia de hallar “la verdad” y de evitar la mala fe de algún escritor que propagara una escritura plagada de errores y deficiencias; una historia donde se encuentran lo mismo la verdad que la fe.

Realizar la lectura de un texto histórico implica considerarlo también un producto histórico y reconocer en él las intenciones del autor, en la medida que funjan éstas como guía para conocer por qué el texto fue escrito de una manera u otra. En el caso de Vicente de P. Andrade resultaría complejo comprender una escritura de la historia que tiende precisamente a ocultar las intenciones y mostrar ante los lectores una serie de acontecimientos que poco se prestan a establecer puntos de vista porque de la misma forma, el autor evitó hacerlos explícitos. En Andrade se percibe lo dicho por Álvaro Matute respecto a la ideología implícita del discurso histórico:

El historiador que de manera consciente quiere huir de la interpretación y desafiliarse de cualquier doctrina en boga, como garantía de auténtica científicidad, corre el peligro de quedarse en el informe de archivo, en la reunión de una serie de datos que hablan de una serie de hechos, organizados de una manera más o menos lógica, pero carentes de estructura y sentido (Matute, 2005: 7-8).

Por tanto, para comprender las obras historiográficas que para el estado de Hidalgo escribió el canónigo Vicente de Paula Andrade, fue necesario hablar, de una parte, de su trayectoria personal y la influencia de ésta en cuanto a sus elecciones temáticas, así como de las influencias ideológicas que permearon en él. A la par, fue necesaria la consulta de otros textos, apenas una muestra de la intensa

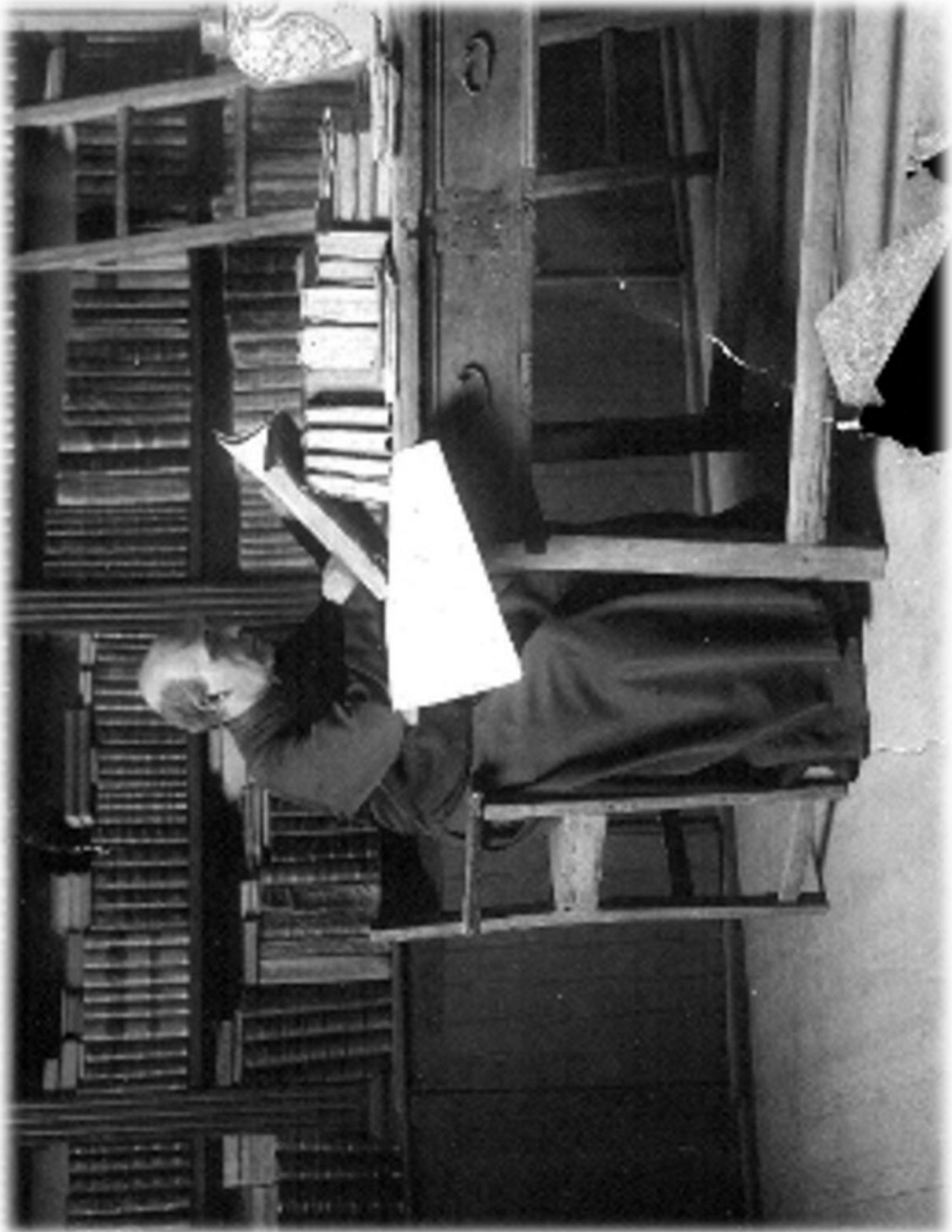
producción bibliográfica de Andrade, para comprender los referentes a Hidalgo; fue así como pudo detectarse su idea de la historia.

El interés por escribir para Hidalgo no fue por la entidad federativa misma sino para continuar trayendo, hasta donde la vida le permitiera, las más de las fuentes de información acerca de la historia de México y reconstruirla por los historiadores del futuro. Él creía que no estaba en sus manos hacerla, pero sí de contribuir a su formación. De ahí proviene la idea de hacer una obra para lectores de su tiempo que pudieran captar el papel totalizador de la obra: captar y exponer aquel tiempo-espacio ajeno para proyectarlo en el suyo (Camelo, 2009: 12-13).

En Andrade confluyeron varias condiciones para su trabajo como erudito. Su pertenencia a un círculo intelectual que provino de su familia: un médico y un bibliógrafo principalmente que estuvieron encumbrados en las sociedades conservadoras como la Iglesia y el gobierno civil de aquella corriente ideológica, lo cual le valdría al tío ser perseguido por los gobiernos liberales. La posesión de una célebre biblioteca familiar, de la cual Andrade rescató para sí algunos ejemplares, de las más especializadas en historia de México, al grado de ser vendida al entonces emperador Maximiliano para la formación de una biblioteca imperial y luego, rematada en Europa. Un negocio de venta de libros a donde acudían los más prestigiosos escritores de México, como Joaquín García Icazbalceta, a las tertulias literarias que organizaba su tío, a la influencia del propio Icazbalceta con la cual asumió una actitud de un fuerte apego a las fuentes y el de continuar con su legado al realizar un sinnúmero de publicaciones acerca de la época colonial dado el hallazgo de documentos escritos, verdaderos monumentos en información, y las exploraciones arqueológicas que ya comenzaban a rendir frutos. Una mente inquieta, a veces arrebatada en busca del conocimiento, lo cual orillaría a traducir una carta de su maestro Joaquín y divulgarla en Roma para contribuir al no aparicionismo. Y una postura conservadora pero no beligerante, aunque sí en defensa del catolicismo y en el caso de Andrade, con una postura más bien conciliadora ante los gobiernos liberales y de hacerse de su amistad, como lo expresaría con Gabriel Mancera en Hidalgo y de su acercamiento al de Díaz.

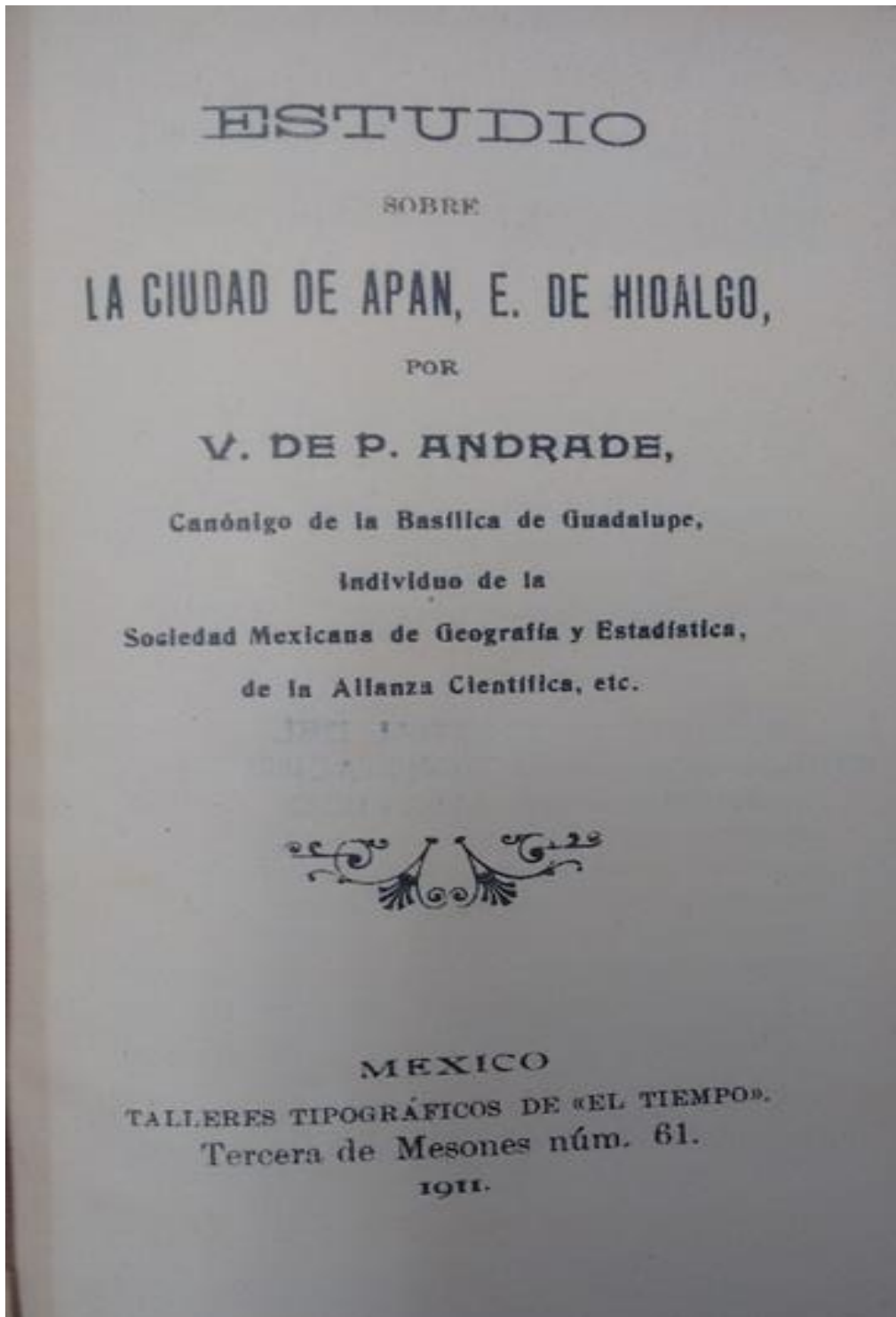
Con la revisión de la obra de Andrade puede deducirse que a su historiografía no le convenía una interpretación del pasado cargada de tintes subjetivos ni de fines claramente ideológicos. Dentro de aquella modestia que pregona, hay detrás una intención de evitar conflictos entre la Iglesia y el Estado y de asumir entonces una postura nacionalista, por ello es la época virreinal, la etapa más cara a estos historiadores como lo manifestara en su *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo xvii*.

En cuanto a sus asomos a los textos locales, en Andrade priva una cuestión en un primer momento afectiva. Coinciden los lugares que visitó y de los que extrajo noticias con personas que fueron cercanas a él como en el caso de Apan, con su tío José María o el presbítero Torres, originario de Alfajayucan, así como la defensa al doctor Campos a quien dedicara un opúsculo y a su obispado de Chilapa. El desconocimiento de dichos textos, sólo mencionados en los índices de escritores de principios del siglo veinte hizo aún más compleja la comprensión de la relación de Andrade con el estado de Hidalgo. La idea de reproducir su texto para Pachuca obedece a las intenciones del prologuista por acercar a tiempos actuales una obra desperdigada de la historiografía hidalguense, pues habría de convertirse en el cimiento para futuros estudios acerca de la capital estatal.

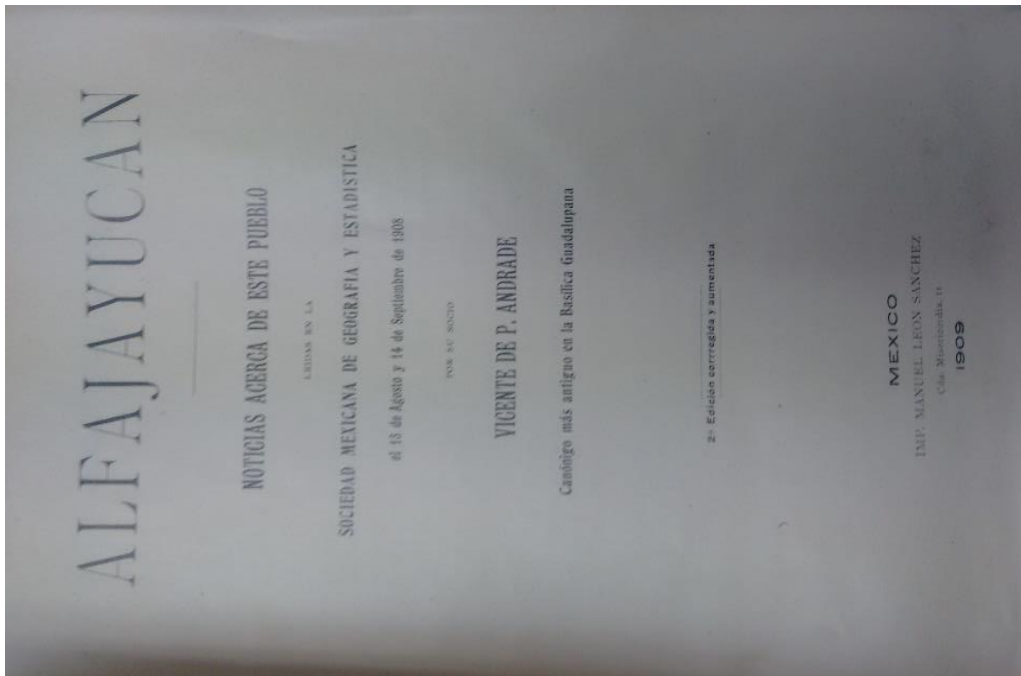


Fotografía 6. "Vicente de Paula Andrade leyendo un libro", ca. 1900.

Fuente: Fototeca Nacional-INAH, colección Culhuacán.



Fotografía 7. Vicente de P. Andrade tuvo orígenes familiares en Apan, por lo que dedicó un trabajo a esta población. Fuente: Colección Eusebio Dávalos Hurtado, Instituto Nacional de Antropología de Historia.



Fotografía 8. Vicente de P. Andrade dedicó parte de su obra al estado de Hidalgo.
Fuente: Colección Eusebio Dávalos Hurtado, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

de Zimapam, Atotonilco y Apan. Rector del seminario y secretario del Obispado, y volvió á Apan. El señor le ha dotado de buen talento y afición á las ciencias filosóficas y teológicas.

EFEMERIDES APANESES

1720. Diciembre. Nació Javier Bonilla, que ingresó á la Compañía de Jesús en Diciembre 7 de 1742, estaba en el Colegio del Espíritu Santo de Puebla, y era Prefecto de la Congregación de los Dolores, cuando fué expulsado en 1767, murió en Pésaro en Marzo 9 de 1794.

1729. Agosto 21. Nació Manuel Muñoz Cote, entró de jesuita en Febrero 27 de 1757. Estaba en el Colegio Máximo de México, cuando fué expulsado; murió en Roma en Febrero 8 de 1811.

1757. Noviembre 7. Pernoctó en Apan la marquesa de las Amarillas, esposa del Virrey (Diario notable en verso, desde Cádiz á México. Imp. 1757. "El siete á San Martín, al medio día y al de Apan á dormir....")

1769. Visita del señor Arzobispo Lorenzana.

Fotografía 9. En la obra de Vicente de P. Andrade predominaron las efemérides eclesiásticas .

Fuente: *Estudio sobre la ciudad de Apan, E. de Hidalgo.*

CAPÍTULO IV

CANUTO E. ANAYA: EL REFLEJO DE UN AMBIENTE INTELLECTUAL



Recuerdo del XXV aniversario de la 1.^a misa del Pbro. D.
Canuto E. Anaya. Hgo. Enero 19-1913.

Fotografía 10. "Recuerdo del xxv aniversario de la primera misa del presbítero don Canuto E. Anaya. Guadalupe Hidalgo, enero 19 1913". Colección particular, Molango, Hgo. Esta imagen de Canuto E. Anaya, sentado al centro, es quizá la única que se conozca acerca de él.

Ante todo, los hechos de la historia nunca nos llegan en estado puro, ya que ni existen ni pueden existir en una forma pura: siempre hay una refracción al pasar por la mente de quien los recoge. De ahí que, cuando llega a nuestras manos un libro de historia, nuestro primer interés debe ir al historiador que lo escribió, y no a los datos que contiene [...] y sólo teniendo en cuenta estos acontecimientos comprenderá el lector todo su alcance y significado.

EDWARD H. CARR, *¿Qué es la historia?*

DE ACUERDO con Benedetto Croce la religión es una concepción de la vida con una actitud ética inspiradora de la fe donde se piensan y profesan verdades puras y que ante la crítica o la actitud hostil de otras profesiones de fe, se defiende y protege y donde se encuentra la identidad de elevación de lo divino. La religión, continúa el pensador italiano, fue considerada una enemiga que debía destruirse por todos los medios incluyendo “la guerra y la sangre” por ser fuente de corrupción moral, de hipocresía, de opresión y fanatismo; la desconfianza en la moral se hacía patente en la historiografía: “la desconfianza en las apariencias y la solicitud despreocupada de la realidad de los pensamientos y de las obras llevadas a cabo” (Croce, 1960: 232).

Esto es, que tanto Iglesia y Estado son sinónimos de moral y de política aunque ni la moral es exclusiva de la primera ni la política exclusiva de la segunda. Es ahí donde Croce recomienda al historiador “saludar a la libertad ya en las palabras y actos de los papas, ya en la de sus adversarios laicos” (Croce, 1960: 233).

El presente capítulo estudia la obra de Canuto E. Anaya, sacerdote, que ante el calor de las acciones revolucionarias en México en la primera década del siglo xx, postuló una historiografía “de doble transparencia” porque ante la intencionalidad de que el pasado hable por sí mismo —la primera transparencia—, es el texto quien refleja la postura de quien escribe como parte de su experiencia vivida —la segunda transparencia— pues “la realidad refleja el conocimiento que tenemos de ella” (Anskermit, 2014: 250). En la obra de Anaya puede ejemplificarse

este tipo de historiografía en la cual, en términos metodológicos, el texto “ya no es una capa a través de la cual se ve (sea una realidad pasada o la intención autoral del investigador), sino algo a lo que debe ver el historiador”, es decir, a la interacción texto-contexto histórico, se añade la interacción texto-autor (Croce, 1960: 251). Anaya, en la aparente transparencia de sus textos, hace referencia de manera implícita a ciertos sucesos ocurridos durante la Revolución mexicana en su etapa más conflictiva, la de 1914 a 1915 y aprovecha para postular un catolicismo beligerante, ya no el conciliador.

En Hidalgo, la escisión entre carrancistas y villistas produjo ingobernabilidad. Ambas facciones ocupaban poblaciones y las declaraban capitales para sí. Sin embargo, fueron los carrancistas quienes comandados por el general Nicolás Flores representaron el anticlericalismo. Como gobernador impuso fuertes gravámenes a negociaciones mineras, haciendas de beneficio, comerciantes, agricultores, además de decretar confiscaciones a los bienes de la Iglesia, así como otra serie de medidas entre las cuales prohibía el culto público, clausura de escuelas católicas o nombrar calles con nombres de santos. Además, algunos religiosos como el obispo José Mora del Río fueron perseguidos por participar en el derrocamiento de Madero.

El acto más relevante para Anaya fue cuando las autoridades vaciaron la biblioteca del seminario de Tulancingo, fundado no sin destruir y quemar muchos de sus libros. Para un interesado en la lectura, esto sin duda, significó un crimen (Serrano Álvarez, 2016: 319-323).

Durante la primera mitad del siglo veinte, Molango fue conocida como la Atenas de la Sierra. Esto, en virtud de las actividades de muchos profesionistas, artistas y políticos originarios de este municipio enclavado en la Sierra Madre Oriental, o mejor conocida en la entidad como Sierra Alta. El sentido de superación en las artes y la cultura fijado por el asentamiento, desde 1869, en la población de la logia masónica Vigilantes de la Montaña influyó en gran medida para que Molango diera a luz a toda una generación de intelectuales.²⁹ Pintores, músicos, profesores,

²⁹ A la logia pertenecería Felipe Ángeles Melo, padre del general Felipe Ángeles Ramírez, entre otros liberales locales. Ángeles Contreras (1993: 43).

abogados, canónigos e historiadores, surgieron de los conocimientos que vertían en las aulas molangueñas, toda vez, que muchos maestros pertenecían a esta sociedad secreta. A la par, los párrocos enseñaban, desde el ámbito religioso, aspectos artísticos como la música y el canto principalmente, y esto por supuesto originó en sus habitantes un aprecio por la preparación artística o académica y profesional (Salguero, 1947: 15, 20-25; Anaya Lara, 2019: 52-57).³⁰ Sumido en la sierra como lo es Molango, existían las condiciones para el recogimiento espiritual; no por nada, lo dicen los cronistas agustinos como Juan de Grijalva, Molango y la Sierra Alta era el sitio más adecuado para la contemplación del espíritu humano (Grijalva, 1985: 77-80). La sola vista desde su convento frente al horizonte rodeado de serranías así lo confirma; la misma morada del fraile Antonio de Roa, en medio de los riscos, era el ambiente para tal ejercicio de anacoretismo.

De ellos sobresale el presbítero José Canuto Fulgencio Anaya Espinoza, nacido en Molango el 19 de enero de 1863, y ordenado sacerdote el 17 de diciembre de 1887 a la edad de veinticuatro años en el seminario de Tulancingo, abierto por el obispo Juan Bautista Ormaechea poco después de fundarse la diócesis (Anaya, 1947: f. 34v).³¹ Hijo de Vicente Anaya y Rosa Espinoza, Canuto creció entre aquel ambiente intelectual.

Canuto se muestra admirador de Antonio de Roa, el Santo Roa, como le conocen actualmente los pobladores de Molango. Su infancia, transcurrida en aquella educación elemental tuvo como escenario las otrora celdas del viejo monasterio ruinoso y apenas acondicionado para algún salón de clase. La música clásica dejaba oírse al grado de formarse ahí el segundo cuerpo filarmónico de Hidalgo, nombrado así por el gobernador Rafael Cravioto, después del de Pachuca; y lo mismo los cursos de latín de los cuales muchos salieron con previos conocimientos al proseguir sus estudios en otros lugares (Salguero, 1947: 27; Cruz Beltrán y Bautista, 2017: 127-128).

³⁰ En Homero Anaya Lara, ver el apartado "Escuelas primarias en Molango", donde hace referencia a las escuelas de carácter laico así como las religiosas.

³¹ Su partida de bautizo se localiza en el archivo de la parroquia de Nuestra Señora de Loreto, libro 4, Bautismos, acta 215.

Se formaban bandas y en ella se practicaban los solfeos y cantos en latín. Eso influyó en su conocimiento de dicha lengua, lo que le permitió leerla a la perfección años más tarde. La influencia de sus maestros, todos ellos religiosos, más su admiración por el evangelizador Antonio de Roa, lo haría pasar años más tarde al seminario de Tulancingo. En Anaya, se encuentra una fuerte defensa por la religión. Reprocha al Estado el haberse apropiado del antiguo convento agustino para convertirlo en caballerizas, aserraderos y basurero del vecindario; al mismo tiempo, evidencia a las autoridades el mantenerlo en tan mal estado de conservación.

¿Qué llevó a Canuto Anaya a escribir una importante obra historiográfica como el *Bosquejo histórico-geográfico de la diócesis de Tulancingo*? Confluyen en él varios elementos para considerar una respuesta. Podríamos plantear, en primer lugar, haber nacido en un ambiente familiar de religiosidad; después, ser estudiante en el seminario, ocupar la secretaría del obispado e iniciar como redactor de la sección histórica una publicación periódica de las noticias del obispado, y su vocación como historiador.

Cuando se habla de aquellos autores que pudieron inspirar la obra de Anaya no debiera verse en él una copia de sus antecesores, pero sí que le proporcionaron una idea de cómo redactar su obra. Por tanto, vale decir que tuvo dos influencias: la primera, de carácter estructural, la encontramos en Fortino Hipólito Vera con sus obras religiosas dedicadas a registrar de manera sintética la historia religiosa de México con *Itinerario parroquial del arzobispado de México. Reseña histórica, geográfica y estadísticas de las parroquias del mismo Arzobispado* publicado en 1889. En tanto, de carácter ideológico, hace suyas las concepciones de la historia de Joaquín García Icazbalceta. Ambos enfocados a la historia religiosa, en especial la del siglo dieciséis. Una tercera, se encuentra en Vicente de Paula Andrade. Entre ellos, solían citarse. La amistad que ambos se prodigaron y la comunicación e intercambio de información acerca de temas de índole histórico, parece haberlos llevado a trabajar en conjunto, tal como lo muestra su *Estudio sobre la ciudad de Huauchinango* (1912) y por supuesto su raigambre religiosa.

La obra de Canuto Anaya

El presbítero Francisco Campos, originario de Actopan, obtuvo diversos cargos en la diócesis de Tulancingo: catedrático de latín, lógica y matemáticas en el Seminario, capellán del coro hasta secretario del Cabildo, colector de diezmos y varios cargos más. De todo ello, Campos tenía fama de gran orador. A él le eran encargados los sermones en la Colegiata de Guadalupe. Él fue quien pronunció la oración fúnebre a la muerte del primer obispo Juan Bautista Ormaechea. Por su gran disposición de servicio, frecuentemente era solicitado en diversas parroquias y sobre todo por sus dotes de oratoria que desempeñaba con ejemplar maestría, lo mismo en Real del Monte o Zacualtipán, como en Huauchinango e Iztacoyotla. En este último, recóndito pueblo serrano, como era de esperarse, no había quien administrara los sacramentos. Reunidos los feligreses hicieron votos para que Campos se quedara. El gobierno eclesiástico aceptó con la condición de llevarlo a un lugar desde donde pudiera desplazarse mejor y continuar con sus servicios. El lugar elegido por el obispado sería Molango donde tomó posesión el 7 de junio de 1886. Cinco meses después Canuto Anaya sería nombrado como vicario encargado de la parroquia; apenas se había recibido del Seminario y qué mejor para él que en su tierra natal, donde a la par de sus trabajos parroquiales ejerció la docencia con las cátedras de Doctrina y Urbanidad y Geometría (Anaya, 1947: f. 20v-21).

Años antes, cuando el doctor Campos dictaba la cátedra del primer año de latín, tenía entre sus alumnos a un joven apenas tres años menor que él, originario de la sierra y era precisamente José Canuto. Campos pronto vio en él una personalidad seria, responsable, un gran lector y copista. Influyó quizá la edad cercana en ambos. El doctor no tardó en nombrarlo su amanuense mientras se desempeñaba como secretario del Seminario. Ahí, Canuto pudo conocer todos los informes de su maestro y de todos los lugares que visitaba cuando era solicitado por las parroquias. Canuto fue recopilando tantos datos se generaban al interior de la secretaría, así como los recopilados en la vicaría de Molango, donde fue invitado por el señor Campos, sabedor este último de regresar al alumno a la tierra donde nació.

En los cuatro años que permanecieron en Molango, así lo expresa Canuto: “en armoniosa inteligencia cultivábamos la viña del señor, plantada por el apóstol de la sierra, fray Antonio de Roa, y absortos escuchábamos de los feligreses, mis paisanos, la reverente tradición de aquel ‘monstruo de santidad’ como se le llama metafóricamente en las crónicas” (Anaya, 2014: 4).³² Campos sale de Molango con un nuevo encargo, la secretaría del obispado. Sin embargo, no habría de irse sin Canuto quien, por recomendación del doctor, es nombrado oficial mayor. Para ambos fue un cambio repentino: de administradores de almas a administradores de hojas y servicios, no obstante, ya habían adquirido alguna experiencia en la secretaría del Seminario.

Una vez establecidos en su nuevo encargo, don Francisco Campos se ocupó de conocer a detalle el funcionamiento de la secretaría, en tanto que a Canuto las “fórmulas de trámite”, es decir, todo lo relacionado a la elaboración de escritos y demás papeles. Un día, habrían acudido a los archivos de la oficina y el resultado fue detonador para el molanguense: “encontramos interesantes relaciones histórico-estadísticas de las parroquias del arzobispado, arsenal que alentó mi afición pesquisadora” (Anaya, 2014: 4). Canuto prestó atención, desde entonces, a todo ese portento de información que había hallado. Eran fuentes únicas, de primera mano, a las cuales pudo tener acceso a plenitud. Ya no cabía duda en la mente de Canuto: su nueva vocación sería la historia. Hay, sin embargo, un suceso posterior que la haría sólida por completo, y es cuando a la secretaría de la diócesis llegaron algunos interesados, eclesiásticos también, por la información que salía del obispado tulancinguense, según nos refiere Anaya:

No tardaron en dirigirse a usted los historiadores eclesiásticos, el ilustrísimo señor obispo doctor don Fortino H. Vera, el señor canónigo Vicente de Paula Andrade y el bibliógrafo presbítero don Luis G. Gordo, en solicitud de informes de la diócesis, comisionándome satisfacerlos; puesto en contacto con tan ilustrados escritores, pactamos el *do ut des* [te doy para que me des] para el canje de noticias; en fin, debo a la bondad de vuestra ilustrísima la adquisición de reputados autores, copiosa fuente de consulta (Anaya, 2014: 4).

³² Sobre la vida de fray Antonio de Roa ver Juan de Grijalva (1985: 214-232).

Estos testimonios, recogidos en carta dirigida a Campos, cuando este ya se encontraba en el obispado de Chilapa, Guerrero, permiten encontrar las influencias intelectuales de Canuto Anaya en su idea de la historia. Al conocer a dichos autores, a los que nombra como historiógrafos, seguramente reconociendo en ellos su labor de estudio en la escritura de la historia, Canuto pudo tener acceso a su obra y sobre ésta, se confirma la idea inicial, en que habría de basarse para escribir la propia. Podemos deducir que fue a partir de 1891 cuando comenzó a reunir toda la información para formar su *Bosquejo...* hasta culminarlo en 1918, casi treinta años después.

Continuaba Anaya con la recopilación de datos, aun cuando el doctor Campos ya había marchado a Tamaulipas hacia 1896. Fue en 1903 cuando comenzó a hacer algunas entregas de la información recopilada en el *Boletín eclesiástico de la diócesis* que había salido a la luz por iniciativa del obispo José Mora del Río y bajo la dirección del cura realmontense Martiniano A. Contreras. Dicho boletín fue creado para comunicar “al clero y fieles las determinaciones y asuntos del gobierno eclesiástico y en el que se expondrán cuestiones de importancia en todos los ramos de la ciencia eclesiástica” (*Libro de Providencias Diocesanas año 1889*. Circular 369, f. 49v, citado en Salinas, 2014: 234). Al presbítero Anaya le fue encomendada la “Sección histórica del obispado”; en esta sección se encargó de publicar sólo los relativos a la capital de la diócesis, Tulancingo. En esta ciudad escribió también algunos apuntes en *El Eco de Tulancingo*. Fue en ese momento cuando quedó totalmente convencido de la necesidad de publicar cuanto dato había recopilado, y sobre todo para cuando los efectos que la Revolución ya comenzaban a padecerlos en el obispado (Serrano Álvarez, 2014: 25-26).

Tengo noticias que aquellos manuscritos han desaparecido en los últimos disturbios políticos, en los que se persiguió al clero, su custodio: en Tulancingo fue expoliada la copiosa biblioteca del seminario y los archivos de la Mitra; en otras localidades los libros parroquiales se remataban en los tendejones para envoltura de mercancías, cuando no eran incinerados por los porta antorchas, y al resplandor de las hogueras se proyectaban negras sombras sobre la historia de las poblaciones; por consiguiente, algunos de mis apuntamientos resultan ahora únicos, y como la guadaña devastadora

de la humanidad me segará en día no lejano, temo que conmigo desaparezca también el depósito de noticias: por esta consideración me he resuelto a publicarlas, siquiera sean en parte, incluyendo citas de acreditados historiadores (Anaya, 2014: 6).

Con fecha 23 de septiembre de 1907 José Juan Herrera y Piña es preconizado como sexto obispo de Tulancingo. El obispado había quedado vacante por el nombramiento como obispo de León a José Mora y del Río. En noviembre, la Delegación Apostólica de México consagra en la basílica de Guadalupe a Herrera y Piña y en 30 de diciembre toma posesión en su nuevo encargo.

Llegaba a una diócesis de casi treinta mil kilómetros cuadrados. Dentro de ella se encontraba la exuberancia de los climas huastecos, y su vegetación pródiga en todo tipo de productos y al mismo tiempo las inquebrantables sierras, con altos riscos y profundas gargantas por las que corrían las aguas de bravos ríos. Todo ello hacía que muchos pueblos se encontraran sumidos en aquellos impenetrables horizontes. Herrera y Piña había fungido como rector del Seminario Conciliar de México, formado en Roma como doctor en Teología donde se consagró en la preparación de nuevos sacerdotes, hasta que por sus cualidades asumiría entonces su responsabilidad al frente de una diócesis. Decidió entonces hacer un reconocimiento de toda ella y ver personalmente el estado en que se encontraban las parroquias y sus feligreses, viajes que ni la Revolución suspendió. Deben considerarse los sitios de difícil acceso: “a lomo de mula, a pie, en carretas o en angarillas, recorría las más altas cumbres de las serranías, o los eriales insalubres, llenos de plagas y faltos de todo recurso de civilización” (Tapia Méndez, 1976: 84). Era necesario hacer un registro de la situación geográfica de todas las parroquias. Ese encargó ya muy avanzado por Canuto Anaya, también fue un aliciente para su publicación.

Como se ha referido en el capítulo anterior, el padre Vicente de Paula Andrade, ávido de noticias históricas marcha hacia el obispado de Tulancingo y es atendido por Canuto Anaya. La amistad surgida de aquel intercambio de información entre ellos se convirtió luego en coautoría de trabajos como el *Estudio sobre la ciudad de Huauchinango (estado de Puebla)*, cuadernillo de apenas veintinueve páginas salido de la imprenta de Juan Aguilar Vera ubicada en la séptima calle de Ribera de

San Cosme en 1912. Con este trabajo, y ante la imperiosa necesidad de dar a conocer tan valiosos datos respecto a la diócesis de Tulancingo, funda al año siguiente en Guadalupe Hidalgo, poblado al norte de la Ciudad de México,³³ en la calle de Altamirano, en la misma zona donde se asentaba la basílica de Guadalupe, la imprenta La Hidalguense. Para entonces, Vicente de Paula Andrade era canónigo en dicha basílica y miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Canuto, habría de trabajar en Guadalupe Hidalgo desde apenas dos años antes, cuando el mismo año en que funda la imprenta marcha nuevamente a Molango como párroco. Decía Canuto, a propósito de su imprenta:

Para la publicación de este *Bosquejo* ha valido a su autor poseer un tallercito tipográfico que él mismo maneja; de aquí es que, a las imperfecciones del original, hay que agregar las de la edición, pues las manos para la formación de plantas y los ojos para la corrección de pruebas han sido de un aficionado en el arte. La edición pues, ha resultado con numerosos errores que fácilmente corregirá el lector (Anaya, 2014: 7).

Contaba entonces el molangueño con cincuenta y cinco años. Poco se sabe de los años posteriores a la publicación del *Bosquejo*. Habría estado algún tiempo como secretario del obispado de León y más tarde regresaría a Tulancingo. Ya entrado en edad octogenaria escribió *El libro de mis recuerdos. Apuntes y documentos para la historia de Molango*, un cuadernillo en pasta dura de 66 fojas en anverso y reverso con una serie de informes a propósito de informes parroquiales con anotaciones suyas a pie de página. La fecha y lugar de su elaboración es un tanto dudosa: en la laminilla de protección dice “México DF, feb[rero] 12, [19]49”, lo cual aparentemente podría establecerse como fecha; no obstante, este libro ya aparece citado en *Historia completa del distrito de Molango* escrita en 1947 por Gildardo Salguero González, profesor molangueño y uno de los fundadores de la Escuela Normal Rural de dicha población; lo cual lleva a pensar que el manuscrito de Anaya fue escrito antes de 1947. En cuanto al lugar, en dicha laminilla aparece la Ciudad de México, pero en la portada aparece Tulancingo; por tanto, es probable

³³ Hoy delegación Gustavo A. Madero, al norte de la Ciudad de México.

que esta obra se haya terminado en ésta última y el posterior dueño haya anotado la fecha de 12 de febrero como su posible adquisición.

La idea de la historia en Canuto Anaya

En los textos de Canuto Anaya hay profundos matices religiosos derivados de su vida eclesiástica. Al analizar dos obras complementarias, *Estudio...de Huauchinango* y *El libro de mis recuerdos*, podemos comprender que la intención de Canuto es mostrar simplemente los datos recopilados sin dar muestras de alguna inclinación, postura o simple comentario a los acontecimientos enunciados, pero sí de su preferencia por los temas religiosos. En el *Estudio*, enfatiza en datos relacionados con la creación de parroquias, fundaciones monásticas, y efectos de las guerras en los edificios o administraciones.

En tanto, el *Libro de mis recuerdos* se compone básicamente de informes parroquiales del estado de conservación del convento de Molango así como datos biográficos de sacerdotes molangueños, una relación de “hijos de Molango que han hecho carrera”, donde enlista 16 sacerdotes, 7 abogados, 3 ingenieros, 2 notarios públicos, 10 profesores, 9 militares y 2 médicos; de la misma forma aprovecha algunas notas de diversos periódicos, censos de población, descripciones geográficas y más adelante correspondencias entre el padre Anaya con los feligreses donde se exponían mejoras materiales como establecimiento de escuelas de música, plazas públicas, caminos y el local para la presidencia municipal. Al final de los apuntes, Anaya consigna los versos compuestos por el entonces jefe político José de Jesús Garibay y la contestación de Domingo Ortega, originario de Metztlán; esto en virtud de la amistad que se profesaban desde entonces ambos pueblos y manifestada en las tertulias organizadas bajo las antiguas celdas del convento agustino cuya tradición continuaría hasta la primera mitad del siglo veinte (Anaya, 1947: f. 59 v-62 v.; Cruz Beltrán, 2017: 35-50).³⁴

³⁴ La amistad entre José de Jesús Garibay y Domingo Ortega pronto se convertiría en parentesco pues fueron consuegros; ellos fueron abuelos del escritor tulancingueño Ricardo Garibay (1923-1999); ver “El estado de Hidalgo en la obra de Ricardo Garibay”, en Cruz Beltrán (2020: 30-35). Para las referencias a la vida cultural de Molango ver en Cruz Beltrán (2017) los apartados “El incendio de Molango en 1914” y “Testimonios literarios de la escuela normal rural de Molango”.

Otros elementos que permiten comprender las motivaciones de Anaya en cuanto a la escritura de la historia es una frase en latín, escrita por el filósofo romano Séneca: *Patriam suam nemo amat quia magna, sed quia sua*, cuyo significado es “Nadie ama a su *patria* porque ella sea grande, sino porque es suya”. En el primer caso lo utiliza al hacer referencia de la diócesis: “[...]trabajo humilde, como todo lo mío, que respetuosamente dedico a vuestra ilustrísima [Francisco Campos], por tratar asunto exclusivo de nuestra amada diócesis de origen.” En segundo lugar, al referirse a su pueblo natal en su obra *El libro de mis recuerdos*:

Ojalá que, después de mi propiedad de estos apuntes, sean adquiridos por otro que sepa utilizarlos para el noble objeto a que se destinan y entonces, la satisfacción irá a calentar mi helado sepulcro por haber cooperado de alguna manera, un amartelado hijo de Molango, a transmitir a las futuras generaciones de su pueblo, gratos y tristes recuerdos de los pasados tiempos (Anaya, 1947: f. II).

Otra idea, contenida en el apartado preliminar, expone su idea de la historia, vista desde la óptica bíblica, el libro del Deuteronomio, capítulo 32, versículo 7: “Acuérdate de los tiempos antiguos, considera de una en una las generaciones; pregunta a tu padre y te lo declarará, a tus mayores y te lo dirán”. La obra de Anaya, como ya se comentó fue influida por Joaquín García Icazbalceta, Vicente de Paula Andrade y Fortino Hipólito Vera. Aunque no se tiene noticia de haber conocido al primero, sí tuvo contacto directo con los otros dos, y estos últimos, a su vez, sí lo tendrían con Icazbalceta, toda vez que buena parte de la obra de estos tres historiadores fue dedicada al estudio de las apariciones de la virgen de Guadalupe. Por tanto, el pensamiento de Icazbalceta llegaría a Anaya por medio de los canónigos Andrade y Vera.

Fortino Hipólito Vera y Talonia, nacido en Tequixquiac, México en 1834, igualmente dedicado al estudio de la historia, publica su *Itinerario parroquial y Erecciones parroquiales*. Es posible que Anaya y Vera se hayan identificado por dos cuestiones fundamentales: la primera, desde luego, su vocación religiosa y su vocación por la historia; en ésta última sobresalen dos puntos interesantes en la vida de Vera y Talonia. En 1867, así lo retrata el padre Lauro López Beltrán, quien

editara *Fray Antonio de Roa, taumaturgo penitente* en 1948, fue párroco en el convento de Totolapan (Morelos), lugar donde fuera prior el citado fraile agustino en 1542; luego, en 1895 fue nombrado como primer obispo de Cuernavaca, año por el cual Anaya se encontraba trabajando en la secretaría del obispado tulancingueño. Quizá sus pláticas habrían girado en torno a Antonio de Roa quien evangelizó Molango, donde era originario Anaya, y Vera, a su vez, deseaba conocer más de la vida de este fraile ya que había estado en Totolapan y luego, en su deseo de conocer el nuevo obispado de Cuernavaca, en Morelos, haya deseado obtener más información. Vera y Talonia, sin embargo, murió al poco tiempo, el 23 de septiembre de 1898 a los 64 años de edad (López Beltrán, 1959: 9).

Sin embargo, el pensamiento de Joaquín García Icazbalceta que adopta Anaya es el que aparece en *Nueva colección de documentos para la historia de México* publicado en 1886: “Cada día echa mayores raíces en mi ánimo la convicción de que más se sirve a nuestra historia colonial con publicar documentos inéditos o muy raros, que con escribir obras casi nunca exentas de deficiencias y de errores.” Y Anaya, concluye: “aún no es tiempo de escribir la historia general” (Joaquín García Icazbalceta, citado en Ramírez, 2001: 76-77). Con este pensamiento, Anaya resalta:

A imitación de este eminente y erudito publicista, haré lo propio con la pequeña fracción de Molango, mi pueblo natal, movido también por la pérdida lamentable de algunos documentos originales que tantas veces he deplorado, por dificultad de volver a poseerlos y por la distancia en que el destino me ha alejado de aquel lugar querido donde pudiera adquirir otros, son circunstancias que me impelen a asegurar los que me restan, copiándolos en este cuaderno sin orden cronológico; ellos son documentos que se relacionan, en su mayor parte, con la Iglesia, compulsados de los archivos de la parroquia y de la secretaría del obispado, que por fortuna he tenido a la mano; artículos de publicaciones periódicas, memorias sueltas y apuntamientos interesantes formados a la hora misma y bajo las imprecisiones de los sucesos; con este material levanto mi humilde monumento a la historia, marcado con negras sombras que mi atrevido pincel aplicará con la buena intención de destacar las formas, pero sombras que el espectador puede apartar del hermoso contorno del trazo ajeno (Anaya, 1947: f.1-1 v.).

El siglo XVI es para Icazbalceta el forjador de nuestra nacionalidad. Su preocupación fue la de allegar lo más posible al presente, su presente, documentos escondidos en archivos perdidos o en las más exclusivas bibliotecas. Por tanto, esa misma idea de la historia decidió adoptar para sí el presbítero Anaya. Icazbalceta tenía un gusto muy profundo por lo antiguo. Desde 1849 tradujo del inglés *Historia de la conquista del Perú* de William Prescott y en 1850 ingresó a la Sociedad de Geografía y Estadística. Sus motivaciones fueron las de publicar tantos documentos como le fuera posible para que en el futuro se contara con una base documental sólida (Montoya, 2011: 387-405). No sobra decir que Icazbalceta fue un fiel creyente de la fe católica y esto animó aún más a Canuto para seguirlo; a la par, lo mismo ocurrió con Canuto Anaya quien también en palabras similares, anotadas líneas arriba, señaló que quien tuviera sus apuntes, dispusiera de ese material para hacer una historia general de su pueblo. Por tanto, es probable que a don Gildardo Salguero le haya sido entregado por primera vez este material, ya que con muy pocos años de diferencia, escribió su *Historia completa del distrito de Molango*, y él haya sido quien lo haya citado por primera vez. Cercano a ese tiempo surgirían también los trabajos de Abundio Lara, *Lecturas históricas y geográficas del distrito de Molango*, no obstante, no se ha hallado este material, sólo citado por Jesús Ángeles Contreras (1993: 110).

La estampida revolucionaria de 1910 permearía aún más en el ánimo del padre Canuto y motivaría aún más a la publicación de sus escritos. Por aquellos años surgió el tradicionalismo empírico, una corriente cuya característica en la historiografía fue, a partir de la publicación de documentos inéditos, o muy raros, refugiarse en el pasado, darle la espalda al presente, tan radical, populista y violento de entonces. La temática propia de esta tendencia fue el anecdotario novohispano (Matute, 2015b: 123-124). La escritura de Anaya resulta de aquellas reminiscencias de la historiografía conservadora: un pensamiento antirevolucionario, una defensa del catolicismo y una escritura de profundas raíces religiosas lo cual, a decir de Jaime del Arenal, lleva al padre Anaya a estar inscrito dentro del grupo “beligerante” de los historiadores cuyo ideario es defender la iglesia de la masonería (Del Arenal, 2003: 66-70). En el *Bosquejo...*, aparecen dos ejemplos:

Estos apuntes fueron escritos en el año 1914; hoy que se publican, nada existe ya de lo relatado. El gobernador del estado, don Nicolás Flores, por su decreto de 24 de febrero de 1916, refrendado por su secretario Arturo Lazo de la Vega, descollando la animadversión a la Iglesia católica, ordenó en su artículo segundo la supresión del Seminario y colegios católicos, disposición que aplaudieron las logias masónicas, prensa revolucionaria y sectaria, únicos periódicos que se publicaban. Con anterioridad habían sido ocupados para cuarteles de las tropas carrancistas, el Obispado, Seminario, Colegio Guadalupano, que destruyeron bibliotecas, mobiliarios, cuadros decorativos (Anaya, 2014: 35, nota 25).

Y en efecto, con fecha 24 de febrero de 1916 Nicolás Flores, carrancista, reglamentaba el culto católico. El decreto, al publicarse en medio de la etapa más conflictiva del periodo revolucionario, no tuvo el aval del Congreso local, ya que este había sido disuelto por el citado general jacalteca (Rivas Paniagua, 2008: 140-141). Prohibía el uso de bancas, agua bendita, que los sacerdotes fueran exclusivamente mexicanos, comerciar objetos religiosos, misas de cuerpo presente, recoger limosnas fuera de los templos, que los sacerdotes usaran su vestidura eclesiástica en la vía pública y que no vivieran en las dependencias contiguas a los templos y que las escuelas fueran laicas e independientes de los templos, por lo cual, como lo expresó Anaya, quedarían prohibidos los seminarios conciliares. Fue durante el gobierno constitucionalista de Venustiano Carranza que las relaciones con el clero fueron tensas, aunque menos que en el gobierno de Plutarco Elías Calles, algunos años después.

Otra medida fue quitar los nombres de santos a pueblos, calles, plazas y demás sitios públicos tal y como sucedió, por ejemplo, en la Sierra Alta donde la localidad de San Guillermo Iztapanitla se llamaría ahora Juárez Hidalgo y de paso, la antigua cabecera municipal San Lorenzo Iztacoyotla dejaría de serlo, en virtud de su apoyo a las fuerzas villistas (Cruz Beltrán y Mota Perusquía, 2016: 41-42). Asimismo, su pueblo, Molango, había sido incendiado por tropas carrancistas incluido el convento agustino. Por tanto, aun cuando es poco explícito, Anaya muestra una historiografía de carácter conservador e hispanista; por ello la gran cantidad de datos provenientes de la época virreinal.

Las fuentes con las cuales Canuto Anaya sustenta su obra provienen principalmente de otras obras históricas, los documentos oficiales provenientes del obispado y algunas de la tradición oral. Buena parte de ellas tienen autores de corte religioso. En tanto, para la información de carácter geográfico, hay pocas citas bibliográficas lo cual hace pensar que probablemente el autor pudo haber visitado los lugares que relata o también pudo hacerse de información oral a través de los feligreses y de los mismos informes parroquiales en los cuales se daba cuenta del contexto en el que se situaban las parroquias. Él mismo, lo comenta:

Un copioso caudal de noticias similares se conseguiría visitando las localidades para remover escombros, compulsar epigrafías, revisar archivos e investigar tradiciones, pero nuestra única fuente informativa ha sido la relación esparcida en historias antiguas y eso consultadas en escaso número; más aún, contrayéndonos a la época colonial, se han extractado relatos para los estrechos límites de este folleto, omitiendo mayores detalles de los templos, sus anexidades y otras obras que pertenecen al género de la grande edificación, que patentizan el florecimiento con que rápidamente se vieron revestidas nuestras prehistóricas poblaciones (Anaya, 2014: 140).

Anaya no toma en cuenta las fuentes para interpretarlas sino más bien para extraer datos esenciales para las parroquias. En el apartado de monumentos de la época virreinal hace un recuento de todos éstos por orden alfabético, de Actopan a Zontecomatlán, cada uno de ellos con su respectiva etimología, aunque a ojos de historiadores modernos, dichas toponimias han sido reinterpretadas para situarlas más apegadas al contexto histórico y cultural de los pueblos (su pueblo natal, Molango, le coloca como “lugar del dios Mola”, al cual, a pesar de incluir “lugar de mole”, se inclina por el primero pues hace una extensa referencia al dios Mola que relataran las crónicas agustinas de Juan de Grijalva); depende de la importancia que tuviera la población para dedicarle menor o mayor información, como todos los datos que escribe para su pueblo natal, Molango, así como Pachuca, Tulancingo y Zimapán; en cambio los menos como Pahuatlán o Tlaquilpan, aunque esto no significa necesariamente que dedique relaciones históricas escuetas. En todas, se revela un trabajo importante para la búsqueda de datos. Las temáticas que aborda son referentes al ámbito religioso, la fecha de fundación de las parroquias o

conventos, la composición étnica de los feligreses, información relativa al periodo mesoamericano, los religiosos fundadores, algunos datos sobre las encomiendas, y en algunos casos, pues cree ameritarlo dada la importancia del acontecimiento, refiere algunos casos propios de la independencia de México, y aún los menos, de la segunda mitad del siglo diecinueve, y esto último únicamente para señalar los destrozos que sufrieron las parroquias y sus archivos durante la guerra de Reforma, como este, al hablar del convento de San Francisco de Pachuca:

En las diversas ocasiones que los juaristas Carbajal y Cuéllar saquearon a Pachuca, fueron quemadas muchas obras de la biblioteca del convento; había una rica colección de manuscritos antiguos que podían dar mucha luz sobre la fundación y antigüedad de la población, pero en julio de 1863 fueron abandonados y los tomaron cuando quisieron (Anaya, 2014: 94, nota 294).

En cuanto a los autores locales del periodo estudiado toma de la *Geografía del estado de Hidalgo*, de Teodomiro Manzano algunos datos aislados para Zacualtipán y Lolotla; de Luis A. Escandón en cuanto a Ixmiquilpan, un artículo aparecido en el periódico *El reconstructor hidalguense* y el *Ensayo histórico geográfico del distrito de Ixmiquilpan*. Otros autores locales, fueron Tomás Domínguez Illanes, el diccionario de nomenclatura de Gabriel Mancera, los informes de la Comisión Científica de Pachuca de Ramón Almaraz, la *Reseña relativa al estado de Hidalgo* de 1884 expuesta en Nueva Orleans y en mayor medida las *Noticias estadísticas de la Huasteca y una parte de la Sierra Alta* del tulancingueño Manuel Fernando Soto (1869) y el código Franciscano para citar datos de Zempoala, Tepeapulco y Huichapan. Hay evidencia, porque así lo señala, de haber consultado directamente, por lo menos, los archivos parroquiales de Tulancingo, desde luego, Apan, Chignahuapan, Epazoyucan, Huauchinango, Huasca, Lolotla, Real del Monte, y Zacualtipán.

Otras fuentes notables, por citar las más utilizadas, son la *Historia de México* de Niceto de Zamacois, la *Crónica de la orden de nuestro padre san Agustín* de Juan de Grijalva, las múltiples obras de Manuel Orozco y Berra, Rivera Cambas, Joaquín García Icazbalceta, Fortino Hipólito Vera, Roa Bárcena cuya característica fue una historiografía de corte conservador; los historiadores virreinales como

Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, fray Diego Durán, Fernando Alvarado Tezozómoc, Juan de Torquemada, Francisco Javier Clavijero; los diccionarios de Cecilio Robelo y Antonio Peñafiel también fueron citados.

Luego, al continuar con la descripción de las celdas del convento, vuelve a referirse a los estragos causados por las tropas republicanas, como una especie de protesta, aunque no explícita hacia los partidarios de este bando:

Los referidos juaristas regularmente posaban en este edificio y lo dejaron en el estado mayor de desaseo y destrucción. Los daños y prejuicios que hasta 1860 habían sufrido los templos de Pachuca, por los liberales, ascendieron a la cantidad de \$100, 000, posteriormente además del dinero y alhajas extraídas, desaparecieron las camas, colchones y cuanto había (Anaya, 2014: 94, nota 295).

Con el mismo tratamiento se refiere cuando escribe para la vicaría de Apan en la que vuelve, aunque de manera implícita, a evidenciar los saqueos de que fueron objeto los monumentos religiosos a causa de la guerra:

El señor cura Calderón que administró la parroquia el primer tercio del siglo XIX, proveyó la mayor parte de las alhajas que formaron el tesoro de la iglesia, que fue saqueado por el constitucionalista Carbajal en abril de 1859 y en tiempo del imperio las tropas ocuparon la casa cural que destruyeron, así como algunas esculturas y la gran perspectiva, que despedazaron para hacer lumbre y calentarse (Anaya, 2014: 58-59).

Vale la pena detenerse en este punto, toda vez que se han detectado dos elementos en la historiografía de Anaya. Las citas anteriores son las únicas en todo el *Bosquejo...*, que hacen referencia a la segunda mitad del siglo diecinueve, y en ellas, únicamente para hacer mención de los destrozos ocurridos a los inmuebles religiosos y de sus autores, las tropas juaristas, como él las llama. Si bien en un principio él mantiene la idea de no mostrar inclinación alguna por tal o cual acontecimiento, inevitablemente, aun de manera implícita, aparecen ideogemas.

De acuerdo con este planteamiento, el lenguaje no necesariamente refleja la intención de Anaya de hacer una compilación de datos únicamente para dejarlos a futuros historiadores sino que, hay a nivel inconsciente un discurso que Anaya, con

estos ejemplos, va a contrapelo de lo que él quiso expresar, esto es, que el significado de estos ideogramas representan un sistema de creencias propio de una mentalidad de un clérigo, como este nuevo ejemplo, al hablar del paso del emperador Iturbide por Tulancingo:

El 19 de mayo de 1822 la regencia proclamó a Iturbide emperador de México. El 2 de diciembre el general Santa Anna proclamó la república: la masonería que minaba al trono aprovechando este pronunciamiento, propuso el Plan de Casamata. Iturbide, que al subir al trono había prometido que bajaría de él cuando encontrase oposición, el 19 de marzo abdicó la corona y para que su presencia no sirviese de pretexto en nuevas inquietudes, ofreció salir de la capital, optando para su residencia a Tulancingo a donde llegó el 3 de abril acompañado de su esposa, hijos, padre, otros parientes y muchos amigos de intimidad, siendo recibido con el mismo acatamiento que si estuviese en el trono; por esto, al día siguiente, dice el historiador Bustamante, uno de sus enemigos más hostiles: "Iturbide manifestó al general Bravo, jefe de la escolta, que deseaba estar solo en una hacienda para librarse del compromiso en que lo ponía el pueblo pues iban muchas personas al quererle besar la mano, a lo que se negaba abiertamente, diciéndoles que ya tenía abdicada la corona, pero que no los podía contener".

En la noche del mismo día la guardia y el pueblo gritaban: "Muera el Congreso y viva el emperador". Pronto llegó a México la noticia de esta asonada y el Congreso violentó la expatriación de Iturbide, retirándolo de Tulancingo el 20 de abril y embarcado en Veracruz el 11 de mayo. *Así fue arrojado de la patria el que gloriosamente la había emancipado. Y no paró con esto la animadversión* (Anaya, 2014: 115).³⁵

Fue común, en la segunda mitad del siglo diecinueve, el debate por "encontrarle" un "padre de la patria" a México: Hidalgo lo era según los liberales e Iturbide para los conservadores (Ortiz Escamilla, 2012: 133-157; Pérez Vejo, 2012: 153-190). De Hidalgo, apenas lo nombra cuando refiere el pasaje histórico en el cual designa a Pascasio Ortiz de Letona como ministro plenipotenciario del ejército insurgente ante Estados Unidos y es detenido por las fuerzas realistas emplazadas

³⁵ Las cursivas son mías.

en Molango. El discurso de Anaya en el que implícitamente reprocha la actitud de los liberales no era sólo por motivos políticos sino ideológicos: el protestantismo había ganado adeptos principalmente en Pachuca y sus localidades cercanas por la rápida identificación con el nacionalismo de los gobiernos liberales, y el respeto que el gobernador Rafael Cravioto ofrecía para el culto con el argumento común de la defensa de los intereses de los mexicanos y del progreso de éstos; asimismo el gobierno porfirista veía a los protestantes como aliados para justificar su permanencia en el poder. En un enclave típicamente conservador como Tulancingo se recomendaba a los feligreses no leer diarios que fueran “impíos” o que fueran propagadores de aquellas ideologías; tales periódicos fueron *El monitor republicano*, *El ensayo* y *El abogado cristiano* (Escorza Rodríguez, 1995: 87).

En Molango, mientras desempeñaba sus tareas al lado del cura Francisco Campos, fue testigo de cómo las autoridades civiles ordenaron el cierre de las escuelas católicas so pretexto de estar contiguas a las escuelas oficiales, así como el de un pretendido baile de carnaval organizado por la logia masónica en el antiguo cementerio de la población, ya nacionalizado por las leyes de Reforma. Al padre Anaya, junto con los otros maestros de las escuelas católicas le exigían ser maestro titulado y llevar una serie de exigencias administrativas. El doctor Campos, agobiado ante la presión por parte de las autoridades, resolvió hacer una visita al Señor de la Salud de Mezquititlán, a lo cual éstas expidieron una orden a los pueblos para mantener vigilada a quien los acompañara. Para Anaya, estas disposiciones “a pretexto de cumplir con las leyes, servían de ejecutores a las insinuaciones de la masonería” (Anaya, 1947: f. 23 v-24). Otro ejemplo notable que aparece en el *Bosquejo...*, es el referente al primer obispo de la diócesis de Tulancingo, Juan Bautista Ormaechea al cual le dedica esta loa:

Prelado insigne, reposa en el seno amoroso de las caricias divinas. ¡Bendito seas por tu grandiosa obra religioso-social y porque sobre tu frente brilló, más que la mitra, la diadema de tus sublimes virtudes. Nunca se atenúe tu santa memoria, la gratitud, el cariño y la apoteosis de tus diocesanos! (Anaya, 2014: 152).

Este obispo formó parte de la Regencia que recibiría al emperador Maximiliano (“el infortunado” según Anaya), a quien más tarde, en Tulancingo, se le rindieron múltiples pleitesías. Derivado de ello, al triunfo de la República, el gobierno juarista determinó exiliarlo en octubre de 1867. Y regresó a su obispado cuatro años más tarde donde fue testigo del proceso de enajenación de bienes eclesiásticos; en el caso de la sede episcopal, la superficie que alojaba el convento fue adjudicado por el ayuntamiento para el comercio (como en la actualidad), y el extenso atrio sirvió para ampliar la plaza pública, hoy llamada jardín La Floresta. La historiografía tradicional hidalguense ve en Ormaechea el motivo por el cual, en el naciente estado de Hidalgo, Tulancingo no fue designada como capital y de ahí la inclinación hacia Pachuca (Cruz Beltrán, 2019: 28-34).

Dado que fueron los obispos quienes más persecuciones sufrieron, el padre Anaya aprovecha para dejar consigna de ello, como el caso de José Mora y del Río, en cuya gestión inició formalmente sus trabajos de recopilación de datos históricos: “Cuando amenazó en la República la persecución a los príncipes de la Iglesia, el señor Mora salió del país, ornado con la corona de los confesores y, con el cruel ostracismo, va conquistando la palma de los mártires. ¡Loado sea Dios!” (Anaya, 2014: 160). En el mismo tenor se encuentran los comentarios a Juan Herrera y Piña, sexto obispo de la diócesis de Tulancingo de 1907 a 1922, en cuyo periodo estalló la Revolución mexicana:

Habiendo recorrido todas las parroquias y para informar al sumo pontífice el estado de la diócesis, dispuso su visita *ad Limina Apostolorum*; salió de Tulancingo el 12 de abril de 1914 y en México se incorporó a una peregrinación nacional a Roma, que tuvo la comisión de presidir. En el viaje de regreso se enteró de las hostilidades a la iglesia y clero de México, y unido con otros prelados expatriados, se establecieron en Castroville, Texas, donde congregaron a seminaristas diocesanos para que continuara su carrera eclesiástica (Anaya, 2014: 161).

Mientras Herrera se encontraba en Roma, los carrancistas aprehendieron a cuatro sacerdotes, el templo sufrió daños y el archivo de la Secretaría Episcopal, de donde Anaya obtuvo copiosos datos, fue destruido. A su regreso, el obispo Herrera

habría de ser encarcelado y perseguido, aunque más tarde salió en libertad y presidió el gobierno diocesano hasta 1922 (Sanabria, 2014: 62).

En *El libro de mis recuerdos*, Anaya reproduce una carta que le fue enviada por un grupo de mujeres molangueñas, entre ellas Porfiria Lara, madre del escritor, poeta y compositor Homero Anaya Lara, en la cual le solicitan una contribución económica para construir un quiosco y un jardín en el centro de la población. El padre Anaya responde la carta con una aportación de diez pesos y una sugerencia: incluir en esas obras levantar un monumento conmemorativo “para transmitir a las futuras generaciones los nombres de los paisanos finados que dieron honra a nuestro pueblo”, para luego enumerar una serie de nombres de militares realistas que repelieron un asalto en Molango en 1811 y de los clérigos, Ignacio Ángeles “erudito teólogo”, “el sabio, humilde y caritativo señor abad licenciado don Cecilio Ramírez”, el director de la banda de Molango Ricardo Silva, y otros tantos más para concluir con Antonio de Roa

[...] quien con abnegación apostólica introdujo la ilustración en aquel pueblo, desterró la barbarie, extinguió la idolatría, arrebató de las manos de los sacrificadores el pedernal homicida y levantó desde sus cimientos el templo, claustro y capillas y otras obras que hemos alcanzado a ver, aunque ruinosos, esos monumentos artísticos [...] (Anaya, 1947: f. 65).

Hay otros comentarios como el dirigido hacia Pedro Romero de Terreros “insigne benefactor de la población”, pero también los hay otros, como este, dirigido hacia los antiguos habitantes de Lolotla, en el que relaciona su temperamento con alguna característica escatológica, y al mismo tiempo revela, de igual forma que en las anteriores, de manera no tan clara y muy implícita, su concepto del uso de la historia.

Así como en la pintura para resaltar los cuadros deban aplicarse las sombras, también en la narración histórica, para enaltecer el progreso de unos pueblos, importa ponerlos en parangón con los refractarios. Como en la filosofía de la historia, fisiológicamente se demuestra la transmisión del carácter en las generaciones, se infiere que los primitivos lolotecos habían degenerado en vicios y debe estar

apropiada la opinión de un ilustrado etimologista que deriva así: “Lolotla, de *lolotique*, corrupción de *lulu-ti-que*, diablo; *ti*, partícula armónica y *que*, mucho. ‘Muchos diablos’” (Anaya, 2014: 77).

En este sentido, la carga ideológica contenida en su discurso histórico es que le da mayor sustento a su estilo historiográfico, es decir, a un pensamiento en el que renuncia por momentos a la no interpretación de una manera, al parecer, inconsciente y en lo cual aprovecha para mostrar destellos de su apreciación como historiador del clero.

Organización de la obra

El bosquejo geográfico histórico de la diócesis de Tulancingo contiene en el título una tendencia propia del siglo diecinueve de ligar a estas disciplinas como elementos complementarios unos de otros. En general, dichos estudios de corte religioso tenían la función de mostrar el estado en que se encontraban ciertos territorios; de ellos habría de complementarse la estadística (Cuadro II).

Cuadro II. Obras que contienen “historia”, “geografía”, “estadística”		
Año	Título	Autor
1880	<i>Itinerario parroquial del arzobispado de México y reseña histórica geográfica y estadística de las parroquias del mismo arzobispado</i>	Fortino Hipólito Vera
1889	<i>Apuntes histórico-geográficos del departamento de Zapopan. Historia del origen y culto de la imagen de Nuestra Señora de la Expectación o de Zapopan e historia del colegio apostólico de misioneros de la misma villa.</i>	Manuel Portillo
1918	<i>Bosquejo geográfico-histórico de la diócesis de Tulancingo y datos biográficos de sus señores obispos y titulares</i>	Canuto E. Anaya
1964	<i>El obispado de Colima. Apuntes históricos, geográficos y estadísticos.</i>	Crescenciano Bautista

Fuente: Elaboración propia a partir de Arias (2008: 161-211). González y González (1973: 105-140); Parceró (1982: 292-342).

Basta con ver el *Estudio sobre la ciudad de Huauchinango* para comprender la historia en Anaya. En dicho texto se encarga de mostrar una especie de evolución del topónimo Huauchinango, en la cual se proporcionan distintos significados, sin que Anaya tome postura por uno u otro; lo único que puede decirse propio de él es la alusión de “ciertos peces que se hallan en las costas veracruzanas”. En adelante, se encarga de proporcionar noticias obtenidas de distintas fuentes. En todos los casos, son notas aisladas en diversos textos y documentos. Si bien no hay una conexión entre una noticia y otra, sí existe una secuencia cronológica la cual comienza en el año 1120 en que Huauchinango aún poseía restos de toltecas y repoblado por chichimecas, a 1896, abril 15, en que es segregada la parroquia de Acaxochitlán. La falta de un texto previo, dificulta las motivaciones que lo orillaron, junto con Andrade a dedicar unas líneas a esta localidad de la sierra poblana.

El *Bosquejo...*, está integrado de dos apartados y un apéndice. El primero habla de la geografía física y política, esto es, un preliminar acerca de la situación geográfica, límites y extensión. En este apartado señala la ubicación de la diócesis entre los territorios de Hidalgo, Veracruz y Puebla, por lo cual, el gobierno eclesiástico no tiene los mismos límites que el gobierno civil y si bien para Anaya favorece al primero, mediante una cita al evangelio de San Mateo (“y ustedes vendrán a ser odiados de todos por causa de mi nombre; pero quien perseverare hasta el fin, éste se salvará”), señala que esto hacía peligrar, por estar en plena Revolución, a la diócesis en sí misma de los gobiernos civiles que entonces disputaban dichas entidades. En ese mismo capítulo hay información referente a la orografía, las montañas principales, los valles y llanuras y las grutas. Otro apartado está dedicado a la hidrografía, las cascadas y saltos de agua, y las lagunas. Un nuevo capítulo dedicado al clima, la flora, fauna (reptiles, batracios, peces, crustáceos, insectos), las maderas utilizadas en la construcción y la ebanistería, la minería y la industria. Finaliza el apartado de geografía física con las vías de comunicación en tanto los ferrocarriles, los trenes eléctricos, los tranvías, caminos carreteros, de herradura, los telégrafos, teléfonos y correos nacionales.

En el apartado dedicado a la geografía política, destacan las razas, el carácter de éstas y sus idiomas, las religiones, la instrucción religiosa y laica, y lo culmina

con una división política interna, esto es, que la diócesis se dividía entonces en trece vicarías foráneas con su fecha de erección, el número de parroquias sufragáneas y los curas encargados en aquel momento y un cuadro sinóptico en el cual resume los distritos políticos, el estado al que pertenecen, el número de municipios, su categoría (villa, ciudad o pueblo), la tribu que los fundó, el clero evangelizador, el año en que ocurrió la evangelización, el año de secularización y el censo de población.

La segunda parte comprende la parte histórica. El primer capítulo está dedicado a los santuarios, es decir, aquellos templos que reciben especial culto por las imágenes consideradas portentosas; el segundo sobre los monumentos arqueológicos; un tercer capítulo dedicado al estado del territorio diocesano en época de la conquista en el que habla de la reducción de los poblados, las plagas que los diezmaron y los cambios de nombres de aquellos. El capítulo cuarto, el más amplio, es el que se refiere a los monumentos de la época virreinal; este capítulo es propiamente la parte más sustancial toda vez que incluye una gran cantidad de datos recopilados de diversas fuentes: menciona el nombre del poblado con sus respectivas noticias descriptivas y algunas relaciones históricas; cuando toca el turno a Tulancingo y Zimapán, incluye los hijos notables nacidos en estos poblados.

El *Bosquejo...*, concluye con el apéndice. En él se consignan tres anexos. El primero de ellos, refiere “los intelectuales” originarios de la diócesis con el lugar de nacimiento; luego, “los originarios de otras diócesis, domiciliados y ordenados en la de Tulancingo”, donde sólo se incluye sus nombres; el otro apartado, los iniciados en la carrera eclesiástica que no la concluyeron, y los profesionistas que estudiaron en el seminario de Tulancingo titulados en otros colegios; el anexo culmina con un cuadro estadístico que resume el número de sacerdotes ordenados por los obispos de la diócesis y el número de profesionistas entre los que incluye a los abogados, médicos, ingenieros, notarios públicos, pedagogos, profesores de música, corredores y pintores. El segundo anexo menciona los rasgos biográficos de los obispos, lo cual también forma parte del título del *Bosquejo...*, por lo cual les dedica amplios comentarios. Y finalmente, el tercer anexo donde dedica igualmente rasgos biográficos de los señores arcedianos y canónigos del cabildo de la catedral.

Opiniones a su obra

Por la gran cantidad de datos que reunió, el *Bosquejo...* ha sido multicitado en trabajos muy posteriores. No obstante, poco se detuvieron en la biografía del autor. En una muy breve biografía, Abraham Pérez López señala en referencia a esta obra: “[...] ha sido de gran valor para la historia local” (Pérez López, 1979: 29).

En *La vuelta a Hidalgo en 180 libros*, Víctor Manuel Ballesteros señala como únicos datos que Anaya, originario de Molango, se dedicó a cultivar la historia; para el *Bosquejo...* refiere que se trata de una cuidadosa exposición de los acontecimientos religiosos, las devociones especiales y los eclesiásticos destacados (Ballesteros, 2014: 46).

En el año 2006, en la segunda época de la revista *Teotlalpan* (que sólo apareció un número), se incluye un elogio a la obra de Anaya: se trata de un brevísimo resumen del contenido del *Bosquejo...* de Anaya y escrito por el padre Ángel Cerda Córcoles. Comienza señalando que para él representa un honor presentar a la comunidad hidalguense “un libro de pequeño tamaño, impreso en papel revolución y con forros de cartoncillo” cuyo autor es el padre Canuto Anaya. La finalidad de su nota, señala, tiene como fin presentar al lector el contenido de dicha obra para motivarlo a su lectura. Describe algunos pasajes de la introducción donde resalta las motivaciones que orillaron a Anaya a escribir, la parte geográfica y la parte histórica de donde destaca algunos datos, los datos de fundaciones religiosas en localidades como Actopan, Apan, Atotonilco el Grande, Epazoyucan, Huauchinango, Huejutla, Ixmiquilpan, Jicotepec, Metztitlán, Mineral del Monte, Molango, Pachuca, Tepeapulco, Tlaquilpan, Tulancingo, Tutotepec y Zempoala.

Para el padre Cerda, mostrar estas citas sobre la evangelización “revelan la riqueza que el padre Canuto, presenta en su obra”. Desde luego que, como clérigo, había que dedicar un elogio pues lo califica de incunable, de la importancia de conocerse, estudiarse y preservarse; señala la utilidad que resultaría para el historiador e incluso para que los estudiantes, sin especificar algún nivel educativo, “fundamenten con lecciones perennes la historia de nuestra región”.

Asimismo, el padre Cerda destaca el análisis que hace Anaya del seminario y de su vida diocesana antes de su persecución, hablar del origen de cada sacerdote,

el número de maestros, médicos y abogados egresados del seminario donde enfatiza que todos los sacerdotes en aquel tiempo lo mismo hablaban y leían en español que en latín o francés. Probablemente, el padre Cerda tuvo alguna injerencia en el seminario de Tulancingo y por ello aplaude que el padre Anaya lo retomara en su trabajo.

Finalmente, cierra su intervención con una “invitación a la comunidad hidalguense a gozar de este libro y a estudiarlo para profundizar la historia de la Iglesia que es uno de los filones que con su cieno y su diamante enriquecen nuestro estado de Hidalgo”. Dada su formación como sacerdote, el padre Cerda refiere que la obra de Anaya es un referente para el estudio de esta institución, en especial la católica más que para la historia del estado mismo. La observación a los comentarios del padre son que aunque reitera a los hidalguenses leer el *Bosquejo...*, a gozar de su lectura y a estudiarlo, lo cierto es que para ese año, 2006, no se encontraba ningún ejemplar de la obra príncipe de 1918 en ninguna biblioteca pública del estado de Hidalgo; probablemente se encontrara en los fondos Ballesteros y Samperio (Ballesteros señala la existencia de un ejemplar en este último fondo) de la Biblioteca Central de la UAEH, incluso en la Antonio Peñafiel dependiente del INAH-Hidalgo y con suerte en alguna de las parroquias de la diócesis, pero el padre tampoco señala dónde consultó dicho ejemplar (Cerda Córcoles, 2006: 87-96).

Años más tarde, en la presentación, contenida en la edición moderna de 2014, el sacerdote e historiador Juan V. Bautista Salinas, sitúa la obra como la primera fuente para la historia de “nuestra querida arquidiócesis de Tulancingo” en virtud del aniversario ciento cincuenta de la diócesis. Los comentarios del padre Salinas, igualmente que su antecesor y dado su profesión como sacerdote, señalan que esta obra brinda la oportunidad de “rescatar la historia de esta iglesia particular” y luego ofrecerla al público para “concernos mejor y continuar nuestro camino haciendo la historia del futuro”; pondera en la obra su aportación a los datos referentes a la geografía, orografía, estadística, zoología, entre otros, le señala la falta de un mayor fundamento científico, pero destaca la aportación histórica, y sobre todo hace

hincapié en que haya aportado información de los inicios de la diócesis a la que siempre se refiere como nuestra (Juan V. Bautista en Anaya, 2014: 2-3).

Las tres opiniones vertidas sólo refieren la importancia de la obra desde el punto de vista de la historiografía eclesiástica en función de los amplios datos que contiene en especial para la fundación de las parroquias, así como los prohombres que transitaron por la diócesis de Tulancingo, entre intelectuales, seminaristas, obispos, sacerdotes y canónigos. Hasta entonces la obra aún no era situada en el marco de la naciente historiografía hidalguense.

La segunda edición del *Bosquejo...*, estuvo a cargo de la arquidiócesis de Tulancingo bajo la asesoría de la Dirección General de Impresos del Gobierno del Estado de Hidalgo, encabezada por Luis Corrales, Abraham Chinchillas e Ivon Quiterio, editada en 2014. El encargado de la edición, el padre Bautista Salinas emplaza la obra príncipe como ya agotada y limitada. Dadas las conmemoraciones planeadas, se decidió realizar su reimpresión. Se señala el respeto por cuidar el texto original, su lenguaje y estilo propio de su tiempo. El editor creyó necesario hacerle precisiones y aclaraciones para que el lector de ahora pudiera comprenderla mejor. En un principio la segunda edición tuvo como destino todas las parroquias que comprendan la arquidiócesis conservaran un ejemplar. El objetivo de la misma es que con ella se tenga “un mayor conocimiento de nuestro pasado” pero con cierta proyección a futuro en el sentido que haya continuidad con los nuevos “acontecimientos que se vayan sucediendo en el caminar de la iglesia particular de Tulancingo” y que quienes sean los protagonistas de entonces cuenten con una base histórica “sobre la que se siga edificando nuestra vida como diócesis” (Bautista en Anaya, 2014: 17). Finalmente, Luis Rublío señala varias de las razones por las cuales se explica la “abundante bibliografía” de Tulancingo:

Tulancingo es la población más importante del estado, después de Pachuca, la capital. Zona industrial, agrícola y artesanal, destaca asimismo por su importancia histórica: ahí han ocurrido también hechos trascendentes; ya en la época prehispánica o en el México moderno, desde la independencia. Sede episcopal, Tulancingo representa el movimiento nacionalista religioso, destruida o cambiada la

geografía colonial, de la Iglesia en México. Destaca entre los principales obispados creados en el siglo XIX (Luis Rublúo en Rivera Cambas, 1976: LVI-LVII).

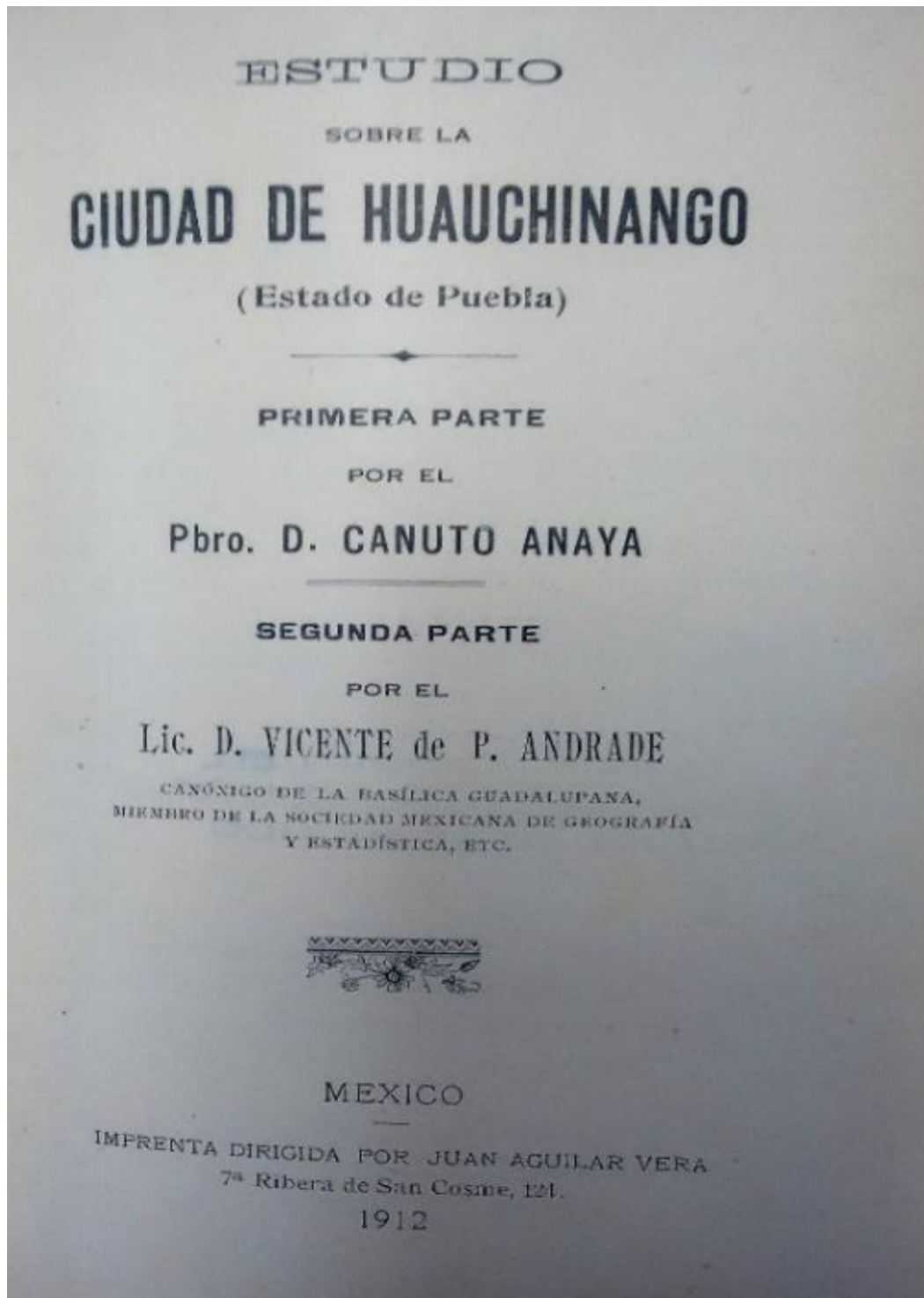
Canuto E. Anaya forma parte de un movimiento propio de finales del siglo diecinueve y principios del veinte destinado a hacer, desde la historiografía, una defensa de la Iglesia católica. En varias ocasiones, Canuto E. Anaya fue explícito en cuanto a hacer únicamente la labor de un historiador hormiga, término coloquial empleado por Luis González a todo aquel que hace un extenso acopio de información, sin detenerse en juicios personales o de interpretación de los acontecimientos, guiado, entre otros, por Joaquín García Icazbalceta quien destinó buena parte de su vida a la publicación de documentos raros o inéditos. Característico de las obras del padre Anaya es la tendencia hacia la publicación de datos con un cierto orden en la redacción. Su *Estudio sobre la ciudad de Huauchinango*, es la obra que más cumple con la idea icazbalceana de publicar documentos en vez de ofrecer una interpretación de la historia “casi nunca exentas de deficiencias y errores”. Sin embargo, la lectura detenida tanto de el *Bosquejo...*, como de su manuscrito *El libro de mis recuerdos...*, permite concluir que esto no se logra a cabalidad. Dado que su intención fue en el primero de los casos, hacer una redacción coherente, por parroquias, de todos los datos que reunió de distintas fuentes, y en el segundo, un conjunto de informes hechos por sacerdotes en distintos tiempos, fueron en las notas a pie de página donde puede observarse parte de su pensamiento. Si bien insiste, como en este ejemplo, de trabajar únicamente en acercar los documentos antiguos al presente, existen elementos para mostrar, que por lo menos en algunas líneas, el padre Anaya revela una historiografía de carácter defensor del catolicismo frente a los embates anticlericales del protestantismo, la masonería y los gobiernos liberales:

Había destinado este capítulo a sólo reseñar monumentos arqueológicos de la época colonial, que existen ruinosos, a pesar de piadosas restauraciones, excluyendo otras noticias históricas anteriores a la conquista que de algunas poblaciones tengo recopiladas, pero en el curso de la impresión me resolví a incluirlas, aunque se alargue el trabajo y se me tilde por difuso, pues más deseo servir a quien tome la tarea de historiar (Anaya, 2014: 68).

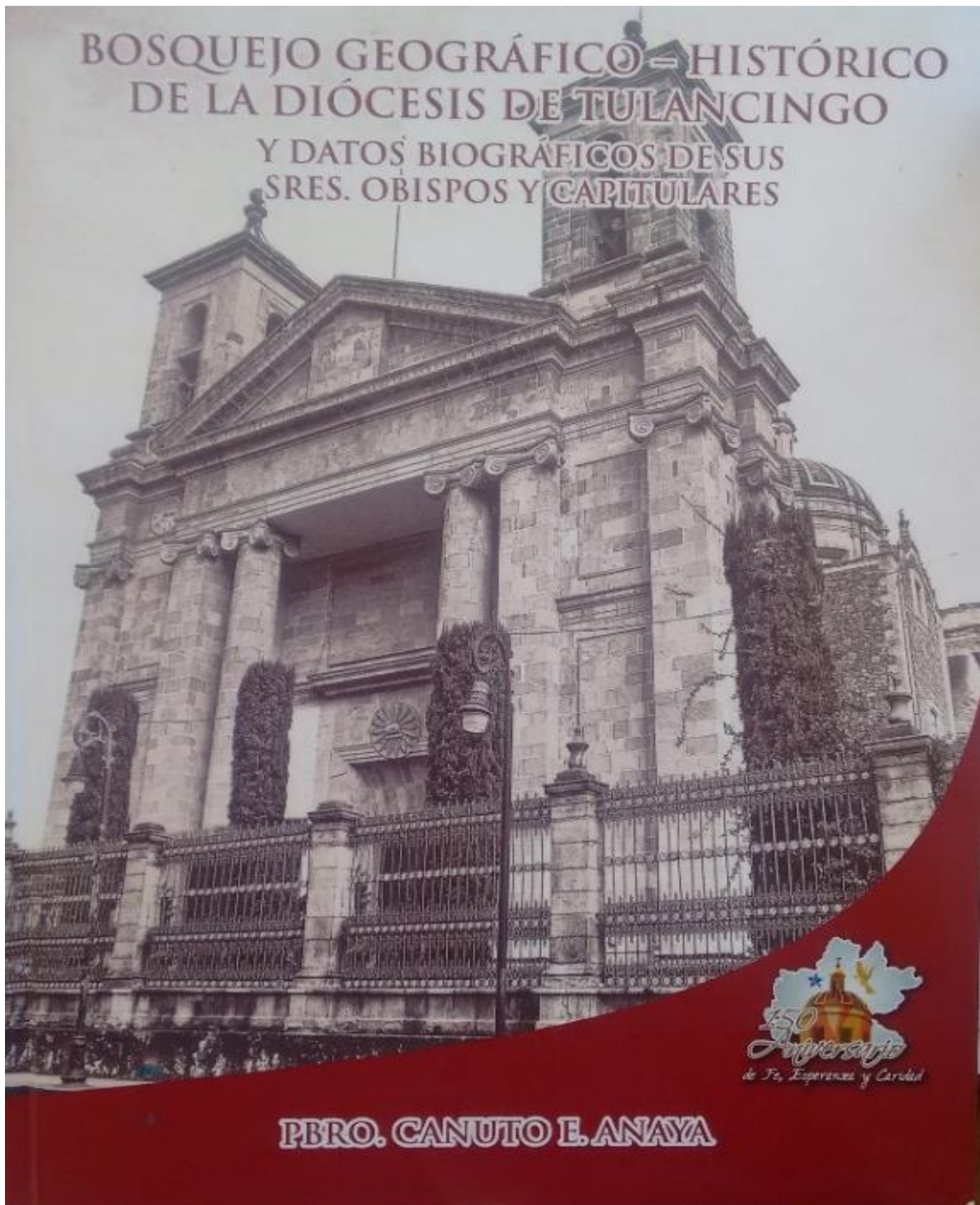
A propósito de lo anterior, Anaya muestra nuevamente, guiado en los preceptos de Icazbalceta su interés temático por la época virreinal, y con algunos destellos, a la época independentista. Elvia Taracena menciona que la elección de un tema de investigación obedece a una relación inevitable con la trayectoria de vida y la influencia ideológica de que se encuentra revestido. No existe en Anaya únicamente una motivación científica, sino también de carácter existencial, es decir, su preocupación ante la Revolución mexicana, en tanto las tropas destruyeran los archivos parroquiales cuando éstas ocuparan los templos como cuarteles, así como aquellos movimientos anticlericales a manos del gobierno o de otras corrientes religiosas (Taracena, 2002: 118-120).

Edmundo O’Gorman, por su parte, señala que este “fetichismo” por descubrir documentos y datos inéditos, es muestra de una selección que califica de indebida, es decir, “equivale a permitir que intervengan las circunstancias personales del historiador, con notoria violación, inconsciente o no, de la exigencia de su estricta imparcialidad”, entendiendo imparcialidad como indiferencia. Álvaro Matute, a su vez, pondera nuevamente el papel de la ideología en el discurso histórico: su presencia aún en el intento de “autolimitación del historiador” para construir un producto libre de interpretaciones (Matute, 2005: 13). En el padre Anaya se percibe este fenómeno, por lo cual no existe tampoco propiamente un ejercicio de cortar y pegar como lo señaló Edmundo O’Gorman (1974: 35).

Sin embargo, por la innumerable cantidad de ocasiones en que ha sido citado Anaya, en obras posteriores, su obra se ha convertido en un referente importante para trabajos posteriores con lo cual se ha cumplido su intención de aportar con su “exigua labor” a la construcción de la futura historiografía regional, sobre todo ahora que la diócesis de Tulancingo cumplió en 2014 el sesquicentenario de haber sido erigida. La historia del padre Anaya se ha puesto en valor a partir de tal conmemoración.



Fotografía 11. Canuto E. Anaya y Vicente de P. Andrade se interesaron en la historia local de los pueblos cercanos a la diócesis de Tulancingo. Fuente: colección Eusebio Dávalos Hurtado, Instituto Nacional de Antropología e Historia.



Fotografía 12. La importancia de la obra de Canuto E. Anaya hizo que en 2014 esta obra fuera reimpressa bajo auspicios de la diócesis de Tulancingo en su sesquicentenario.

Fuente: colección José Eduardo Cruz Beltrán



Fotografía 13. En esta obra inédita, Canuto E. Anaya defiende a la Iglesia católica y da su idea de cómo concibe el quehacer de la historia.

Fuente: colección particular, Molango, Hgo.

CAPÍTULO V

HACIA UNA HISTORIA GENERAL DEL ESTADO DE HIDALGO:

LA OBRA DE TEODOMIRO MANZANO



Fotografía 14. Teodomiro Manzano en 1912 a la edad de 46 años.

Fuente: colección Juan Manuel Menes Llaguno.

— ¿Y qué dice el profesor don Teodomiro?

— Pues nada dice al respecto.

— Entonces, o no es cierto, o ándese con cuidado.

Luis Rublío Islas, *Historia de la Revolución mexicana en el estado de Hidalgo*.

CUANDO GABINO Barreda, recién llegado de Francia y de haber recibido la cátedra del propio Augusto Comte, propuso reorganizar la Escuela Nacional Preparatoria exponía su credo educativo-positivista al mismo tiempo: la educación debe abarcar todas las ciencias de carácter positivo. De las matemáticas a las ciencias naturales, de la cosmografía a la geografía, de la física a la química, de la botánica a la zoología, de la lógica a los idiomas —en especial el francés, como en algún tiempo igual de importante lo fue el latín—. Una educación incompleta, dice Barreda no origina sino prejuicios, ideas falsas, discordia. La enseñanza es un instrumento al servicio del orden; si hay orden en los espíritus, en las mentes, habrá orden social; uno y otro dependen de sí (Zea, 302: 136). El orden lleva al progreso. No son casuales las palabras se requiere de un México en paz después de continuas guerras. Es en el proyecto educativo donde se encuentran fincadas las esperanzas para lograr ese propósito, el progreso.

Ahora bien, cuando Barreda refiere en su célebre “Oración cívica” las bases sociológicas y políticas de la educación mexicana refiere el objetivo de la Historia: “hallar el hilo que pueda servirnos de guía y permitirnos recorrer, sin peligro de extraviarnos, este intrincado dédalo de luchas y de resistencias, de avances y retrogradaciones que se han sucedido sin tregua en este terrible pero fecundo periodo de nuestra vida nacional”. Al mismo tiempo advierte el evitar una “historia entregada al capricho de influencias providenciales, ni al azar de fortuitos accidentes, sino que trabajan por ver en ella una ciencia” (Barreda, 1978: 17).

En Teodomiro Manzano confluyen las ideas anteriores, la educación y la historia. Por una parte la necesidad de enseñar a enseñar; no bastaba con saber leer y escribir para considerarse maestro, había que preparar al futuro maestro para que no sólo impartiera conocimientos sino buscara el desarrollo integral del niño; en esta premisa son recogidas las ideas de enseñar las ciencias positivas (Bazant,

2014: 129). Eso explicará, en este capítulo, cómo un profesor tilcuauteco guiado por el pensamiento positivista enseñaba lo mismo aritmética que gramática o geografía.

Por otra parte el particular gusto por una disciplina en esperanzas de sentirse científica: la historia. Ya lo había dicho Barreda, alejada de influencias y del azar. Además, en la historia no sólo se miraban los acontecimientos del pueblo mexicano, sino el proyecto liberal que después de luchas fratricidas logró triunfar. Además, en Manzano se comprueba una característica de los profesores de profesores de aquel tiempo, esto es, los normalistas: “la conjunción de maestro, pedagogo y escritor” (Bazant, 2014: 139). A ello, en el caso particular del profesor Teodomiro se agregará una característica más: historiador. Sin embargo, es necesario matizar: Manzano fue formado con el positivismo, sin embargo, en su quehacer como historiador no lo fue del todo.

Por motivos políticos, la familia Manzano Campero debe replegarse a Atotonilco el Grande, población situada en una planicie semiárida a cuyos pies está la gran barranca de Metztlán. Las ideas liberales que por aquel entonces propagaba Pilar Manzano, el jefe de esa familia, no fue del agrado de las autoridades de Mineral del Monte, afectas al conservadurismo, de donde era originario. En tiempos de la guerra de Reforma, el liberal tulancingueño Manuel Fernando Soto, por no adherirse al plan de Tacubaya, que desconocía la constitución de 1857, fue depuesto de la prefectura de Tulancingo y marchó a Mineral del Monte para conformar una tropa que defendiera la carta magna (*El siglo diez y nueve*, 20 enero 1858: 2). Uno de sus soldados fue Pilar Manzano nacido en 1830.

Los administradores de las minas tampoco estaban de acuerdo con las ideas de aquel hombre. Para proteger la vida, Pilar tomó a su esposa Anastacia, a su hijo mayor Teodomiro, de apenas ocho años, y a la creciente familia que sumaría al final los doce miembros. En aquella acogedora villa, los Manzano podían llevar una vida más tranquila y lejana de los peligros que resultan de las diferencias ideológicas.

Por aquel tiempo, apenas promediando los veinte años, impulsados por el ejemplo del profesor zacualtipaneco Teófilo Rivera, sus discípulos Wilfrido Fuentes y Jesús Bravo, nacidos en 1858 y 1856, respectivamente, se encargarían de fundar

un colegio particular en Atotonilco donde prestaron por tres años el servicio educativo. Cuando el profesor Rivera dejó la escuela de Zacualtipán para marchar hacia un colegio en el estado de Veracruz, los pobladores pidieron que los profesores Fuentes y Bravo ocuparan el lugar vacante; Zacualtipán no les resultaba extraño toda vez que el segundo de ellos había nacido ahí un 16 de junio, mientras para el primero le resultaba el camino de paso a su hogar natal, el vecino Tianguistengo.

No sólo la vecindad entre estas comunidades sino también la amistad y el quehacer profesional hizo que estos hombres fueran considerados como uno solo. Eran en realidad un excelente complemento: mientras el señor Fuentes gustaba de la meditación y de las cuestiones gramaticales, Bravo, más extrovertido, mostraba ante sus alumnos sus cualidades en el dibujo aprendidas quizá de los modelos que trazaba don Francisco, su padre, que trabajaba como herrero en el pueblo de Molango, que, como se dijo, propiciaba los ambientes para el ejercicio del arte en todas sus expresiones principalmente en la pintura, la música y la poesía. El trabajo de Fuentes y Bravo fue ponderado por los gobernadores Rafael Cravioto y Pedro L. Rodríguez, lo mismo que por el connotado atotonilqueño Antonio Peñafiel de quien el joven Teodomiro aprendió el gusto por los asuntos de la antigüedad. El doctor Peñafiel, entonces diputado a la tercera legislatura del estado (de 1873 a 1875) y profesor de Química en el Instituto Literario y Escuela de Artes y Oficios solía visitar su solar natal y conversar con Fuentes y Bravo. Inquieto como fue, Teodomiro solía también ser parte de aquellas conversaciones eruditas.

Como los pobladores de Atotonilco clamaban para sí a estos maestros y que el profesor Rivera regresaba de su encargo en tierras veracruzanas, Fuentes y Bravo flaquearon a los ruegos de los vecinos y regresaron para hacerse cargo de la escuela oficial. Entre sus alumnos destacó José Emilio Teodomiro de la Luz, que, como hijo mayor —nacido el 16 de mayo de 1866 en Tilcuautla, municipio de Ixcuincuitlapilco— pronto comprendió la necesidad de prepararse para sacar adelante a su familia (AGEH, Serie: *Gobierno*, Fondo: *Registro de lo familiar*, Sección: *Nacimientos*, año 1891, f. 20). Valga aquí un paréntesis.

Según el acta de nacimiento de su hijo Teodomiro Alfonso, producto de su matrimonio con Otilia Osorno, se lee: “compareció el ciudadano Teodomiro Manzano originario de Tilcuahuatla, del distrito de Actopan, casado, profesor de instrucción primaria y de veinticinco años”. Más adelante refiere que su hijo: “[...] es nieto por la línea paterna del finado señor Pilar Manzano y de la señora Anastacia Campero”. Los 25 años coinciden con su nacimiento en 1866 por lo cual, aun con cierta resistencia de creerlo un homónimo, los datos no dejan duda: Teodomiro Manzano no nació en Real del Monte.

Tanto las comunidades de Tilcuautla, donde nació, como de Ixcuincuitlapilco pertenecen en la actualidad al municipio de San Agustín Tlaxiaca. Para corroborar su querencia en la región hidalguense del Mezquital, y no realmontense como se creía hasta ahora, se consultó la página de internet *Family Search* y se lee: “[Al margen izquierdo: Jose Emilio Teodomiro de la Luz]. En esta vicaría fija de San Agustín a veinte y tres días de mayo de mil ochocientos sesenta y seis, yo el vicario fijo don Luis Negrete, bauticé solemnemente a un niño de siete días hijo legítimo de Pilar Manzano y Anastacia Campero, le nombró José Emilio de la Luz [...]”. Para consultar dicho documento es necesario registrarse como usuario y escribir el nombre del personaje en cuestión. Hecha la aclaración, regresemos con Manzano.

De vuelta con los antecedentes educativos de Teodomiro Manzano, hablar de Fuentes y Bravo es ahondar en el carácter disciplinado del futuro maestro Teodomiro que, al paso del tiempo, se convirtió en uno de los más insignes hidalguenses en el terreno de la historia y de la educación. Hacia 1878, con el apoyo del profesor tulancingueño José Dávila, Teodomiro marcha hacia Pachuca para inscribirse en el Instituto en la carrera de profesor de educación primaria. Cuatro años después, a los 16 años se convertiría en el quinto en obtener el título y el segundo del sexo masculino. Ese mismo año comienza su servicio como ayudante auxiliar y meses más tarde con la categoría de ayudante efectivo. Con la muerte de su padre en 1883, tuvo que hacerse cargo de su madre y sus nueve hermanos. Era necesario buscar un trabajo extra para hacerse de mayores ingresos. Aunque realizaba trabajos en la Escuela Nocturna de Pachuca, el ingreso no era suficiente

así que decidió buscar al licenciado Félix Vergara Lope quien le dio trabajo en su notaría como copista de expedientes. Manzano aprendió así el oficio de escribir.

Al cumplir los 24 años de edad, Teodomiro Manzano tenía clara su intención. Como profesor, sabía de la imperante e improporcionable necesidad de contar con material adecuado y cercano para sus alumnos. Joven como era, dedicó buena parte de sus energías a recorrer la entidad. Tenía un gusto muy especial por la geografía y por aquel entonces, Peñafiel preparaba el primer censo general de la república, entregado en 1895; como aquello requería de documentos, Manzano también sintió una especial inspiración: se dedicó a reunir documentos, libros y periódicos. Ese fue el principal móvil de su obra escrita. Reunir todo cuanto estuvo a su alcance fue quizá la empresa más apremiante de su vida y formar, con todo ello, varios libros de texto que puso a disposición de sus estudiantes.

Por supuesto, la publicación de dichos textos, la gran mayoría apenas del tamaño de cuadernillos, pero no proporcionales a la gran cantidad de datos en ellos contenidos, tuvieron un efecto colateral: con el tiempo fueron considerados indispensables para el conocimiento del pasado hidalguense y aparte de ser usados por quienes acudían al colegio y a sus cátedras, serían usados por los historiadores locales. Los libros del profesor Manzano, se tiene conocimiento de cerca de cuarenta, tuvieron como enfoque principal el ser materiales de apoyo a la enseñanza.

Conforme le encargaban las cátedras, observaba la ausencia de estos materiales. El mercado editorial de entonces era limitado y no era posible tener acceso a ellos. Su preocupación frecuente era que los niños pudieran aprender no sólo con lo que dictaba el maestro sino con un libro de texto donde estudiaran sus lecciones. Así fue como salió a la luz *Geografía del estado de Hidalgo* (1892). En el prólogo a la edición de 1946 (de las nueve en total) relata la conformación de este trabajo, el primero de toda su producción y el primero relativo a la entidad:

La recolección de datos no ha sido trabajo de un día, ni de un año, sino de varios. Cuantas veces me fue posible, principalmente durante los años 1888, 1889, 1890 y 1891 recorrí lo más que pude del estado tomando informes, haciendo anotaciones de los diversos accidentes físicos, consultando archivos, y así pude reunir abundante

materiales que ha servido para llevar a cabo estos trabajos y otros como los anales del estado, la historia del mismo, las monografías que ya estoy publicando, un atlas del estado por municipios, y el *Diccionario etimológico, político, geográfico, histórico y estadístico* del estado, única obra de esta naturaleza que habrá en toda la república (Manzano, 1946: 3).

Los viajes realizados entre estos años servirían para que el autor tuviera acceso de primera mano a la información. Con la publicación de su *Geografía* muestra las primeras recopilaciones de datos históricos de cada uno de los distritos de la entidad y el preámbulo a su obra más importante, los *Anales del estado de Hidalgo*, publicados en 1922 el primer tomo y el segundo y tercero en 1927. No obstante, desde 1892 con la publicación de su *Geografía* a 1954 con *Historia de la educación primaria en el estado de Hidalgo* habría otras tantas más que permiten comprender el pensamiento de Manzano respecto a la historia, cómo la concebía y cómo la puso al alcance de todos quienes lo leyeran.

Los motivos del profesor Manzano

Luis González y González detectó que una gran inclinación afectiva por el terruño mueve al microhistoriador (1973: 21). Atendidos a esta premisa, Teodomiro Manzano Campero la cumple a cabalidad. Nació casi a la par que el estado de Hidalgo; no sería caprichoso, forzado o aventurado del todo decir que al buscar la historia de su solar natal buscara también la suya propia. No sólo su trayectoria de vida tuvo influencia en su quehacer intelectual, sino que su vida también cambió. Al ser Manzano el creador de una historia, él mismo también fue creado por ella. En su proceso de identidad, Manzano tuvo una poderosa identificación con su entorno, ¿qué era sino la educación de sus alumnos lo que le movía a ir de un lado a otro en búsqueda del conocimiento? Pero no sólo fue consciente de ello, sino también del gran cúmulo informativo que había adquirido; esa fue la razón por la cual su producción fue abundante para el estado de Hidalgo. Como fundador de escuelas sabía de la necesidad de una excelsa preparación, de las deficiencias observadas en cada uno de los pueblos que recorrió, sobre todo un estado rural como Hidalgo, “habitado por una población laboriosa e inteligente [que] no puede menos que llegar

a un alto grado de prosperidad que lo coloque en un lugar ventajoso entre las demás entidades federativas” (González y González, 1973: 5).

Los motivos del profesor Manzano que, con modestia oculta de pronto, fueron guiados sobre todo desde el plano educativo. De las poco más de treinta obras que él mismo reconoció, es común leer entre ellas las palabras “lecciones”, fueran de geografía general, astronomía, geografía de América, aritmética, historia de la pedagogía, lecturas nacionales, problemas gramaticales, educación cívica, paremiología, todas dedicadas a la enseñanza. No obstante, también dedicó trabajos a la Historia de México, a la fonología y escritura castellana, al comercio e incluso escribió guiones de cine como *Heroísmo mexicano* y *Primero es la patria*. Eso sin contar las que dedicó al estado de Hidalgo. Aun con la gran cantidad de datos plasmados en su obra, producto de años enteros de recopilación de los mismos, las obras de Manzano pueden agruparse en algunos temas recurrentes para el estado de Hidalgo: el educativo, el tema de la minería, la biografía y el estado de Hidalgo, concretamente su historia y geografía (cuadro III).

CUADRO III. OBRAS DE TEODOMIRO MANZANO RELATIVAS AL ESTADO DE HIDALGO	
NOMBRE DE LA OBRA	AÑO
<i>Geografía del estado de Hidalgo</i>	1892-1946
“Historia de las razas otomí y mexica”	1895
<i>Páginas históricas que se publican al cumplirse el quincuagésimo aniversario de la fundación del Instituto Científico y Literario del estado de Hidalgo.</i>	1919
<i>Anales del estado de Hidalgo, primera parte.</i>	1922
<i>Biografía de algunos hijos distinguidos del estado de Hidalgo</i> (Manuel Fernando Soto, Pedro Ma. Anaya, José María Rodríguez y Cos, Nicolás García de San Vicente).	1922-1924
<i>Anales del estado de Hidalgo, segunda parte y apéndice al primero</i>	1927
<i>Monografías del estado de Hidalgo</i> (Pachuca, Real del Monte, Atotonilco el Chico, Huichapan)	1930-1933
<i>La escuela normal Benito Juárez.</i>	1933
<i>Historia del estado de Hidalgo.</i>	1934

<i>Monografía del Instituto Científico y Literario del estado</i>	1937
<i>Biografías de hidalguenses distinguidos</i>	1941
<i>Diccionario ilustrado, etimológico, histórico, político, biográfico y estadístico del estado de Hidalgo.</i>	1943
Diccionario biográfico del estado de Hidalgo.	1948
Diccionario etimológico del estado de Hidalgo.	1948
Historia de la educación primaria en el estado de Hidalgo.	1950
<i>Los gobernantes del estado de Hidalgo.</i>	1951
“Algunos lugares importantes de la ciudad de Pachuca” 1954.	1954
<i>Monografía de Tula, s/f</i>	¿?
Programa de reorganización de la educación en el estado de Hidalgo	¿?

Fuente: Elaboración propia a partir de Jaivén y Ximena Sepúlveda (1991: 35-37), Ballesteros García, (1994: 187-236), Arias (2008: 161-211). González y González (1973: 105-140) y revisión propia.

¿Cómo podemos percibir su intencionalidad? En una carta fechada en 1944, Teodomiro Manzano le escribe al ciudadano Juan Velázquez Vergara, originario de Huasca, una serie de datos a propósito de las altitudes de algunas poblaciones y algunos cerros de la entidad. En ella da a conocer algunos aspectos poco conocidos acerca de la forma en que construyó su historia: “En 1892 recorrí parte del estado para tomar datos en el terreno, pero fue poco el tiempo de que pude disponer para conseguir todo lo que yo deseaba. De todos modos, me conformo con lo poco que he hecho para dar a conocer a mi estado”. Luego, en la misma carta, también refiere algunas vicisitudes al respecto de recuperar la información comparándose con otros esfuerzos: “[...] cuentan con buenos elementos materiales e intelectuales, lo que no pasa conmigo que, para llevar a cabo los trabajos relativos a este estado, nadie me ha ayudado. Han sido los trabajos personales que logré venciendo no pocas dificultades” (Teodomiro Manzano a Juan Velázquez Vergara, 6 junio 1944, en Ruiz Pelcastre, 2015: 127-128).

Sin embargo, es en *Historia de la educación primaria en el estado de Hidalgo* publicada en 1950 donde expone a cabalidad su pensamiento histórico. Esta obra, es a la postre el libro último del autor, y aunque de menor renombre que los *Anales*, es quizá su obra mejor lograda, cuya virtud recae no sólo porque sería su último

libro publicado sino porque en él se percibe la mayor madurez que existe en un historiador, el de someter a una verdadera crítica e interpretación a sus escritos. Además, en este libro, con casi treinta años de diferencia de *Anales*, existe la presencia de otras corrientes de pensamiento, más orientadas al historicismo que ya estaba desarrollándose desde 1940. Sin embargo, ha sido necesario hacer mención de él en tanto condensa su trabajo de cincuenta años:

Hace 57 años que publiqué mi primer libro, *Geografía del estado de Hidalgo*, y desde entonces me propuse reunir no sólo los datos geográficos e históricos que pudiera, y de los que ya tengo publicados varios tomos, sino también los relativos a la educación primaria en el estado.

Hace diez años comencé a ordenarlos y desde el año 1946 de una manera formal le consagré todo el tiempo de que podía disponer después de terminadas mis labores en el colegio particular que tengo en esta ciudad.

Al recibir, en octubre del año pasado [1949], atenta invitación para tomar parte en el Concurso de Historia de la Educación en el país, a que convocó la Secretaría de Educación Pública, y resuelto tomar parte en dicho concurso, me consagré con entusiasmo a dar término a esa labor. En la convocatoria se prescribía que la historia había de comprender un periodo de cincuenta años, de 1898 a 1948.

Yo procuré llenar las condiciones de la convocatoria y agregué lo que corresponde a un periodo de ochenta años, de 1869 en que se erigió el estado, hasta 1948, porque consideré que la Historia de la Educación en esta entidad debe empezar desde el año en que tuvo vida independiente.

Con esta historia y con las del Instituto Científico y Literario Autónomo del estado y la de la Normal Benito Juárez, que ya están publicadas, forman un estudio completo de la historia de la educación en esta entidad federativa (Manzano, 1950: 11).

La anterior explicación, como él mismo denominó a estas palabras, servirán como punto de partida para indicar que el interés máximo de Manzano fue sin duda ligar la historia con la educación, y la educación con las demás ciencias; no obstante, es con la primera disciplina que tuvo su mayor interés que, como se dijo

en líneas anteriores, estuvo marcado desde entonces por la aparición en su trayectoria del doctor Peñafiel.

A decir de Luis Rublúo, es difícil asignarle una influencia teórica a Teodomiro Manzano, como si de pronto sólo la necesidad de reunir información partiera desde cero. No obstante, una revisión de sus obras permite observar, apenas, algunos rasgos de los cuales tomó parte intencional. En *Anales del estado de Hidalgo* hay algunas fechas que tomó literalmente de las efemérides de Vicente de Paula Andrade.

Por otra parte. la revisión del *Diccionario etimológico, geográfico, histórico, político y biográfico del estado de Hidalgo*, del cual sólo fue publicado un fragmento con la letra A, muestra una paralelismo con la *Nomenclatura geográfica de México* de Antonio Peñafiel en cuanto a la disposición del diccionario: definiciones sintéticas, con algunos datos históricos y por la división del alfabeto con las tres primeras letras. Veamos el ejemplo para Acaxochitlán. Se lee en Peñafiel: “**Acaxochitlan.** Aca-xochi-tlan; del mexicano; escritura polisilábica expresada en el jeroglifo, de arriba abajo; acatl-xochitl-tlan, lugar abundante en acaxochitl”. (Peñafiel, 1897: 303). En tanto, se lee en Manzano:

Acaxochitlan. Sig: Lugar abundante en Acaxochitl. Es cabecera del m. de su nombre. Fue fundada por los toltecas. Tiene 515 hab. Está a 20°11' 57" de lat. N. y a 1° 17' long. E. del meridiano de Méjico, y a 2270 metros sobre el nivel del mar. Dista de Tulancingo 21 kilómetros y poco más de 75 de Pachuca. Aquí nacieron D. Nicolás García de San Vicente y D. Luis Ponce (Manzano, 1948: 1).

En Peñafiel observamos únicamente la composición de la palabra y la etimología. Manzano, únicamente menciona la etimología sin detenerse en la raíz; ahora bien, Manzano añade mayores datos que justifiquen el diccionario en términos de lo histórico y lo biográfico. El lector apreciaría que, al haber alguna semejanza, por lo menos visual en cuanto a la formación de ambos diccionarios, igualmente encontrará diferencias, por lo menos en cuanto al contenido. Peñafiel no asigna, salvo en casos contados, el estado al que pertenecen los lugares, en tanto

Manzano los sitúa en relación con los lugares aledaños a fin de ubicarlos geográficamente. Veamos otro ejemplo con Amajac. Se lee en Peñafiel:

Amajac. Derivado del sustantivo amaxactli, que significa en mexicano, donde se divide el agua en varias corrientes; amaxac, nombre de lugar, significa lo mismo; se compone de atl, agua, y de maxac, adverbio que significa, entre mis piernas, en la horcajadura. El significado final es, en donde se divide el agua (Peñafiel, 1897: 315).

En tanto, Manzano añade más información:

Amajac. Río. Se deriva de Amaxactli que sig: Donde se divide el agua en varias corrientes. Viene de atl, agua y maxac. Este río comienza a formarse con las aguas de la Sierra de Pachuca. Estos primeros arroyos le llevan poca agua, siendo mayor la que recibe del desagüe de algunas minas [...] (Manzano, 1948: 4).

Con ejemplos muy sencillos, puede detectarse una cierta similitud en cuanto a las etimologías, único elemento común en ambos. Si bien John Pocock advierte el riesgo de un falso paralelismo al hacer el análisis entre una obra y otra, es probable que no exista tal (Pocock, 2009: 32); es aquí donde hallamos, en la trayectoria de vida de ambos, la posible influencia de Peñafiel en la obra de Manzano, no en lo teórico, pero sí, por lo menos, en la forma de abordar los datos contenidos en un diccionario. Teodomiro Manzano mantuvo una estrecha amistad con Antonio Peñafiel. Manzano estudiaba en Atotonilco, tierra natal de este último, donde hizo sus primeros estudios y que la membresía de ambos en las sociedades científicas de la época pudo haberlos acercado, sobre todo por su origen hidalguense. Si bien no se duda de la amistad entre éstos, extraña que en la biografía que escribiera Manzano de Peñafiel, no haya una exaltación a su figura salvo dos muy breves comentarios suyos (“El señor Peñafiel fue un publicista distinguido y un notable arqueólogo. Escribió varias obras muy estimadas en México y en Europa” y lo define como “trabajador infatigable”) y otro retomado de Luis González Obregón donde resalta su “erudición y continua laboriosidad, bastantes para adjudicarle el título de sabio.” (Manzano, 1948a: 70).

En varios de sus escritos manifiesta que lo suyo fue un trabajo en solitario: “[...] como en la primera *Geografía* que publiqué, no he contado con nadie

absolutamente para llevar a cabo la labor de investigación a que forzosamente tuve que dedicarme en los días que pudiera haber consagrado al descanso” (Manzano, 1948a: 3). Fue por tanto el “ilustre pionero en toda cuestión de historiografía, geografía y pedagogía regionales” derivado de esa virtud de “paciente colector de documentos, periódicos y libros de donde se obtuvieron datos fundamentales para rescatar el pasado hidalguense” (Luis Rublúo en Rivera Cambas, 1976: xL; Juan Manuel Menes en Manzano, 2009: XIII-XIV).

Su idea de la historia

Si bien se le atribuye a don Teodomiro una historia en la que no interviene la postura del historiador, un estilo historiográfico de los hechos “como realmente sucedieron”, en el estudio introductorio a su obra, Juan Manuel Menes consigna: “La historia que estructura el profesor Manzano es en ocasiones de bronce, enaltecedora de personajes regionales o nacionales y, en otras, anticuaria, anecdótica y romántica” (Menes en Manzano, 2009: xxvi). Y en efecto, en sus *Anales*, por ejemplo, mantiene esa imagen “romántica” de Miguel Hidalgo como “el anciano cura de Dolores”, y de “fatal circunstancia” la aprehensión del insurgente Ortiz de Letona en Molango.

Sin embargo, es en algunos párrafos de la *Historia*, donde lanza destellos más evidentes de lo anterior como lo muestra su simpatía por el sistema republicano y liberalismo mexicano combatiente en el periodo de la Reforma y la intervención francesa, que son los periodos previos al nacimiento del tilcuauteco: Pedro María Anaya, originario de Huichapan es para Manzano “un distinguido hidalguense”, al partido conservador le asigna el título de “partido reaccionario”, califica de “inmaculado reformador” y “gran patriota” a Melchor Ocampo, de “infame” su asesinato; de “sanguinario” al general Leonardo Márquez, de “admirable valor” la defensa de Huichapan ante el ataque de los conservadores o de “heroica resistencia” a los defensores de Zacualtipán en tiempos de la intervención francesa; a quienes ofrecieron la corona mexicana a Maximiliano les llama la “comisión de traidores mexicanos”. Es esta última obra sobre todo por las características ya consignadas un texto preparado para los estudiantes (Manzano, 1934: 32-36).

No puede afirmarse en Teodomiro Manzano, una historia estrictamente apegada a la frialdad de los datos ni a la objetividad absoluta. Si bien esos fueron los supuestos propios del positivismo, las fuentes de las cuales capturó los datos relativos a la entidad fueron invariablemente con marcadas posturas políticas, especialmente las referentes a los primeros años del México independiente, como *El monitor republicano*, *El siglo diez y nueve* de tendencias liberales, *El diario del imperio* o la *Historia de México* de Lucas Alamán, partidarios del partido conservador. ¿Por qué el énfasis en este periodo? Porque para el tilcuauteco, dada la proximidad de los sucesos acontecidos en el mismo, él lo considera una etapa contemporánea.

En primer lugar, cuando publica en 1892 su primera obra relativa a la entidad, *Geografía del estado de Hidalgo*, a más de exponer los elementos geográficos más importantes de los distritos que integraban en ese momento a la entidad, anota, asimismo, algunos datos históricos. Contaba con escasos 26 años al momento de la publicación, lapso similar entre la intervención francesa y la creación del estado de Hidalgo. Por tanto, en el primer tomo de los *Anales*, a manera de introducción señala la dificultad de escribir la historia contemporánea, al citar al historiador Modesto de Lafuente, en el sentido de que dicha dificultad no recae precisamente en el autor sino en los lectores quienes “propenden a atribuir al historiador la pasión de que ellos mismos, sin percibirse de ellos, están poseídos” y por tanto considera lo peligroso que resulta la posición que asuma el lector al hacer alabanzas, calificar de injusto, de censura o de juzgar tal o cual hecho o personaje terminar de la misma manera (Manzano, 1922: [1-2]). Por tanto, Manzano asume después de todo, que el historiador no está exento de tomar partido o mostrar cierto interés específico en algo pero al mismo tiempo responsabiliza al lector de sus propias opiniones. Probablemente, tanto las luchas entre conservadores y liberales como las distintas luchas entre grupos revolucionarios, haya sido el motivo principal para reunir los datos a manera de efeméride, pero, insisto, percibiéndose a veces una ocasional inclinación por una historia de tintes bronceos.

Su obra

Aunque Manzano refiere que inició su trabajo en 1908, lo cierto es que, desde la publicación de su *Geografía*, había quedado muchísima información que entonces no pudo condensar en el anterior volumen. Por la gran cantidad de datos reunidos consideró que la efeméride era el mejor modelo para dar cabida a todos ellos. Él mismo refiere cómo dio forma a los *Anales*:

Cuando comencé, hace catorce años, a reunir datos relativos a nuestra historia, no creí que podía llegar a tantos, más de 2000, y algunos de tal importancia que merecieran los honores de la publicación. Por esta razón no fui anotando la obra de donde los tomaba.

Reunidos ya bastantes, consideré que había hecho mal al no hacer las anotaciones correspondientes; pero en la imposibilidad de revisar nuevamente las obras consultadas, tanto porque sólo podía dedicar a ello el poco tiempo que me permitieran mis ocupaciones diarias, cuanto por lo laborioso del trabajo que muchas veces estuvo a punto de hacerme abandonar la labor emprendida, resolví continuar en la misma forma, y dar al principio, como lo hago, la lista de dichas obras, evitando además inútiles repeticiones (Manzano, 1922: 3).

A la advertencia anterior, le sigue una lista importante de textos que fueron consultados por el tilcuauteco, entre libros, memorias estadísticas, descripciones parroquiales, diarios y la hemerografía disponible de entonces. La lectura de otras obras hace ver que fue en sus años de juventud cuando pudo reunir todo aquel caudal de información. El método era sencillo: trató de tomar de cuantos libros, periódicos, documentos oficiales, diarios y demás fuentes historiográficas tuvo a su alcance para revisarlos y extraer de ellos todo lo que hiciera referencia a pueblos y parajes que pertenecieran al entonces joven estado de Hidalgo. Ello explica pues, que haya podido reunir “más de 2000” datos.

Ante la gran cantidad de información se vio precisado a elegir el formato de efeméride; es evidente que, si quería hacer una historia general de la entidad, los *Anales* fueron en realidad los apuntes del propio Manzano con los cuales escribiría sus textos siguientes. En el tránsito de construcción de esta obra, realizó las biografías de Manuel Fernando Soto, Pedro María Anaya, José María Rodríguez y

Cos y Nicolás García de San Vicente. Su padre mucho le había hablado de estos hombres; el tulancingueño Soto, por ejemplo, fue amigo personal de su padre e incluso llegaron a ser compañeros en el ejército republicano; en cuanto al acaxochiteco García de San Vicente, Manzano fue un alumno más que aprendió a través de su *Silabario de san Miguel*. Con ellos partió la publicación de una serie de folletos que apenas pasaban las veinte páginas; y estos le darían pie a formar años más tarde sus *Biografías de hidalguenses distinguidos* en 1940 y el *Diccionario biográfico del estado de Hidalgo* como parte de la colección de tomos para una enciclopedia general. En estos refiere nuevamente a sus fuentes de información. Dice en el segundo:

Doy a conocer este pequeño ensayo de diccionario biográfico del estado de Hidalgo, porque no quiero que se pierdan los pocos datos que he logrado reunir, y porque ya en la edad a que he llegado y la pena que me aflige pueden suceder muchas cosas.

Sin duda faltan muchas personas que deberían figurar en este librito; pero además de que sólo he querido que figuren las que ya pagaron su ineludible tributo a la naturaleza, no he podido obtener datos de otras personas.

Entre éstos faltan algunas que habiendo fallecido no están anotadas. Me refiero a las que han gobernado el estado; pero es que las he reservado para el libro que con el nombre de *Apuntes para una relación cronológica de los gobernantes de Hidalgo* empecé hace tiempo y que, como otros trabajos, había abandonado por las dificultades contra las que he tenido que luchar (Manzano, 1948a: 9).

Esta revisión de las obras dedicadas a Hidalgo hace referir que el tratamiento dado a los *Anales* no fue precisamente por tener un pensamiento rankeiano, como ya se dijo en el capítulo uno, sino más bien porque con estos apuntes ordenados de manera cronológica, el profesor Manzano tenía toda la intención de completar una magna obra. Así, por ejemplo, compuso las monografías dedicadas a Pachuca, Mineral del Monte, Mineral del Chico, Huichapan y Tula más las otras que aún seguimos sin conocer. Dice en el prólogo de la monografía de Pachuca donde hace referencia a los *Anales* para sustentar la anterior afirmación:

Con motivo de la publicación de los anales del estado, recibí y aún recibo, a medida que van siendo conocidos, comunicaciones y cartas de aprobación de diversas agrupaciones y de varias honorables personas.

Una de las agrupaciones que no sólo aprobó mi trabajo, sino que me concedió distinciones que, sin falsa modestia creo no merecer, fue el Club Rotario de Pachuca, integrado por honorabilísimas personas para quienes he tenido y tengo sincera estimación y además profunda gratitud.

No pudiendo corresponder a esas atenciones en forma digna de tan respetable agrupación, escribí una monografía de Mineral del Monte, que tuve el honor de dedicarle. Nuevas manifestaciones de aprobación de mi humilde labor, e invitación para que escribiera la monografía de Pachuca (Manzano, 1930: 1).

Por lo dicho en el texto fue la monografía realmontense la que escribió primero, sin embargo, en la colección de monografías, es la de Pachuca la que aparece en el primer tomo mientras que la de Mineral del Monte aparece como el segundo; y en efecto, la fecha de pie de imprenta de la primera es de 1930 mientras que la segunda aparece como 1933. En el mismo prólogo de la monografía de Pachuca, hace referencia nuevamente a aquellos datos reunidos desde hace cuarenta años.

El estímulo que yo recibí con la serie de distinciones de los señores rotarios me obligaba a atender su invitación, y desde luego, desenvolví mis papeles y los sacudí y he aquí la monografía de Pachuca que hoy publico y que como la de Mineral del Monte y la de Atotonilco el Chico, está dedicado al Club Rotario de Pachuca, al que aunque sea hasta hoy y por medio de estas páginas le hago pública manifestación de mi gratitud (Manzano, 1930: 1).

A la fecha de haber escrito el prólogo anterior, febrero de 1930 indica que a raíz de la publicación del segundo y tercer tomos de *Anales* en 1927, le dio pie para comenzar a abrigar la idea de una obra mucho más ambiciosa. Nuevamente en el mismo prólogo refiere su plan

Adjunto a estas páginas unas líneas del *Diccionario etimológico, político, geográfico, histórico y biográfico del estado*, a fin de que las personas que puedan dedicar un momento para su lectura, se formen idea de la mucha importancia que pudiera tener para el estado ese trabajo.

No tiene menos de cinco mil palabras que dan a conocer en sus mayores detalles todos los lugares poblados, así como los accidentes físicos, hidalgueses distinguidos, acontecimientos históricos, etc., etc. (Manzano, 1948a: 1).

El referido plan se componía de seis tomos: el diccionario etimológico publicado en 1948, el biográfico publicado en 1940; el geográfico, político y estadístico del que sólo salió a la luz la letra A adjunto en la monografía de Pachuca; y los que por desgracia ya no pudo desarrollar que fueron tres tomos dedicados a la orografía, la hidrografía y desde luego, a la historia. Tal parece que el destino le tenía reservada una fatalidad.

Corría el 24 de junio de 1949 y Teodomiro Manzano, de 83 años, dedicaba buena parte de su tiempo a los trabajos de su escuela particular Benito Juárez en las calles del centro de Pachuca. En aquel día de intenso calor “todo parecía indicar que contrario a la tradición del día de San Juan, en esa ocasión no llovería”; sin embargo,

Para las cuatro y media, el cielo se cubrió de nubes negras, sobre todo en la porción norte de la ciudad, allá por la cañada de San Buenaventura, atrás de la hacienda de Loreto, en menos de quince minutos un fuerte aguacero se hizo sentir en el centro de la ciudad, pero fue cosa de unos diez minutos; poco antes de las cinco de la tarde todo había terminado y la ciudad se disponía a continuar su cotidiano ritmo de vida; los comerciantes de los puestos semifijos de la cuchilla, ubicada a un lado del mercado Juárez, que habían empezado a levantar sus mercancías minutos antes, volvieron a destapar sus puestos, a fin de continuar normalmente la venta de sus productos, algo parecido sucedió con los puestos ubicados en el portal de la plaza Constitución, todos ignorantes de la tragedia que les acechaba (Menes, 2001: 1079).

Resulta de este hecho anecdótico que aquella tromba entre los cerros encontró cauce en el río de las Avenidas y se llevó consigo piedras, lodo, troncos y al llegar al puente cercano al mercado, la basura que solía aventarse ahí formó un dique; la fuerza del agua rompió el puente lo que dio lugar a que el agua saliera de cauce y provocara la más cruel inundación que haya vivido la ciudad de Pachuca y que si bien ya había padecido otras en años anteriores, esta se tiene considerada la más difícil para los habitantes de Pachuca, entre quienes se encontraba el

profesor Manzano pues las aguas llegaron hasta su escuela. En su oficina se encontraba el manuscrito de lo que sería el *Diccionario* que se encontraba formando. En una carta fechada en 15 de agosto de 1950, le cuenta a su amigo Felipe de Jesús Núñez:

Se habrá usted enterado, amigo mío, que hace poco más de un año una terrible tromba asoló a Pachuca, inundando en unos segundos diversas calles del centro de la ciudad, una de ellas la de Mariano Matamoros, donde, como usted sabe, tengo yo desde hace muchos años mi escuela primaria, en cuya oficina de la dirección guardo libros importantes y el archivo de algunos de mis trabajos, entre ellos el del diccionario que intento escribir y del que llevaba considerable adelanto, cuyas páginas ya maquinadas fueron arrastradas por la corriente y quedaron totalmente inutilizadas para mi desconsuelo, pues siento que por mi edad y los achaques a ella inherentes, me será imposible reponer (Menes, 2016b).

Esta serie de elementos nos permitirán comprender a cabalidad el pensamiento del profesor Teodomiro Manzano respecto a su obra y a su intencionalidad como lo hace patente en el prólogo del *Diccionario biográfico del estado de Hidalgo* de 1948: “Ojalá me alcance la vida para poder realizar uno de mis más grandes ideales: contribuir en la medida de mis posibilidades, a dar a conocer a mi estado, que lleva el glorioso nombre del Padre de la Patria.” (Manzano, 1984a: 9). Además, ya desde hace 18 años había repetido la misma fórmula con la publicación de las monografías pero con esa idea de unir la educación y la historia como lo refiere en el ya citado prólogo del tomo dedicado a Pachuca:

Tal vez sean los últimos trabajos que lleve a cabo. Considero que son pocos los años que me restan de vida; pero tengo la inmensa satisfacción haberlos consagrado a la educación de la niñez por la que siento tanto cariño y haber contribuido con mis humildes producciones a dar a conocer esta importante fracción del territorio mexicano que lleva por nombre el del padre de nuestra independencia (Manzano, 1930: [2]).

Estructura de la obra

Todas las líneas anteriores, como se sigue planteando, permiten comprender el método de búsqueda de información con el cual escribiría sus obras base, tanto la *Geografía* como los *Anales*, donde ha quedado claro que éstas fueron sus puntos de partida para dedicar gran parte de su obra al estado de Hidalgo; se insiste también que la gran cantidad de información obligó al profesor a organizarlas de manera cronológica, tal como lo hiciera años antes el canónigo Vicente de Paula Andrade con sus *Efemérides pachuqueñas*. En este sentido, cabe hacernos algunas preguntas para comprender las fuentes de Manzano.

¿Cómo se procuró la información?, ¿cómo la organizó?, ¿copió todo cuanto encontró o hubo información que se permitió omitir? Con estos cuestionamientos, cabe señalar que para una mejor organización Manzano dividió la información en dos partes, que serían los dos tomos de los *Anales*: el primero del año 608, la fecha más temprana para referirse a las poblaciones hidalguenses, en este caso la llegada de los toltecas al serrano pueblo de Xochicoatlán para cerrarlo el 31 de diciembre de 1868 fecha en la cual, según Manzano, el Congreso de la Unión recibe cartas de las municipalidades de Teotihuacán, Axapusco, Tecámac y Temascalapa para no ser adheridos al ya autorizado estado de Hidalgo; en esa misma fecha, errónea por cierto, menciona que Tulancingo recibió el nombre de Tulancingo de Bravo cuando en realidad fue el 15 de abril de ese mismo año (*Colección de los decretos...*, 1868: 167).

Esta primera periodización es para mostrar al estado de Hidalgo antes de ser formado como tal pues el segundo tomo es de 1869 a 1927, año en que salió publicado. Para este tomo comienza con la fecha enero 8 en la cual llega a Pachuca la noticia que el Congreso de la Unión designará a Actopan como capital del estado de Hidalgo, pues ya había sido nombrada como tal en 1862 (Manzano puso 1861) con el argumento que si permanece en Pachuca, el nuevo gobierno tendrá la influencia de la Compañía Minera Real del Monte y Pachuca. Y ahí Manzano se permite intervenir al señalar que Actopan carecía de elementos de vida y edificios para alojar al gobierno ya que desde 1862 en los hechos, las autoridades despachaban desde Pachuca. Este argumento, se toma como el de mayor peso,

para que Pachuca se convirtiera en la capital del estado de Hidalgo, incluso frente a otros que la historiografía regional ha divulgado (Lugo Pérez, 1997: 277-284; Rivas, 2008: 138-140; Cruz Beltrán, 2019: 45-46). El tomo segundo es cerrado el 31 de marzo de 1927 con una nota anecdótica en la que se tuvo noticia de la aparición en el cerro La Rábida de Pachuca de la virgen del Carmen para lo cual durante todo el día y toda la noche la población acudió para presenciar el hecho, no obstante al tener conocimiento las autoridades pachuqueñas se dieron por concluidas las excursiones a dicho paraje. Al mismo tiempo aprovecha para referir que

También con esta nota termina la milagrosa aparición de estos anales que dejarán contentos a pocos y contrariados a muchos que han sido actores en algunos de los acontecimientos verificados últimamente. A todos los remito al artículo de don Modesto Lafuente que está al principio de este tomo (Manzano, 2010: 393).

Dado que el segundo tomo fue cerrado a finales de marzo de 1927, el libro tuvo la oportunidad de salir publicado ese mismo año. El artículo al que hace referencia se titula “Dos palabras sobre las dificultades para escribir acerca de la historia contemporánea” en la que Manzano recupera dos ideas esenciales que en las palabras del historiador español se refleja el profesor tilcuauteco. Dichas ideas refieren que la dificultad de la historia contemporánea no radica sólo en anteponer la imparcialidad y el desapasionamiento sino que más bien está no en el historiador sino en los lectores le atribuyen al primero “la pasión de que ellos mismos, sin percibirse de ello, están poseídos”, es decir, que muchos personajes de la historia contemporánea aún vivían y así, podían no estar de acuerdo en el juicio que de ellos se hizo, sea porque esperan elogios y al no encontrarlos califican al historiador de injusto, o bien, quienes encuentran alabanzas de sus enemigos lo tachan de parcial; censura, omisión, error son las palabras con que suele calificarse al historiador. Por tanto en la pluma de Lafuente, Manzano comenta que “es mil veces mayor el peligro de que haya lectores que al verse retratados en el espejo de la historia, sucédales lo que a aquellos que achacan a defectos del azogado cristal los que son del original fielmente reproducidos” (Manzano, 1922: 1).

Una vez realizada la aclaración en Manzano se descubre que él vivió muchas de las efemérides que consigna. En cuanto al tercer tomo, este en realidad es un apéndice, en el cual encontró datos aislados desde 1527 a 1910 y que no fueron consignados en los tomos anteriores. Parte de 1527 cuando los españoles llegan al valle de Tulancingo, dos años después de la toma de México-Tenochtitlan y lo cierra al notar que “por un olvido involuntario” no anotó a las autoridades de varias poblaciones hidalguenses que manifestaron su adhesión a Porfirio Díaz y que, por tanto, reprobaron la actitud de Francisco I. Madero: Atotonilco, Tepetitlán, Huehuetla, Tenango, Iturbide (hoy Agua Blanca de Iturbide), Tecozautla, Huichapan, Atotonilco de Tula, Bonanza (hoy perteneciente a Zimapán), Omitlán, Huasca, Tasquillo, Mineral del Monte, Mineral del Chico, Zempoala, Tolcayuca, Epazoyucan, Zacualtipán, Nopala, Tlahuiltepa y Chapantongo así como Chilcuautla, Alfajayucan, Ixmiquilpan, Apan, Tutotepec, Tepeapulco, Tula, Tepeji y otros más.

Una vez establecidos los alcances de su trabajo, es posible tener más pistas acerca de cómo le dio tratamiento a las fuentes que consultó. En el primer tomo de todas las fichas, como pueden denominarse a las efemérides por estar construidas con el formato año-mes-día y anotarse exclusivamente el hecho salvo en algunas donde expresó alguna opinión personal, son pocas las anotaciones a las fuentes que tomó. Respecto a la historia antigua no refiere fuente alguna. Por las fechas que toma en esta etapa: 608 (fundan los toltecas Xochicoatlán), 1117 (llegan los chichimecas a Mixquiahuala y Actopan) y 677 (llegan los aztecas a Tula), reconoce cómo las tribus habitaron el estado de Hidalgo; lo anterior muestra que a pesar de los incipientes estudios respecto a la historia prehispánica de México, éstos no se encontraban aún con la suficiente fuerza para explicar dichas culturas. En los *Anales* las fechas son muy tardías lo cual indica que los datos fueron tomados de textos posteriores: pasarían muchos años para tener contacto con algún códice dentro del territorio hidalguense lo cual seguro pudo haber abierto más el panorama. La lista bibliográfica que proporcionó Manzano sólo hace referencia a Orozco y Berra, Clavijero, Alva Ixtlilxóchitl y los mínimos datos que aporta la *Reseña relativa al estado de Hidalgo*; lo anterior podemos obtenerlo a partir de una deducción, ya que como se dijo, Manzano no colocó en todas las fichas los autores.

Por otra parte y relativo a los “anales indios” como él le llama, extraña la notable ausencia del pueblo otomí, no por desconocerlos, pues en 1895 ya había presentado una ponencia acerca de esta cultura. La revisión de sus *Lecciones de historia de México* permite confirmarlo pues apenas sí les dedica unas cuantas líneas: “Los otomíes que eran de los pueblos más numerosos, vivían en las cavernas de los montes y se alimentaban de la caza en la que eran muy diestros”; en tanto de los pames apenas los menciona como descendientes de los primeros y de los huastecos desprendidos de los mayas (Manzano, 1908: 8).

No podría decirse que Manzano desconocía la etapa antigua sino más bien que entonces no había suficiente información para el estado de Hidalgo y al ser insuficiente para otras culturas como los huastecos, los otomíes, los pames y los tepehuas que entonces ni siquiera figuraban en la obra tomó la decisión de no incluirlos. La revisión en particular de esta etapa que, aunque corta para la entidad, arroja luces respecto al estado que guardaban los trabajos antropológicos. Sin embargo, no puede decirse tajantemente que no existía información ya que los trabajos pioneros de Luis A. Escandón eran un avance. Extraña también que Manzano no haya citado en ninguna obra al escritor moreliano. Sus trabajos fueron publicados en el *Periódico oficial del estado de Hidalgo* del cual Manzano dijo haber consultado en varias ocasiones; los trabajos de Escandón fueron publicados entre 1890 y 1893, años en los cuales el tilcuauteco adquirió la mayor parte de su información para Hidalgo.

Por ello, es preciso destacar que aquella afirmación que le otorga a Teodomiro Manzano el título de pionero de la historiografía regional hidalguense, es un tanto cuestionable. Que la obra de Luis A. Escandón no tuvo el mismo impacto que las de Manzano es indudable, pero fue el primero que tuvo la idea de conformar una historia general del estado de Hidalgo a través de estudios por distrito mientras Manzano lo planeó en forma de diccionarios. Como quiera que sea es importante hacer estas aclaraciones con el fin de dibujar un perfil de los primeros historiadores hidalguenses sin atisbos de halagos desmedidos o descalificaciones injustas.

De vuelta con la primera parte de los *Anales*, el apartado “Anales de la conquista y de la dominación española” comienza en 1520 con la batalla de Otumba

y la pernocta del ejército español en Apan y la leyenda “O. y Berra” lo cual indica haber consultado la obra de este personaje. No existe en Manzano un aparato crítico uniforme. Hay fichas en las cuales no indica la fuente; era muy común la ausencia de notas, aunque varios sí llegaron a incluirla como el mismo Escandón y en menor medida Andrade y Anaya. Otro texto que aparece es la colección de *Documentos inéditos del archivo de Indias* de Sevilla de donde tomó el denuncia de las minas de Pachuca. Por las referencias a detalle de los archivos parroquiales, se percibe que tuvo la oportunidad de consultarlos como lo fue en Tepeji del Río y Pachuca; respecto a la primera señala:

1560. El libro más antiguo que se conservaba, y parece que aún se conserva en la iglesia de Tepexi era o es de este año. Las partidas bautismales se escribieron por más de un siglo en las lenguas otomí y azteca. Del 1° de julio de este año a septiembre de 1599 hubo en Tepexi 31 curas, y de marzo de 1505 a enero de 1715 hubo 38 (Anales, 1922: 9).

A propósito de este dato, en 1898 ya había aparecido en *El estandarte*, periódico potosino, el estudio de Nicolás León “Fundación de Tepexi y nómina de sus curas” y más tarde en el POGEH de donde es posible que lo haya consultado. Si bien Manzano señala 1560, el trabajo de León señala por su parte, 1580. En efecto, el trabajo del escritor michoacano contabiliza 31 curas, esto es, todo el siglo XVI mientras que contabiliza León 43 curas de 1605 a 1715, y no de 1505 como señaló Manzano. Por tanto, aun cuando queda la hipótesis de haber visitado Tepeji, es posible que haya consultado más bien el trabajo de León, con lo cual se agregaría este a su lista bibliográfica con trabajos de carácter regional. Luego en el caso de Pachuca, tuvo acceso a la parroquia de La Asunción pues comenta:

1568 a 1584. El libro más viejo que se conserva en la parroquia de Pachuca comprende los años indicados, y en él constan las partidas de nacimientos de indios, españoles, negros y mestizos. El cura era D. Francisco Ruiz que firmaba rruys. En la primera hoja tiene esta inscripción manuscrita con letra que parece gótica: “Libro donde se asientan los bautismos y casamientos ansí de los españoles como de los yndios que residen y son vecinos en ese Real de Tlahualilpan destas minas de Pachuca.

1568. Marzo 7. De esta fecha es la primera partida de casamiento que consta en el libro a que se refiere la nota anterior. Se casó un tal Martín Afue o Affue con Madalena de Castro hija de Francisco Leardo (Manzano, 1922: 10).

Otros textos citados a los que hace referencia son la *Descripción del arzobispado de México*, la *Gazeta de México*, para diversos acontecimientos durante el periodo colonial. Otras referencias son a Joseph Antonio de Villaseñor y Sánchez con su *Theatro americano* de 1746, los *Gobernantes de México* de Manuel Rivera Cambas, y el *Diario de sucesos notables* de José Manuel de Castro. Termina esta etapa con la fecha de 1806 al señalar las composiciones del huichapeño Anastacio de Ochoa y Acuña. A propósito de este escritor y de otros personajes hidalguenses como Pedro Romero de Terreros, Ignacio Rodríguez Galván y Pedro María Anaya coloca a lo largo del texto varias fechas importantes de la vida de estos y sobre todo para hacer referencia, aunque breve de lo importante que era conocerlos. Esto le daría pie para armar sus posteriores libros de biografías.

Al referirse luego a los “Anales de la guerra de Independencia” buena parte de la información vertida está tomada de dos diarios: una del insurgente Ignacio López Rayón y otra del realista Alejandro Álvarez de Güitián. En varias ocasiones Manzano prefiere cederles la voz a estos hombres para referir los hechos acontecidos durante esta etapa en el actual estado de Hidalgo; para complementar esta parte retoma algunas referencias de autores como Niceto de Zamacois, Lucas Alamán o Carlos María de Bustamante. Volviendo a los diarios, pues son fuente de primera mano, la narración parece de los autores de los mismos pero en otros, parece parafrasearlos o asignarse él mismo quien relata el acontecimiento. Por ejemplo, toma del diario de Rayón el texto siguiente:

[1812] Octubre 18. Domingo. A las tres de la tarde se situó en una eminencia por la parte del poniente, a tiro de cañón, distante de Ixmiquilpan; se formó en ella el campo, y al mismo tiempo que S. E. examinaba con anteojo la fortificación de los pueblos, salió al abrigo de los poblados y muchos árboles que lo rodean, una partida de cien hombres que batieron y rechazaron a los nuestros, haciéndoles doce muertos, entre ellos un gachupín y un oficial llamado Félix Merino, y un prisionero, sin más desgracia de nuestra parte que haber herido en una pierna al Sr. Brigadier D. J. M. Villagrán. Al

ponerse el sol hicieron otra salida en que fueron rechazados con igual bizarría, aunque por su violenta retirada sólo tres quedaron en el campo. Por la noche se hizo fuego a una vigilancia enemiga, sin que ocurriese más novedad. *Diario de Rayón* (Manzano, 1922: 26).

Manzano al colocar la referencia completa busca no interferir en la idea planteada, ni sustraerla de su esencia. Además, ante la imposibilidad que otorga la gran cantidad de información prefiere mantener al margen las interpretaciones, no porque no haya sentido capacidad para realizarla sino porque consideró que sería entonces una obra interminable y más cuando abarcó un periodo largo, desde los primeros años en que se tiene registro de los hechos históricos en Hidalgo hasta el año en que fue publicada la obra. Asimismo podríamos creer que Manzano cumple de manera cabal aquella premisa rankeiana de que la historia sea la que hable; si bien es cierto que poco se atreve a opinar a lo largo de la obra, hay algunas efemérides en las que es posible leerlo a él, como ésta al referir un pronunciamiento de Manuel Montaña en los llanos de Apan en 1827 cuando solicita que el gobierno está facultado para disolver toda clase de reuniones secretas, que podrá renovar las secretarías y poner en los cargos a “hombres de reconocida probidad, virtud y mérito” (Manzano, 1922: 35) y expedir en tiempo los pasaportes para enviar al exilio con rumbo de Estados Unidos. Ante ello refiere con cierta desconfianza

Ya que de planes se trata diremos que con este nombre o con el de pronunciamientos que ha habido en nuestro país más de 100 planes. Algunos persiguen los mismos fines con algunas variantes, aunque sea de redacción.

No deberían formar parte de este libro; sin embargo, damos al fin una lista de ellos, por mera curiosidad histórica. Es seguro que faltan algunos otros porque nosotros hemos vivido formando planes que en el fondo no han tenido más objeto que quítate-tú-para-ponerme-yo. Sin embargo, todos dicen que se lanzan en busca de la felicidad no para ellos que la tienen de sobra sino para participar algo al pueblo. ¡Cuán felices seríamos si nos dejara ser desgraciados! (Manzano, 1922: 35).

En otros apartados vuelve a emitir una opinión como por ejemplo cuando refiere, durante la guerra de invasión estadounidense, el contraste entre los sacerdotes españoles Celedonio Domeco de Jarauta y José Antonio Martínez que

habían “errado la vocación” y defendieron la plaza de Zacualtipán nada menos que de los hijos del insurgente Julián Villagrán, quienes nacionalizados estadounidenses, combatieron al que fuera el país de sus ancestros (Manzano, 1922: 39). El contraste es mayor, dice Manzano, porque dos “villagranes” mexicanos se han convertido en yanquis mientras que dos españoles ahora defienden la causa del país que los arropó; Manzano también se permite cuestionar a los supuestos libertadores como cuando uno de nombre Antonio Carbajal lleva a cabo la excomunión del convento de San Francisco de Pachuca llevándose consigo los libros y el archivo que poseía valiosos documentos; y Manzano atina a decir: “¡Cuántas cosas se han perdido en el país por tanto libertador!”(Manzano, 1922: 39).

Como se dijo en el primer capítulo fue común asociar a la historia con la geografía y la estadística. Los autores del siglo XIX sabían de antemano que para estudiar una ciudad o un estado era necesario entender el espacio en el que se situaba; de la misma forma, para comprender los sucesos históricos en un determinado lugar, no podía ser menos que estudiar en primer lugar los accidentes físicos que la conformaban. Fue por esa razón que el profesor Teodomiro Manzano inició su primera obra relativa a la *Geografía del estado de Hidalgo*; a su vez, también se encargó de elaborar otros trabajos relativos a esta disciplina, pero de manera general.

En este libro se plantea el proyecto futuro del tilcuauteco, un conocimiento pleno de un espacio, delimitado en una división administrativa como lo es una entidad federativa. Todos los elementos de este libro se conjuntan tanto en la geografía física como en la geografía económica. En primer lugar, refiere su situación geográfica dentro de México, su extensión, límites y división territorial; luego a través de lecciones explica de manera separada la orografía, las llanuras, las grutas, las cuencas, la hidrografía, las lagunas, las cascadas, las aguas termales, el clima, los productos naturales, la flora y la fauna y los minerales.

En la *Geografía* está claramente el trabajo de campo para poder obtener dichos datos, aunque también se infiere que los haya tomado de algún informe oficial previo. Hasta el momento se desconoce qué lugares habría visitado. Hay pistas para saber sólo de unos cuantos, sin embargo, al hacer la descripción de

cada uno de estos rubros se comprende que tuvo a bien ubicarlos en un mapa. Para Manzano y en general dentro de la enseñanza de la Geografía, el material más recurrido es la cartografía. Mucho aplaude el profesor Manzano que en las ediciones posteriores a la primera hayan podido incluirse los mapas del estado.

Al hablar de la geografía económica, esto es, el valor de la propiedad, los ramos de la agricultura, la industria manufacturera y la minería. así como las vías de comunicación hace referencia a que Pachuca, por ejemplo, aun siendo minero guarda también alguna proporción para el cultivo; respecto a la ganadería dice que ésta sólo se desarrolla en Huejutla. Pero lo que interesa en este libro es el estudio de cada uno de los distritos del estado, antes no se consideraban regiones geoculturales como ahora, sino por divisiones políticas, y aprovecha para mencionar aspectos más específicos de los distritos, así como los rubros de gobierno, educación pública, población y religión. Pero, sobre todo, el hilo conductor de toda su obra en conjunto es sin duda la parte histórica la cual se limita a las fechas de fundación de pueblos, algunos datos aislados de referencia obligada y los personajes notables del distrito. Con esto último podemos observar que los intereses temáticos de Manzano van en referencia tanto a retratar el perfil de los hombres ilustres de Hidalgo y al mismo tiempo encontrar todos los datos posibles de los pueblos.

Complemento, necesario para su tarea educativa es la publicación de la *Historia del estado de Hidalgo*. El formato, propio de sus textos escolares es dividir el texto por lecciones y mediante párrafos numerados que hacen recordar las breves fichas que componen a los *Anales*. La división cronológica es la misma que utilizó al tratar la historia de México: época antigua que refiere a los toltecas, chichimecas, aztecas y al señorío de Metztitlán; la época colonial en el cual hace mención de la vida política en el virreinato a través de las encomiendas y el descubrimiento y explotación de las minas. En cuanto a la guerra de Independencia lo divide en varias lecciones, los inicios, el gobierno de Calleja, la intimación de la villa de Huichapan y luego el México independiente. En esa continuidad cronológica llega a los tiempos actuales, para él 1934 año de edición, en el que habla de aspectos que él pudo ver de cerca como la aprehensión del primer obispo de la diócesis de Huejutla José de

Jesús Manríquez y Zárate durante la revolución cristera. Influidos por la historia documentalista del siglo XIX, coloca al final un apartado con lecturas de decretos como los del tiempo del coronel Juan C. Doria, algunas cartas del insurgente José María Anaya y del realista Luvián y una relación de presidentes municipales de Pachuca y de gobernadores del estado. Otro de los intereses temáticos de Manzano era el retrato de la vida hidalguense a través de la historia política con los gobernadores y un tanto la vida cotidiana. Tanto en la *Geografía* como en la *Historia*, aunque más en la primera algunos referentes estadísticos como población, producción maderera y agrícola y las altitudes de las cabeceras municipales.

Opiniones a su obra

Todo lo anterior hizo que a Manzano se le atribuyera el calificativo de “primer cronista del estado de Hidalgo”, si bien es cierto que Manzano no hizo crónica propiamente, sí fue su interés, ha quedado claro, dar a conocer al estado de Hidalgo como él mismo manifestó; sin embargo, fue inevitable para él tener una inclinación al entorno más próximo que tuvo toda su vida: el distrito minero de Pachuca conocido ahora como la Comarca Minera. Aunque se tiene noticia de haber trabajado con monografías de Tula, Tulancingo y Huichapan, lo cierto es que esta serie la consagró a Pachuca, Mineral del Monte y Mineral del Chico.

Decía Edward H. Carr que un historiador irremediadamente es selectivo y que no puede haber historia si el autor no llega a establecer contacto con aquellos de quienes escribe (Carr: 2001: 33). Es así como actuó Manzano. Como se indicó en líneas anteriores, las monografías de estos pueblos fueron a petición del Club Rotario de Pachuca. Más allá de ello, el tema de la minería se perfilaba con fuerza para los estudios históricos. Era el rubro económico al que mayor apuesta se le hacía incluso desde que México fue Nueva España. Mineral del Monte, la tierra natal de su padre no podía pasar desapercibida por su lente historiador, al contrario, le dedicó una buena serie de datos casi todos enfocados a los trabajos de Pedro Romero de Terreros con la veta Vizcaína y el tumulto de los obreros, así como las andanzas de los ingleses por estas tierras.

Manzano no podía concebir la historia de estos pueblos sin la minería: “Hay pueblos como los de Pachuca, Mineral del Monte, Atotonilco el Chico y en general todos los minerales, que deben su prosperidad o su decadencia a la riqueza o pobreza de sus minas. De modo que hacer la historia de esos lugares, es hacer la historia de sus minas” (Manzano, 1930: 1). Esta idea prevaleció al grado de que autores posteriores como Isaac Piña Pérez o Nicolás Soto Oliver concluyeran que de no haber sido por las minas, Pachuca probablemente no hubiera adquirido siquiera el rango de pueblo o villorrio (Piña Pérez, 1968; Soto Oliver, s/f). Otro argumento para explicar a Pachuca como capital fue por la explotación de la mina de Rosario en 1851 lo cual atrajo a un buen número de trabajadores lo que hizo que las regiones adyacentes de Actopan y Tulancingo, centraran sus exportaciones hacia este distrito minero (Romero, 1865: 79; Lugo Pérez, 1997: 142).

Las monografías de esta región minera trajeron como resultado que, con el tiempo, los principales estudios históricos en el estado se volcarán no sólo al tema de la explotación minera como tendencia temática sino también que, al ser la región con mayor producción historiográfica, la mayoría de los trabajos tuvieran una amplia concentración en ella. Además, es cierto que la capital es el referente económico, político, educativo y cultural de toda la entidad y a ella concurren todos los ramos de la administración y el gobierno; los accesos a bibliotecas o centros de estudios superiores radicaron desde su creación en Pachuca.

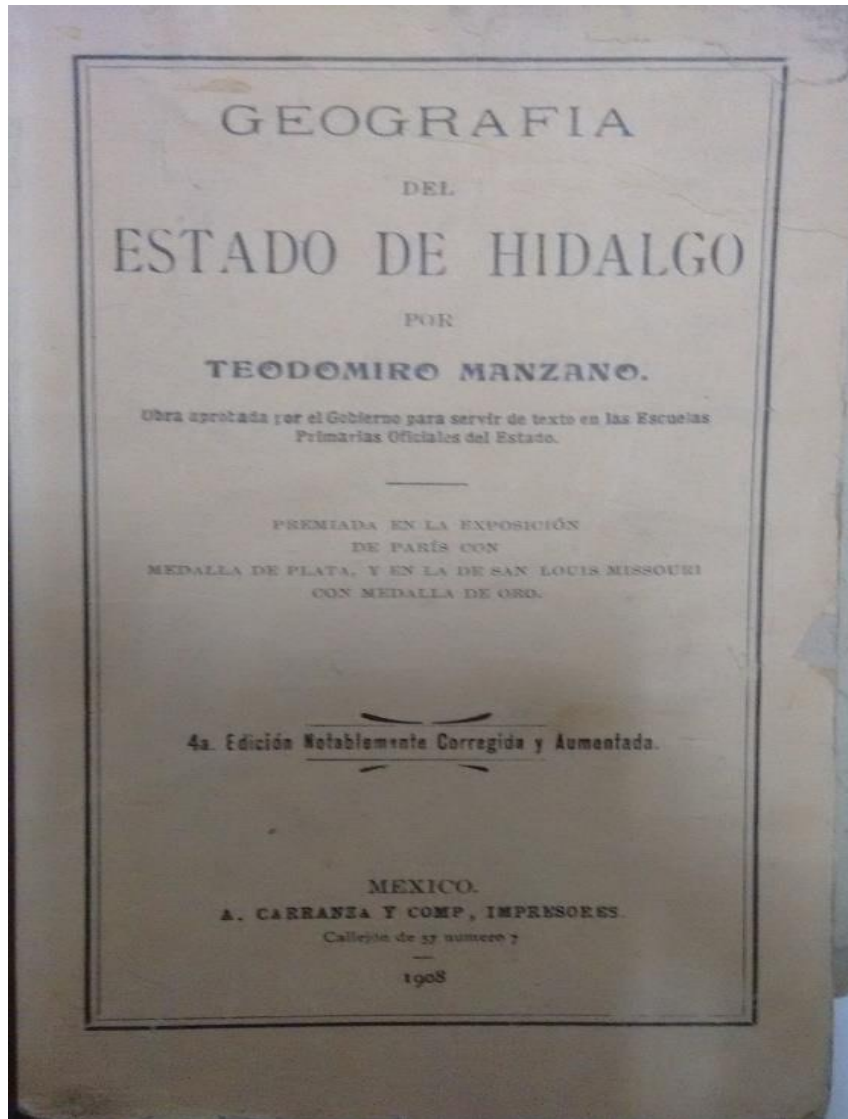
En la monografía de esta población hace referencia a que “la literatura, las ciencias, las artes, la beneficencia, están representadas por hombres verdaderamente notables que han dado honor no sólo a la tierra en que nacieron sino a la nación entera.” Gracias a esta pista es posible detectar otro gran interés de Manzano en biografar a los hombres ilustres de Hidalgo. Durante 1922 a 1924, a la par de los *Anales* realizó una serie de cuadernillos dedicados a Pedro María Anaya, Manuel Fernando Soto, y en uno solo a José María Rodríguez y Cos y Nicolás García de San Vicente; luego en *Historia de la educación en el estado de Hidalgo*, dedicó otras biografías a Ramón Manterola y Francisco César Morales. No hay propiamente una diferencia sustancial entre *Biografías de hidalguenses distinguidos* y el *Diccionario biográfico del estado de Hidalgo*. Por lo general son

monografías breves y en todas haciendo elogio de los personajes retratados pues “los hijos del estado de Hidalgo, con indiscutibles méritos y relevantes virtudes, se debe el buen nombre de esta porción del país, y fuerza es darlos a conocer para que la historia y la posteridad recojan sus hechos y veneren su memoria (Manzano, 1948a: 5).”

Los *Anales*, por ejemplo, son considerados como consulta obligada para quien ejerza la investigación histórica de la entidad como lo ponderan Lau y Sepúlveda. Estas autoras definen los *Anales* como una laboriosa recopilación histórica en la que el autor clasifica los datos de forma cronológica. Le otorgan el mérito de haber rescatado tantas referencias relativas a la entidad como le fue posible a pesar de las varias inexactitudes de información que contiene (Jaivén y Sepúlveda, 1991:35). Destacan, asimismo, igual que Ballesteros, la enorme oportunidad que tuvo el autor de consultar fuentes primarias ya inexistentes o de difícil acceso así como de anexar documentos importantes para comprender la historia del estado. En cuanto a la *Geografía*, refieren que el texto refleja la preocupación del autor por proveer a las escuelas de un texto que describiera al estado: límites, extensión, accidentes geográficos, clima, producción; agricultura, industria, minería, vías de comunicación; gobierno, población, poderes, educación. Señalan que en su apartado sobre los distritos incluye información política e histórica. La definen como una obra sencilla, sin grandes pretensiones pero que da una idea global de lo que era la entidad en cada uno de los años en que fue reimpressa la obra donde se añadían nuevos datos.

Para *Historia de la educación primaria* comentan, que es un libro fundamental para conocer el desarrollo y los problemas educativos de la entidad; un libro bien trabajado en su primera parte puesto que la segunda parte ya está organizada de manera cronológica, año por año. En cuanto a la *Monografía del Instituto...*, Ballesteros le asigna el carácter de crónica, pues Manzano así lo argumenta, vivió cerca de los acontecimientos que relata, así la define como la primera historia de esta institución. Advierte la ausencia de un aparato crítico, pero aplaude la inclusión de los discursos pronunciados, y comentan como imprescindible la lectura de su obra para profundizar en el estudio de la historia de la educación en la entidad. Aun

además que fue testigo de buena parte de los hechos que registra. Y como hombre de su época tuvo una postura clara respecto a la ideología política liberal a la que más allá de ser crítico, hace algunas apologías. La obra de Teodomiro Manzano marca el inicio y evolución de la primera etapa de la historiografía hidalguense, de una historiografía documentalista y decimonónica a la científica e institucionalizada.



Fotografía 15. Los primeros libros de Manzano dedicados al estado de Hidalgo sirvieron como libros de texto para sus estudiantes. Fuente: colección José Eduardo Cruz Beltrán



Fotografía 16. Teodomiro Manzano con un grupo de docentes entre las que destaca a su lado derecho María Hazas. Colección: Juan Manuel Menes Llaguno

PROF. TEODOMIRO MANZANO C.

DICCIONARIO BIOGRAFICO DEL EDO. DE HIDALGO

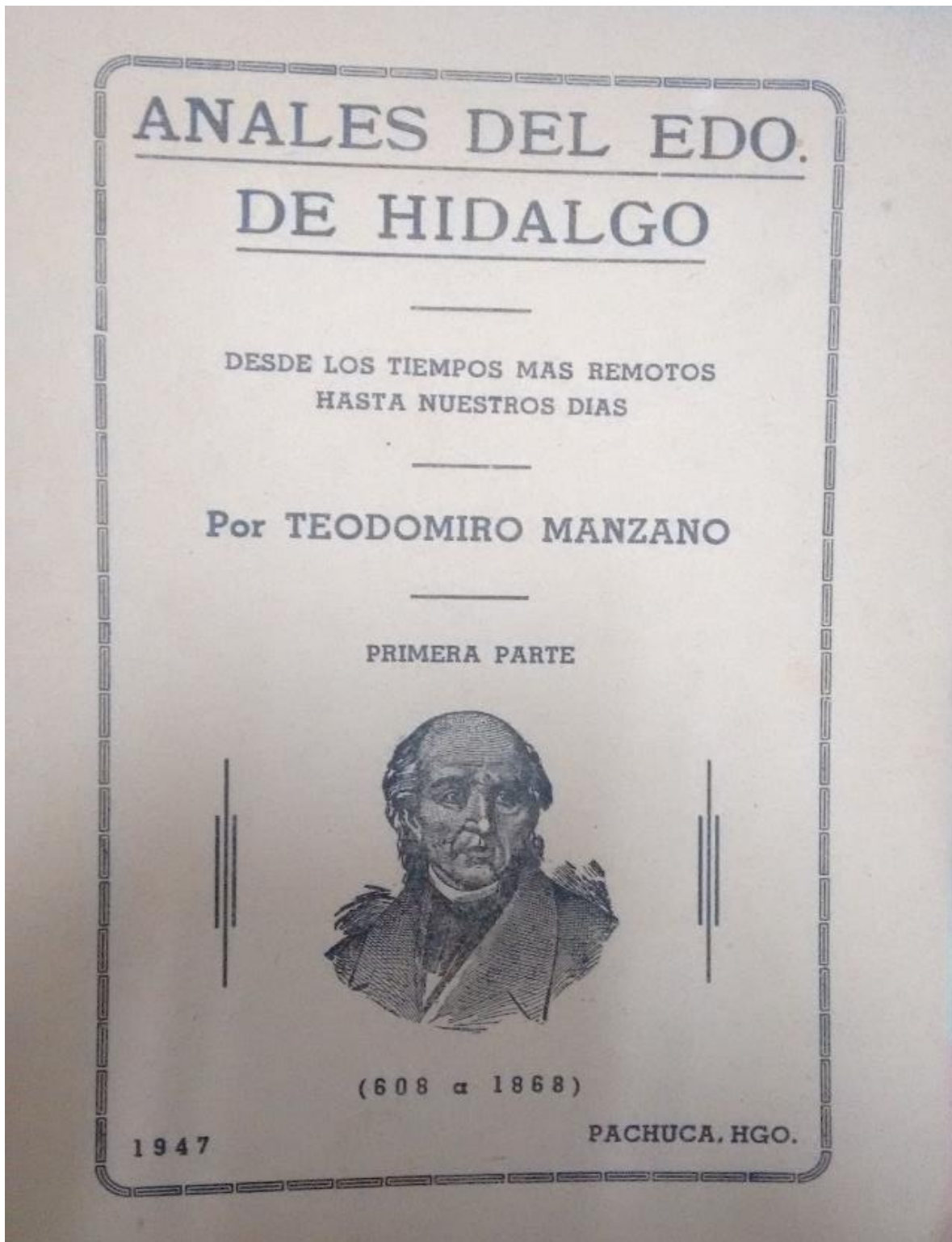


PACHUCA DE SOTO, HGO.

1948.

Fotografía 17. El proyecto más ambicioso de Manzano fue reunir en diccionarios toda la información relativa al estado de Hidalgo. El proyecto, hasta hoy, permanece inconcluso.

Fuente: biblioteca Francisco Xavier Clavijero, Universidad Iberoamericana.



Fotografía 18. *Anales del estado de Hidalgo* constituyó la fuente de información más importante en la historiografía temprana del estado de Hidalgo. Fuente: colección José Eduardo Cruz Beltrán.

Anales del Estado de Hidalgo

SEGUNDA PARTE

- 1869 -

Enero 8. Viernes. Llega a Pachuca la noticia de que el Congreso de la Unión designará a Actopan para ser la Capital del Estado de Hidalgo que se erigirá, como fue en 1861 Capital del Segundo Distrito Militar del Estado de México: Se dice que el Congreso hará tal designación para alejar al Gobierno del nuevo Estado de la influencia que sobre él pudiera tener la poderosa Compañía Minera del Real del Monte y Pachuca. Actopan carece de elementos de vida y de edificios para las oficinas del Gobierno. Por esta razón en 1861 las autoridades tuvieron que trasladarse a Pachuca.

Enero 8. Viernes. Es plagiado en el Mineral del Monte el Sr. D. Agustín Ortuño.

Se cree que lo tienen secuestrado en el cercano cerro del Guajolote.

Enero 9. Sábado. Celoso el Gobierno del Estado de Méjico por lo adelantado de los trabajos para la erección del Estado de Hidalgo, manda recoger una imprenta que había en Pachuca comprada por el Gobierno del Segundo Distrito Militar. Varios particulares ofrecieron subscribirse para comprar otra imprenta.

Enero 9. Sábado. Llegan a las Haciendas de San Javier y Casa Blanca las fuerzas del Gral. Eguluz para perseguir a los bandoleros que con el nombre de libertadores hay en esta región. Los vecinos han solicitado armas para ayudar a la persecución de los bandidos.

Enero 10. Domingo. Se comunica a Méjico que más de cuarenta pueblos del actual Estado de Hidalgo, en su mayor parte del distrito de Pachuca, se han levantado en armas pidiendo que les sean devueltos algunos terrenos que les han quitado.

- 5 -

Fotografía 19. "Cuando comencé a reunir datos relativos a nuestra historia, no creí que podía llegar a tantos, más de 2000". Fuente: colección José Eduardo Cruz Beltrán.

CAPÍTULO VII
ANÁLISIS Y PLANTEAMIENTO DE LA TESIS. PERSPECTIVAS
PARA EL SIGLO XX

CON LA revisión de la obra de estos cuatro autores, se ha intentado esbozar el inicio de la historiografía hidalguense. Su selección respondió a la notoria circulación de sus trabajos en épocas recientes. Esto permite considerarlos a partir del impacto en los medios académicos, como se ha referido, que son de autores vigentes. Una prueba son las reediciones que se han hecho de sus libros y estudios.

Si hemos querido apelar a la reflexión del quehacer científico, sobre la disciplina que fuera, ha sido necesario hacer una retrospectiva para conocer las inquietudes intelectuales de los autores. Encontramos personajes muy comprometidos con la historia y que, con limitaciones propias de la época y las circunstancias de su momento, como escasez de fuentes de información, un discrecional apego a técnicas de investigación documental o a criterios teórico-metodológicos hoy ya muy definidos y aceptados, hicieron un esfuerzo, a partir de su iniciativa personal, por dejar registrados los acontecimientos del estado de Hidalgo.

Fueron hombres instruidos, que leían y escribían textos con aceptable estructura y con datos cotejados como les fue posible hacerlos. La discrepancia encontrada fue en su manera de ver la historia, que además formaba parte de la forma de ver a su país y su realidad. Las distintas trayectorias y las circunstancias que vivieron, hicieron que los autores estudiados no hayan coincidido del todo. Sus intenciones de escribir la historia local fueron distintas; en Escandón se verá un apego a la política del Estado, en Anaya y Andrade la defensa de la Iglesia frente a los embates ideológicos a los que fue sometida, y en Manzano la necesidad de brindar materiales educativos a sus estudiantes.

Cada uno de ellos se trazó un propósito distinto. Usaron diversas fuentes y sólo en algunas coincidían, como lo fue en los informes oficiales o los periódicos que por entonces circulaban. Ninguno trató un tema específico, sino que sus obras tuvieron un radio geográfico amplio. Otros se acercaron más a las poblaciones, pero en ellos permeó la importancia de hacerse de ciencias auxiliares. Por ello, en este apartado se abordan sus obras en conjunto y cómo estas caracterizaron el pensamiento histórico del estado de Hidalgo a principios del siglo xx. Si ha podido advertirse, la distribución de la presente tesis tiene un patrón cronológico. Ha partido

desde los primeros textos que refieren una postura historiográfica respecto al estado de Hidalgo hasta los que indican la ruptura con el paradigma decimonónico, documentalista y precientífico hasta la posterior institucionalización.

Comenzaremos por Luis A. Escandón. Vemos en él a un personaje que hasta hoy ha sido poco estudiado. La rareza de encontrar sus obras, una muerte prematura que le impidió continuar sus proyectos, la falta de comprensión a sus hallazgos, en su momento, hizo que Escandón pasara casi a un olvido absoluto. El trabajo presentado por Enrique Rivas Paniagua en 2006 respecto a este personaje, así como ver que la principal obra de Escandón, expuesta en Chicago en 1893, estaba en Pachuca motivó a estudiarlo a fondo. En el periodista de origen michoacano encontramos el prototipo de lo que en el futuro habría de llamarse etnohistoriador. Comparó con los vestigios del pasado, en especial con sus trabajos en la Huasteca, el culto a la sexualidad humana que todavía alcanzó a ver en rituales de los indígenas de Yahualica. Hoy puede llamársele también un indigenista. Veía en los mesoamericanos, como los toltecas, un ejemplo de cultura y civilización.

La reunión de sus obras, tanto las referidas a Tula e Ixmiquilpan que fueron publicadas, el manuscrito de etnología y arqueología, así como sus diversas entregas periodísticas acerca de temas hidalguenses permitió darnos una idea de cómo entendía la historia del estado de Hidalgo. En esta tesis se asume que Luis A. Escandón fue el iniciador formal de la historiografía hidalguense. Sus trabajos, aunque de un ámbito regional acotado, tenían una proyección mayor: escribir la historia, acompañada de la geografía y la estadística, de cada uno de los distritos que integraban el estado de Hidalgo. El propio Ireneo Paz, hombre de amplia cultura en aquella época y allegado a Porfirio Díaz, lo confirma en algunas de sus palabras preliminares a los libros de Escandón quien, hay que decirlo, tuvo un carácter abierto y entusiasta. Reconocía sus limitaciones profesionales en el terreno de la arqueología, que por lo demás también se encontraba en ciernes, y sin embargo, su ejercicio en el periodismo da cuenta de un hombre serio y profesional.

Es cierto que tuvo un respeto al gobierno hidalguense con el cual sentía deuda, y esto influyó en que algunos de sus textos fueran apologéticos al régimen de los Cravioto y por extensión al del presidente Díaz. Ellos le guardaban consideraciones

y confianza, motivo por el cual tuvo amplio apoyo para llevar a cabo sus investigaciones. Tampoco hay que olvidar de él su afición por el excursionismo, cualidad necesaria, como lo es la curiosidad, en el oficio de historiar.

El segundo autor estudiado fue el sacerdote Vicente de P. Andrade. En él encontramos la definición de bibliofilia, el amor por los libros. Hay además otro afecto: a la historia. Vicente de Paula Andrade supo congeniar sus dos grandes pasiones, que superaron en mucho su tambaleante vocación eclesiástica, y pudo hacerse de un respetable lugar en la historiografía mexicana. Andrade tuvo desde tierna infancia las condiciones idóneas para convertirse en un bibliógrafo e historiador. La influencia del tío poseedor de una magnífica biblioteca y de una librería. Su participación en tertulias a las que asistía el ameritado Joaquín García Icazbalceta y el contacto que en adelante tuvo con sociedades científicas y con acervos parroquiales, fue de suma importancia para acrecentar el proyecto de una historia eclesiástica mexicana que iba en franco paralelismo a la historia que entonces escribían los liberales en *México a través de los siglos*.

De Icazbalceta aprendió no sólo la forma de concebir la historia sino al mismo tiempo parte de su ideología. Andrade maduró la idea de conciliar. De no usar la pluma como espada al momento de hacer historia, no con el concepto moderno que tenemos respecto a explicar, comprender, ser crítico, de interrogar. Además, no había necesidad de hacerlo pues el régimen de Díaz se había manifestado al respecto por la Iglesia, aunque al mismo tiempo dio paso al establecimiento de otras formas de culto. Andrade vio la oportunidad para defender al catolicismo y asumió en el periodo virreinal el fermento de la nacionalidad mexicana, como también lo concebía Icazbalceta quien además se había opuesto al positivismo. Ese interés lo llevó por caminos insospechados como el de las apariciones guadalupanas donde fue severamente censurado. Esto lo motivó también a poner atención más a los datos y a las fuentes que a las interpretaciones.

De los autores estudiados, Andrade fue el primero en ser traído a la época contemporánea a través de Juan Manuel Menes en 1986. Respecto a los textos elaborados para el estado de Hidalgo, y por extensión a los de Huauchinango y Zacatlán, con fuertes vínculos con Tulancingo, fueron circunstanciales en Andrade.

La familia paterna fue originaria de Apan, uno de sus maestros fue originario de Alfajayucan, su encomienda en Pachuca para fundar otra parroquia y la amistad con Canuto E. Anaya para llevar a cabo los textos de los pueblos poblanos fueron los motivos por los cuales decidió incursionar en la entidad. En todos ellos pudo apreciarse de manera implícita su idea de la historia. A él puede atribuírsele, como contribución suya, el interés de los historiadores regionales por Pachuca, la capital.

En relación con el también sacerdote Canuto E. Anaya, autor de una obra multicitada a lo largo del siglo veinte por los historiadores locales, fue sin embargo un personaje del que poco se sabía. Si bien existía como dato su origen molanguero, la escasez de información al respecto sólo podía ser proporcionada a través de su obra y de los personajes de quien se rodeó. Al estudiar la obra del padre Anaya podemos inferir la importancia del ambiente intelectual en la producción historiográfica. Un autor que creció en los círculos más devotos de un pueblo serrano y admirando el trabajo de un evangelizador como lo fue fray Antonio de Roa. No podemos soslayar, en este punto, la influencia de la filosofía agustina en Anaya respecto a una vida de pocos lujos, de modestia y servicio al prójimo. Anaya nunca se jactó de ser un hombre dotado de cualidades extraordinarias, mucho menos en el ejercicio de la historia; esto puede explicar en buena parte su preferencia por la reunión de datos y documentos en espera de un historiador más capacitado que él.

Sin embargo, las razones de Anaya van más allá pues su historiografía, conservadora, promulgó una defensa de la Iglesia católica ante la masonería y el protestantismo que comenzaba a llegar al estado de Hidalgo. La diócesis, como en tiempos de la Reforma, se veía amenazada. Por si fuera poco, la tolvenera promovida por la Revolución hizo que muchos templos y sus respectivos archivos parroquiales fueran destruidos como sucedió con la biblioteca del seminario de Tulancingo y del convento de Molango. Anaya sintió la necesidad de dar a conocer la información de estos recintos antes de perderla para siempre.

Es cierto que Anaya tuvo como objetivo dejar un legado a futuras generaciones. Bien puede considerarse una historiografía sesgada por cuanto el

interés en resaltar cuestiones eclesiásticas frente al laicismo. Sin dejar de lado su trabajo como párroco, es importante destacar su sincera vocación por la historia.

La trascendencia que ha tenido su obra hizo necesaria una reimpresión. Faltó quizá el estudio analítico de su obra y de su trayectoria de vida pues en ello mucho se explica de cómo concibió la historia y cómo vio en la historia no sólo una disciplina sino un testimonio para tanta información que vio morir por el fuego revolucionario. El aporte de su trabajo fue brindar información sustancial de un buen número de poblaciones de los actuales estados de Puebla, Veracruz e Hidalgo.

El estudio finaliza con Teodomiro Manzano Campero. La obra del profesor tilcuauteco Teodomiro Manzano transcurre todo el periodo seleccionado en este trabajo, desde 1892, año en que aparece su primer libro, la *Geografía del estado de Hidalgo*, hasta 1940, y que incluso traspasa ese año, pues su muerte tuvo verificativo en 1954, año también de su obra póstuma, *Historia de la educación primaria en el estado de Hidalgo*. La producción historiográfica de Manzano trascendió a la de los otros autores estudiados: Escandón murió en 1895, Andrade en 1915; aunque no se sabe con certeza el deceso de Anaya, salvo por los trabajos de Tulancingo, Huauchinango y Molango, no se tiene noticia de otro trabajo más allá de 1950, lo que convierte a Teodomiro Manzano no en el primer y único historiador hidalguense pero sí, sin duda, en el más prolífico.

Si con alguien hubo una intencionalidad bien perfilada fue con este personaje. Sus trabajos persiguieron un fin educativo en primera instancia. Es cierto que estos trabajos de carácter escolar, pensados para estudiantes, han tenido otro uso social: son una importante fuente de información para los historiadores actuales y es un paso obligado en investigaciones sobre la historia local. Los contactos con personajes del momento desde su formación fueron trascendentales. En el plano intelectual sus maestros Fuentes y Bravo, así como el de Antonio Peñafiel; en el plano político, el liberalismo de su padre y el reconocimiento que este tuvo por el tulancingueño Manuel Fernando Soto, al grado de dedicarle una de sus biografías como el principal creador del estado de Hidalgo. No sería aventurado pensar que Manzano, nacido apenas tres años antes de 1869, haya buscado en la historia de la entidad la suya propia.

En esta tesis se revela que más allá de la pretensión científica que buscaron los autores con sus obras, juega un papel muy importante los caracteres afectivos a cierta localidad, a la profesión, a las personas que detentan fuera el poder laico o eclesiástico, la influencia de lecturas y maestros, de amistades. Todo ello contribuye a formar su posición e ideología personal en la escritura de la historia

La historiografía hidalguense y su implicación ideológica

Uno de los planteamientos que en un principio pretendía este trabajo fue el de identificar una implicación ideológica en la escritura de la historia. La revisión de la obra de los autores seleccionados, así como de varios aspectos de su trayectoria de vida, muestra su clara inclinación por las dos ideologías imperantes de la época. Si bien ya habían quedado atrás los conflictos entre liberales y conservadores, quedó de ellos parte de su herencia al momento de escribir historia. Al momento del análisis historiográfico se partió del supuesto en el cual, aun cuando dijera ser imparcial un escritor, en realidad no lo era en absoluto. Con base en los resultados puede plantearse que, en los inicios de la historiografía regional hidalguense, el pensamiento liberal estuvo en manos de Luis A. Escandón y de Teodomiro Manzano; en tanto el pensamiento conservador encontró cauce en la obra de Vicente de Paula Andrade y Canuto E. Anaya.

Hayden White sostuvo que una forma de comprender una obra historiográfica era a través de una explicación por implicación ideológica, entendida la ideología como una posición frente al mundo. White hacía ver a través de la lectura de *Ideology and utopia: an introduction to the sociology of knowledge* que la trama histórica podía explicarse desde cuatro posiciones ideológicas: conservador, liberal, anarquista y radical (White, 2015: 32). Michel de Certeau hacía lo propio cuando señalaba que la historia tenía una estrecha relación con la ideología en términos de la producción escrita (De Certeau, 1993: 68). No sería extraño que al hablar de liberales y conservadores hiciera referencia al siglo XIX, el siglo que estudió. Es cierto también que estos conceptos europeos, de donde él los toma, no hayan tenido, en sentido estricto, una aplicabilidad en el medio mexicano; sin embargo,

hay ciertas concordancias, si no en los sentidos amplios de cada término, sí en cuanto a los modos de escribir historia.

Para comenzar, White hace referencia a que más allá de ser partidos políticos, lo conservador y lo liberal era ante todo un sistema de valores que al ser públicos ya los sometía al debate entre sí pues representaban diferentes actitudes respecto a la sociedad. Advierte también, y de aquí partimos para entender a los historiadores regionales, que esa posición ideológica no siempre es consciente (White, 2015: 33-34). Los cuatro autores estudiados aquí no hicieron un abierto llamado a tomar ciertas banderas; sería más sencillo si se tratara de argumentaciones al estilo de Lucas Alamán para los conservadores o José María Luis Mora para los liberales, quienes en su obra no sólo expusieron el desarrollo histórico de México, sino que al hacerlo, contribuyeron a orientar el programa político de cada bando. Para el caso de nuestros historiadores regionales hubo que recurrir a las trayectorias de vida, a las redes con quienes tuvieron contacto, a sus influencias intelectuales y sobre todo, a los temas que abordaron.

En algunas líneas de este trabajo fue señalado que las primeras notas historiográficas para Hidalgo fueron a escasos veinte años de haberse fundado, que estas provenían del ambiente liberal de la época, escritas por liberales porfiristas y con referencias propias de la concepción liberal de la época respecto a encontrar en el pasado indígena la idea en torno a la integración de México como nación. El mismo estado de Hidalgo fue configurado a partir de la iniciativa liberal, y la lucha legislativa por su creación estuvo en medio de la pugna entre liberales y conservadores; aunque Escandón centró sus esfuerzos en comprender a toltecas y otomíes habló de la creación del estado, en tanto en Manzano, gracias a las efemérides, da detalle, casi día por día, de los pormenores suscitados en el Congreso federal. Respecto a Andrade, apenas lo menciona en unas cuantas líneas por ser Pachuca nombrada como capital, mientras que Anaya ni siquiera hace mención de ello al hablar de esta población.

Con Anaya se comprende parte del pensamiento conservador respecto a la historia. Para el grupo afín a esta ideología, el trasfondo de la nación mexicana se hallaba en lo hispánico y el orden virreinal que dotó de fuerza y estabilidad a la

Nueva España. Luego, el partido conservador sentó sus bases en los terratenientes y la Iglesia católica. Anaya atiende cada uno de los pueblos hidalguenses, veracruzanos y poblanos a partir de la fundación hecha por los españoles y en especial por el establecimiento de las órdenes mendicantes. Si bien da algunas noticias sobre sitios arqueológicos, éstos no ocupan parte fundamental, y sólo son vistos como tales sin abundar en detalles históricos, salvo una descripción arqueológica mínima. El título mismo de su principal obra exhibe claramente su postura ideológica: hace la historia de una diócesis; poco habló Anaya de Hidalgo como entidad federativa a diferencia de Manzano o Escandón que elogiaron las riquezas de la misma.

No sería extraño hallar correspondencias entre la implicación ideológica con las obras historiográficas y con el lugar, todo como objeto de estudio. Mucho se ha especulado, en artículos de divulgación sobre todo, y algunas obras al respecto, acerca del establecimiento de la capital del estado de Hidalgo. Pachuca se tenía como afecta al grupo liberal, en tanto Tulancingo hacia el bando conservador. Dado que en efecto lo fueron, la historiografía existente se basó en estas afirmaciones para explicar que la segunda población, por ser afecta al Imperio —como lo hizo patente José Luis Blasio en *Maximiliano Íntimo*—, por ser la sede de un obispado, y porque su primer obispo, Juan Bautista Ormaechea por estar comprometido con el proyecto imperial —aunque para 1869 se encontraba exiliado por lo cual no representaba ese supuesto peligro para el liberalismo como lo manifiesta dicha historiografía—, no mereció la categoría de capital aun cuando desde 1824 era capital del distrito al cual estaba subordinada la ciudad de Pachuca. En este sentido, Anaya, orientado a la historia conservadora, y específicamente eclesiástica, tuvo como objeto de estudio a Tulancingo, población que se manifestó afecta a dicha ideología. Por su parte, Teodomiro Manzano, de tendencia liberal —cuyo padre fue muy cercano a otro liberal, Manuel Fernando Soto— dedicó sus trabajos a una población liberal como lo fue Pachuca.

Los lugares desde donde se detentó el poder también jugaron un papel importante. La presencia de Vicente de Paula en las sociedades científicas y literarias a las que perteneció, en mucho contribuyeron a su prestigio como erudito.

El contacto de opiniones con otros intelectuales de raíces semejantes es decisivo. El acercamiento que éste tuvo al dirigirse a una sede episcopal como Tulancingo, que desde su creación fue de las más importantes por su amplio territorio y por su cercanía a la capital del país, le permitió tener relación con sus obispos y a la par, a Canuto Anaya le permitió también entrar en el círculo intelectual al poder colaborar desde la Ciudad de México. Ello permite considerar que la centralización de la vida intelectual corre paralela a la centralización de la vida política.

Para el caso de Hidalgo esta centralización no fue tan radical pues como se vio, los estudios realizados por hombres como Anaya, Escandón y Manzano más bien refieren a toda una extensión política, sea un obispado o una entidad federativa. En el caso de Andrade, la centralización habría de reflejarse en sentido estricto a la capital del estado, Pachuca, aunque ya para entonces había llevado a cabo otros trabajos para Apan y Alfajayucan. Esto, sin duda, debe recalcarse en tanto una capital tiene ventajas educativas y culturales y por otra parte hay un contacto más directo con los gobiernos; sin embargo, al existir una cierta descentralización en los estudios, estos intelectuales pudieron tener una perspectiva más amplia de los problemas de la sociedad hidalguense y sobre todo la necesidad de comunicar esos problemas a la misma. Es entonces que la élite intelectual se comprende en tanto su forma de organizarse, cómo se liga a los sistemas educativos y cómo se relaciona con la vida política, pero también su manera de relacionarse en lo económico y en lo social.

A diferencia de Andrade, el molangueño Canuto E. Anaya quién a pesar de continuar la misma tendencia historiográfica empirista a no tomar posición de uno u otro acontecimiento muestra atisbos de una escritura conservadora y por momentos rayando en lo beligerante; Andrade busca a toda costa evitarlo y en la gran mayoría de los casos lo logra, y ello no permite al lector ubicarlo de manera fácil en un posicionamiento ideológico específico. De ahí la importancia de la revisión de otros materiales suyos, ya que en las *Efemérides pachuqueñas* no es claro para revelar su pensamiento respecto a la forma de hacer historia y en el que se confirma ese aire conciliador y al mismo tiempo su profunda inquietud por el conocimiento.

Andrade mantuvo una posición más moderada, que incluso lo llevó a tener cierto contacto con el gabinete del presidente Díaz lo cual refleja cierta tolerancia para la Iglesia por parte del Estado después de haberse llevado a efecto la Reforma y haber sido relevada de su carácter de religión oficial (O'Dogherty, 2009: 363). La misma historiografía fue relevando al conservadurismo como aquel detentador del progreso, como realmente lo fue, aunque con una actitud menos radical que el liberalismo, lo que trajo como resultado que fuera poco estudiado y además visto con un dejo peyorativo y estereotipado (Rodríguez Piña, 2007: 338). Tanto liberalismo como conservadurismo, impregnados en la historiografía regional estudiada, no estaban dentro del concepto de Reforma. Mientras el conservadurismo postulaba en términos generales la defensa del régimen colonial español, el conservadurismo de principios del siglo XX, evolucionó hacia cierta oposición por la democracia popular y en la historiografía derivó en el nacionalismo hispanófilo, defensor de la Iglesia católica pero también de la defensa del legado cultural y espiritual español cuya herencia se hizo presente en la historia mexicana (Urías Horcasitas, 2010: 194). En tanto, el liberalismo de la Reforma evolucionaba en la historiografía hacia la influencia del pasado prehispánico en la formación del país y en la presencia de lo indígena en la configuración de los proyectos revolucionarios (Urías Horcasitas, 2010: 191).

De vuelta con Manzano, se ha mencionado que el formato de efemérides lo tomó de Vicente de Paula Andrade. Al revisar la obra de Andrade, resulta que poseen la misma disposición en cuanto a las fechas. Sin embargo, hay información que Manzano decidió omitir. Al hacer un cotejo entre los *Anales...* y las *Efemérides...*, una buena cantidad de datos referentes a temas eclesiásticos decide no incluirlos. Hay efemérides que Manzano toma de manera literal, sin cambiar nada. Se lee, por ejemplo, en Andrade y Manzano respectivamente:

1817, junio 27. El virrey comunica al comandante militar de Pachuca que traen preso, por el derrotero de Huejutla, al P. Servando Teresa de Mier, previniendo le reciba del oficial que le conduce y bajo su responsabilidad quede asegurado, con centinela de vista e incomunicado (Manzano, 1922: 32).

Junio 27, viernes. El virrey comunica al comandante militar de Pachuca que traen preso, por el derrotero de Huejutla, al p. Servando T. de Mier, previniendo le reciba del oficial que le conduce, y bajo su responsabilidad quede asegurado, con centinela de vista e incomunicado (Andrade, 1986: 60).

Al referir Manzano la cita de Andrade es evidente que tomó tal cual con algunas palabras la cita del canónigo. En otras, Manzano decide cambiar la estructura de la misma fecha. Como por ejemplo se lee en él y en Andrade, respectivamente.

Noviembre 13-16. Domingo, lunes, martes y miércoles. Los jefes liberales Alatraste, R. Cravioto y el feroz Antonio Carbajal pretenden apoderarse de Tulancingo, pero son rechazados por las tropas que defendían la ciudad a las órdenes del general Ignacio Gutiérrez (Manzano, 1922: 43).

1859, noviembre. Saqueo por Cravioto. (Hazañas de los del Plan de Ayutla) (Andrade, 1986: 62).

Si bien se ha expuesto la ideología conservadora y defensora de la Iglesia, no podía ser menos, del canónigo Andrade, se hace referencia de nuevo a cómo en pequeños textos encontramos la diferencia de tratamiento con un personaje abiertamente liberal como lo fue el profesor Manzano. Estos pequeños indicios muestran de forma clara que las concepciones de la historia pueden diferir quizá no en el hecho mismo sino en cómo es expuesto. Al retomar el ejemplo anterior, hay un efecto distinto del lenguaje con la palabra “saqueo”, es decir, que las acciones de los Cravioto fueron para hacer desmanes según Andrade, sin especificar en dónde y un tanto irónico menciona al saqueo como una hazaña de la gente que firmó el Plan de Ayutla, considerando que este plan fue el comienzo de los conflictos entre la Iglesia y el Estado para dar pie a la guerra de Reforma entre liberales y conservadores. En el ejemplo siguiente, Andrade entra en demasiados detalles, cosa que Manzano al copiarlo se permite omitir al hacer la menor referencia a todo lo que suene eclesiástico. Se lee en ellos:

1750. El virrey Güemes y Horcasitas favoreció al coronel José Escandón para establecer en la Sierra Gorda 8 misiones, de las cuales 3 debían fundar los religiosos

de Pachuca (Rivera, obra citada, t. I, pág. 372). Estas fueron Tolimán (estado y diócesi de Querétaro), Pacula y Cerro Prieto o Misión en el distrito de Jacala, Hidalgo, parroquia del mismo, diócesi de Tulancingo. (Orozco y Berra, *Geografía de las lenguas*, pág. 260. Anaya) [Andrade, 1986: 53].

1750. El virrey Güemes y Horcasitas favorece al coronel José Escandón, para establecer ocho misiones de las cuales tres debían fundar los religiosos de Pachuca. Dichas misiones fueron las de Tolimán en el actual estado de Querétaro, y las de Pacula y Cerro Prieto o Misión en el hoy distrito de Jacala, Est. de Hidalgo [Manzano, 1922: 16].³⁶

No obstante, como se decía al principio, fueron varias efemérides que Manzano decidió no incluir. La decisión fue deliberada ya que leyó a detalle la obra del canónigo y al formar los *Anales* prefirió dejarlos al margen. Gran parte de las fichas omitidas hacen referencia directa a algún tema eclesiástico. Leamos una breve selección hecha al azar de las *Efemérides pachuqueñas* no incluidas:

1734, marzo 8. Se dedicó en la iglesia de Ntra. Sra. de Guadalupe, del hospital de S. Juan de Dios, el retablo principal; se celebró con muchas públicas manifestaciones (Gaceta).

1828. Por ley de expulsión de los españoles, salieron 13 religiosos de esa nacionalidad y quedaron en el Colegio Apostólico 20 criollos.

1879. 2ª visita pastoral del Ilmo. Sr. Labastida.

1884. El Ilmo. Sr. Obispo de Tabasco, Dr. D. Agustín del Torres hizo confirmaciones.

1910. El Ilmo. Sr. Herrera, obispo de Tulancingo, visitó la parroquia por primera vez.

Asimismo, Manzano también incluyó otras efemérides que no precisamente son de temas religiosos y en cambio refiere los adelantos tecnológicos de la época:

1883. Se inaugura el telégrafo con Jacala.

1884. Se inauguró en la plaza del mercado un artístico monumento al cura Hidalgo.

³⁶ Se ha respetado la redacción tal como aparecen en las ediciones, de ahí que preferí no sustituir palabras como “pág.” por “p.” o “diócesi” por “diócesis”, ya que entonces la segunda indicaba plural. El mismo criterio se aplicará en todas las citas de este apartado con el fin de hacer el cotejo más fiel posible.

1909, agosto 13. En la mina “Camelia” se declara un incendio en el andamiaje de los laboríos, causando innumerables víctimas ([Mariano] Galván).³⁷

En los primeros estudios acerca de la obra de Vicente de Paula Andrade y Teodomiro Manzano, se les atribuyó a estos autores “el sistema positivista de la historia utilizado por Leopold von Ranke” (Juan Manuel Menes en Andrade, 1986: 10). Este sistema que “habría de dejar profunda huella entre nuestros historiadores” parte de la premisa fundamental de “mostrar las cosas como sucedieron.” Con estas ideas el reseñista explica que al no dar explicación o interpretación alguna del hecho narrado sólo se presentan fechas o efemérides de manera cronológica.

El maestro Teodomiro Manzano escribe sus *Anales del estado de Hidalgo*, profundamente influenciado por la teoría de la historia de Leopold [von] Ranke, cuyo sustento más importante es dejar que sea la historia la que hable y no el historiador. En este contexto, el autor es un simple puente entre el suceso y el lector; no hay valoración ni crítica científica de lo sucedido ni mucho menos existen esquemas previos que puedan imponer al pasado característica o condición alguna. [...] Esta influencia permea en los *Anales* del profesor Manzano, a través de la obra de Vicente de Paula Andrade, publicada en 1913, la que independientemente de ser en sí misma una de las más importantes fuentes de auxilio para el historiador hidalguense, se constituye en el esquema elegido por él (Menes en Manzano, 2009: xxv).

Sin embargo, como se ha explicado en el primer capítulo; si bien el paralelismo con Ranke es evidente, su teoría no llegó a México sino tiempo después y el efecto del positivismo no cundió como se hubiera pensado en el ánimo de los primeros historiadores hidalguenses durante los últimos años del porfiriato. A Porfirio Díaz se la ha considerado como un “mecenas de los historiadores que vivieron en su época”. Su gobierno contribuyó al rescate del pasado mexicano con el fin de hacer sólida la pretendida conciencia nacional; fue así que los historiadores mexicanos encontraron en él absoluto apoyo salvo la condición que la producción estuviera en consonancia con la política de amor, orden y progreso. En el prólogo que el escritor

³⁷ Mariano Galván Rivera (1791-1876) fue el editor del almanaque conocido como *Calendario del más antiguo Galván*, editado a partir de 1827.

e impresor Ireneo Paz le hiciera a Luis A. Escandón en su obra para el distrito de Itzmiquilpan, decía a propósito:

Uno de los principales beneficios que trae la paz, cuando es duradera y está afianzada en sólidos cimientos, es el de que los hombres pensadores y estudiosos puedan consagrarse tranquilamente a este género de trabajos que prestan tan grande utilidad cuando se publican, y que después vienen a servir de fundamento para la historia general de las generaciones futuras (Ireneo Paz en Escandón, 1891: [4]).

Es claro que la postura que tomara Díaz debía ser reproducida en cada una de las entidades. La fidelidad del gobierno de la familia Cravioto en Hidalgo es patente de ello. No sólo fue la extraordinaria habilidad política de Díaz para mantener sus lazos regionales fuertes, no sólo fue el compadrazgo y lealtad de Rafael, Francisco y Simón Cravioto, sino también la presencia de hombres letrados en los asuntos de la administración pública como lo fueron Ramón Riveroll y Francisco Valenzuela a quienes Escandón tenía un particular aprecio y agradecimiento que, como se vio al estudiar su obra, se cumple en efecto el mecenazgo de Díaz por el descubrimiento y difusión del pasado nacional a través de las particularidades históricas de cada entidad federativa.

La historiografía regional y la educación

De acuerdo con lo estudiado en cada uno de los autores, pero sobre todo en Luis A. Escandón y Teodomiro Manzano, la historiografía regional tuvo una clara intencionalidad educativa: nació desde lo educativo y tuvo su punto máximo en lo educativo. Las obras de Escandón fueron utilizadas como libros de texto. En el ensayo dedicado a Tula, hay un epígrafe dedicado a la enseñanza de la historia, por ejemplo. No obstante, las obras del michoacano tuvieron otro objetivo, es decir, no fueron concebidas *exprofeso* para el campo educativo como sí lo fueron las obras de Manzano quien preparó sus textos como herramienta para los escolares. Las obras de estos autores tuvieron una concepción original y a la par hubo un uso social alterno. En el caso de Luis A. Escandón, concibió sus obras desde lo historiográfico y luego le dio un uso pedagógico; en tanto las de Manzano tuvieron como destino a

los niños de educación primaria, pero con el paso del tiempo se consultaron como fuente historiográfica.

Respecto a Teodomiro Manzano, el inicio y culminación de su obra tuvo una clara intención educativa. Los textos que dedicó a dos de las más importantes instituciones en el estado, el Instituto Científico y Literario y la Normal del estado, en las cuales participó de manera activa en su conformación y desarrollo, devela que la historia de la educación, tema que apenas era naciente en la segunda mitad del siglo xx, habría de trascender con el tiempo. Llama la atención en los textos referidos al Instituto su postura respecto a la educación pública pero también una defensa a la educación privada, toda vez que él era dueño de una primaria particular, anexa a la escuela Normal Benito Juárez, y que defendió ante la intención carrancista de cerrarlas con el pretexto de tener grandes deficiencias. Por toda su obra fue considerado un referente necesario en la generación del conocimiento histórico. Si bien ya ha sido superada y corregida, continúa como un modelo pedagógico de honestidad y amor verdadero al terruño.

En el apartado anterior se habló de la cuestión ideológica presente en las obras, y tal como se planteó en el capítulo primero, lo referente a la educación no fue ajena a la primera, sino por el contrario, muy de la mano; de ahí una forma de unir lo ideológico con lo educativo. El proyecto liberal pretendía una movilidad social, es decir, hacia una transformación de la sociedad; el cauce para lograr su cometido lo encontró en la escuela, de la cual ya se había hecho cargo el Estado que había reclamado el derecho a la educación desde 1833 con Valentín Gómez Farías y consagrado en la Constitución de 1857, en cuya discusión por la libertad de enseñanza tomó parte activa el ya mencionado Manuel Fernando Soto Pastrana.

El artículo tercero pretendía regular las condiciones educativas a fin de que el Estado pudiera adjudicarse su promoción entre la sociedad y relevando a la Iglesia quien había asumido por muchos años tal tarea. Las disposiciones de la Reforma hicieron a un lado a los conservadores de gran parte de la tarea educativa —a excepción del seminario diocesano de Tulancingo fundado en 1865 y que a la fecha se mantiene como una de las instituciones educativas más longevas de Hidalgo—; y es ahí donde el proyecto liberal pudo encontrar un medio más de difusión: entre

los educandos. Y el medio para darlos a conocer eran sin duda los maestros y los textos escolares y transmitir los mensajes ideológicos predominantes; de ahí la exaltación de ciertos personajes del pasado, en especial los del periodo de la Independencia (y con el tiempo los del periodo de la Reforma con las biografías de Juárez), pues al enseñarla, se daba a entender que este proceso fue el inicio de la ,habían sido sus herencias, la nación se constituía como la base de la identidad mexicana. De ahí aquellas descripciones de Manzano y Escandón cuyos discursos, quizá sin pretenderlo, no pudieron evitar ser ideologizados, es decir, estaban ya predestinados a un mensaje específico de cohesión nacional, pero al mismo tiempo mostrar a los gobernantes de la época, en especial Escandón hacia la familia Cravioto, como la herencia de aquel pasado y de ahí la importancia de comprender el contexto histórico e intelectual en el cual se movieron, pues éste influyó en la visión que tuvieron de la historia. Por ello Manzano tenía dificultad, o así lo creyó al menos, que no sólo estaba en juego su explicación por el pasado sino por el presente también, y he ahí donde el autor desconfió de la historia contemporánea no en el sentido de hacerla, sino más bien que al hacerla veía que sus textos, imperfectos como siempre los definió, pudieran omitir a algún personaje actual; eso también motivó en Manzano hablar en efeméride, lo mismo Andrade y Anaya; por ello, la forma de elegir ese formato obedece tanto a la gran cantidad de datos compilados y al de servir como recopiladores de información en espera de que llegaran otros para construir una verdadera historia; por tanto, como ya se dijo, no se espere encontrar en ellos, los autores mismos lo comprendieron, que la historia hablara por sí sola pues el estudio más global de su obra, y no sólo la más representativa en ellos permite demostrar que

Al concebir la obra histórica primordialmente como un producto narrativo, ésta se encuentra ya sujeta al carácter autorreferencial de cualquier relato [pues] la concepción relativista del discurso histórico, lo concebido como un producto eminentemente autorreferencial condenado a reflejar no ya una realidad pasada, sino la perspectiva individual y subjetiva del historiador (Villalobos, 2011: 49).

Dado que, en términos de Bourdieu, el funcionamiento del campo científico supone una forma específica de intereses, el campo científico mismo es un sistema

de relaciones entre la autoridad científica y las condiciones sociales, hay entre lo regional y lo educativo una cierta asociación (Bourdieu, 1997: 12). El llamado de personajes del medio como Porfirio Parra o Manuel Larrainzar a estudiar las cuestiones propias de cierta localidad o región fue en franca oposición a la apuesta de Enrique Rébsamen de no atender este aspecto por ser considerado como ocioso o antipedagógico, según fue anotado en el capítulo referente a Teodomiro Manzano. El propio proyecto liberal, sin embargo, no vio con malos ojos estos estudios, sino al contrario, los alentó en favor de la construcción de la unidad nacional, y al mismo tiempo con el interés de realizar un trabajo que no sólo sea útil al autor sino también lo sea para otros y con ello adquirir una cierta legitimidad. Manzano, era considerado una autoridad indiscutible en ese momento. Sus trabajos reflejaban el triunfo del progreso como elemento de paz y desarrollo, por lo cual la reconstrucción del pasado es una operación hecha desde el presente.

Por ello, dentro del proyecto liberal, la generación del conocimiento histórico y de cualquier disciplina humanística, está vinculada a la labor de enseñar. Los historiadores, sea por voluntad propia o por el imperativo laboral encuentran en la docencia una salida recurrente. Aun sin un programa institucional, el historiador enseña a través de un libro y por ello, como lo expresara Michel Foucault, la historia fue considerada la madre de las ciencias humanas (Foucault, 1993: 356). Así lo comprendieron al asociar el conocimiento a una vida, a una sociedad y a un lenguaje que por sí solos ya tenían una historia.

El proyecto conservador buscaba en la historia una forma de explicarse el presente, de hallar una orientación, una guía sobre qué hacer. Las amenazas extranjeras y los conflictos internos los orillaron a refugiarse en la historia con la idea de que en ella encontrarían la solución que para ellos significaba el regreso del régimen político monárquico bajo el dejo de nostalgia que significaba la ya lejana Nueva España. Con el lenguaje aplicado en los libros de texto, aprovecharían cualquier oportunidad para desdeñarlos y esto fomentó el rechazo de personajes tenidos por los conservadores como los auténticos padres de la nación, como lo fuera para ellos Hernán Cortés o Agustín de Iturbide. Fue entonces que al encontrar en la Iglesia su forma de vincular su realidad social y política, la circunstancia los

orilló a entender la historia de esta institución y recuperar el reconocimiento social que sentían perdidos. Esto explica que gran parte de la tensión generada entre liberales y conservadores contemplara a la educación como el medio más adecuado, y quizá el más importante, para verter sus respectivas ideologías ante un grupo numeroso de la población y desde luego, elegir a sus propios prohombres para emular sus pasos y asegurar la sobrevivencia de su régimen. De ahí se tiene la pugna de quién es el padre de la patria: Hidalgo para los liberales o Iturbide para los conservadores. Todo lo anterior explica en gran parte que el proyecto conservador no haya participado con énfasis en la enseñanza de la historia.

Como se ha visto, la idea de historiar, encabezados por los clérigos estuvo en función de una reivindicación. No sólo fue desplazada de las actividades que por mucho tiempo llevó a cabo que fue el de impartir educación, sino que también sus concepciones de nación no fueron tomadas en cuenta, lo cual impidió que sus proyectos fueran difundidos con menor intensidad que sus adversarios políticos.

El impulso de nuevas temáticas: la historia económica

En *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, Jean Chesnaux se preguntaba el lugar que ocupa el saber histórico en la vida social (Chesneaux, 1998: 16). Sin embargo, el estudio que se ha hecho en páginas anteriores obliga a replantear el cuestionamiento para decir en cambio ¿qué lugar ocupa la vida social en el saber histórico, pero en especial en la historiografía? En el apartado anterior, así como a lo largo de esta tesis se ha mostrado que la intención de Luis A. Escandón, el pionero de la investigación histórica en Hidalgo y Teodomiro Manzano, el más prolífico, encontraron en el aspecto educativo el cauce para orientar sus trabajos, de modo que se dijo al respecto que de todas las ramas de la historiografía fue tanto la historia de la educación como la enseñanza de la historia desde donde se cultivó el pensamiento histórico en el estado de Hidalgo.

Con los estados del conocimiento que a la par de este trabajo se construyeron, se ha visto sin embargo, que en cuanto a las tendencias temáticas y a pesar de ser la historiografía educativa la punta de lanza de la hidalguense cuyos exponentes están en Manzano y Escandón, ésta no fue desarrollada sino hasta muy entrado el presente siglo con la publicación de Raymundo Monroy Serrano, *Una aproximación*

a la historia de la educación primaria en el estado de Hidalgo 1910-1917 (2001), y los encuentros regionales de Historia de la Educación en 2008, 2010, 2013 y 2017 (Cruz Beltrán, 2016b: 37-45; Cruz Beltrán, 2020: 58-74).

Por tanto, fue el propio Manzano quien, a partir de su obra, en especial las monografías de Pachuca, Mineral del Monte y Atotonilco el Chico daría pauta al desarrollo de una historiografía que ha sido constante pero poco percibida como tal: la historia económica impulsada de manera importante a través de la minería. Esta actividad económica, motor esencial en la economía de la Comarca Minera y en la conformación del estado de Hidalgo entraría en un nivel tal que sería altamente ponderada por los círculos de historiadores regionales del siglo xx en la entidad. Una rápida hojeada a las monografías de Manzano recurren a una fórmula en común: decir que, gracias a la minería, las poblaciones de dicha región existen y que la dinámica social de éstas no se entendería sin ella. A razón de esto, los estudios históricos acerca de la minería irían perfilándose como uno de los temas recurrentes (Jaivén y Sepúlveda, 1991: 11). Producto de esfuerzos de la asociación civil habrían de crearse repositorios y espacios exclusivos para explorarla con mayor detalle como el Archivo Histórico y Museo de Minería en Pachuca o los museos de Medicina Laboral en Real del Monte y varias minas como Dificultad o Acosta, en esta última población, que han acondicionado sus instalaciones para crear en torno a ellas museos de sitio. El patrimonio industrial de esta población, así como el que también posee Mineral del Chico han sido uno de las condiciones bajo las cuales el día de hoy cuentan con la denominación federal de Pueblos Mágicos de México.³⁸

Los textos de Teodomiro Manzano coincidieron con la apertura de la historia a las ciencias sociales propuesta por la escuela de los *Annales* de Lucien Febvre y Marc Bloch. La historia y la economía encontraron un cauce común luego de la Revolución mexicana. Este enfoque también se vería permeado por ideas de corte marxista al referir entonces los medios de producción dentro de los hechos

³⁸ Remito a los lectores a textos actuales acerca de este programa y su impacto en los pueblos mexicanos, y para el caso que nos ocupa “Mineral del Chico, Hidalgo. Una puesta en valor para uso turístico” de Carmen Valverde y “Real del Monte, Hidalgo. ¿Una experiencia de éxito?” de Jesús Enciso; ambos capítulos se encuentran en Liliana López Levi, Carmen Valverde y María Elena Figueroa (coords.), *Pueblos mágicos. Una visión interdisciplinaria*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Universidad Nacional Autónoma de México, 2015, dos volúmenes.

históricos. Un primer exponente sería Luis Chávez Orozco con la publicación de la colección *Documentos para la historia económica de México* (1933); es oportuno mencionar que dicho autor publicó una serie de trabajos acerca de Real del Monte (Chávez Orozco, 1960; Chávez Orozco, 1978). Con un enfoque distinto se encontraría también el trabajo de Manuel Romero de Terreros (1943). Por ello, para Enrique Florescano y Alejandra Moreno Toscano la historia económica pondría sus primeros cimientos en México durante la década de 1930 a 1940 (Florescano y Moreno, 1966: 311-313). El tema minero ocuparía la atención de por lo menos cien historiadores entre mexicanos y extranjeros que publicaron sobre todo artículos y muy pocos libros especializados, guiados por la política minera y la planeación económica del país (Herrera Canales, 1998: 172).

¿Cómo se dio la relación entre la historia y la economía? Estas disciplinas se asociaron entre sí cuando la primera sabía de la importancia de las actividades económicas dentro del acontecer humano y la segunda, encargada del estudio de la producción de bienes y servicios, comprendió más su injerencia dentro de la realidad sociohistórica. Fue entonces que conceptos como circulación, consumo, producción fueron constantes en el discurso de la antropología económica. Si bien la economía prefirió mantener cierta distancia de las ciencias sociales, comprendió que necesitaba de disciplinas como la política, la demografía, la antropología y la historia para comprender mejor su objeto de estudio. Los conflictos surgidos de esas relaciones, las manifestaciones sociales, las cuestiones de administración pública incluso la evaluación del crecimiento económico, formaron entonces la idea que una sociedad no es inmutable. Se entendió entonces que la historia económica es el resultado del estudio del origen, desarrollo y consecuencia de este concepto.

En el caso mexicano, la historiografía económica se apoyó en buena medida de los estudios regionales —y es aquí donde entra al juego el tema de la minería— en tanto incluyó en ellas temas como la industrialización, las coyunturas sociopolíticas, la cuestión poblacional y la vida cotidiana (Cerutti: 1999: 94). Si el tema de la economía y en el caso específico de la minería entraron en la historiografía hidalguense con las ideas de Teodomiro Manzano así como los estudios específicos sobre Pachuca de Vicente de Paula Andrade, fue porque dicha

actividad en efecto fue el pilar que le sirvió de sostén a Pachuca y Real del Monte en cuyas poblaciones giraba el comercio y el servicio local de los pueblos circundantes; como principal fuente de empleo el desarrollo de la minería cambió la estructura social de las poblaciones: las marginaba si había decadencia o las fortalecía en épocas de bonanza. Otra condición de peso para considerar a Pachuca como capital.

Al referirse Manzano en sus textos respecto a la fundación, o más bien dicho, al crecimiento, de Pachuca, Mineral del Monte y Atotonilco el Chico en torno a esta actividad, su mirada estaba puesta en la época virreinal. De ahí que la atención historiográfica estuvo centrada primordialmente en esta etapa. Sucesos importantes como el descubrimiento de la veta Vizcaína; las noticias de los turcos de Jerusalén de no aceptar barras que no dijeran Pachuca, *Pachocha*, como llegaron a pronunciar; la vecindad en la comarca de importantes mineros como Alonso de Villaseca o Pedro Romero de Terreros y la considerada como primera huelga en América latina en Real del Monte en 1766, así como los cálculos de producción de plata hizo que los estudios partieran desde ella (Navarrete Gómez, 2006: 263-287). Habría que añadir también que Pachuca, aparte de haber sido un centro minero es a la par capital de una entidad situación que comparte con otras ciudades como Guanajuato, San Luis Potosí, Zacatecas, Chihuahua, Durango y Aguascalientes. Al respecto Carlos Prieto atinaba a decir:

[...] la actividad minera, fue la creadora de los pueblos y naciones de la América española tal cual ellas son; en otros términos, que el descubrimiento del nuevo mundo y el rápido conocimiento y ocupación de todo un continente en menos de sesenta años, fue debido al hecho que desde el primer viaje de Colón se encontraron indicios de oro en forma de pepitas y joyas, lo que impulsó la búsqueda y la explotación de los yacimientos de metales preciosos, gracias a lo cual se formaron, sobre los nuevos territorios, pueblos y naciones con personalidad propia (Carlos Prieto citado en Gurría Lacroix, 1978: 62-63).

El profesor Manzano, si bien no profundizó en el asunto, puso sobre la mesa aquellas ideas respecto a que esta región minera se convirtió en un espacio fundamental para la construcción de un mercado importante cuyo capital acumulado

sería crucial en la puesta en marcha de otras actividades económicas pero sobre todo estaba de acuerdo en que sin la actividad minera, México y en especial Pachuca, Mineral del Monte y Atotonilco el Chico no hubieran alcanzado el desarrollo que él alcanzó a ver y seguro estaba que con su impulso, el estado de Hidalgo también consolidaría su soberanía sobre el territorio mexiquense al cual pertenecía.

Con todo lo anterior es importante dejar claro que Manzano no desarrolló la historia económica en Hidalgo puesto que no atendió el tema minero en específico. Al revisar sus trabajos monográficos se aprecia que mucho hay del tema, y, sin embargo, sus preferencias temáticas no estaban centradas ahí. Como ya lo hemos visto, su atención primordial fue presentar sus textos como manuales escolares. Es precisamente una de las virtudes de la obra del tilcuauteco, el de incluir a partir de esbozos, información que más adelante serviría de base a futuros estudios y el afán de ver al estado de Hidalgo como un todo, le valió que la información tan diversa que manejó pudiera ser utilizada para diversos enfoques.

Antropología emergente: el Mezquital como centro de las investigaciones

Al promediar la década de los treinta del siglo veinte, la región hidalguense conocida como el Mezquital se perfilaría como aquella donde se enfocarían buena parte de los estudios antropológicos, históricos y de política pública. La fuerte presencia de indígenas otomíes, su relativa cercanía con el Valle de México y la política indigenista de aquella década que encontró su máxima expresión durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, aumentarían el auge por aquella cultura ancestral. Como se ha visto, los inicios de la historiografía regional partieron desde el Mezquital con los ensayos de Luis A. Escandón acerca de Tula e Itzmiquilpan y los breves apuntes de Actopan.

Al comienzo de este trabajo, se estableció que había ciertas regiones donde los trabajos historiográficos tendían a concentrarse en cierta región. La aportación de los textos de Andrade y Manzano influyeron para que la minería formara parte de los historiadores posteriores a 1960. Como estos trabajos se concentraban sobre todo en Pachuca y Real del Monte la historiografía centró su atención en estas localidades dejando fuera parcialmente a otras poblaciones aledañas como Omitlán,

Mineral del Chico y Huasca a la que sólo se conocía gracias a las comunicaciones vertidas en torno a Pedro Romero de Terreros.

De manera paralela, el proyecto indigenista encuentra en la década de 1930 un nacimiento prometedor. Tanto la Universidad Nacional como el gobierno cardenista dedicaron sus esfuerzos a una región estereotipada en pobreza, abandono y marginación. Fue entonces que en aquellos años se publicaron algunos resultados de las actividades que varios científicos sociales y de las ciencias exactas realizaban en dicha región. Hay entonces una cierta correspondencia entre los trabajos pioneros de Escandón con las nuevas investigaciones realizadas en ella además de haber sido éstos los únicos trabajos llevados a cabo dentro de la entidad, pues el impulso académico e institucional se hizo con gente muy activa proveniente de la Ciudad de México. De esta forma en esta tesis se plantea que los intereses de Luis A. Escandón se encontraron aquí por la importancia que comenzaba a dibujarse en torno a los otomíes, y de igual forma, incluso con la misma intensidad, los futuros trabajos arqueológicos que sobre Tula haría el arqueólogo Jorge R. Acosta en 1940 (Sterpone, 2004: 57).

Si bien Escandón no era citado con frecuencia, sus trabajos fueron la punta de lanza para el estudio de los otomíes, este fue su aporte, así como el ya referido sobre los huastecos en una etapa incipiente de la arqueología, vista más como exploración que como proceso metodológico. Ya en el apartado correspondiente se habló de la omisión de la que había sido objeto. En esta idea de posicionarlo de nueva cuenta al frente de la historiografía regional hidalguense, es claro que los trabajos realizados por hombres como Manuel Gamio y las ideas iniciales de Alfredo Chavero, maestro de Escandón, se habrían servido de los trabajos de este, cuya obra se encontraba presente en los museos de arqueología de la capital del país, y que incluso hoy forman parte de su acervo bibliográfico.

En el primer capítulo se había establecido la relación indisoluble entre antropología e historia, lo cual incluso sentaría las bases para desarrollar una nueva disciplina, la etnohistoria, que en mucho coincidía con las propuestas que desde Francia comenzaba a dibujar Claude Levi-Strauss. Los estudios en el Mezquital fueron interdisciplinarios y no estuvieron centrados en una disciplina específica,

aunque sí con mayor preponderancia de las primeras. La proyección de la carretera que comunicara a la capital del país con la frontera tamaulipeca, en Nuevo Laredo, impulsó el conocimiento de una región que ya les sonaba familiar, pero que a pesar de su cercanía aún la sentían lejana, exótica y desconocida. Como el punto neurálgico de la región era, como hasta ahora, Ixmiquilpan, a la llegada de los primeros ingenieros, éstos la vieron situada entre cerros, lo cual, en términos fisiográficos, le daba la denominación de valle, al estar situada en una superficie plana con lo cual, desde 1935 por lo menos, se denominó entonces como Valle del Mezquital, cuyo último término, sin la palabra valle, era conocido desde por lo menos el siglo xvii como ya lo nombraba José Antonio de Villaseñor y Sánchez (2005: 226).

Para sustentar la anterior afirmación, se hace necesaria una rápida revisión documental. Silvia Mendoza, por ejemplo, establece que es durante la década de 1930 cuando fue delimitada la región, lo que traería como resultado que veinte años después se creara el Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital, institución formulada para atender sus problemáticas y cuyos promotores serían Manuel Gamio y Alfonso Caso; Mendoza asimismo señala que durante septiembre de 1936 fue celebrado el Primer Congreso Regional Indígena en Ixmiquilpan cuya memoria de los trabajos fue publicada dos años después (Mendoza Mendoza, s/f: 121). Fue durante 1937 cuando la Universidad Nacional publicó algunas noticias referentes al Valle del Mezquital con una serie de acciones promovidas por su rector Luis Chico Goerne quien desde el comienzo de su gestión en 1935 aprovechó la coyuntura de la política cardenista para llevar a cabo labores sociales en aquella región caracterizada por “la condición de miseria social, riqueza cultural y por las características de la población indígena” (Contreras, 2010: 81). En 1938 también se publicó una monografía dedicada al Valle del Mezquital como región y con el mismo nombre fue titulada por Alfonso Fabila (1938).

A estos se sumaría el trabajo de otro gran estudioso de la cultura otomí como lo fue el etnólogo francés Jacques Soustelle quien gracias a la Escuela Francesa de México y el Servicio de Obras Francesas en el Extranjero del Ministerio de Asuntos Exteriores pudo llegar a este país; un segundo viaje fue patrocinado por la Universidad de París, así como gracias a la asesoría de Narciso Bassols, Gonzalo

Vázquez Vela, pudo tener contacto con personajes como Pablo González Casanova, Pablo Martínez del Río, Federico Gómez de Orozco, Joaquín García Pimentel, el propio Manuel Gamio y Miguel Othón de Mendizábal y que le ayudarían a realizar sus investigaciones. En 1937 aparecieron bajo el título *La famille otomí-pame du Mexique Central* (Soustelle, 1993).

La literatura también encontró un campo propicio para cultivarse en el desértico Mezquital: en 1936 el escritor Mauricio Magdaleno publica *El resplandor*, novela ambientada en Actopan; en el mismo municipio se publica *Los hombres tienen sed* escrita en 1950 aunque publicada seis años más tarde bajo la autoría de María Elena Almazán. Novela posterior es *Estación tiempo* de Leo Sandoval publicada en 1974 situada en Ixmiquilpan; si bien hay noticias de una novela más antigua, *Eva, memoria de dos huérfanos* ambientada también en esta última población, escrita en 1885, aún no se conoce. Sin embargo la obra más representativa de la literatura hidalguense es *La nube estéril* del escritor portugués, nacionalizado en México, Antonio Rodríguez, en cuya mezcla con personajes entre ficticios y reales, aunque se asegura ser una novela verídica que ha recibido críticas positivas, hace mención del doctor Gamio y de Raúl Guerrero Guerrero, considerado también como un fuerte impulsor de la historiografía hidalguense sobre todo en los años setenta del siglo xx (Rivas Paniagua, 2008: 184-185)³⁹. Otros textos no menos interesantes fueron “Nuestra señora de Nequetejé” de Francisco Rojas González, publicados en su libro *El diosero* de 1952, así como “El despojo” cuento llevado al cine por su autor, Juan Rulfo, en *El gallo de oro y otros textos para cine*; ambos, ambientados en el municipio de Cardonal (Rojas González, 1952; Rulfo, 1980).

Las investigaciones de Raúl Guerrero en la etnomusicología lo hicieron coincidir con Vicente T. Mendoza en el Mezquital para llevar a cabo los trabajos pioneros en esta materia. Comisionado por la Universidad Nacional le fueron encargados las investigaciones respecto a la música y los cantos otomíes. El resultado fue la publicación de *Música indígena otomí*, cuyo manuscrito original de 1936 vio la luz hasta 1963 bajo la dirección de Justino Fernández (Mendoza, 1997).

³⁹ En el apartado “Hidalgo ha inspirado pocas novelas”.

La historia del arte también encontró en el Mezquital un excelente espacio para explicar desde este enfoque al siglo XVI novohispano. Desde el punto de vista de todo el estado de Hidalgo, los primeros estudios en este campo se realizaron en Actopan con los textos de Jorge Enciso y Salvador Roquet que titularon con el nombre de la localidad sus trabajos aparecidos en 1935 y 1938, respectivamente (Enciso, 1936; Roquet, 1938). Hacia 1933 el arquitecto Luis MacGregor trabajaba intensamente en la conservación y restauración de este convento (Mac Gregor, 1955). De acuerdo con los primeros acercamientos historiográficos, los conventos de Actopan e Ixmiquilpan han merecido la mayor parte de los estudios al respecto de otras fundaciones, sean agustinas o franciscanas, del estado de Hidalgo, por sus características pictóricas y arquitectónicas (Cruz Beltrán, 2020: 168-184; Vergara Hernández, 2008: 11-31).

De todos los trabajos anteriores, en el campo de la antropología se efectuaron los más destacados esfuerzos para comprender el mundo otomí. En aquel grupo interdisciplinario que convocó la Universidad Nacional al frente de la investigación social se encontraba Miguel Othón de Mendizábal quien publicó un muy importante trabajo titulado *Evolución económica y social del Valle del Mezquital* realizado entre 1935 y 1938 (De Mendizábal, 2016).

En el anterior apartado se intentó hacer evidente que, como lo expusiera Michel de Certeau, “toda investigación historiográfica se enlaza con un lugar de producción socioeconómica, política y cultural” (De Certeau, 1993: 69). En este sentido en el Mezquital se encontraron dichas condiciones para llevar a cabo estos trabajos. A la par, permite sostener que esta región del estado de Hidalgo se reafirma como aquella, de las diez regiones geoculturales en que se divide la entidad (Huasteca, Sierra Alta, Sierra Baja, Sierra Oriental —dividida en áreas Otomí-Tepehua y Nahuatl de Acaxochitlán—, Sierra Gorda, Valle de Tulancingo, Altiplanicie Pulquera, Cuenca de México, Comarca Minera y Mezquital), con mayor producción bibliográfica como lo muestra, en un primer acercamiento Sergio Sarmiento y con mayor amplitud, Danú Alberto Fabre Platas (Sarmiento, 1991: 333-347; Fabre Platas, 2004: 65-115). Esta tesis muestra, por su parte, los trabajos de Escandón, cuyo proyecto de hacer la historia del estado de Hidalgo a partir de sus

distritos tuvieron inicio en esta región; en esta misma, hacia el sur de la entidad, se encuentra Tula, a quien dedicara sus trabajos y cuya ubicación, léase la legendaria Tollan, sería motivo de discusión cincuenta años después.

El ensayo de Escandón dedicado a Tula alcanza a decir que a los toltecas los tenían por gigantes. Luego, apoyado en fuentes virreinales describe a Tollan, dando por hecho que esta mítica ciudad era físicamente la actual Tula, estado de Hidalgo. Basado tanto en las exploraciones propias como en las del viajero francés Charnay, no había duda en apariencia que Tollan era en efecto la ciudad mítica en la cima del cerro El Tesoro (Escandón, 2006: 23). Además, los otomíes daban el nombre a ese lugar como *Mameni*, lugar de mucha gente. Lo que quiso dejar claro era que con el asentamiento de la cultura tolteca, dio principio al desarrollo de todos los elementos de vida como la agricultura, las artes y la industria (Escandón, 1890: 9).

En dicho ensayo refiere, sin dar mayor explicación que los otomíes ya habían poblado Tollan antes de la llegada de los toltecas, quienes a partir de su llegada fundaron la capital de un importante reino. Escandón era de aquellos que pensaban que no podía existir otra Tollan y por las excavaciones no había duda alguna. Incluso habló de la ermita que aún hoy en pie se encuentra al sur de la actual zona arqueológica, sin dar mayor detalle (Escandón, 2006: 24-25). Luego hace referencia a la irrupción chichimeca, luego a la azteca a cuyos pasos la gran Tollan ya había sido abandonada (Escandón, 1890: 12).

En el texto de Tula había dejado la idea de los otomíes como poco afectados a la “civilización” (Escandón, 1890: 14). Para Escandón esto se podía explicar a raíz de su vida errante, nación de cazadores-recolectores, sin jefes ni dioses, sin casas y sin vestido y que vivían en las montañas del norte del Valle de México conviviendo con los chichimecas de los cuales eran parientes. Una parte de ellos se quedó a vivir en el altiplano central aprendiendo la agricultura.

Luego, en el ensayo de Itzmiquilpan, Escandón volvió a plantear la idea que los otomíes llegaron antes que los toltecas para explicar el origen de esta población que fue de la misma antigüedad que Tollan, y habitada primero por las tribus nómadas para después dar paso a “los cultos y civilizados tollanos” (Escandón, 1891: 11). A raíz de la destrucción de Tollan, señala Escandón, los chichimecas

invadieron el territorio, así como Itzmiquilpan “un pueblo floreciente” por la relativa cercanía con aquella ciudad (Escandón, 1891: 15). El contacto con los resquicios de la cultura tolteca hizo que algunos chichimecas tendieran a la civilización para fundar su propio reino desde Xólotl hasta Ixtlilxóchitl, rey de Texcoco. Los continuos descontentos del pueblo, refiere Escandón, hizo que retornaran a su vida nómada al norte de México. Para explicar las continuas tensiones entre estos y los otomíes, vuelve a señalar a los otomíes como traidores y cobardes (Escandón, 1891: 24). Sin embargo, el contacto con los nahuas y acolhuas modificaron un poco su vida errante para abrazar la civilización, pero conservando sus antiguos territorios donde ahora se ubica el Mezquital. Sin embargo, hace notar el michoacano que los otomíes, siempre fueron vistos con desprecio al grado de llamarles otonca, como sinónimo de sucio o desaliñado (Escandón, 1891: 26).

Con el evidente regreso a los textos de Escandón se buscaron hallar los orígenes de dos interpretaciones que serían fuertemente discutidas por Miguel Othón de Mendizábal en los años treinta. Para Mendizábal, los otomíes no fueron los primeros pobladores del Valle de México —incluso así tituló sus trabajos—, ni la Tollan a que hacían referencias las crónicas antiguas era la actual Tula, Hidalgo sino Teotihuacán (De Mendizábal, 1933: 628). Por otra parte, de un documento adherido al libro *Etnografía y arqueología del estado de Hidalgo* enviado por Escandón a Chicago, se tiene noticia que personas como Alfonso Caso y el arqueólogo Jorge R. Acosta —que enjuició severamente los textos de Escandón— consultaron y leyeron dicho manuscrito y no sería extraño que también lo revisara Mendizábal. Todos estos personajes se reunieron un día de 1941 para discutir algunas ideas de este último que desde 1927 había planteado y que, desde luego, hicieron un llamado al debate.

La oposición de Mendizábal se encontraba abierta hacia Manuel Gamio quien expuso a raíz de sus investigaciones en el Pedregal de San Ángel de la Ciudad de México de la correspondencia que había entre la cerámica localizada, nombrada por Gamio como arcaica, y la civilización otomí (Gamio, 1932). Sin estar de acuerdo, Mendizábal lanzó un artículo para la *Revista mexicana de estudios históricos* en el que rebatía la propuesta de Gamio (De Mendizábal, 1933: 612). Como Gamio

replicó tener nuevos hallazgos que reafirmarían su postura original, la cultura arcaica y la otomí eran idénticas, Mendizábal lanzó un nuevo artículo, los *Anales del Museo Nacional* en 1933 donde señalaba que era extraño que un pueblo acostumbrado a vivir en el seminomadismo en una primera etapa abrazara tan pronto la civilización para hacer cerámica, que a decir de Mendizábal significaba por sí misma la vida sedentaria (De Mendizábal, 1933: 626-627).

Luego de sus trabajos en el Mezquital, Mendizábal no cambió de opinión. Su texto *Evolución económica y social del Valle del Mezquital* (1946), tiene como primer apartado “La legendaria Tula” donde insiste en sus ideas de ser Teotihuacán la verdadera Tollan y no la Tula “ciudad prehispánica de poca significación” (De Mendizábal, 2016: 28). Llevadas al seno de la Primera Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Arqueología, Mendizábal junto con Enrique Palacios encabezaron el grupo teotihuacano mientras Jorge R. Acosta y Wigberto Jiménez al tulteco, instando a intensificar las excavaciones que Acosta ya realizaba desde un año antes cosa que realizó durante trece temporadas que concluyeron en 1957.

Lo anteriormente descrito no intenta dilucidar los resultados de aquel debate sino la influencia de los textos tempranos que sobre el Mezquital elaboró Escandón en los trabajos de la moderna arqueología. Por los periodos en que se intensificaron los trabajos en esta región queda de manifiesto que fue la década de 1930 y su tránsito hacia 1940 en que la primera etapa de la historiografía regional inaugurada por Escandón y materializada con Teodomiro Manzano encuentra un punto convergente con las nuevas posturas de la arqueología y la historia, pues ambas disciplinas encontrarían en estos años el camino hacia su futura institucionalización y posterior profesionalización, cosa que también incidió en la historiografía regional hidalguense con los trabajos del historiador Justino Fernández.

Es importante señalar que de los autores estudiados surge una inquietud que debe aquilatarse y que tiene incidencia con la producción historiográfica actual, la de los historiadores profesionales y de los empíricos, así como también dilucidar entre la escritura de la historia y la crónica. El ejercicio del historiador supone una selección de hechos para reconstruir el pasado y se pone sobre la mesa un elemento esencial, la hermenéutica, aquella que permite comprender e interpretar.

En tanto el cronista se circunscribe a registrar lo que es visible; la crónica no necesariamente explica, sino que enuncia de manera empírica y da cuenta de las cosas que han ocurrido. Al historiador le corresponde valorar los hechos: “el historiador, a diferencia del cronista, no busca solamente saber lo que ocurrió, también quiere saber por qué” (Schaff, 1974: 291).

De tal forma, de los autores estudiados, quizá es Teodomiro Manzano a quien puede considerarse, con una visión actual, un cronista ya que registró hechos de los que fue partícipe, sin dejar de lado que los *Anales del estado de Hidalgo* tienen la característica de ser efemérides, es decir, enunciados empíricos. Su aportación fue brindar una serie de datos para formar una historia del territorio hidalguense. Hay que tener ciertas reservas al querer afirmar que Manzano es un cronista en sentido estricto pues como hemos visto si bien *Anales* fue su obra más importante existieron otras donde se dedicó a explicar e interpretar algunos acontecimientos, en especial los dedicados a la historia de la educación, por lo cual Manzano también realizó historiografía y como se vio en el capítulo v, sus motivaciones estarían lejos de hacer crónica. En Escandón, Anaya y Andrade existen valoraciones a lo largo de su obra, es decir explican bajo sus propios argumentos ideológicos su concepción de historia, que podríamos emplazarlas hacia la tarea de los historiadores profesionales actuales. Por ello, no hay puntos de quiebre definitivos en la escritura de la historia sino evolución de paradigmas. Estos paradigmas irían de la mano con la institucionalización de la historia en México como la creación del Instituto Nacional de Antropología e Historia (1939), el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México (1943) y el Instituto de Investigaciones Históricas (1945) así como nuevos cauces de difusión como la apertura del Fondo de Cultura Económica (1934).

En el caso del estado de Hidalgo la evolución del paradigma positivista al historicista tendría su encuentro en 1940: bajo la tutela del historiador del arte Manuel Toussaint y Ritter fue publicado el primer tomo del *Catálogo de construcciones religiosas del estado de Hidalgo* de la mano del historiador Justino Fernández García y del ingeniero Luis Alfredo Azcué y Mancera.

No fue casual su publicación: ambos fueron descendientes de hidalguenses.

CAPÍTULO VIII
CONSIDERACIONES FINALES

LA TRADICIÓN historiográfica del siglo XIX en México, muestra que la historia jamás se desarrolló aislada. Los estudiosos de la historia que heredaron dicha tradición comprendieron desde el primer momento que las explicaciones de los fenómenos sociales debían ser vistas de manera conjunta con otras disciplinas. Así, la estadística y la geografía ocuparon parte fundamental en buena parte de los estudios. De manera emergente lo hicieron la arqueología y la antropología para explicar el pasado más remoto. Merodeó siempre la cuestión política en el discurso histórico, y la intencionalidad de varios trabajos tuvo un fuerte impulso de lo educativo. Los trabajos que ahora se encuentran inmediatos a nosotros son fruto de esa tradición ya que sus bases se encuentran precisamente en aquel legado; habrían de coincidir nuevas formas de pensamiento, nuevos métodos, nuevas motivaciones, rupturas epistemológicas, en fin, diferentes formas de hacer historia y el despertar de nuevas conciencias acerca de la necesidad de recurrir a las ciencias sociales para explicar los procesos del pasado.

Estas líneas buscan exponer cómo el estudio de la historiografía ha contribuido a las ciencias sociales y al mismo tiempo cómo la historiografía ha recurrido a las ciencias sociales. Esta tesis tiene dicha intención. Un rápido regreso a los objetivos de este trabajo nos permitirá ver que las motivaciones del autor ocupaban parte fundamental en sus obras y que a la manera planteada por Bauman (2007), en el intento de comprender una obra de arte, era preciso comprender también al artista. En esta tesis se han presentado cuatro autores que contribuyeron al pensamiento histórico del estado de Hidalgo, y que se han considerado como los más representativos por el uso que hicieron de sus obras a lo largo del siglo XX, y por haber sido ellas la base para la evolución de lo que hoy conocemos como historiografía regional. La reedición de sus obras durante finales del siglo pasado y principios de este dan cuenta de ello. Algunos más recordados que otros pero cuyas contribuciones permiten explicar la evolución de los estudios históricos en cuanto a métodos, escuelas de pensamiento y tendencias temáticas por lo que es común que en ciertas universidades y centros de investigación cada vez más sean frecuentes las continuas evaluaciones de las disciplinas del conocimiento, más allá de un punto de vista institucional, y que con los nombres de balances, perspectivas o tendencias

permita conocer lo que se ha elaborado hasta el momento, los planes para continuar desarrollándolas, los insumos que se requieren y sobre todo, la relación comentada o no de los trabajos producidos. Bajo los títulos de “Cincuenta años de historia”, “75 años de investigación histórica en...”, durante buena parte del siglo XX, comenzaron a hacerse este tipo de trabajos con carácter reflexivo acerca del quehacer de una disciplina. Se ha hecho evidente que hay una serie de coyunturas sociales, culturales, políticas que dieron origen a una revista especializada, a libros y artículos, a la creación de cátedras, de instituciones, a profesionalizar y especializar.

Para el caso del presente trabajo elegir el periodo de 1890 a 1940 obedece a poner sobre la mesa la propuesta de que en esta etapa tiene su punto de partida la actual historiografía regional, en tanto se refiere a Hidalgo como entidad federativa que fue creada en 1869 por iniciativa de un grupo de diputados encabezado por Manuel Fernando Soto Pastrana. Los códigos nahuas u otomíes, así como las crónicas agustinas o franciscanas también han sido considerados parte sustancial de la historiografía hidalguense. Sin embargo, con anterioridad se planteó que el concepto de conciencia histórica regional ayudó a establecer un punto de inicio, es decir, tanto Luis A. Escandón, Vicente de Paula Andrade, Canuto E. Anaya y Teodomiro Manzano concibieron perfectamente que el espacio donde ellos llevaron a cabo sus trabajos era una entidad federativa mexicana.

Una rápida recapitulación indica que este trabajo mostró que los autores estudiados y por ende la historiografía estuvieron influidos por la ideología liberal y conservadora del siglo XIX y que su formación incidió en su forma de interpretar los hechos históricos que aparecen en sus textos.

Luis A. Escandón contribuyó al conocimiento de los pueblos indígenas del Mezquital, así como por ser el pionero de los estudios sobre el culto a la fertilidad, en los huastecos. Su muerte tan prematura, sin embargo, hizo que las generaciones futuras de estudiosos lo conocieran poco; fue hasta años recientes, ya en este siglo XXI cuando varios de sus trabajos inéditos salieron a la luz y este trabajo que presento ahora espera llenar el hueco historiográfico que dejó Escandón.

La obra de Vicente de P. Andrade concentra sus esfuerzos en tres poblaciones hidalguenses, pero sobre todo en acrecentar la historiografía de la capital del estado

de Hidalgo, Pachuca. El efecto producido fue que esta población tendría la mayor cantidad de trabajos historiográficos respecto al resto de los municipios hidalguenses. Dicho efecto es observado en los historiadores de la actualidad.

Por su parte, la contribución de Canuto E. Anaya fue abarcar no sólo la historia de una diócesis sino la de sus numerosas poblaciones y parroquias, así como los estudios locales acerca de Tulancingo. Su trabajo se convirtió en referencia obligada por la cantidad de datos obtenidos directamente de los archivos eclesiásticos; resulta de gran importancia ya que como Anaya indicó, esos repositorios desaparecieron por efectos de la Revolución mexicana.

Asimismo, la contribución de Teodomiro Manzano fue legar a los futuros historiadores la primera visión de conjunto de la historia del estado de Hidalgo, asimismo contribuyó a numerosos textos sobre los hombres más destacados y de las primeras monografías históricas municipales. Su trabajo de profesor trascendió de sus aulas para considerarlo, si bien no el único, sí el más prolífico de los estudiosos de la historia en la entidad.

En el terreno teórico, se estableció, entre otros autores, con el apoyo de José Gaos y Benedetto Croce, la distinción entre una obra historiográfica, que fueron las estudiadas, de una fuente historiográfica que a pesar de estar relacionadas, fueron concebidas bajo una diferente motivación; ello permitió detectar aquella delgada línea que las separa como es el caso de la *Memoria de los trabajos ejecutados por la Comisión Científica de Pachuca* dirigida por Ramón Almaraz en 1864 o la *Reseña relativa al estado de Hidalgo* de 1884, de autores aún no definidos, que si bien es cierto contienen datos históricos, éstos no ocuparon parte preponderante en los respectivos trabajos y fungieron como parte del contexto que les permitía explicar dónde se situaban sus estudios. Ya con el carácter de obra historiográfica regional se encuentran los trabajos de Luis A. Escandón para los distritos de Tula e Itzmiquilpan y los apuntes que alcanzó a escribir para Actopan, Tulancingo y Tenango. Los mismos títulos *Efemérides pachuqueñas* de Andrade, el *Bosquejo geográfico-histórico de la diócesis de Tulancingo* y los *Anales del estado de Hidalgo* de Manzano refuerzan la idea anterior: había una intencionalidad de hacer y escribir

historia, aunque con diferentes objetivos y motivaciones; y dentro de ellas estuvieron implícitas otras disciplinas.

El análisis de las obras también permitió establecer que, como ha sido tendencia de la historiografía regional en México, ésta se ha compuesto por trabajos particulares, es decir, en términos geográficos por la suma de partes, sean ciudades o municipios. Luis A. Escandón trabajó con Tula e Itzmiquilpan como distritos políticos, rentísticos y judiciales por lo que incluyó a los municipios vecinos, pero con la preponderancia de la cabecera. Lo mismo llevó a cabo el molangueño Anaya cuya obra abarcó cada una de las parroquias y vicarías fijas que conformaban la extensa diócesis de Tulancingo que ocupa parte de los estados de Puebla y Veracruz; muchos de sus pueblos aún tienen como centro económico a esta población hidalguense, la segunda en importancia en la entidad que, como se mencionó, fue durante buena parte del siglo XIX, un enclave económico y político muy superior a Pachuca, la que por diversas condiciones, sobre todo de carácter político, orientaron a que esta ciudad fuera la sede de los poderes del nuevo gobierno. La importancia de Tulancingo también fue determinante para quedarse como sede de la diócesis y que Anaya se encargó de historiar con el fin de conocerla en todas las partes que la conformaban. Trabajos más acotados a una población fueron los realizados por Vicente de Paula Andrade; amén de sus obras generales como la *Bibliografía mexicana del siglo XVII*, el canónigo vicentino encontró datos suficientes para armar pequeños trabajos específicos de una población ya fuera de Apan, Alfajayucan y Pachuca; trabajos con características similares fueron los dedicados a Chilapa y al entonces pueblo de Coyoacán; la posesión de una inmensa biblioteca, de las más especializadas que existían entonces para el estudio de la historia de México, fue la mina de la cual Andrade pudo encontrar nuevas vetas de información, pero siempre con esta inclinación propia de su formación como religioso, de atender la historia del país y de sus pueblos a partir del enfoque de la Iglesia católica. En quien encontramos el punto cimero es sin duda en Teodomiro Manzano quien en sus *Anales*, pudo concebir al estado de Hidalgo como un todo, lo mismo que en su *Geografía*, y aunque también practicó los trabajos municipales

siempre fue su deseo como él mismo lo expresó, dar a conocer cada uno de los rincones de la entidad.

La realización de esta tesis, que he titulado *El pensamiento histórico en el estado de Hidalgo: la construcción de la historiografía regional, 1890-1940*, nació bajo la égida de las ciencias sociales. Pretendió desde el primer momento anudar, nunca de manera forzada, el quehacer de la historia con disciplinas como la educación, la política, la economía, la sociología, la antropología, la arqueología y no por un mero capricho intelectual de querer encajar el análisis de una obra historiográfica al canon que exige un trabajo académico de esta envergadura, sino porque el análisis mismo hizo evidente la necesidad de recurrir a la teoría política o a la sociológica para explicar un discurso historiográfico, cosa que en otro momento se hubiera pensado como manejo exclusivo de la disciplina histórica. El campo educativo, también se ha visto orillado a encontrar en la historia las explicaciones a sus métodos, a sus objetivos de enseñanza, a la forma de abordar los contenidos, a manejar la didáctica, a comprender el origen de un libro de texto.

La política fue útil para explicar cómo una obra forma parte de una ideología, inmersa entre las pugnas decimonónicas; la teoría del poder ayudó a comprender la relación entre el autor y sus mecenas, en un ambiente favorecido por los gobiernos de entonces. Lo anterior va en referencia a las obras escritas por Luis A. Escandón, dedicadas a la familia Cravioto y al presidente Díaz. Respecto a Teodomiro Manzano, el desarrollo de sus bienes intelectuales le permitió entrar en contacto con los gobiernos estatales quienes también financiaron buena parte de sus obras. Si bien Canuto Anaya y Vicente de Paula Andrade fueron clérigos mantuvieron estrecho contacto con el gobierno eclesiástico y fueron miembros de instituciones académicas con ciertos cargos y distinciones. Dado que el conocimiento encierra en sí mismo el poder y que el campo intelectual no está dissociado de la política, la escritura de la historiografía temprana en el estado de Hidalgo tuvo dicho carácter: fue escrita de acuerdo con los intereses políticos del momento, en especial los que concernían a los gobiernos craviotanos, lo que concedió a ellos una especie de condición de portavoces de clase no sólo a los que

poseen mangas en camisa sino también a los de levita como expresó Pierre Bourdieu en *Intelectuales, política y poder*.

Por tanto, como vimos al estudiar a Luis A. Escandón y Teodomiro Manzano el intelectual se encuentra en dos grandes canales de acercamiento al poder. La proximidad que tenían en los círculos intelectuales fue clave para un contacto social requerido no tanto para permanecer o formar parte de ellos, sino más bien para lograr publicar sus trabajos. No fue extraño que los editores de entonces también pertenecieran a dichos círculos. En esa forma, la élite intelectual se volvió influyente. El prestigio que adquirieron estaba acorde con su trayectoria pública —esta idea fue expresada por Charles Wright Mills en *La élite del poder*— ya fuera como clérigos como el caso de Andrade y Anaya o bien, de periodistas y profesores como Escandón y Manzano. Esta condición no necesariamente se refleja en una mejor posición económica, ya que Manzano, por ejemplo, murió en la pobreza, y por lo que sabemos Escandón tampoco tuvo una vida opulenta.

La arqueología y la antropología, disciplinas ligadas a la historia, permitieron formular las primeras afirmaciones que se tuvieron de las culturas del México antiguo y de cómo la economía ayudó a explicar las temáticas que interesaron a algunos autores. El trabajo también hizo evidente que ellos mismos tampoco concibieron una historia aislada; en primer lugar, por su formación, ya que ninguno de ellos tuvo un título que lo avalara como tal, y sin embargo fueron reconocidos como historiadores, amén de sus labores como médicos, profesores de educación primaria, abogados, periodistas, sacerdotes, novelistas y que ahora son apreciados por haber contribuido en varias ramas del conocimiento. Se trataba de eruditos, que dedicaron no sólo parte de su tiempo sino buena parte de su vida a la lectura de libros y documentos, de la visita a los archivos y a las bibliotecas.

Ellos mismos no concibieron a la historia como una disciplina aislada. En sus obras estaba presente la geografía y la estadística; sentían que no podían prescindirse entre sí. Eso, como tal, ya representa un diálogo entre las disciplinas, aunque diferenciaron sus fronteras. Si bien el diálogo fue disciplinar y no metodológico permitió que desde entonces se comprendan los estudios sociales con un carácter interdisciplinario. Esta es la bondad que se tiene de la flexibilidad

de las ciencias sociales, desdibujar las fronteras naturales para fortalecer los procesos de intercambio, sin que esto se entienda como tener una injerencia arbitraria de los objetos de estudio respectivos de cada disciplina. El método hermenéutico que privó en los análisis historiográficos tuvo su concepción desde los planos sociológicos con personajes como William Dilthey o Max Weber, por ejemplo. La hermenéutica se ocupó de hacer una revisión crítica del contenido de los textos y la historiografía, que en términos de Zigmunt Bauman era la más entusiasta y agradecida usuaria del método y que ayudó a una mejor apreciación de una obra desde el punto de vista de su creador y de sus condiciones sociales y culturales. Por eso una primera conclusión es que en la realidad social hay una mayor presencia histórica, desde el punto de vista de su estudio, es decir, hay un acuerdo en que dicha realidad es dinámica, participan en ella múltiples procesos, sin que esto suene a que el hecho de compartir un interés similar, signifique abordarse de la misma forma.

Cómo percibimos nuestro mundo, con qué fin nos esforzamos por conocer, cómo desarrollamos nuestra actividad científica, son cuestiones que buscaron explicarse en este trabajo. No sólo el análisis historiográfico debe ser percibido como un complejo ejercicio intelectual, complejo por involucrar varias operaciones, sino como una reflexión. Al momento de escribir este trabajo se cumplen 150 años de la creación del estado de Hidalgo, y es a mi parecer, el momento preciso para hacer una breve retrospectiva de lo que se ha hecho en la entidad para escribir su historia, y sobre todo, para brindar un panorama de los avances que ha tenido y de lo que falta por hacer. En este trabajo se ha visto que, aunque aislados, siempre hubo en aquellos hombres una conciencia histórica de comenzar a escribirla, con las condiciones propias de la época, por lo cual, sería injusto exaltar sus limitaciones a los ojos del científico social de hoy.

A lo largo de todos los capítulos, pero muy especial en el último, se plantearon las propuestas que sustentan esta tesis, estuvieron presentes las ideas de que el relato del historiador interpreta la historia bajo sus intereses, los propios de su tiempo pero que marcaron una serie de continuidades u omisiones. El haber estudiado este periodo permitía responder estos cuestionamientos: ¿cómo es que

lo escrito entre 1890 y 1940, trascendió lo que en efecto sucedió entre 1890 y 1940?, ¿cómo trascendió más allá de 1940? Al respecto advertimos que lo sucedido en el pasado depende, en la escritura de la historia, de lo que pasa en el presente; el presente determina el pasado y el pasado determina el presente. En la misma concepción se encontraba Benedetto Croce (1960) quien establecía la relación del autor con su tiempo, con su obra, con el tema de estudio, con su concepción de historia y desde luego, a sus receptores: para quién iba dirigida, en qué círculos se leían, qué tipo de debates y controversias generaba lo cual contribuyó a comprender al mismo tiempo que las diferentes tendencias emergieron de forma sucesiva, jamás desaparecieron o se eliminaron completamente. Aquí es donde entraron en juego las disciplinas sociales.

Otra contribución de este tipo de trabajos muestra que la producción de los autores permitirá entender la relación de la sociedad con su historia, con su ideología para comprenderse y explicarse y desde luego comprender y explicar la disciplina misma. Edmundo O'Gorman (1974) estaba de acuerdo en que la forma de hacer investigación histórica era también susceptible de historiarse. Por ello había que establecer un interrogatorio a las obras y a sus protagonistas. En primer lugar, no se trató de una entrada directa al texto, sino antes reseñar los juicios que se hicieron de él y con ello se respondió por qué cayó en un descrédito uno, por qué cayó en el silencio este otro, o por qué fue magnificado alguno más.

Se encontró que todas las obras estuvieron sustentadas en el pensamiento del autor a raíz de una lectura de la obra, y no sólo de un texto en específico. Un libro dice mucho más de lo que puede decir un análisis, el cual tampoco puede ser idéntico si se tienen distintos objetivos. El interés de este trabajo fue rastrear los orígenes de la historiografía hidalguense bajo un criterio metodológico que permitiera comprenderla y no sólo describirla. En este sentido se buscaba tender un puente entre la visión particular del autor y el mundo que lo rodeó; los proyectos pensados para estudiar todas las periodizaciones exigían comenzar desde los orígenes lo que tuvo como resultado que podamos entender lo que sucede con los estudios regionales de hoy. Por ello, esta tesis trató de replantear cuál es el lugar del pasado en la escritura de la historia, así como preguntarse cómo influye el

presente en la reconstrucción del pasado. Las corrientes temáticas e ideológicas, sobre todo, permitieron hallar algunas respuestas a estos cuestionamientos.

Las ciencias sociales nos permitieron observar cuál es el valor que le otorgamos a las obras, y el valor que los autores estudiados le otorgaron a los hechos que ellos estudiaron. Algunos representan aún ahora paradigmas de interpretación, referentes de información por lo cual se concluye que un autor, forma parte de una sociedad convertido en un comentarista de la realidad cuya historia narra. Una comunidad que ha construido su historia, la legitima o la rechaza, valida su existencia permitiéndola aparecer en el tiempo, que así fue como llegó a nosotros. Es claro que la historia ofrecida a la sociedad será una invitación para que se identifiquen con ella. La historiografía, al contener relatos construye contextos. El contexto es producto de las acciones realizadas en él. En ellos existió aquella conciencia que parte de la historia de la comunidad o periodo que historiaron pudo haberse contado de otra forma distinta; en este sentido lo que se buscó en este trabajo fue explicar no el conocimiento en sí, sino el pensamiento que dio lugar a ese acontecimiento y cómo ajustaron las corrientes de pensamiento de la época a sus propios juicios; la idea fue introducirnos en esa forma de pensar para comprender su propia concepción del pasado.

El estudio de su pensamiento, a la vez que sus circunstancias y motivaciones, sus acciones y reacciones, son explicables por los antecedentes ideológicos del individuo mismo. La amalgama autor-discurso afirma que sus ideas son susceptibles de ser estudiadas para comprender mejor la realidad; en el lenguaje es donde fue posible detectar el origen de nuevos significados; cada individuo posee un relato propio, ya que el dejar atrás aquellas posturas de “hablar por sí misma” se tornarán más visibles las intenciones con que los autores construyeron sus textos; habrá entonces una mejor percepción crítica al realizar la lectura de los mismos y permitir dilucidar la veracidad o no de la información vertida en los textos. Es importante recalcar que un autor es un ser social y su discurso se construye en sociedad, en un contexto histórico social, más que en el individuo en sí.

La intención que a su vez motivó esta tesis, fue tener presente de antemano que para lograr una mejor comprensión era necesario centrarse en los conceptos

fundamentales que cada autor manejó, así como el condicionamiento de su circunstancia social como condición fundamental. La manera adecuada de lectura y análisis del texto es considerarlo un producto histórico en el que las intenciones reales del autor son la guía principal para saber por qué el texto adoptó esa forma concreta. Si deseábamos entender la historia de un libro, debíamos realizar la oportuna tarea de investigar qué hacían los autores estudiados, sus intereses, su contexto, sus motivaciones. Saber que Escandón era un excursionista o un cazador, nos permitió comprender que él pudo llegar a hacer exploraciones arqueológicas en una Huasteca entonces lejana y poco comunicada. Saber que el canónigo Andrade tuvo contacto con los mejores escritores del siglo diecinueve en torno a su magnífica biblioteca, nos permitirá entender la gran cantidad de obras llevadas a cabo. Saber que el padre Anaya creció en un pueblo de la sierra hidalguense donde se cultivaban las artes y las letras hubo un ambiente intelectual que lo orilló no sólo al abrazo de la carrera eclesiástica sino al gusto y vocación por los documentos antiguos. Saber que el trabajo pedagógico de Manzano, preocupado porque sus alumnos tuvieran material de estudio digno, lo orilló a realizar estoicamente una gran variedad de trabajos.

Al mismo tiempo la práctica historiográfica debe ser reconstructiva y reflexiva. Quien investiga la ciencia social es porque él hace ciencia social, la desarrolla, la estudia, la transforma. Esa es a mi parecer, la más importante contribución de la historiografía a las ciencias sociales. No se trata sólo de buscar coincidencias teóricas y diálogos interdisciplinarios y la consecuente ampliación de temas de estudio y perspectivas metodológicas, sino que permitan el desarrollo de nuevas formas de investigación orientada al análisis crítico y a la producción en una sociedad crecientemente compleja. Es el regreso de los trabajos a la sociedad, es el retorno de la historiografía regional a los estudios profesionales, por lo menos en la entidad, es el desarrollo de nuevo conocimiento, en el fortalecimiento de las instituciones o la creación de nuevos centros, mejores y mayores estímulos, más oportunidades de difusión, apertura de la participación de varios sectores, subsanar los rezagos temáticos, ampliar nuevas redes multidisciplinarias, la atención a problemáticas específicas de un espacio.

Es así que las ciencias sociales se han visto renovadas y en constante retroalimentación de cada una de las disciplinas. No es una confrontación con un bloque monolítico, homogéneo, sino de constituir nuevos objetos de conocimiento, nuevos objetivos y nuevas perspectivas. Por ello, esta tesis planteó un ejercicio de retrospectiva con la finalidad de detectar cuáles fueron los puntos de partida de las ciencias sociales. Se cayó en la cuenta que los procesos en que se desarrolló la historiografía regional no fueron, y ni ahora lo son, homogéneos ni con la misma intensidad. Es el caso de Yucatán, con una fuerte producción historiográfica a diferencia de estados como Hidalgo a quien se le ha atribuido que la cercanía con la Ciudad de México ha sido un factor determinante, es decir, el centralismo también se ha manifestado en la producción de los historiadores como se explicó en el capítulo dos del presente trabajo respecto a esta entidad. Sin embargo, el agotamiento de esta idea hace que volteemos la vista a las condiciones socioculturales de la entidad y a que las condiciones políticas tampoco son lineales. Regiones como la Sierra Alta y la Huasteca tuvieron un acceso carretero muy posterior a la década de los cincuenta; los estudios en estas regiones fueron casi a la par de la apertura de nuevos caminos, las mismas políticas de desarrollo fueron condicionadas por las comunicaciones, de la misma forma que los tepehuas o los otomíes de la sierra, cosa que probablemente no sucedió con el estado hermano, Morelos quien alcanzó una mayor producción bibliográfica durante el mismo periodo que Hidalgo.

Es ahí precisamente donde se enfocaron los planteamientos: a no dejar de lado la relación existente entre la producción historiográfica con las condiciones geográficas, económicas y culturales de un lugar. La minería aún en el siglo veinte formaba parte de las principales actividades de los hidalguenses en la Comarca Minera; los textos revisados hacen mención de su importancia, y fue por ello que se dedicó la atención a este rubro también en la historia lo cual generó una tendencia fuerte en la entidad. En el Mezquital, con la apertura de los nuevos caminos, se encontró en esa región un número importante de grupos otomíes. Con la emergencia de la etnografía no sólo se enriquecieron los estudios en este campo sino toda una red de relaciones de poder a nivel local en la que se vinculara la vida

socioeconómica regional tal como se pensó con el Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital. Esta región junto con la de Pachuca y la de Tulancingo centralizaron la producción historiográfica, frente a la escasez de las regiones huasteca y serrana.

Así como el excesivo interés y amor por la región encontró su desfogue en la historia local, es necesario ocuparse de evolucionarlo a dar respuesta a sus necesidades, a sus propios intereses, al de vincular la teoría social con las situaciones prácticas inmediatas o bien, a pasar de ese cariño, que bien hacía notar por el terruño Luis González, a las tendencias políticas que favorezcan la autonomía regional ante un poder centralista que emergió para afianzar el poder pero que limitó las expresiones locales. Fue por ello que esta tesis planteó a través de la historiografía estudiar el panorama inicial de las ciencias sociales en una parte de la provincia mexicana, Hidalgo, con el fin de comprenderla en toda su magnitud posible —a partir de los cuatro autores estudiados— y explicitando en ellos el lazo afectivo que los unió, pero también con los intereses sociales, el educativo como el que más, que también los guio. Esas preocupaciones vitales e intelectuales fueron las que orillaron a realizar este trabajo que a decir del mismo Alfonso Reyes en *Las burlas veras* (1955): “en estos historiadores locales están las aguas vivas, los gérmenes palpitantes. Muchos casos nacionales se entenderán mejor procediendo a la síntesis de los conflictos y sucesos registrados en cada región”. Dicha profecía, confesada en una carta a Daniel Cosío Villegas, hoy se ha cumplido en gran parte.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARCHIVOS

Acervo Histórico de la biblioteca “Francisco Xavier Clavijero”, Universidad Iberoamericana, Ciudad de México.

Archivo de la parroquia de Nuestra Señora de Loreto, Molango, Hgo.

Archivo del Sagrario Metropolitano, Ciudad de México.

Archivo General de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, Pachuca, Hgo.

Archivo General del Estado de Hidalgo, Pachuca, Hgo.

HEMEROGRAFÍA

Colonia Española, La.

Combate, El.

Convención Radical Obrera, La.

Diario del Hogar, El.

Daily Anglo-American.

Interino, El.

Juventud Literaria, El.

Libertad, La.

Mexican Herald, The.

Municipio Libre, El.

Órgano de los Estados, El.

Patria, La.

Patria Ilustrada, La.

Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Hidalgo.

Siglo Diez y Nueve, El.

Sol de Hidalgo, El.

Tiempo, El.

Trait d'union, Le.

Voz de México, La.

TEXTOS Y AUTORES ESTUDIADOS

ANAYA, Canuto E. (2014), *Bosquejo geográfico-histórico de la diócesis de Tulancingo y datos biográficos de sus señores obispos y capitulares*. Pachuca, Arquidiócesis de Tulancingo [Primera edición, 1918].

_____, "El libro de mis recuerdos. Apuntes y documentos para la historia de Molango compilados por el presbítero...", Tulancingo, [1947]. Manuscrito inédito.

ANAYA, Canuto E.; Vicente de Paul ANDRADE (1912), *Estudio sobre la ciudad de Huauchinango (estado de Puebla)*. México, imprenta dirigida por Juan Aguilar Vera.

ANDRADE, Vicente de Paul (1896), *Primer estudio sobre los conquistadores espirituales de la Nueva España (1519-1531)*. México, Imprenta y Litografía La Europea de Fernando Camacho.

_____, (1899), *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo xvii*. México, Imprenta del Museo Nacional.

_____, (1901), *Carta abierta al señor don Juan Herrero con motivo de cierto compendio de historia eclesiástica mexicana que acaba de editar*. México, Tipografía de "El Tiempo".

_____, (1903), *Los sumos pontífices romanos y la Iglesia mexicana. Noticia de lo que aquellos han hecho en favor de ésta*. México, Tipografía La Europea de J. Aguilar Vera.

_____, (1909), *Alfajayucan. Noticias acerca de este pueblo leídas en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística el 13 de agosto y 14 de septiembre de 1908 por el socio...* México, Imprenta de Manuel León Sánchez.

_____, (1910) *Estudio leído en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en la sesión del 15 de julio de 1909 por el socio.... sobre Zacatlán de las Manzanas*. México, Tipografía de la Santa Cruz.

_____, (1911), *Estudio sobre la ciudad de Apan, e[stado] de Hidalgo*, México, Talleres Tipográficos de "El Tiempo".

- _____ (1982), "Estudio histórico sobre la leyenda guadalupana", en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda (compiladores), *Testimonios históricos guadalupanos*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 1287-1337.
- _____ (1986), *Efemérides pachuqueñas*. Estudio introductorio de Juan Manuel Menes Llaguno, Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (Biblioteca conmemorativa) [Primera edición, 1913].
- ESCANDÓN, Luis A. (1890), *Ensayo histórico, geográfico, estadístico del distrito de Tula*. México, Imprenta de Ireneo Paz.
- _____ (1891), *Ensayo histórico-geográfico-estadístico del distrito de Itzmiquilpan*. México, Imprenta de Ireneo Paz.
- _____ (1892), "Estado de Hidalgo. Etnografía y arqueología. Obra escrita por el capitán primero de caballería..., miembro honorario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística". Pachuca. Manuscrito inédito.
- _____ (2006), *Etnología y arqueología del estado de Hidalgo. Informe del comisionado especial para la Exposición Colombina de Chicago*. Introducción y notas de Enrique Rivas Paniagua. Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (Clásicos hidalguenses, 1).
- MANZANO, Teodomiro (1908), *Lecciones de historia de México. Comprenden desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días para uso de las escuelas primarias de la república*. México, A. Carranza y Cia. Impresores.
- _____ (1919), *Páginas históricas que se publican al cumplirse el quincuagenario año de la fundación del Instituto Científico y Literario del estado de Hidalgo*. Pachuca, s.p.i.
- _____ (1922), *Anales del estado de Hidalgo. Desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Primera parte (608 a 1868)*. Pachuca, Gobierno del Estado de Hidalgo, 1922.
- _____ (1930), *Monografías del estado de Hidalgo I. Pachuca*. Pachuca, Talleres Linotipográficos del Estado.
- _____ (1933), *Monografías del estado de Hidalgo II. Mineral del Monte. III Mineral del Chico*. Pachuca, Talleres Linotipográficos del Estado.

- _____ (1934), *Historia del estado de Hidalgo*, Pachuca, Talleres Linotipográficos del Estado.
- _____ (1937). *Monografía del Instituto Científico y Literario del estado de Hidalgo*. Pachuca, Publicaciones del Instituto Científico y Literario del Estado.
- _____ (1940), *Biografías de hidalguenses distinguidos*. Pachuca, Gobierno del Estado de Hidalgo.
- _____ (1946), *Geografía del estado de Hidalgo*. México, Imprenta Anáhuac [Primera edición, 1892].
- _____ (1950), *Historia de la educación primaria en el estado de Hidalgo*. México, Publicaciones del Museo Pedagógico Nacional.
- _____ (1948a), *Diccionario biográfico del estado de Hidalgo*. Pachuca, Gobierno del Estado de Hidalgo.
- _____ (1948b), "Diccionario etimológico, geográfico, histórico, político y biográfico del estado de Hidalgo" (*fragmento*). [Pachuca], s/e, 1948b. Edición mecanografiada en la letra A.
- _____ (2009), *Anales del estado de Hidalgo. Desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Segunda parte (1869 a marzo de 1927)*. Estudio introductorio de Juan Manuel Menes Llaguno. Pachuca, Gobierno del Estado de Hidalgo, (BiCentenario, 9) [Primera edición: 1927].
- _____ (2010), *Anales del estado de Hidalgo. Desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Primera parte (608 a 1868). Tercera parte (apéndice al tomo segundo)*. Estudio introductorio de Juan Manuel Menes Llaguno. Pachuca, Gobierno del Estado de Hidalgo (BiCentenario, 11).

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- ALATAS, Syed Farid (2011), "La convocatoria hacia los discursos alternativos en las ciencias sociales de Asia", en *Informe sobre las ciencias sociales en el mundo, 2010. Las brechas del conocimiento*. México, The United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization, Foro Consultivo Científico y Tecnológico, p. 177-179.

- ANAYA LARA, Homero (2019), *Lienzos molangueños. Reseñas históricas y anecdóticas de Molango*. Edición, introducción y notas de José Eduardo Cruz Beltrán. Pachuca, Gobierno Municipal de Molango.
- ÁNGELES CONTRERAS, Jesús (1993), *Monografía del municipio de Molango*. Pachuca, Instituto Hidalguense de la Cultura (Lo nuestro...).
- ÁNGELES VERA, Martín Gerardo (2003), *El periódico oficial del estado de Hidalgo durante la República restaurada, (1869-1876)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México (Tesis, licenciatura en Ciencias de la Comunicación).
- ANSKERMIT, Frank Rudolf (2014), *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*. México, Fondo de Cultura Económica (Breviarios, 516).
- ARIAS GÓMEZ, María Eugenia (2005) *Dimensión historiográfica de la perspectiva regional en México (1890-1915)*. Universidad Nacional Autónoma de México, México (tesis, doctorado en Historia).
- _____ (2008), *Cosecha histórica regional en México, 1890-1915*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (Historia Urbana y Regional).
- ARRIOJA DÍAZ VIRUELL, Luis Alberto (2016), "Introducción. Un recuento de la estadística en México", en Luis Alberto Arrijoa Díaz Viruell (editor), *Registrar e imaginar la nación. La estadística durante la primera mitad del siglo XIX*. Zamora, El Colegio de Michoacán, Universidad Veracruzana, El Colegio de Sonora, p. 11-51.
- ÁVILA, Alfredo (2009), "De historiador, poeta y loco, todos tenemos un poco" en *Nexos*, disponible en <https://www.nexos.com.mx/?p=13158>.
- BAJTIN, Mijail (2008), *Estética de la creación verbal*. México, Siglo XXI Editores.
- BALLESTEROS GARCÍA, Víctor Manuel (1994), *Bibliografía general del estado de Hidalgo, con una selección de hemerografía*. Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- _____ (2014), *La vuelta a Hidalgo en 180 libros*, Pachuca, Gobierno del Estado de Hidalgo (Colección hidalguense. Libros para ser leídos, 10).
- BAÑOS RAMÍREZ, Othón (1998), "Reinterpretaciones de la historia yucateca", en Gisela von Wobeser (coordinadora), *Cincuenta años de investigación histórica*

- en México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad de Guanajuato, p. 321-331.
- BARREDA, Gabino (1978), *La educación positivista en México*. México, Porrúa, (Sepan cuantos..., 335).
- BAUMAN, Zygmunt (2007), *La hermenéutica y las ciencias sociales*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- BAUTISTA GARCÍA, Cecilia Adriana (2012), *Las disyuntivas del Estado y de la Iglesia en la consolidación del orden liberal, México, 1856-1910*. México, El Colegio de México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Fideicomiso Historia de las Américas.
- BAUTISTA SALINAS, Juan V. (2014), *150 años de la diócesis de Tulancingo*. Pachuca, Arquidiócesis de Tulancingo.
- BAZANT, Mílada (2014), *Historia de la educación durante el porfiriato*. México, El Colegio de México (Historia de la Educación).
- BOURDIEU, Pierre (1996), *Sobre la televisión*. Barcelona, Anagrama, (Argumentos).
- _____ (1997), *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- _____ (2000), *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- _____ (2002), *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires, Montessor Jungla Simbólica.
- BURKART, Joseph (1989), *Memoria sobre la explotación de minas en los distritos de Pachuca y Real del Monte de México*. Edición, estudio preliminar y notas de Víctor Manuel Ballesteros. Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- CAMELO, Rosa (2009), "La totalidad del texto", en Rosa Camelo, Miguel Pastrana Flores (editores), *La experiencia historiográfica. VIII coloquio de análisis historiográfico*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 11-22 (Teoría e historia de la historiografía, 7).
- CALSAMIGLIA BLANCAFORT, Helena; Amparo TUSÓN VALLS (2001), *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*. Barcelona, Ariel.

- CAMP, Roderic Ai (1988), *Los intelectuales y el Estado en el México del siglo xx*. Fondo de Cultura Económica, México.
- CARR, Edward (2001), *¿Qué es historia?* México, Ariel.
- CEBALLOS MARTÍNEZ, Manuel (2005), “Conservadores e intransigentes en la época de Porfirio Díaz”, en Renée de la Torre, Marta Eugenia García Ugarte, Juan Manuel Ramírez Sáiz (compiladores), *Los rostros del conservadurismo mexicano*. México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, p. 123-137.
- CERDA CÓRCOLES, Ángel (2006), “El bosquejo histórico y geográfico de la diócesis de Tulancingo del padre Can[u]to Anaya”, en *Teotlalpan. Órgano de difusión del Centro Hidalguense de Investigaciones Históricas*, no. 1, octubre, segunda época, p. 87-96.
- CERÓN MARTÍNEZ, Armando Ulises (2017), “Cuatro niveles de conocimiento en relación a la ciencia. Una propuesta taxonómica”, en *Ciencia ergo-sum*, vol. 24, no. 1, marzo, p. 83-90.
- CERUTTI, Mario (1999), “La historia, la economía y la historia económica”, en Gisela von Wobeser, *Reflexiones sobre el oficio del historiador*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 81-98.
- CHÁVEZ OROZCO, Luis (1960), *Conflicto de trabajo con los mineros de Real del Monte. Año de 1766*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.
- _____ (1978), *La situación del minero asalariado en la Nueva España a fines del siglo XVIII*. México, Centro de Estudios Históricos sobre el Movimiento Obrero.
- CHESNEAUX, Jean (1998), *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*. México, Siglo XXI Editores.
- CHINCHILLA PAWLING, Perla (2014), “Las ‘formas discursivas’. Una propuesta metodológica” en *Historia y Grafía*, no. 43, julio-diciembre, p. 15-40.
- (1868) *Colección de los decretos espedidos por los Congresos constituyente y constitucional y por el Ejecutivo del estado libre y soberano de México, en la época corrida de mayo de 1861 a octubre de 1868*, Toluca, Tip. del Instituto Literario, t. VI.

- CONTRERAS PÉREZ (2010), Gabriela “Investigación interdisciplinaria, vinculación social y subsidio de la Universidad de México, 1935-1938”, en *Perfiles educativos*, vol. xxxii, no. 128, p. 80-96.
- COMTE, Augusto (2006), *La filosofía positiva*, México, Porrúa, (Sepan cuantos..., 340).
- CÓRDOVA, Arnaldo (1980), “La historia, maestra de la política”, en *¿Historia, para qué?* México, Siglo XXI Editores, p. 129-143.
- CROCE, Benedetto (1960), *La historia como hazaña de la libertad*. México, Fondo de Cultura Económica (Popular, 18).
- CRUZ BELTRÁN, José Eduardo (2016a), *La enseñanza de la historia regional a través del libro de texto en educación primaria. Una experiencia educativa desde el estado de Hidalgo*. México, Editorial del Magisterio Benito Juárez, Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación.
- _____ (2016b), “La enseñanza de la historia regional para la educación primaria en el estado de Hidalgo, 1922-1982. Un análisis historiográfico” en *Hidalgo: varios pasados y varias historias pasadas. Tercer encuentro hidalguense de historia de la educación*. Pachuca, Universidad Pedagógica Nacional, p. 37-45.
- _____ (2019), *Pachuca y Tulancingo, la disputa por la ciudad capital*. Pachuca, Universidad Pedagógica Nacional-Hidalgo.
- _____ (2020), *Lo escrito grabado queda. Temas de historia y literatura hidalguenses*.
- CRUZ BELTRÁN, José Eduardo, Nathalie MOTA PERUSQUÍA (2016), *Juárez Hidalgo, en busca de nuestros ancestros*. Pachuca, Ediciones Mayahuel.
- CRUZ BELTRÁN, José Eduardo; Benito BAUTISTA TREJO (2017), “Notas para una historia de la música molangueña”, en José Eduardo Cruz Beltrán y Octavio García Ábrego (coordinadores), *Páginas históricas de Molango*. Pachuca, Gobierno Municipal de Molango, p. 127-142.
- CRUZ BELTRÁN, José Eduardo; Octavio GARCÍA ÁBREGO, (coordinadores) (2017), *Páginas históricas de Molango*. Pachuca, Gobierno Municipal de Molango.

- DE CERTEAU, Michel (1993), *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana, México.
- DE GORTARI RABIELA, Hira (1990), “La historiografía mexicana y lo contemporáneo” en *Historias*, no. 24, abril-septiembre, p. 45-54.
- DE LA CRUZ MORALES, Gildardo (2012), *Yahualica y Xochitlán, eslabones perdidos*. México, El Autor.
- DE LA TORRE VILLAR, Ernesto, NAVARRO DE ANDA, Ramiro (compiladores), (1982), *Testimonios históricos guadalupanos*. México, Fondo de Cultura Económica.
- DE MENDIZÁBAL, Miguel Othón (2016), *Evolución económica y social del Valle del Mezquital*. Pachuca, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo, 2016 (Historia y Patrimonio) [Primera edición: 1946].
- _____ (1933), “Los otomíes no fueron los primeros pobladores del Valle de México. Su identificación con los arcaicos es errónea e infundada”, en *Anales del Museo Nacional*, t. VIII, cuarta época, p. 611-629.
- DEL ARENAL FENOCHIO, Jaime (2003), “‘La otra historia’. La historiografía conservadora”, Conrado Hernández López (coordinador), *Tendencias y corrientes de la historiografía del siglo xx*. Zamora, El Colegio de Michoacán, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 63-90.
- DEL HOYO, Eugenio (1979), “Historiografía mexicana del siglo xx” en *Humanitas*, no. 20, p. 231-241.
- DÍAZ MALDONADO, Rodrigo (2009), “Vicios y virtudes de los estudios historiográficos” en Rosa Camelo y Miguel Pastrana Flores (editores), *La experiencia historiográfica. VII coloquio de análisis historiográfico*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 127-132 (Teoría e historia de la historiografía, 7).
- ENCISO, Jorge (1935), “El convento de Actopan”, en *Archivo español de arte y arqueología*, no. 31, t.11, p. 67-71.
- ESCORZA RODRÍGUEZ, Daniel (1995), “El discurso cívico-religioso protestante en Hidalgo, 1880-1900” en Laura Espejel López y Rubén Ruiz Guerra (coordinadores), *El protestantismo en México (1850-1940)*. La Iglesia

metodista episcopal. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, p. 77-89.

FABILA, Alfonso (1938), *Valle del Mezquital*. México, Cultura.

FABRE PLATAS, Danú Alberto (2004), *Una mirada al Valle del Mezquital desde sus textos*. Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

FERNÁNDEZ, Justino; Luis AZCUÉ Y MANCERA (1942) *Catálogo de construcciones religiosas del estado de Hidalgo*. México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, tomo II.

FLORESCANO, Enrique; Alejandra MORENO TOSCANO (1966), "Historia económica y social" en *Historia mexicana*, vol. 15, no. 58-59, octubre 1965-marzo 1966, p. 310-378.

FOUCAULT, Michel (1993), *Las palabras y las cosas, una arqueología de las ciencias humanas*. México, Siglo XXI Editores.

GAMIO, Manuel (1932), *Las excavaciones del Pedregal de San Ángel y la cultura arcaica del Valle de México*. México, Secretaría de Educación Pública.

GAOS, José (1974), "Notas sobre la historiografía", en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México*. Primera edición, Secretaría de Educación Pública, México, p. 66-93 (SepSetentas, 126).

GARCÍA-BÁRCENA, Joaquín (2009), "Los gobiernos de México y la arqueología mexicana (1810-2010)", en *Arqueología mexicana*, vol. xvii, no. 100, p. 36-45.

GARCIADIEGO, Javier (2000), *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*. México, El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México.

_____, (2001), "Revistas revisitadas: ventana a la historiografía mexicana del siglo XX", en *Historia mexicana*, vol. LI, no. 2, octubre-diciembre, p. 221-231.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis (1973), *Invitación a la microhistoria*, México, Secretaría de Educación Pública (SepSetentas, 72).

GRIJALVA, Juan de (1985), *Crónica de la orden de nuestro padre San Agustín en las provincias de la Nueva España*. México, Porrúa, (Biblioteca Porrúa de Historia, 85) [Primera edición, 1623].

- GUERRERO GUERRERO, Raúl (1983), *Los otomíes del Valle del Mezquital (modos de vida, etnografía y folklore*. Pachuca, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Centro Regional Hidalgo, Gobierno del Estado de Hidalgo.
- GURRÍA LACROIX, Jorge (1978), “La minería, señuelo de conquistas y fundaciones en el siglo XVI novohispano”, en *La minería en México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 37-65.
- HERNÁNDEZ CARBALLIDO, Elvira (2009), *Nuestra memoria impresa. Aproximaciones a la historia de la prensa en Hidalgo*. Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (Sociedad y pensamiento, 4).
- HERNÁNDEZ LÓPEZ, Conrado (2009), “La reacción a sangre y fuego: los conservadores en 1855-1867”, en Erika Pani (coordinadora), *Conservadurismo y derechas en la historia de México*. México, Fondo de Cultura Económica, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, t. I, p. 267-299.
- HERNÁNDEZ MAYORGA, Álvaro (1964), *El Valle del Mezquital. Noticia histórica y estudio social y económico de la región*. México, Secretaría de Educación Pública, Instituto Federal de Capacitación del Magisterio (Técnica y Ciencia, 24).
- HERRERA CANALES, Inés (1998), “Cincuenta años de historia económica mexicana: los escritores de la historia minera mexicana de 1940 a 1990”, en Gisela von Wobeser (coordinadora), *Cincuenta años de investigación histórica en México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad de Guanajuato, p. 171-178.
- IGLESIA, Ramón (1986), *El hombre Colón y otros ensayos*. México, Fondo de Cultura Económica.
- JAIVÉN, Ana Lau; Ximena SEPÚLVEDA OTAÍZA (1991), *Hidalgo. Bibliografía comentada*, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora.
- JANUÉ I MIRET, Marició (2009), “Presentació: ‘Pensar històricament’”, en Marició Janué i Miret (editor), *Pensar històricament. Ètica, ensenyament i usos de la historia*. Valencia, Universitat de València, p. 9-21.

- JOHANSSON, Patrick (2006), "Erotismo y sexualidad entre los huastecos", en *Arqueología mexicana*, vol. XIV, no. 79, p. 58-64.
- KRAGH, Helge (1987), *An introduction to the historiography of science*. Cambridge, Cambridge University Press.
- LEÓN, Nicolás (1903), "El culto al falo en el México precolombino. Nota etnológica", en *Anales del Museo Nacional*, t. I, segunda época, p. 278-280.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel (2015), "Tendencias en las investigaciones históricas de México" en Evelia Trejo (compiladora), *La historiografía del siglo XX en México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 61-122.
- LOBJOIS, Bertrand (2013), "La arqueología mexicana en tiempos porfirianos y revolucionarios", en *Revista internacional de derecho y ciencias sociales*, no. 20, enero, p. 179-191.
- LÓPEZ AGUILAR, Fernando (2005), *Símbolos del tiempo. Inestabilidad y bifurcaciones en los pueblos de indios del Valle del Mezquital*. Pachuca, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo.
- LÓPEZ BELTRÁN, Lauro (1959), "Semblanza de monseñor Fortino Hipólito Vera y Talonia" en *Centinela*, año 1, no. 7, mayo, p. 9.
- LUGO PÉREZ, David (1997), *Estado de Hidalgo: historia de su creación*. Pachuca, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo (Orígenes).
- LUHMANN, Niklas (1995), *Poder*. México, UI-Anthropos.
- MAC GREGOR, Luis (1955), *Actopan*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Educación Pública (Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia, IV).
- MARTÍNEZ MOCTEZUMA, Lucía (2004), "Retrato de una élite: autores de libros escolares en México (1890-1920)", en Carmen Castañeda, Luz Elena Galván y Lucía Martínez (coordinadoras), *Lecturas y lectores en la historia de México*. México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, El Colegio de Michoacán, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, p. 115-141.

- MATUTE, Álvaro (1974), "Introducción" en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*. Primera edición, Secretaría de Educación Pública, México, p. 7-29 (SepSetentas, 126).
- _____ (1976), *Lorenzo de Boturini y el pensamiento histórico de Vico*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- _____ (1984), *México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Lecturas universitarias, 12).
- _____ (1999), *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo 1911-1935*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2005), "La historia como ideología", en *Configuraciones*, no.17, otoño-invierno, p. 5-15.
- _____ (2015a), "El positivismo, la Revolución y la historiografía mexicana" en Evelia Trejo (compiladora), *La historiografía del siglo XX en México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 211-225.
- _____ (2015b), "La historiografía mexicana contemporánea" en Evelia Trejo (compiladora), *La historiografía del siglo XX en México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2015, p. 123-135.
- MCQUAIL, Denis (1986), "La influencia y los efectos de los medios masivos" en Doris Graber (compilador), *El poder de los medios en la política*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, p. 51-70.
- MENDOZA, Vicente T. (1997), *Música indígena otomí*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- MENDOZA MENDOZA, Silvia (s/f), "Notas críticas sobre la noción 'Valle del Mezquital' como región", en Asael Ortiz Lazcano (coordinador), *Composición del desarrollo en el estado de Hidalgo. Demografía, etnicidad y pobreza*. Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, p. 120-131.
- MENES LLAGUNO, Juan Manuel (1978) *Universidad Autónoma de Hidalgo, pasado y presente*. Pachuca, Centro Hidalguense de Investigaciones Históricas

- _____ (1984), *Pachuca. Litografía de una ciudad que fue (Historia gráfica de la ciudad)*. Pachuca, Presidencia Municipal de Pachuca.
- _____ (1989) UAH. *La fuerza de la historia*. Pachuca, Universidad Autónoma de Hidalgo.
- _____ (1993), *Monografía de la ciudad de Pachuca*. Pachuca, Instituto Hidalguense de la Cultura (Lo nuestro...).
- _____ (2010), *Pachuca: un tiempo y un espacio en la historia*. Pachuca, Presidencia Municipal de Pachuca.
- _____ (2012), *Tradiciones y leyendas de la muy noble y leal ciudad de nuestra señora de la Asunción y Real de Minas de Pachuca*. Pachuca, Universidad Iberomexicana de Hidalgo.
- _____ (2016a), *Pachuca: un tiempo y un espacio en la historia*. México, Miguel Ángel Porrúa.
- _____ (2016b), "Teodomiro Manzano en la inundación de 1949", disponible en <http://www.oem.mx/elsoldehidalgo/notas/n4210280.htm>.
- MILLS, Charles Wright (1957), *La élite del poder*. Fondo de Cultura Económica, México.
- MONCADA MAYA, José Omar (1999), "La profesionalización de la geografía mexicana durante el siglo XIX" en *Ería*, no. 48, p. 63-74.
- MONTOYA RIVERO, Patricia (2011), "Joaquín García Icazbalceta", en Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinadora), *Historiografía mexicana. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 387-405 (Historiografía mexicana, IV).
- MUÑOZ, Teresa; José CARLOS CASTAÑEDA (2007), "Aproximación al estudio del culto fálico en dos civilizaciones: Mesoamérica y el Egipto Antiguo", en *Arqueología mexicana*, no. 36, diciembre, p. 207-223.
- NAVARRETE, Carlos (2010), "Acercamientos a la masturbación ritual en Mesoamérica", en *Arqueología mexicana*, vol. XVIII, no. 104, p. 46-50.
- NAVARRETE GÓMEZ, David (2006), "Economía y migración minera en el centro de México. Real del Monte en la segunda mitad del siglo XVIII", en América Molina del Villar, David Navarrete Gómez (coordinadores), *Problemas demográficos*

- vistos desde la historia*. Zamora, El Colegio de Michoacán, Centro de Estudios Superiores en Antropología Social, p. 261-287.
- O'DOGHERTY, Laura (2009), "La iglesia católica frente al liberalismo", en Erika Pani (coordinadora), *Conservadurismo y derechas en la historia de México*. México Fondo de Cultura Económica, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, t. I, p. 363-393.
- O'GORMAN, Edmundo (1974), "Sobre el problema de la verdad histórica", en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*. México, Secretaría de Educación Pública, p. 32-65 (SepSetentas, 126).
- _____ (2001), *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de nuestra señora de Guadalupe del Tepeyac*. México, Universidad Nacional Autónoma de México (Historia novohispana, 36).
- ORTEGA Y MEDINA, Juan A. (1989), *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, (Historia general, 11).
- _____ (2001), *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia. Selección, introducción, estudio y notas de...* México, Universidad Nacional Autónoma de México (Documental, 8).
- ORTEGA DOMÍNGUEZ, Ibarí (2007), "Culte du phallus au Mexique: un álbum lleno de recuerdos", en *Alquimia*, no. 31, diciembre, p.58-65.
- ORTEGA Y GASSET, José (2005), *En torno a Galileo*. México, Porrúa (Sepan cuantos..., 462).
- ORTIZ ESCAMILLA, Juan (2012), "La construcción social de los primeros héroes y villanos de la historia patria mexicana", en Erika Pani y Ariel Rodríguez Kuri (coordinadores), *Centenarios, conmemoraciones e historia oficial*. México, El Colegio de México, p. 133-157.
- PARCERO, María de la Luz (1982), *Introducción bibliográfica a la historiografía política de México, siglos XIX y XX*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.

- PEÑAFIEL, Antonio (1897), *Nomenclatura geográfica de México. Etimologías de los nombres de lugar correspondientes a los principales idiomas que se hablan en la república*. México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.
- PÉREZ LÓPEZ, Abraham (1979), *Diccionario biográfico hidalguense*. San Salvador, El Autor.
- PÉREZ VEJO, Tomás (2012), “Dos padres para una nación: Hidalgo e Iturbide en el arte oficial mexicano del primer siglo de vida independiente” en Erika Pani y Ariel Rodríguez Kuri (coordinadores), *Centenarios, conmemoraciones e historia oficial*. México, El Colegio de México, p. 159-190.
- PI-SUÑER, Antonia (2011), “Introducción”, en Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinadora), *Historiografía mexicana. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 9-30 (Historiografía mexicana, IV).
- PIÑA PÉREZ, Isaac (1968), *Pachuca en el siglo XVI*. Pachuca, Universidad Autónoma de Hidalgo.
- POCOCK, John (2009), *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Madrid, Akal.
- POOLE, Stafford (2001), “The eventful life of Vicente de Paul Andrade”, en *Vincentian Heritage Journal*, no. 1, vol. 22, p. 11-33.
- RAMÍREZ, José Fernando (2001), *Obras históricas*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- REBOUL, Olivier (1986), *Lenguaje e ideología*. México, Fondo de Cultura Económica.
- RÉBSAMEN, Enrique (1968), *Guía metodológica para la enseñanza de la historia. Guía metodológica de la escritura y lectura*. Xalapa, Gobierno del Estado de Veracruz, Dirección General de Educación Popular (Biblioteca del maestro veracruzano, 29).
- (1884) *Reseña relativa al estado de Hidalgo que la junta corresponsal del mismo remite a la exposición universal de Nueva Orleans 1884-1885*. Pachuca, Imprenta del Gobierno del Estado.
- REYES, Alfonso (2014), *Las burlas veras*. México, Lectorum.

- _____ (2015), "Mi idea de la historia", en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1968)*. México, Fondo de Cultura Económica, p. 131-146.
- REYES, Graciela (2018), *Palabras en contexto. Pragmática y otras teorías del significado*. Madrid, Arco, Libros-La Muralla.
- RICO MANSARD, Luisa Fernanda, *Exhibir para educar. Objetos, colecciones y muesos de la Ciudad de México (1790-1910)*, Barcelona, Pomares (Horizontes educativos mexicanos), 2004.
- RICO MORENO, Javier (2000), "Modernidad y periodización de la historiografía mexicana de los siglos XIX y XX", en *Fuentes humanísticas*, año 10, no. 20, primer semestre, p. 3-13.
- _____ (2009), "Análisis y crítica en la historiografía", en Rosa Camelo, Miguel Pastrana Flores (editores), *La experiencia historiográfica. VIII coloquio de análisis historiográfico*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 199-211 (Teoría e Historia de la Historiografía, 7).
- RIVAS MATA, Emma (2003), *Entretenimientos literarios. Epistolario entre los bibliógrafos Joaquín García Icazbalceta y Manuel Remón Zarco del Valle, 1868-1886*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- RIVAS PANIAGUA, Enrique (2008), *Lo que el viento nos dejó. Hojas del terruño hidalguense*. Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. (Pasado y presente, 2).
- RIVERA CAMBAS, Manuel (1976), *Hidalgo pintoresco, artístico y monumental*. Estudio preliminar de Luis Rublío, Pachuca, Gobierno del Estado de Hidalgo, (Toltécatl, 2).
- _____ (2007), *Memoria sobre el mineral de Pachuca*. Edición de Enrique Rivas Paniagua, estudio preliminar y apéndices de Javier Ortega Morel, Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (Clásicos hidalguenses, 5).
- RIZO, Erik G (2016), "La hija pródiga: la ciencia arqueológica como historia en México" en Joshua Englehardt y Verence Heredia Espinoza, *Diálogo sobre la relación entre arqueología, antropología e historia*. Zamora, El Colegio de Michocán, p. 73-98.

- RODRÍGUEZ ARENAS, Hugo (2011), *Una mirada al camino y raíces históricas de Yahualica, Hidalgo*. Pachuca, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo.
- RODRÍGUEZ PIÑA, Javier (2007), "Conservadores, monarquistas, reaccionarios, retrógrados, canallas... Hacia una revisión historiográfica sobre los conservadores mexicanos en un país liberal", en José Hernández Prado (coordinador), *Heterodoxias liberales*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, p. 338-369.
- ROJAS, Francisco (1952), *El diosero*. México, Fondo de Cultura Económica, (Popular, 16).
- ROLDÁN VERA, Eugenia (2011), "Los libros de texto de Historia de México" en Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinadora), *Historiografía mexicana. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 491-524 (Historiografía mexicana, IV).
- ROMERO, José M. (1865), "Memorias sobre el distrito de Pachuca" en Ramón Almaraz, *Memoria de los trabajos ejecutados por la Comisión Científica de Pachuca en el año de 1864 dirigida por el ingeniero..., mandada publicar de orden de S.M.I. por el Ministerio de Fomento*. México, Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, p. 73-190.
- ROMERO DE TERREROS, Manuel (1943) *El conde de Regla, creso de la Nueva España*, México, Xóchitl
- ROQUET, Salvador (1938), *El convento de Actopam hoy museo colonial. Reseña histórico-descriptiva con diez fotograbados y un códice*. México, Tipografía El Faro.
- RUBLÚO ISLAS, Luis (2009), *Historia de la revolución mexicana en el estado de Hidalgo*. Pachuca, Gobierno del Estado de Hidalgo, (BiCentenario, 8).
- RUIZ PELCASTRE, María (2015), *Nuestros abuelos: la historia viva de Huasca*, México, la autora.
- RULFO, Juan (1980), *El gallo de oro y otros textos para cine*. México, Era.
- SALGUERO, Gildardo M. (1947), "Historia completa del distrito de Molango". Molango, Mecanografiado inédito.

- SALINAS SANDOVAL, María del Carmen (2016), "Las estadísticas públicas del estado de México, 1824-1854", en Luis Alberto Arriola Díaz Viruell (editor), *Registrar e imaginar la nación. La estadística durante la primera mitad del siglo XIX*. Zamora, El colegio de Michoacán, Universidad Veracruzana, El Colegio de Sonora, p.119-162.
- SALMERÓN, Alicia; Elisa SPECKMAN (1999), "Entrevista a Álvaro Matute", en *Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas UNAM*, no. 55, mayo-agosto, p.38-43.
- SANABRIA-VARGAS, Patricia (2014), *Catedral de Tulancingo. De la doctrina franciscana a la arquidiócesis*. México, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo, Universidad Intercultural del Estado de Hidalgo, El Colegio del Estado de Hidalgo.
- SARMIENTO SILVA, Sergio (1991), "Bibliografía mínima sobre los estudios del Valle del Mezquital, Hidalgo" en Carlos Martínez Assad y Sergio Sarmiento (coordinadores), *Nos queda la esperanza. El Valle del Mezquital*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, p. 333-347.
- SCHAFF, Adam (1974), *Historia y verdad (Ensayo sobre la objetividad del conocimiento histórico)*. México, Grijalbo.
- SERRANO ÁLVAREZ, Pablo (2014), "La catedral de Tulancingo, un sueño construido en el tiempo, estudio introductorio", en Patricia Sanabria-Vargas, *Catedral de Tulancingo. De la doctrina franciscana a la arquidiócesis*. México, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo, Universidad Intercultural del Estado de Hidalgo, El Colegio del Estado de Hidalgo, p. 9-31.
- _____ (2016), "La Iglesia católica en Hidalgo en tiempos revueltos, 1914-1940", en Marta Eugenia García Ugarte, Pablo Serrano Álvarez y Matthew Butler (coordinadores), *México católico. Proyectos y trayectorias eclesiales, siglos XIX y XX*. Pachuca, Universidad Intercultural del Estado de Hidalgo, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo, El Colegio del Estado de Hidalgo, p. 319-350.

- STERPONE, Osvaldo José (2004), *Tollan a 65 años de Jorge R. Acosta*. Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Patrimonio Cultural Hidalguense, 6).
- SOLÍS, Felipe (2004), "El imaginario mexicano en torno a la sexualidad del México prehispánico. El mítico Salón Secreto del viejo Museo Nacional", en *Arqueología mexicana*, vol. XI, no. 65, p. 60-63.
- SOTO OLIVER, Nicolás (s/f), *La minería. El distrito minero Pachuca-Real del Monte a través de la historia*. Pachuca, Gobierno del Estado de Hidalgo.
- SOUSTELLE, Jacques (1993), *La familia otomí-pame del México central*, México, Fondo de Cultura Económica.
- TAPIA MÉNDEZ, Aureliano (1976), *José Juan de Jesús Herrera y Piña, VI obispo de Tulancingo y V arzobispo de Monterrey*. México, Libros de México.
- TARACENA, Elvia (2002), "La construcción del relato de implicación en las trayectorias profesionales" en *Perfiles latinoamericanos*, no. 21, diciembre, p. 117-141.
- TREJO, Evelia (2001), *Los límites de un discurso. Lorenzo de Zavala, su "Ensayo histórico" y la cuestión religiosa en México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- _____ (2003), "La historiografía liberal mexicana en el siglo XX. Reflexiones en torno a un caso", en Conrado Hernández López (coordinador), *Tendencias y corrientes de la historiografía mexicana del siglo XX*. Zamora, El Colegio de Michoacán, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 47-62.
- _____ (2009), "¿Definir o delimitar la historiografía?", en Rosa Camelo y Miguel Pastrana (editores), *La experiencia historiográfica. VIII coloquio de análisis historiográfico*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 24-45 (Teoría e historia de la historiografía, 7).
- TORRES RODRÍGUEZ, Alfonso (2009), "La investigación arqueológica en la Sierra y Huasteca hidalguenses: una reseña histórica", en Diana Zaragoza Ocaña, *Memoria del Taller Arqueología de la Huasteca*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, p. 203-218 (Científica).

- URÍAS HORCASITAS, Beatriz (2010), “‘Méjico’ visto por el conservadurismo hispanófilo: el debate en torno al indigenismo (1948-1955)”, en *Historia y política*, no. 24, julio-diciembre, p. 189-211.
- VAN DIJK, Teun A. (1980), “Algunas notas sobre la ideología y la teoría del discurso”, en *Semiosis*, no. 5, julio-diciembre, p. 37-53.
- _____ (1999), *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Barcelona, Gedisa.
- VÁZQUEZ DE KNAUTH (1975), Josefina, *Historia de la historiografía*. México, Utopía.
- VERGARA HERNÁNDEZ (1992), Arturo, *Viaje por la vida y obra del maestro Francisco Noble*, Pachuca, Gobierno del Estado de Hidalgo (Un viaje por...).
- _____ (2010), *Las pinturas murales de Ixmiquilpan. ¿Evangelización, reivindicación indígena o propaganda de guerra?* Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- VERGARA VERGARA, José (1975), “Aspectos arquitectónicos de Pachuca”, en *Historiografía hidalguense. Teotlalpan. Anuario*, no. 7-9, p. 165-174.
- VILLALOBOS ÁLVAREZ, Rebeca (2011), “La noción de operación historiográfica en la teoría de la historia contemporánea” en Alfonso Mendiola y Luis Vergara (coordinadores), *Cátedra Edmundo O’Gorman. Teoría de la historia*. México, Universidad Iberoamericana, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 49-78.
- VILLASEÑOR Y SÁNCHEZ, José Antonio de (2005), *Theatro americano. Descripción general de los reynos y provincias de la Nueva España y sus jurisdicciones*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, (Nueva Biblioteca Mexicana, 159) [Primera edición: 1746].
- VILLEGAS MORENO, Gloria (2015), “Panorama actual de la historiografía mexicana” en Evelia Trejo (compiladora), *La historiografía del siglo xx en México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, p. 225-238.
- VOYENNE, Bernard (1986), *Prensa y opinión pública*. Barcelona, Mitre.
- WAAST, Roland, Rigas ARVANITIS, Claire RICHARD-WAAST (2011), “Tensiones entre el conocimiento global y el conocimiento local”, en *Informe sobre las ciencias sociales en el mundo. Las brechas del conocimiento*. México, The United

Nations Educational, Scientific and Cultural Organization, Foro Consultivo Científico y Tecnológico, p. 182-186.

WALLERSTEIN, Immanuel (1996), *Abrir las ciencias sociales: informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, México, Siglo XXI Editores.

WHITE, Hayden (1992), *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona, Paidós, (Paidós Básica, 58).

_____ (2015), *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica.

ZEA, Leopoldo (1988), *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*. México, Fondo de Cultura Económica.

ZERMEÑO PADILLA, Guillermo (2002), *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*. El Colegio de México, México.